AMBER FARRELL
INVESTIGADORA PARANORMAL

LIBRO 1

EL BESO DE LA SERPIENTE



MARK HENWICK

El Beso de la Serpiente

Una novela de Amber Farrell
Libro 1 de la serie Revelación

por

Mark Henwick

Publicado por ***Marque***

Lanzamiento de libros, comentarios y novedades en
www.athanate.com

Revelación 1: El Beso de la Serpiente
ISBN: <<>>

Publicado en 2022 por Marque

Mark Henwick hace valer el derecho a ser identificado como autor de esta obra.

2022 Mark Henwick

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada en cualquier forma o por cualquier medio —gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, cintas, distribución en la web o sistemas de recuperación de información— sin el permiso escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos que en ella se describen son obra de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, entidades legales, incidentes o localidades es totalmente coincidente. Las leyes de la física, la química, la biología y la psicología pueden no funcionar como se describe.

Nota del autor

Nombres asiáticos:
A lo largo de esta serie, utilizo la secuencia occidental (nombre, segundo nombre, apellido) para representar los nombres, a fin de que coincidan con la mayoría de los personajes de los libros. En la mayoría de las sociedades asiáticas, el apellido va primero.

Por Mark Henwick

THRILLERS DE FANTASÍA URBANA

REVELACIÓN

Precuela: Injusticia
1: El Beso de la Serpiente
2: La voz del Dragón
3: El rastro del Lobo
4: La danza de los Espíritus
5: Los Secretos de los Ángeles
6: El Árbol de los Sueños
7: Reina de Diamantes

Charles de Lint
en la Revista de Fantasía y Ciencia Ficción:
«***Representa a algunos de los mejores del sector***».

http://mybook.to/Bite_Back_Series

(Más libros al final)

Índice de contenidos

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Libros del mismo autor

AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

LUNES

Ya habían pasado un par de años y no estaba ni muerta, ni no muerta, lo que consideraba un logro.

No es que me hubieran faltado oportunidades. Incluso cuando no las buscaba realmente.

De momento estaba a salvo. Mi posición entre las vigas del tejado del almacén de Crate & Freight, en el barrio de Northfield de Denver, estaba a solo quince metros del suelo de hormigón. Esos rifles de asalto SCAR del muelle de carga no me estaban apuntando. Nadie sabía que estaba aquí y este rincón era bastante oscuro. Bueno, se podía considerar seguro, según algunas definiciones de la palabra seguro. Me estaba divirtiendo.

Aun así, sabía lo que unas cuantas balas de SCAR podían hacer a un cuerpo. Los tipos de allí abajo no llevaban esos rifles para aparentar. Si apuntaban con una linterna a los lúgubres recovecos, se sorprenderían al ver a su visitante de esta tarde del departamento de Recursos Humanos; ahora sin su portapapeles y sus grandes gafas cuadradas, con un mono negro y portando una cámara con zoom.

Teniendo en cuenta en lo que estaban metidos, no se detendrían a hacer preguntas.

Tenía que informar de esto y entregarlos a la policía. Esta noche no iba armada y, además, se suponía que era una discreta investigadora privada, no un equipo SWAT compuesto por una sola mujer.

No quería arriesgarme a que me oyeran llamar al 911. Y no quería que la patrulla más cercana, con un par de agentes aburridos, pasara por allí y los asustara, pensando que la llamada era de una loca. Quería al equipo SWAT de la policía de Denver, preparado para el trabajo. Así que estaba esperando a que algunas de las fotos se descargaran de mi cámara a mi móvil para enviárselas directamente al capitán José Morales con todos los detalles.

Tenía su contacto por una razón completamente diferente, pero estaba segura de que me lo agradecería.

Un problema ruidoso en el exterior con el último camión vació el almacén, y aproveché para bajar. Trepar por estructuras urbanas era una de mis aficiones adolescentes, así que los prominentes pernos y puntales transversales hacían que esto fuera tan difícil como bajar por una escalera.

Aceché a la sombra de una pila de palés, esperando a que mi teléfono móvil terminara de cargar las fotos.

Campbell Carter, el director general de Crate & Freight de Centennial State, me había contratado por recomendación del propietario de mi oficina. Sospechaba que algunos de sus conductores y expedidores le estaban robando. Nada importante, solo algo que quería aclarar. Crate & Freight era un importante negocio local en Denver, y Carter el tipo de hombre que quería estar limpio. Sabía que se estaba preparando para presentarse a las elecciones del próximo año.

Tenía toda la razón en sus sospechas: un grupo de conductores se llevaba un margen, lo suficiente bajo como para pensar que quedaban por debajo del radar. Hasta aquí, todo rutinario, todo tranquilo. Pero la misión de Carter era averiguar qué estaba pasando, y resultó que los pequeños hurtos de mercancía eran lo de menos.

Había elaborado una tapadera para el día con la responsable de RR.HH. de Crate & Freight. Incluso me había dado una encuesta real que RR.HH. quería hacer, deseándome lacónicamente la mejor de las suertes. Aquella tarde me paseé por el almacén con mi portapapeles, formulando preguntas molestas sobre la satisfacción en el trabajo.

Cada respuesta tartamudeada, cada ojo tembloroso, cada rostro sudoroso, me decía que algo estaba pasando.

Me hicieron salir a toda prisa a las 5 de la tarde, y volví, saltando por encima de la valla, a las 9 de la noche. Había dejado atrás el portapapeles y las gafas. Llevaba un mono negro, un gorro de esquí negro, botas negras y un buen maquillaje de camuflaje.

La transferencia de fotos se completó y envié un mensaje a Morales: *¡URGENTE! Depósito de Crates & Freight de Northfield. Ver fotos: gran cargamento de droga en movimiento. ¡RIFLES! Equipo SWAT lo antes posible. Solo SMS. Amber Farrell.*

El texto tardó una eternidad en transmitirse junto con las fotos, mientras yo miraba fijamente la pantalla preguntándome cómo jugaría con Morales. Se suponía que debía pasar desapercibida. Se suponía que debía estar de guardia para él y no al revés. Suspiré. Ya me enteraría de lo que pensaba al respecto.

Por supuesto, había venido directamente al lugar donde no me querían esta tarde: el viejo almacén. Era un edificio enorme, de unos tres pisos, con una zona de carga con entrada y salida. Estaba repleto de palés y contenedores a la espera de ser enviados. Normalmente, solo se utilizaba como almacén, pero esta noche querían poder cargar los camiones con las persianas cerradas, lejos de las miradas indiscretas. Excepto la mía. Y mis ojos estaban abiertos de par en par.

Esperaba obtener pruebas fotográficas de algún pequeño escamoteo. Ni rastro de ello, al menos esta noche. Había treinta y dos camiones grandes programados para salir del recinto antes del amanecer. Hasta ahora, una docena habían entrado en el almacén y habían sido cargados justo enfrente de mi escondite. Por lo que había visto, cuatro eran cargas normales. Las otras llevaban algo extra, escondido en un compartimento entre el remolque y la cabina. Por las medidas de seguridad, el tamaño y la forma de los paquetes, se trataba de drogas y armas.

Todo el material ilícito procedía de un camión de caja azul aparcado junto a la zona de carga. No reconocí la empresa, Ranchos Rigs, pero la matrícula era de Nuevo México. Entre un montón de hombres nerviosos, el conductor, Nokes, era el que estaba más nervioso. Se había quedado observando el traslado con impaciencia y hablaba solo con Guy Windler, el conductor de Crate & Freight a cargo de esta operación. Windler no aceptaba ninguna tontería de los demás, pero se mostraba cauteloso con Nokes.

Comprobé el móvil por si el vibrador no funcionaba. Nada.

Vamos, Morales, el tiempo pasa. Mira tus malditos mensajes.

Si tenía en cuenta lo que estaba ocurriendo, con las puertas exteriores cerradas y los ocho conductores, el jefe de obra, el operario de la carretilla elevadora y el despachador del recinto estaban todos metidos en el ajo. Pero no se puede mantener cerrado un depósito de envíos como este durante mucho tiempo. Llegarían otros conductores. Tenían que sacar esos camiones del depósito antes de eso. Por supuesto, la policía podría atraparlos a todos en un momento dado, pero quién sabe si las drogas y las armas estarían todavía a bordo. Y el mérito de la redada se repartiría entre las ciudades a las que se dirigieran los camiones.

Morales, si lo quieres para la policía de Denver, ven a buscarlo ahora.

Todavía no había entrado nadie en el almacén. Salí sigilosamente de mi escondite y me arriesgué a hacer fotos de la matrícula y el logotipo del camión con la cámara del móvil. Se las envié a Morales: *Vehículo de reparto.*

Me di cuenta que el camión de la caja azul ya estaba cerrado. La entrega se había completado, y Nokes iba a querer salir de aquí pronto. No mientras yo estuviera de guardia. Existía la posibilidad de que llevara a Morales hasta la cadena de suministro.

Comprobé las puertas del camión, cerradas con llave. Hay muchas maneras de sabotear un camión, pero tenía que ser rápida y silenciosa. Tampoco podía ser demasiado obvio. No había muchos lugares buenos para esconderse en este depósito, si realmente alguien te estaba buscando. Empecé con un neumático. El delantero y a la izquierda, el conductor lo vería. Cogí una astilla fina de un palé y abrí la válvula de aire.

Me tumbé para ver qué parte del motor podía alcanzar desde abajo. Y la puerta de salida del muelle de carga, delante del camión, empezó a levantarse.

Oh, mierda.

La enorme puerta de acero tardaría unos cuatro segundos en alcanzar la altura suficiente para que alguien pudiera ver por debajo. Saqué la astilla y corrí a la parte trasera, donde la puerta de entrada correspondiente estaba cerrada. Tres segundos. Junto a la entrada del camión había una puerta para el personal que no estaba cerrada.

Alguien había dejado un abrigo de empleado tirado en una silla cerca de la entrada. Dos segundos. Lo cogí y me lo puse mientras abría la puerta. Uno. Fue un riesgo calculado coger ese abrigo, pero era lo que todo el mundo llevaba puesto. Cerré la puerta suavemente. Cero. A través del pequeño panel de vidrio vi a Nokes ir a su camión y mirar el neumático medio desinflado.

Doble mierda. Me habían sacado de mi escondite y lo único que había ganado eran unos minutos.

Joder, Morales, ¿dónde estás?

Estaba en el lado del almacén más alejado de la acción que había sacado a todo el mundo fuera, pero en cualquier momento vendría otro camión por aquí. Subir el cuello rígido del abrigo era apenas una forma de disimular. Bajé corriendo por el lateral del almacén, arrastrando el abrigo como Batman, y me deslicé por el oscuro hueco que había entre el almacén y la oficina del despachador. Me abrí paso hasta el final y me asomé con cuidado a la zona central.

Caía una suave lluvia que formaba halos borrosos alrededor de los focos de sodio. Los camiones Mack, que asomaban con los ojos vacíos y siniestros en la oscuridad, estaban alineados en filas, listos para rodar. Toda la acción se centraba en el último camión cargado. Era uno de los que transportaban droga, y tenía un problema con el sistema hidráulico. Parecía que la dirección de la cabina se había roto mientras maniobraba para volver a la fila. Estaba bloqueando parcialmente la salida del almacén. Si no fuera por eso, la distribución podría haber empezado ya. Un buen golpe de suerte para mí y para la policía de Denver.

Un grupo estaba de pie frente a la cabina defectuosa, rodeando a Windler. Era solo uno o dos centímetros más alto que mi metro ochenta, pero mucho más pesado en el pecho y los hombros. Su volumen, la forma en que bajaba la cabeza, y su pelo y barba castaños y desordenados me hacían pensar en un búfalo. La mirada enloquecida y fría que me había lanzado esta tarde durante mis rondas de Recursos Humanos gritaba *no te metas en mi camino*. Se había negado a mis preguntas y yo iba a denunciarlo por ello.

Estes, el jefe de obra, estaba junto a él, inquieto y mirando su reloj. Habían abandonado la cabina defectuosa. Habían subido a otra

cabina y estaba sentado con el motor al ralentí mientras trasladaban el contenido del compartimento. Los faros delanteros complementaban el foco del lateral de la oficina. El despachador, el operador de la carretilla y uno de los conductores se habían quedado para ayudar, pero los demás empezaban a desviarse hacia sus propios equipos. *Maldita sea.*

Mi móvil vibró. Lo saqué y protegí la pantalla.

De Morales: *¿Sigues dentro del recinto?*

Por fin, y se lo estaba tomando en serio. *Sí. Camiones a punto de salir.*

Los gritos hicieron que volviera a prestar atención al grupo. Nokes había vuelto a salir del almacén y se había acercado a Windler con un gesto de agitación.

—...algún cabrón aquí dentro. El puto sistema hidráulico falla en tu camión y luego algún cabrón deja escapar el aire de mi neumático.

No pude oír la respuesta de Windler. Estaba de espaldas a mí y los gritos de pánico de Nokes lo ahogaban.

—Te digo que había alguien en el almacén. Y han estado aquí, jodiendo con tus camiones. ¡Mierda! Estamos atrapados, hombre, estamos atrapados.

Hasta aquí el golpe de suerte. El sistema hidráulico no tenía nada que ver conmigo. Sumaba dos y dos y obtenía un gran número. Los conductores estaban volviendo. Incluso los que intentaban cambiar las cabinas se habían detenido.

No esperé a escuchar lo que Windler le decía a Nokes. Era el momento de encontrar otro escondite.

El hueco entre la pared del almacén y la de la oficina era justo lo que necesitaba. Me introduje en él y subí por la pared, subiendo en silencio al techo plano de la oficina. Estaba lo suficientemente cerca como para poder oír algo de lo que pasaba, pero estaba muy por encima de la línea de visión de todos. Y con toda la gente que había en el recinto, esconderse aquí sería mucho más seguro que arrastrarse. Me bajé el gorro de esquí y levanté la cabeza lo suficiente para ver al grupo.

Nokes se había calmado un poco y se apartó para hacer una llamada. Windler estaba de pie frente a las cabinas de los camiones,

con el ceño fruncido.

Estes estaba junto a Windler, tocando su reloj y hablándole al oído. Casi podía leerle los labios.

—El siguiente grupo de conductores llegará en cualquier momento. Tenemos que hacer algo. ¿Los sacamos simplemente?

Windler sacudió la cabeza como si estuviera desalojando moscas. Levantó la vista y se dirigió al grupo en voz alta.

—Nokes está seguro de que había alguien en el almacén. No podemos correr el riesgo, pero tampoco podemos arriesgarnos a que alguien vea los rifles. Guardad los rifles en mi remolque, tomad las pistolas en su lugar y mantenedlas ocultas —dijo, mirando a su alrededor—. Desplegaros y revisad este lugar de punta a punta. Dentro, encima, debajo de todo. Si veis a alguien, matadlo. Retendremos a cualquiera que intente entrar. Yo me inventaré una historia para cubriros.

Volví a enviar un mensaje a Morales: *Me están buscando. Muy pronto estaría bien.*

Entrando, respondió. *Agacha la* c*abeza.*

¿Qué demonios había asustado a Nokes? No fue el abrigo perdido, lo habría dicho. No había dejado ningún rastro. No me había visto. No me había oído. ¿El olor? Estoy entrenada; no llevaba perfume y la última vez que lo comprobé olía mejor que el abrigo que había robado. Tal vez tenía razón por los motivos equivocados, como había pensado con el sistema hidráulico.

La única ventaja de esto era que los conductores que me estaban buscando no se iban en sus vehículos. Pero si hacían un buen trabajo con la búsqueda, pronto estarían husmeando por aquí. Era una carrera directa entre el equipo SWAT y el grupo de conductores. Me distraje tratando de calcular el tiempo que deberían tardar esos hombres en registrar el recinto, comparándolo con el tiempo de respuesta que citaba el equipo SWAT.

Todo había quedado en silencio, excepto los motores al ralentí. Volví a asomarme al techo del cobertizo. Windler y Estes seguían allí, Nokes a un lado discutiendo en su oficina. Todos los demás habían salido a buscarme. No hay nada como que te busquen muchos

hombres para dar una sensación agradable y cálida a una chica en una noche fría y húmeda.

Estes levantó su pistola a la luz de los faros, la comprobó y cargó una bala. Volvió a meterla en el bolsillo de su abrigo, sin seguro. Idiota. Los dos se dirigieron hacia la oficina.

—No me gusta esto —murmuró Windler, a menos de diez metros de mí—. Esta noche no. Es un problema.

—Solo está nervioso, por el amor de Dios, Guy.

Windler no se iba a calmar.

—Ha habido algo todo el puto día.

—¿Qué quieres decir? —dijo Estes—. Es solo un tubo hidráulico. Eso pasa, hombre. Nokes se asusta de su propia sombra.

—No. Hoy, desde la mañana. Esa maldita perra de Recursos Humanos husmeando. Hay algo raro en ella. Problemas —dijo de nuevo.

—Mira, a él o a ella, los encontraremos —dijo Estes—. Entonces no serán ningún problema. —Se rio y se agarró la entrepierna—. Si es ella, tal vez no la matemos de inmediato.

Windler había empezado a sacudir la cabeza con irritación de nuevo cuando se oyeron gritos desde las puertas. Impresionante. La caballería estaba aquí.

Windler fue el primero en reaccionar. Se dio la vuelta y corrió hacia la nueva cabina. Todavía no estaba conectada al remolque y el motor estaba en marcha. Nokes también fue a por ella.

De ninguna manera. Salté del techo, con el abrigo volando, y aterricé junto a Estes.

Se volvió hacia mí, con la sorpresa y la incredulidad en el rostro que dieron paso al terror. Supongo que era el maquillaje. Empezó a rebuscar en el bolsillo de su abrigo, tirando de la pistola para liberarla.

—Te alegras de verme, ¿verdad? —dije, mientras agarraba su muñeca y golpeaba su cara con mi codo.

Todo sucedió al mismo tiempo. La pistola que llevaba en el bolsillo se disparó y la bala le atravesó el muslo. La cabina del camión de Windler empezó a rodar. Estes gritó y se habría desplomado de no

ser por mi agarre. El equipo SWAT abrió las puertas para entrar en tropel. *¡No! ¡No! ¡No! ¡Cerrad las puertas!*

—¡DETÉNGASE! ¡POLICÍA! —se gritaba desde todos los ángulos. Alguien gritaba mi nombre. Se oyeron disparos. Yo estaba de pie justo entre la cabina del camión y las puertas del almacén. Se abalanzaba sobre mí, con tres metros de altura y ocho de anchura, cromo duro y brillante, las luces encendidas, el motor rugiendo, la suciedad y la grava brotando por los lados. Sentí una estúpida sensación de incredulidad. No iba a parar.

No había ninguna posibilidad de que Estes pudiera salir del camino.

Lo quería en la cárcel, no en la morgue. Soy mucho más fuerte de lo que parezco; lo levanté y lo lancé lejos. También soy muy rápida; casi lo logro también.

Tan, tan cerca.

Me estaba lanzando hacia atrás cuando la cabina del camión me golpeó e hice la vieja voltereta de la muñeca de trapo a través del aire nocturno.

—¡Hombre abajo! —gritó alguien.

Oh, cielos, eso me dolió. Sé que estaba oscuro y, sí, llevaba un mono y un abrigo horrible, pero vamos, chicos, sigo siendo femenina. Entonces el suelo se levantó como un enorme puño y me apagó las luces.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Frío. Oscuro. Apretada en un espacio quieto y sin aliento. ¿Por qué estaba llorando? Los sargentos no lloran.

Abrí los ojos. Lluvia, no lágrimas, en mis mejillas. Manos en mi cara, sujetando mi nariz, agarrando mi mandíbula. Detrás de eso, alguien se asomaba, a centímetros de distancia. *¡No! No volveré a esa celda.*

Aspiré una bocanada de aire con pánico y arremetí contra él. Le di en la barbilla, y el detective Jennings gruñó y se desplomó hacia atrás.

—¡Farrell! —gritó Morales—. ¡Detente!

—Oh, mierda. Lo siento. Lo siento. —Me levanté haciendo palanca. Grave error. El mundo se tambaleó por un segundo y cuando se asentó, yo estaba a cuatro patas, arrodillada junto a Jennings. Por lo menos estaba parpadeando y murmurando.

Un médico me apartó y se inclinó sobre él, murmurando sobre fuego amigo.

Morales se arrodilló a mi lado, pero no demasiado cerca.

—¿Estás bien? —dijo.

Hice una mueca mientras la niebla de mi cabeza se despejaba. El camión...

—¿Windler? ¿Nokes? —Me giré para mirar, haciendo que mi cabeza diera vueltas, y acabé desplomada sobre mi trasero.

—¿Los tipos del camión? Salieron por la puerta. Probablemente le dimos al conductor con un par de disparos, pero no tuvimos tiempo de establecer un bloqueo. Se han ido, pero no llegarán lejos. —Morales extendió la mano con cuidado y levantó mi barbilla hacia las luces, miró mis ojos—. No respirabas —dijo—. No había pulso.

—Solo fue un shock —dije—. No ha sido tan malo como parece. —Lo fue. O lo habría sido para cualquier otro—. De todos modos, el corazón y los pulmones funcionan ahora.

—¿Necesitas ir al hospital?

—Gracias, pero no me gustan los hospitales. —Flexioné los hombros—. Además, no son más que golpes y magulladuras. —Me dolían los hombros y reprimí un siseo. Un montón de golpes y moratones, pero no puedo dejar que los médicos me miren.

Morales conocía algunos de los antecedentes de esto y solo estaba distrayendo con su pregunta. Supongo que no puedo culparle. Pensó que debía saber más de lo que yo sabía.

No era una vampira. Todavía. Y si había algo que pudiera hacer para evitarlo, no me convertiría en una. Mientras tanto, no podía arriesgarme a lo que pudiera aparecer en las radiografías y los análisis de sangre, como tampoco podía arriesgarme a violar mi acuerdo con el ejército. E incluso la reanimación boca a boca podría haber sido una muy mala idea por parte de Jennings, para ambos.

—Este hombre tiene una conmoción cerebral. Tendremos que mantenerlo en observación. —El médico me miró fijamente mientras

lo llevaban en camilla.

—*No iba a* tumbarme ahí y dejar que me bombeara el pecho y me babeara toda la cara —dije a la defensiva a Morales—. Sabes por qué... ah, a la mierda. Discúlpate con él por mí, ¿quieres? Le invitaré a una copa la semana que viene. Y, eh, gracias también. Justo a tiempo.

Morales gruñó y se levantó.

—Bueno, si no necesitas ir al hospital, ¿necesitas que te lleven a casa?

Empecé a sacudir la cabeza y lo pensé mejor. Caerse no quedaría bien.

—No, gracias. —Me puse en pie temblorosamente. No estaba bien, pero no estaba tan mal. Me he sentido peor.

Me dio un pañuelo.

—Puede que quieras quitarte esa suciedad de la cara —dijo—. Tendré un informe completo tuyo en mi bandeja de entrada mañana por la mañana, a las 9. Y estarás disponible para cualquier otra pregunta.

—Sí, señor. —Maldita sea, olvídate de dormir hasta mañana. Pero al menos no me estaba regañando por no mantener un perfil bajo.

—Ahora, lárgate de mi escena del crimen. —Hizo un gesto hacia la puerta.

No pude resistirme.

—¡Oh! Por eso habéis puesto este bonito lazo amarillo, ¿no?

Capítulo 2

MARTES

Bueno, a menos que estar sentada en la oficina fuera mi propio purgatorio personal, todavía estaba viva.

Sin embargo, me dolía mucho.

Completé el informe y me estiré, con cuidado. Los moratones se desvanecerían y los esguinces y tensiones se repararían solos. Me curo excepcionalmente rápido, pero ser atropellada por un camión siempre puede doler durante cierto tiempo.

Algo escalofriante. Justo mi tipo de entretenimiento nocturno.

El hecho de estar sentada mientras escribía los informes me había endurecido la espalda e intenté hacer algunos estiramientos suaves. Uno de los problemas de medir un metro ochenta; tenía más cuerpo para lastimar. Aun así, el lado bueno es que una persona normal habría pasado la noche en el hospital, con suerte.

Morales había recibido su informe. Este era para Carter. Lo adjunté junto con una factura final a un correo electrónico, lo firmé como Amber Farrell, Investigadora Comercial y Privada, y lo envié. Así comenzó el dulce proceso que terminaría con dinero en mi atribulada cuenta bancaria. Nunca es demasiado pronto. Este caso había durado mucho más de lo que había previsto; la tarifa plana que había acordado había resultado ser una mala decisión. Había sido un caso interesante, claro, y eso era importante para mí personalmente, pero significaba que había dejado de lado el trabajo diario que mantenía solvente un negocio de investigación.

No podía afrontar la idea de ese trabajo rutinario en este momento. Me había ganado una tarde libre. Pero, ¿debía ir a nadar y mostrar mis moratones por todo el cuerpo, o simplemente optar por una carrera para aflojar todo? ¿O ambas cosas? Así podría justificar una cena de bistec y uno de los legendarios postres de chocolate de Lario. Se me hizo la boca agua al pensarlo. Estoy totalmente obsesionada con mi forma física, y una chica tiene que alimentar toda esa energía.

Antes de hacer nada, entré en la cuenta bancaria y pagué a Tullah. Ella había aceptado trabajar para mí con el claro entendimiento de que los salarios se pagan cuando se puede, pero me sentía culpable cuando se retrasaba.

Hecho. Reuní las notas restantes en mi escritorio y las metí en la carpeta de Crate & Freight.

Supuse que Windler ya estaría detenido, con un cargo por intento de homicidio vehicular añadido a un largo historial.

Sonó mi móvil y, al mismo tiempo, se abrió la puerta exterior. Algo inusual, ya que no teníamos muchos clientes sin cita previa, pero Tullah retendría a quienquiera que fuera durante unos momentos. El identificador de llamadas del móvil mostraba a Morales.

Esto debería ser bueno. Desmantelar una importante operación de contrabando de drogas en un solo golpe como ese le haría quedar bien delante de sus jefes. Así que, un pequeño agradecimiento del capitán de la policía, sería la guinda del pastel de hoy, o del postre de chocolate de Lario, da igual.

El calor del exterior había vuelto a poner en marcha el aire acondicionado y me hizo pensar en lo fresca que estaría en la piscina. Tenía que ser breve.

—Capitán Morales, buenos días —dije alegremente.

—Farrell, tenemos algunos problemas.

—Hmm. ¿Tenemos, Capitán? —Mi visión de una tarde libre se evaporó, pero no iba a dejarla ir sin luchar.

—Sí, «nosotros», Farrell, y puedes dejar los comentarios de listilla en cualquier momento.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿No me digas que Windler y Nokes se escaparon?

—Por el momento.

A pesar de la nota agria de su huida, me sentía bien con la operación, pero tenía que ponerme en marcha.

—Bien. Bueno, supongo que no llamas solo para eso.

—Sí. Mira, Farrell, hemos cerrado Crate & Freight.

—¡Mierda! Carter no va a estar contento. —Por no hablar de mí, mi factura no iba a ser pagada mientras las cuentas de la empresa estuvieran congeladas.

—No lo está, y seamos claros, eso es un eufemismo. Esa es la primera razón por la que te llamé, para avisarte. Está jodido y te está culpando.

El preaviso me había sorprendido. El capitán Morales nunca había sido mi mayor fan. Cuando dejé el cuerpo de policía, supongo que podría haberme atrincherado y convertirlo en un problema, lo que no habría quedado bien en el historial del teniente Morales justo cuando se estaba preparando para el siguiente puesto. En fin, me fui sin hacer ruido y a él lo nombraron capitán un mes más tarde, pero eso no le obligaba a llamarme para advertirme de un asunto como este. Supongo que esta era su forma de darme las gracias por la noche anterior.

—De acuerdo. Gracias por eso. —Dudé. Mi paga se había retrasado y no quería más malas noticias hoy, pero sabía que había algo más—. ¿Qué más?

—Farrell, estamos hablando literalmente de toneladas de cocaína. Esto es crimen organizado de las grandes ligas. Hay alguien más perjudicado aquí.

No necesitaba seguir. Era la causa de una pérdida astronómica para algún jefe del crimen. No era un buen lugar para estar.

El teléfono fijo sonó y oí a Tullah contestar. Nunca una cosa a la vez. Tenía que terminar esta llamada.

—Lo entiendo. Gracias de nuevo, capitán. Tendré cuidado.

No lo dejó pasar.

—¿No tienes otro lugar donde puedas estar? Todavía tendría que ser capaz de...

Eso me molestó. De todas las personas, él debería tener una buena idea de lo bien que puedo cuidar de mí misma.

—Ya tengo todo este tipo de cosas amenazándome, ¿recuerdas, *teniente*? Ahora, tengo un negocio que dirigir. Tengo que ir a gestionarlo. Adiós.

—Maldita sea, Farrell, los federales querrán... —Finalicé la llamada y suspiré. Así que el jefe local de la droga quería mi pellejo. *Ponte a la cola. A ver si puedes encontrarme antes que los vampiros.*

Tullah asomó la cabeza por la puerta.

—Amber, la Sra. Kingslund quiere verte, y tienes una llamada. Es el Sr. Carter en la línea 1. —Tullah parecía irritada, y supuse que Carter estaba más allá de ser educado. Si tenía un problema conmigo, lo aceptaría, pero no quería que fuera desagradable con Tullah.

Suspiré y toda la esperanza de mi tarde libre desapareció por completo.

—Pregúntale a la Sra. Kingslund si me permite un par de minutos más para esta llamada, por favor —le pedí a Tullah.

—Claro, querida, te he oído —resonó a través del tabique en un agradable contralto—. Adelante.

Mi despacho era un antiguo almacén de mi contable. La Sra. Kingslund y yo estábamos separadas por el más fino de los tabiques. Hice una mueca. No era lo ideal. Podría haber prescindido del «querida», pero esta no iba a ser la mejor presentación que podía tener un cliente y lo dejé pasar. No podía retrasar más a Carter.

Me armé de valor y cogí el teléfono fijo.

—Carter, soy Farrell... —Iba a disculparme por haberle hecho esperar mientras yo hablaba por el móvil y él hablaba con Tullah, pero no llegué a tanto.

—Estás acabada, Farrell —gritó por teléfono—. Nunca debí confiar en ti. Cuando Greg me dijo que eras fiable y discreta, le creí. ¿En qué estaba pensando? Cuando acabe contigo, no volverás a tener trabajo en esta ciudad.

—Bueno, Carter. ¿Podemos retroceder un par de pasos?

—No me vengas con esas tonterías. No voy a perder mi tiempo hablando contigo más de lo necesario. Traicionaste mi confianza al ir a la policía. Te excediste en tu misión. Tú...

—Puse a la policía al tanto de una actividad delictiva grave —corté su desvarío—. Mira mi contrato, Carter. He hecho lo que dije que haría, y me debes mis honorarios.

—Me importa una mierda lo que pienses, has jodido toda mi empresa con tu incompetente intromisión.

Tengo un pequeño demonio en la garganta que a veces se levanta y dice cosas.

—¿Incompetente? —dijo el demonio dulcemente—. Yo no soy el que ha estado dirigiendo una operación de contrabando de drogas que ha sido descubierta.

Probablemente no fue lo mejor, pero de todos modos estábamos más allá de cualquier conversación razonable, así que no me molesté demasiado con el demonio.

—¡Te voy a demandar, zorra! —gritó antes de colgar el teléfono.

—No voy a recibir llamadas de él hasta nuevo aviso, Tullah, y tú tampoco deberías —logré decir con calma.

Se me revolvían las tripas de rabia. No había forma de que sus abogados consiguieran algo contra mí, pero realmente no podía permitirme perder tiempo en un tribunal, ni dinero en abogados.

Respirando hondo y sin pensar deliberadamente en las cinco formas más dolorosas de matar a un hombre con mis propias manos, me dije que era probable que Carter se estuviera desahogando y que nunca llegaría a un juicio. O lo llevaría a sus abogados y ellos lo harían entrar en razón. Tal vez, en algún momento, obtendría mi dinero. Tal vez.

No podía dedicar tiempo a pensar en eso ahora. Había ignorado mi trabajo fijo por un poco de emoción, y de mucho me había servido. Necesitaba un caso agradable, corriente y predecible que pagara bien. Si la Sra. Kingslund seguía allí, necesitaba su caso.

Allí estaba.

Tullah la hizo pasar, y mi estómago dio un vuelco. *Oh. Esa Sra. Kingslund.*

Con mi enfado con Carter, mi sorpresa al ver quién era y levantarme de la silla como si tuviera reumatismo, debí de parecerle todo un espectáculo. Ella ignoró todo eso, se acercó y extendió la mano.

—Jennifer Kingslund. Por favor, llámame Jen. —Pasó los ojos por la oficina mientras nos estrechábamos las manos, asimilándolo todo. No tardó mucho, y volvieron a mirarme.

—Hola, soy Amber —respondí. Sus ojos eran del azul frío de una camisa demasiado lavada. Simpática, pero desconfiada. No es que la culpara; había venido a mi oficina buscando un investigador privado. El nombre le habría indicado que era una mujer, pero quizá esperaba

a una Kathleen Turner, interpretando a V. I. Warshawski, vestida con un vestido y una chaqueta elegantes. Lo que encontró fue una mujer más oscura, más alta y más delgada, con el pelo corto y castaño recogido en una cola de caballo, vestida con mi ropa de oficina; también conocida como pantalones vaqueros y camiseta blanca.

Oh, y con grandes moretones en un lado. Sí, yo también me habría mirado con recelo.

—Después de tu última llamada —dijo, con un parpadeo de sonrisa—, ¿tal vez te apetezca una taza de café en Papa Dee's?

—Claro, crucemos la calle.

Recogí una carpeta de cliente en blanco, asentí a Tullah y salimos al sol otoñal de Denver. Las dos nos pusimos las gafas de sol para protegernos de la luz. Hacía calor, tal vez uno de los últimos días del veranillo de San Martín, con el calor que desprendía el asfalto en oleadas.

Esa Jennifer Kingslund. ¿Qué demonios estaba haciendo aquí, hablando conmigo?

Capítulo 3

—Siento lo de la llamada —dije mientras caminábamos—. Estuvo mal tomarla mientras estabas esperando y podías escuchar. Normalmente soy mucho más discreta con los asuntos de un cliente, pero no creí que le gustara esperar.

—Campbell se excita demasiado, y supongo que no es un buen momento para él —respondió. Por supuesto, ella habría oído hablar de la empresa en las noticias. Habría atado cabos mientras escuchaba mi parte de la conversación telefónica. Y, por supuesto, lo conocería. Agitó una mano con elegancia—. Dejémoslo, por el momento.

Jennifer Anna-Marie Kingslund era la directora general y propietaria de uno de los principales negocios de Colorado, el Grupo Kingslund. Era propietaria de hoteles, restaurantes, instalaciones deportivas y clubes nocturnos. Recordé haber oído que se había diversificado en el campo de las relaciones públicas recientemente.

Dada su historia de matrimonios que se habían deshecho en público y los intrigantes rumores de luchas en la sala de juntas, no había mucha gente en Denver que no supiera algo sobre ella. Según los periódicos, era un modelo de mujer de negocios, o atractiva y extrovertida, según el ángulo de la historia. Era famosa por defender causas locales. No creía que yo estuviera calificada como causa local y tuve que rascarme la cabeza tratando de encontrar una razón por la que pudiera querer contratar a un investigador privado.

Sin embargo, esa no es una pregunta que se haga, especialmente cuando eres investigador privado.

Jennifer Kingslund podía permitirse lo mejor de las agencias del centro. Si tenía una razón para acudir a mí, esperaba que me lo dijera. Aunque no lo hiciera, no dejaría que eso me impidiera aceptar un caso. Necesitaba el dinero. El pago a Tullah con la expectativa de un pronto pago de Crate & Freight me había dejado con unos sesenta dólares en la cuenta.

En carne y hueso, parecía un poco más alta que en las fotos de los periódicos, aunque seguía estando a un par de centímetros de mi

metro setenta. Quizá fuera el efecto de los bonitos tacones italianos que llevaba. Era delgada. Llevaba un sencillo vestido rojo que le llegaba justo por debajo de la rodilla. Su pelo rubio escandinavo estaba bien peinado esa mañana y parecía largo y ondulado. Era un color que me hacía pensar en el oro viejo. Llevaba una fina cadena al cuello y un pequeño bolso de mano. Con el vestido y el peinado, el bolso y la cadena, probablemente llevaba más valor encima que todo mi armario. Suspiro.

Si se dio cuenta de que la miraba, no lo dejó ver y no me devolvió el favor. Supongo que no había mucho que ver más allá de la ropa informal y los feos moretones. Mi cinturón y mis botas de vaquero eran de primera calidad, pero nadie se fijaba en ellos.

—¿Crees —dijo, inclinando la barbilla hacia las peculiares torretas sobre Papa Dee's—, que poner esos ridículos tejadillos les ha traído muchos clientes más?

Me reí.

—Quizá no, pero al menos todo el mundo sabe dónde está Papa Dee's. —Entonces ya estábamos dentro, donde estaba fresco y oscuro, incluso con las gafas de sol quitadas.

Cogimos un par de cafés y nos sentamos en un rincón. Solo había un puñado de clientes, principalmente gente de los pequeños comercios de los alrededores. Era tarde para comer. Las mesas de madera estaban limpias y el personal empezaba a prepararlas para la cena. Miré a mi alrededor. La música estaba baja y los clientes estaban repartidos por el restaurante. Era cómodo y razonablemente discreto, si eso era lo que ella había buscado.

—Entonces, ah, Jen, ¿cómo puedo ayudar?

No entró de lleno.

—Estuviste en el ejército durante un tiempo, ¿no?

—Sí, ahí es donde aprendí contabilidad. —Ni una palabra de mentira, pero tampoco toda la verdad. Odiaba ser evasiva, pero había cosas de las que no podía hablar. Si ella se daba cuenta, no lo demostraba.

—También estuviste un tiempo en la policía. —Era una afirmación más que una pregunta, y ella podría haberlo leído en la página web de la empresa, así que me limité a dar un pequeño zumbido de

confirmación. Mi paso por la policía incluía más cosas de las que no podía hablar. Si era una de esas clientas que necesitaban una revisión exhaustiva de mi pasado, iba a tener que rechazarla, pero parecía que acababa de asentarse.

—Te han recomendado. —Ella vio la pregunta que se formaba en mis labios y levantó la mano para detenerme—. Les prometí que no te diría quién y me tomo mi palabra muy en serio. —Sus ojos se enfriaron y me mantuvieron la mirada—. Espero el mismo nivel de discreción por tu parte. Necesito tu palabra de que todo lo que diga a partir de ahora será absolutamente confidencial. Si se produce una situación como la de la llamada de Campbell en tu despacho, encontrarás una forma de evitarla sin revelar nada sobre mí o mi caso a nadie más, o no podremos hacer negocios.

No tengo ningún problema con las personas que exponen sus exigencias con claridad, así que eso no me hizo reaccionar. Me sorprendió un poco que pasara de ser una señora simpática a una reina del hielo en el espacio de un par de frases. Me hizo apreciar su reputación de persona dura en el mundo de los negocios. Por lo que recordaba, había heredado un pequeño negocio de restauración en un lío de acciones familiares y malos tratos. Le dio la vuelta, pagó al resto de la familia, dos ex maridos incluidos, y lo convirtió en la exitosa empresa de la que era propietaria en la actualidad. Empezaba a ver cómo.

—De acuerdo. —Asentí y tomé un sorbo de mi café—. Tienes mi palabra.

—Bien. —Los ojos se calentaron un poco. Se sentó hacia adelante. Conozco toda la psicología pop del lenguaje corporal, pero eso no significa que no le siga la corriente. Me senté hacia adelante también, y ella comenzó a hablar en voz baja e intensamente.

—Creo que mi empresa está siendo atacada. No me refiero al sentido comercial normal, sino a un ataque sistemático y criminal que pretende desbaratar mi negocio hasta el punto de que se derrumbe o que mi única opción viable sea vender. Pero no puedo probarlo.

Hizo una pausa para ver si tenía algún comentario, pero me limité a sentarme y esperar a que continuara.

—Este es el peor momento posible para que esto ocurra. Quizá sepas que mi nueva división, Kingslund Media, se ha formado a partir de la compra de una empresa de relaciones públicas ya existente, Frankell-Maines...

Asentí con la cabeza; eso lo sabía por los periódicos.

Continuó.

—La financiación llegó a través de los bancos, y está costando mucho esfuerzo mantenerla en marcha y devolver los préstamos mientras se pone en condiciones de mantenerse. Mientras tanto, mi reserva de capital está destinada a una oferta pública de adquisición que estoy preparando. Cualquier daño en cualquiera de las dos operaciones podría poner en peligro a toda la empresa. El simple rumor de un problema financiero podría hacer que las fichas de dominó empezaran a caer en este entorno. No puedo entrar en Bell y Hewitt y tener a varios de sus agentes hurgando en mi negocio porque todo el mundo sabría que hay algo. Peor aún, podría haber una filtración sobre la financiación o la adquisición.

Asentí con la cabeza. Podía ver el problema. Bell y Hewitt eran la gran agencia de investigadores del centro, pero siempre me dio la sensación de que las empresas los utilizaban más por el espectáculo que por los resultados. *Miau.*

—De acuerdo —dije—. Veo por qué podrías necesitar un investigador menos conocido, y con cierta experiencia financiera. ¿Por eso te aconsejaron que vinieras a verme?

—No. —Todavía había una cautela en sus ojos cuando mencioné la recomendación. Eso me hizo interesarme por el rumbo de esta historia. Continuó—: Llegaré a eso en un momento. En primer lugar, tengo que decir que el nivel de los ataques ha ido aumentando. Al principio solo se trataba de pequeñas irregularidades financieras. Si estoy en lo cierto, ahora se nos ha ido de las manos. Me preocupa que un empleado clave pueda haber sido secuestrado. Estoy segura de que algunos empleados que acaban de irse, lo han hecho porque han sido amenazados. Necesito que esto se detenga ahora.

—Jen, entiendo los problemas de confidencialidad, pero si estoy trabajando en tu caso y descubro un delito grave, como un secuestro, tendremos que hablar con la policía. —Tenía que marcar

esa línea claramente para ella. Necesitaba el trabajo, pero no a costa de darle a Morales una excusa para venir a por mí.

Parecía un poco descontenta, pero asintió. Mi respeto por ella subió de nivel. Ante la disyuntiva de comprometer su negocio o ayudar a un empleado, se decantó por el empleado.

—Además, no soy la policía. —Golpeé la mesa para dejar claro mi punto de vista—. Puedo descubrir cosas para ti y, tal vez, con ese conocimiento puedas evitar que ocurra algo más. Pero si hay que «detener» a alguien, entonces hay que ir a la policía. Ellos tienen a los tipos grandes en uniforme con todas las armas y cascos y chalecos antibalas.

Volvió a asentir con la cabeza.

Parecía reacia a seguir con su informe, así que la incité.

—Podemos entrar en más detalles sobre esas cosas, y si seguimos adelante, elaboraré una serie de tareas contra ellas, pero primero necesito escuchar el resto.

Su boca se puso firme, como si no estuviera segura de cómo iba a reaccionar. Su peso se desplazó hacia atrás. Realmente no estaba contenta con esta parte.

—Tengo un gran terreno en las afueras de la ciudad, en la US 285. Se llama Silver Hills. Tengo permiso de planificación para un complejo turístico y un campo de golf, pero aún no estoy construyendo. Se supone que se está efectuando un poco de trabajo de jardinería preparatoria. He tenido un par de cuadrillas de trabajo que... —titubeó un poco, rompió el contacto visual y luego terminó —, bueno, se han asustado.

Levanté las cejas de forma interrogativa.

—¿Se asustaron? ¿Cómo? ¿Tipos con armas o amenazas telefónicas de algún tipo?

Tardó un rato en responder.

—No, algo completamente diferente. Lobos, huellas por todo el lugar, cosas que desaparecen. Destrozos en el sitio durante la noche. Daños en el equipo.

Exhalé un suspiro.

—Bueno, no puedo creer que tengamos lobos en esta parte de las Rocosas, no tan cerca de Denver. Animales salvajes, vale, quizás un

oso. Más bien un grupo de adolescentes aburridos paseando a sus perros y robando cosas. ¿Puedo ser clara? ¿Me recomendaron especialmente porque algo o alguien así asustó a tus equipos de trabajo? —Me senté completamente, me crucé de brazos y me limité a observarla. Era evidente que había algo que no me estaba contando.

—Sí —dijo—. Hablé con un amigo sobre esto, uno con algo de experiencia en este tipo de cosas, y la recomendación fue que, si se trataba de algo «raro», entonces tú eras la persona adecuada.

Esto no me parecía bien. Quería mantener el número de personas que saben algo sobre mí y las cosas raras en un mínimo absoluto. Según mi experiencia, lo raro es peligroso. Ya pasaba bastante tiempo mirando por encima del hombro. Pero al mismo tiempo, estaba intrigada y, por supuesto, tenía que pensar en mi saldo bancario.

—Cualquier cosa rara que me haya podido ocurrir no me convierte en una experta —dije con cautela.

—¿Conoces a alguien que lo sea? —Sus ojos volvieron a clavarse en mí y la reina del hielo volvió a mostrarse.

Sacudí la cabeza.

—No.

—¿Es un «no» a que no conoces a nadie más adecuado, o un «no» a que no aceptas el caso?

Necesitaba el trabajo. Levanté una mano tranquilizadora.

—¿Qué te parece esto? Dividiré el caso en tres y haré algunas comprobaciones en cada uno de ellos. Los tres son los trabajadores, las finanzas y tu complejo en Silver Hills. Te informaré si descubro algo significativo o incluso algo insignificante. Si no encuentro nada en alguno de los tres casos, te lo diré y podrás hacer venir a otra persona para esa parte si lo deseas. Si encuentro pruebas de un delito, vamos a la policía. Mientras tanto, procedemos como nos parezca.

—Hecho —dijo rápidamente. Había una nota de alivio en su voz. Todavía no había hecho nada, pero era algo que ya había visto antes, como si el mero hecho de hablar con otra persona le hubiera quitado parte de la carga.

—¿Puedo ver el contrato, por favor? —preguntó.

Le pasé los formularios estándar por duplicado y le di un sorbo a mi café frío mientras ella inclinaba la cabeza sobre ellos. Anotó algunas cosas en su smartphone sobre la marcha. También hizo algunos cambios y los rubricó antes de seguir adelante. Resoplé en silencio. Tendría que echarles un vistazo y odiaba leer formularios legales.

Hubo un poco de cambio en la clientela de Papa Dee's. Una pareja salió, se besó y se fue en coches separados. Un tipo cuya cara me hizo pensar en un conejo enfadado se acercó y se sentó a una mesa de distancia de nosotras. Hay una regla no escrita según la cual la mayoría de la gente se distribuye a lo largo de las cafeterías medio vacías. Intentas espaciarte, no coges una mesa justo al lado de otra persona. Abrió la pantalla de su portátil y se zambulló. Un *nerd*. Bajo nivel de habilidades sociales. Probablemente solo ha venido por el wifi gratis. Suspiré. Nada que hiciera saltar mis alarmas, pero tendríamos que hablar más bajo si había algo más que decir.

El camarero se acercó con un café para nosotras. Parecía un poco fanfarrón, con manos fuertes y cuadradas. Imaginé que esas manos me masajeaban suavemente la espalda y me moví incómoda en mi asiento. Un rápido vistazo me confirmó que tenía un cabello espeso y oscuro por el que casi podía sentir mis dedos pasar. Y una bonita sonrisa. Apreté los dientes y cerré los ojos. *No va a suceder. No está permitido. Reglas.*

De vuelta al mundo real, Jennifer había firmado los contratos y me los había devuelto. Esperaba que no me hubiera visto mirando al camarero. O mi reacción posterior.

Comprobé sus enmiendas. Eran perfectamente justas. Había hecho hincapié en los aspectos de confidencialidad, había corregido una errata que yo ya había querido corregir y no había añadido nada que me disgustara. Comprobé sus iniciales, firmé ambas copias y le devolví una.

Jugueteó con su smartphone y levantó la vista.

—Bien. Gracias. He transferido cinco mil a tu cuenta bancaria para cubrir los gastos preliminares. Los datos bancarios son los del contrato. —Puso una cara irónica—. O, mejor dicho, el dinero está

donde va cuando ha salido de mi cuenta y aún no ha llegado a la tuya.

Mantuve el rostro impasible y me las arreglé para no dar un puñetazo al aire. Con 5 000 dólares se podrían pagar las facturas de la semana que viene y más.

—Gracias —dije con suavidad—. Mis informes detallarán los costes.

Intercambiamos números de móvil y direcciones de correo electrónico, y me entregó una llave USB.

—Contiene archivos de mis cuentas internas con mis análisis, una lista de empleados que se han ido recientemente, con datos de contacto, y el hombre desaparecido que me preocupa especialmente, Troy Huber. Y grabaciones de seguridad de Silver Hills.

Se mordió el labio y miró a la mesa.

—Amber, sé que parezco evasiva sobre el problema del complejo. Por favor, echa un vistazo a las imágenes antes de decidirte. Lo entenderás.

Mientras deslizaba el USB en mi bolsillo, me entregó también una foto y un juego de llaves.

—Ese es Troy y estas son las llaves de su apartamento en LoDo. La dirección está en la etiqueta.

Las cogí en silencio, mirando la foto. Me pregunté cómo había llegado a tener un juego de llaves del apartamento de Troy.

—¿Cuál es su trabajo? —pregunté.

—Es el jefe de cocina del restaurante Golden Harvest. No se presentó a trabajar el fin de semana. La policía no hará nada todavía. Toda esa información está en el disco.

Asentí con la cabeza. El Golden Harvest era su restaurante estrella y el lugar más caro de la ciudad. Desde luego, no era un lugar en el que pudiera permitirme comer, pero había oído que el chef era algo especial. La gente notaría su ausencia.

—¿Casado? ¿Compañera? ¿Familia en la zona? —Ella negó con la cabeza.

—Vale. Empezaré por su apartamento y te llamaré.

Asintió con un gesto de agradecimiento e hizo una llamada a su chófer para que la recogiera, antes de volverse hacia mí.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal, Amber?

Me encogí de hombros.

—Por supuesto.

—Son unas botas muy bonitas. Están hechas a mano, ¿verdad?

Me subí los vaqueros hasta la parte superior de las botas y estiré las piernas junto a la mesa para mostrárselas, oscuramente satisfecha de que se hubiera dado cuenta.

—Sí. Hechas por un amigo mío.

—¡Son tan suaves! —Tocó el cuero flexible—. ¿Lo hace a nivel profesional?

—Claro. Ten, te daré sus datos de contacto. —Jugueteé con mi móvil y le envié los datos de Werner.

—¿Werner Schumacher? —preguntó ella—. ¿El fabricante de zapatos se llama Schumacher?

—Pues sí. —Me reí—. Tu coche está aquí. —Señalé la limusina negra y al conductor abriéndose paso a hombros por las puertas.

Se levantó y tomó mi mano, apretándola.

—Gracias, Amber. Por favor, llámame tan pronto como puedas. —Empezó a ir hacia la puerta y se detuvo como si se le acabara de ocurrir algo. Se volvió y señaló mis botas—. ¿Montas a caballo?

Sacudí la cabeza con una pequeña sonrisa.

—No, a menos que cuentes un par de horas cuando tenía catorce años.

—Oh. No importa. Tal vez podamos hacer algo, después de arreglar este asunto. Tengo caballos. Adiós. —Y con eso salió por la puerta.

Me encantó la alegre suposición de que todo iría bien.

Me senté allí, viendo cómo un coche que había dado un par de vueltas a la manzana lo hacía de nuevo, y pensaba por qué no había cogido mi pistola al salir de la oficina.

Mientras, me preguntaba en qué demonios me estaba metiendo, por no hablar de en lo que ya estaba metida. ¿Y cuáles eran las perspectivas de un investigador privado en, por ejemplo, Alaska?

Capítulo 4

La cuarta vez que el coche se acercó, me puse delante de él, haciendo que el conductor frenara.

—¡Oiga, señora! —Sacó la cabeza por la ventana—. ¿Quiere mirar por dónde va?

Se ganó puntos por la etiqueta de señora, aunque me gritara. Yo *había* caminado delante de él.

—Lo siento, es que no estoy acostumbrada a que los coches circulen por aquí a estas horas. —Me acerqué a su ventanilla, situándome justo detrás de su hombro, donde le sería difícil girar y disparar un arma con precisión. Me agaché rígidamente y comprobé el interior del coche. No había nada sospechoso que pudiera ver, pero eso no significaba nada—. ¿Busca algún lugar? —Mantuve mi voz casual y amistosa.

—Sí, de hecho, estoy buscando una dirección. —Se subió las gafas de culo de botella a la nariz y me miró a través de ellas—. ¿Sabe dónde están los arquitectos Tiley's?

Tuve que sonreír. La paranoia podría mantenerme viva otro día más, pero no creía que este tipo estuviera detrás mío.

—Claro. ¿Ve la curva de ahí, que parece que entra en el aparcamiento? —Asintió con la cabeza—. Sígala hasta el otro lado del edificio. Se desvía a la izquierda y Tiley's es el edificio del final.

—¡Ah, gracias! He estado dando vueltas durante mucho tiempo. —Se subió las gafas inútilmente por la nariz sudorosa—. Perdone si le he asustado con el coche. Me ha sorprendido.

Se alejó con un gesto de la mano hacia donde yo había señalado. Le vi seguir mis instrucciones. Es como si los hombres estuvieran enganchados al asiento del coche. ¿Por qué no pueden salir y preguntar a alguien?

Conseguí volver a la oficina sin ser atacada por más conductores miopes.

Tullah se había ido a sus clases en la universidad. Eso era parte del trato que habíamos hecho, que solo estaría aquí cuando pudiera.

A veces su madre venía a por ella. Era una mujer impresionante, Mary Autplumes. De sangre Arapaho, estaba casada con mi profesor de Kung Fu, el maestro Liu Leung, de ahí el choque de apellidos que hizo que Tullah se llamara Autplumes-Leung.

Entre Mary y Liu, no estaba segura de cuál de los dos me daba más miedo, pero su hija era una alegría.

A excepción de su apellido, la mezcla había funcionado bien para Tullah. Tenía un aspecto fresco, con ojos exóticos achinados, y una larga melena oscura. Siempre estaba alegre. Era buena para mí y para la oficina. No quería que se graduara y consiguiera un trabajo de verdad.

Justo cuando me senté, el móvil emitió un pitido. Miré el identificador de llamadas y lo abrí.

—Coronel —dije.

—Sargento. —No nos gustan las formalidades ni las charlas—. ¿Mañana por la tarde, a las 14:00, en su oficina?

—Vale —dije y la línea se cortó.

Me conecté y lo marqué en el calendario, más por Tullah que por mí. No olvido las reuniones con el coronel Laine.

En ese momento, por fin tuve la oportunidad de sentarme y sentirme cabreada.

No es que tuviera un problema con Jennifer Kingslund en sí misma. Me gustaba como persona. Su historia era un poco vaga y no me lo contaba todo, pero estoy acostumbrada a eso. No, lo primero que me molestaba de aceptar este trabajo era que no podía permitirme rechazarlo. Odiaba estar en esa posición.

Luego están las cosas «raras». Hay días enteros en los que me olvido y actúo como si fuera una persona normal. Pero no lo soy, y hay cosas que tampoco lo son.

Las cosas raras habían estado a punto de matarme. Cuanta menos gente me relacionara con cosas raras, más segura estaría. Debería salir a correr. Pero, me moría de ganas por empezar este caso. Eso me impediría salir y hacer una vigilancia segura y bien pagada de algún cónyuge infiel. La adrenalina es adictiva.

Las cosas raras empezaron hace un par de años. Tenía un trabajo que me gustaba en el ejército, en operaciones especiales; un

batallón encubierto llamado Ops 4-10. Tenía un papel claro y unos objetivos bien entendidos en una unidad que respetaba. Tenía compañeros que me cubrían las espaldas, amigos y mucho más. Y todo cambió en una noche cegadora y aterradora en la selva sudamericana.

Mi mano tocó inconscientemente mi garganta. Ya no había nada que ver, ni siquiera las cicatrices, pero, aun así, una sensación fantasma cosquilleaba los extremos de mis dedos, como si pudiera sentir las heridas. Según el médico de la brigada de socorro, me habían arrancado la mitad de la garganta. Me había curado en cinco días. Lo que había sucedido tenía algunos beneficios. Entre los no-beneficios estaba el despertarme en una celda de aislamiento.

Cogí el espejo del cajón del escritorio y me miré, tocándome la cara, como si esperara que hoy fuera diferente. Comprobé mis caninos. Normales. Ni rastro de la bomba de relojería en mi sangre.

Mi escritorio estaba despejado excepto por mis fotos favoritas. Estaban ahí para darme inspiración cuando la necesitaba.

—Chicos, os necesito ahora —susurré.

Tomé la foto de mi padre, Blane Farrell. Está de pie en Washington Park, explicando el funcionamiento de su último juguete. Es un cohete accionado por agua cuyo único propósito parece ser mojar a todo el mundo. Su pelo, siempre revuelto, tiene un mal día y sobresale en todos los ángulos, pero a él le queda bien. Su rostro apuesto es serio, porque, bueno, los juguetes son cosas serias. Su camisa está atrapada por la brisa, ondeando abierta con la mitad del cuello hacia arriba, la otra mitad hacia abajo, y la parte de abajo saliendo de sus pantalones cortos. En los pies lleva sus sandalias favoritas, rozadas y arañadas. Una chica torpe está a su lado, sonriendo: solo se ven rodillas y codos sobresaliendo de su ropa de marimacho, con pecas en una nariz demasiado grande. Levanta la cara para mirarle, y es como si el primer sol de primavera brillara sobre ella después de un frío invierno.

Papá murió cuando yo tenía quince años.

Cambié su foto por la de Top, alias sargento mayor Gabriel Luther Wells, en posición de firmes con la soltura de un hombre que ha vivido mucho tiempo en el ejército y no tiene nada que demostrar ni

nadie a quien temer. Es enorme, empequeñece por completo a la chica torpe que está a su lado, aunque ella ha crecido un poco. Ella también está en posición de firmes, pero está rígida como una tabla, con las rodillas y los codos metidos en el uniforme. Tiene miedo de que los galones de sargento se le caigan de los brazos, pero a pesar de todo, se puede ver la alegría que brilla en sus ojos.

Fue el día en el que me sentí más orgullosa.

La tercera no la elegí. En realidad, no era una foto. Era un delgado rectángulo de granito negro azabache del tamaño de una foto de escritorio, pulido hasta el brillo, con letras doradas en la esquina inferior derecha que decían simplemente: *Tara Farrell*. Esta era para reflexionar, más que para inspirar.

Si papá y Top tuvieran algo que decirme, sabía que sería: «Si tienes un trabajo que hacer, chica, sal y hazlo». Suspiré. ¿Quién necesita inspiración cuando puede recibir una patada en el culo? Tenía que dejar de revolcarme en la autocompasión, salir y hacer mi trabajo. Y tener más cuidado que de costumbre.

Primero, debería correr. Eso a veces ayudaba con las frustraciones. Después, empezar con el caso de Jennifer Kingslund. Saqué las llaves que me había dado y leí la dirección de LoDo, la zona baja del centro de la ciudad, donde vivía su mejor chef.

Cogí mi ropa de correr del coche y me cambié en la oficina. Mi ropa de trabajo y mi portátil fueron a parar a mi mochila principal, junto con algo de equipo estándar para la escena del crimen, las llaves del apartamento y la llave USB de Jennifer.

Fui a la caja fuerte a buscar mi arma y, tras pensarlo un poco, saqué la pistola Heckler & Koch y la metí en la riñonera que llevaba en la cintura mientras corría. La HK Mk 23 era grande y pesada, pero ya estaba acostumbrada a ella y me encantaba su potencia de frenado. Estaba segura de que iba a necesitarla en algún momento.

Capítulo 5

Me dirigí por Parker Road, pasando por la interestatal y la entrada principal de Cherry Creek Reservoir, hasta la pequeña zona de aparcamiento frente al cruce de Chambers Road.

Aparqué y me senté en el coche durante cinco minutos, esperando a ver si entraba algún otro coche. Tenía la sensación de que me observaban, pero nadie me siguió.

Satisfecha por el momento, cerré el coche y empecé a correr por los senderos que me llevarían al lago, evitando las pistas asfaltadas y atajando por caminos en la maleza que me proporcionaban una carrera de obstáculos. La pistola suponía un peso incómodo en la riñonera, pero también servía como recordatorio constante de que debía estar alerta. Mientras corría, el sol del atardecer alargaba las sombras y el calor del día empezaba a remitir.

Hacia la mitad de mi recorrido, en la orilla del lago, la carrera había aliviado los nudos de tensión. Me refresqué con un paseo entre los álamos, evitando los canales de riego y practicando saltos sobre un árbol caído. Me detuve junto a unos sauces y realicé estiramientos a su sombra, aprovechando para mirar con atención a mi alrededor. Con la desaparición de las multitudes del verano, todo estaba tranquilo, pero la sensación de ser observada persistía. Es más, había empeorado. Mojé mi camiseta en el agua y me la volví a poner mojada, para refrescarme, y luego empecé a trotar en la dirección que me llevaría de vuelta al coche.

Acababa de volver al sendero principal cuando alguien me atacó.

Los matorrales le habían dado suficiente cobertura para que me acercara sin poder verlo y salió hacia mí, como un gato tras un pájaro. Por desgracia para él, el día me había tensado como un resorte, y yo era buena en esto.

Se acercó demasiado, yendo a por la cabeza. Utilicé mi instinto perfeccionado en largas horas de práctica, me agaché y giré, aprovechando su impulso para lanzarlo junto a mí mientras yo rodaba por el sendero. Nos levantamos al mismo tiempo. Iba vestido con ropa de deporte, como los demás visitantes del parque, pero su

atuendo era oscuro y había sido difícil de ver cuando se escondió. Un hombre inteligente. No era mucho más alto que yo, más corpulento, pero más enjuto que voluminoso. En un concurso de fuerza, sabía que me ganaría. También sabía que era rápido, pero yo había aprendido a luchar en una escuela muy dura.

Volvió a la carga rápidamente, sin molestarse en las fintas, poniendo todo su esfuerzo en conseguir un resultado rápido. Demasiado predecible. Sus puñetazos se desviaban o eran desviados por mis bloqueos. Mi única respuesta le golpeó en medio del estómago y le hizo retroceder con la fuerza suficiente para derribar a la mayoría de los hombres.

Se sacudió como si nada y bajó la cabeza como un toro para atacar de nuevo. Esto se iba a poner difícil. Esta vez su enfoque cambió de repente y en lugar de golpearme, su izquierda más débil salió y me dio en la barbilla. La tenía cubierta y fui hacia él para ponérselo más fácil, pero no me hice un favor a mí misma. Me había confiado demasiado; porque él atacó de una manera, y no era la que pensaba. No debería haber sido capaz de tocarme. Estaba furiosa conmigo misma y me iba a desquitar con él.

Una chica llegó corriendo por la curva a unos cincuenta metros de nosotros.

Él torció su brazo con el codo levantado mientras su puño se relajaba. Chocamos las manos sobre nuestras cabezas, mientras el polvo de la carrera se convertía en una nube.

—¡Mierda! ¡David, no puedes hacerme eso! —le grité, poniendo las manos en las caderas.

Nos quedamos riendo mientras la corredora nos daba un amplio margen y el tipo de mirada que se le da a los locos que han estado revolcándose en la tierra.

—Vaya, Amber, sigues siendo demasiado rápida. Tengo que conseguir algo de ventaja.

—¿Me has estado siguiendo?

Sonrió.

—No. Aparqué y reconocí tu coche. El capó aún estaba caliente y supuse que estarías corriendo alrededor del lago.

Eso me preocupaba. Si él podía predecir dónde estaría yo, entonces alguien más podría hacerlo. David debió ver algo de ese pensamiento en mi cara.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Oh, no lo sé. Tal vez. He tenido la sensación de que alguien me ha estado observando esta tarde. —Entrecerré los ojos, mirando hacia el sendero y frotándome la nuca—. ¿Caminamos y hablamos, o realmente quieres correr?

—Me parece bien hablar —dijo con facilidad y empezamos a caminar. Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero la volvió a cerrar. Miró hacia arriba y hacia abajo en el camino.

—¿Quién ha conseguido magullarte? —preguntó. Eso no era lo que había empezado a decir. Tendría que averiguar de qué se trataba.

—Un camión Mack —respondí. Él resopló.

Conocí a David hace tres meses, y él puso mi mundo patas arriba. No de forma romántica, aunque era bastante agradable a la vista.

Hace dos años, cuando me recuperé de mi ataque, estuve atada en una celda de aislamiento. Todavía tengo pesadillas sobre eso. El ejército finalmente y a regañadientes me dejó ir, con condiciones. Todo lo relacionado con mi participación en la operación 4-10 y, sobre todo, lo que me había sucedido al final, era secreto: seguridad nacional, secreto de nivel acceso especial. Tuve que cortar todo contacto con mi antigua unidad. Tuve que someterme a controles regulares de mi evolución. Si sospechaban que me estaba convirtiendo en un peligro para el público o, Dios no lo quiera, que infectara a alguien, volvería a la celda de aislamiento. Mientras tanto, debía «buscar la forma de comunicarme o infiltrarme en cualquier comunidad asociada al tipo de ataque sufrido». Todavía no se atrevían a escribir «vampiro».

Mi única herramienta para mi tarea era el conocimiento de que había olido y sentido a los vampiros que habían acechado y matado a mi unidad en la selva. Era difícil de describir, pero tenía la certeza de que sabría si volvía a estar cerca de un vampiro. Tuve razón.

David era, según sus palabras, un Aspirante, una persona en proceso de convertirse en vampiro. Olía a medio vampiro. Se había

convertido en mi amigo. Le estaba espiando. Se me revolvían las entrañas, pero todavía no había hablado de él con el coronel en mis reuniones rutinarias. Eso me sorprendió: cuánto había cambiado yo en los últimos dos años. La debida obediencia militar ya no funcionaba.

—Entonces, ¿cómo va todo? —dije con neutralidad.

—Bien. Realmente bien, ahora. —Llenó sus pulmones y dejó salir el aire con satisfacción—. No te lo he dicho antes, pero desde que empecé a hacer sparring contigo y a seguir tus consejos de entrenamiento, he subido tres grados. Tres meses, tres grados.

—¡Fantástico! —Pensé en su descripción de lo que estaba pasando como Aspirante y mi corazón dio un vuelco—. Espera, eso significa...

—Sí. Significa que estoy listo. —Miraba al frente, sonriendo en la distancia a la nada. O a algo que yo no podía ver. Mi corazón estaba con él. Esperaba que fuera bueno, lo que fuera que estaba mirando. Esperaba que valiera la pena el esfuerzo que había hecho, cualquier sacrificio que tuviera que hacer. Sobre todo, esperaba que fuera lo correcto para él. Pero al mismo tiempo sabía que, por mucho que hubiera cambiado mi visión de los vampiros desde mi ataque, no podía creer que fuera lo correcto para mí.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, su humor cambió y me agarró del brazo.

—Amber, por favor, *por favor,* cambia de opinión. Al menos ve a hablar con ellos.

—No. —Quité su mano de mi brazo tan suavemente como pude. Ya habíamos tenido esta conversación antes—. No creo que pueda hablar con ellos. Y no voy a convertirme en vampira. Fin de la historia. —Seguí caminando y él tuvo que seguirme.

—Por lo que nos cuentan, puede que no tengas elección. Te han mordido y ya estás en el proceso. Dicen que si te transformas sin apoyo te volverás loca. Podrías morir, Amber.

Suspiré.

—Escucha, te mordieron por primera vez cuando nos conocimos, ¿hace tres meses? —Asintió con la cabeza—. ¿Y te han dicho que hacen falta tres mordiscos para convertirte? —Volvió a asentir con la

cabeza, con los ojos un poco desenfocados. Lo que sea que haya sucedido con las mordidas estaba teniendo un profundo efecto en él.

—¿Y el último mordisco es ahora que has pasado tu entrenamiento de Aspirante? — Mi corazón volvió a dar un vuelco ante ese pensamiento. Un mordisco más y algo dramático podría ocurrirle a mi amigo—. Dime, ¿qué pasa si un Aspirante no aprueba el entrenamiento? ¿O decide no seguir? ¿Esas personas se vuelven locas y mueren?

—No. Creo que no —dijo de mala gana.

—Se pasa el efecto. El cuerpo se recupera. —No estaba insistiendo solo por su bien. Esto era importante para mí. Hubo un revoloteo de preocupación en mi estómago, silbando en la oscuridad.

—No creo que eso se aplique a ti. —Levantó las manos en señal de frustración—. No puedo hacer todas las preguntas que necesito. Acordamos mantener todo esto en secreto entre nosotros, así que es difícil inventar una razón para preguntar. E incluso si obtuviera una respuesta, se supone que no debo hablar de ello con nadie que no sea un Aspirante. Si pudieras hablar con ellos tú misma...

Esperé. Finalmente, continuó.

—Nuestro entrenamiento está cuidadosamente gestionado. Tengo la idea de que, de lo contrario, es un proceso muy peligroso. Por lo que he podido averiguar, alguien mordido en la naturaleza, por un vampiro poderoso, puede recibir la dosis completa en una sola mordida y estar realmente en riesgo.

Estaba buscando detalles. Le había contado lo mínimo, pero David era un tipo inteligente y había rellenado algunos espacios en blanco.

Levanté la mano para detenerlo.

—Volviendo a mi punto. A ti te mordieron por primera vez hace tres meses. A mí me mordieron hace más de dos años. Estoy estable, David. No está pasando, ¿vale? —Un viento frío me encontró, tocó mi mejilla y enfrió el sudor de mi carrera. Me estremecí—. Pero, de todos modos, tú cuidas mi espalda y yo la tuya. Pase lo que pase. ¿Trato? —Le tendí la mano.

Tomó mi mano y la estrechó sin vacilar.

—Por supuesto. Pero yo también los tengo a ellos vigilando mi espalda. Tú solo me tienes a mí. —No le desafié en eso. No quería

explicarle que tenía a los militares estadounidenses vigilando mi espalda. Y mirando por encima de mi hombro.

Habíamos llegado al aparcamiento donde habían aparecido varios coches más y se había instalado una emprendedora furgoneta de comida para llevar. Vendía helados. No es justo.

Abrí la boca para hablar y él ya estaba riéndose.

—Sí, lo sé. La señora ninja grande y mala quiere un helado con un trozo de chocolate. Lo he entendido.

Eso me ahorró buscar dinero en mi riñonera con el cañón de la Heckler Koch asomando, así que le dejé vivir, esta vez.

Nos apoyamos en mi coche para comer el helado. No era el postre de Lario, pero iba a tener que servir por hoy. David comió en silencio, con los ojos yendo de un lado a otro.

—Mira, David —dije mientras terminábamos—. Necesito decirte algo, porque estoy preocupada por ti. Prométeme que no te vas a enfadar.

—Dispara —dijo, mirándome de reojo.

Dejamos de hablar cuando una pareja con niños pasó a nuestro lado. Nos acercamos y bajamos ligeramente la voz.

—Desde fuera, entiendes, solo por lo que me has contado, no puedo distinguir entre esta comunidad de vampiros que describes y una secta de culto. —Se removió un poco, pero no dijo nada—. Me refiero en concreto a la sensación de «nosotros y ellos» que están creando en tu cabeza.

—No es así.

—De acuerdo. Estás seguro de que no es así, y tú eres un tipo inteligente y estás dentro, pero yo no puedo decirlo desde fuera. Desde mi punto de vista, parece que los Aspirantes están aislados de sus antiguos amigos antes de pasar las pruebas. Pero aparquemos eso por el momento. —Respiré hondo y dejé de insistir—. Has sido bastante reservado, pero he entendido que crees que hay unas cuantas docenas de vampiros en Denver, ¿verdad?

Esperé a que asintiera antes de continuar.

—No sé cuántos Aspirantes hay, pero supongo que unos veinte. ¿Con unos tres o cuatro de tu nivel, a punto de convertirse en vampiros?

Gruñó y apartó la mirada. Sabía que estaba lo suficientemente cerca, así que continué.

—¿Y este no es un año especial con una cosecha abundante de Aspirantes? ¿Y esto ha estado sucediendo durante un tiempo? —Se estremeció; ahora lo tenía. Sabía a dónde iba. Me detuve y lo esperé.

—Sí —suspiró finalmente—. ¿A dónde van todos los vampiros?

—Creo que ya lo habríamos sabido si los vampiros hubieran sido eliminados en la comunidad —dije—. Así que eso nos deja con tres opciones, a mi entender. Una: los vampiros no viven tanto tiempo como dicen. Dos: algo está matando a los vampiros fuera de la comunidad humana. Tres, y aquí me estoy preocupando de verdad por ti, pasar de Aspirante a vampiro sale mal más a menudo de lo que dicen. Esa puede ser una de las razones por las que aíslan a los Aspirantes de los demás.

—O cuatro: se mudan de ciudad—dijo. Bien. Puede que le haya molestado, pero seguía pensando.

—Vale, cuatro —concedí—. Pero la descripción de la comunidad vampírica que he reconstruido a partir de ti sugiere que ese no es el camino. ¿Por qué no te explican estas cosas?

Olvídate de averiguarlo a través del ejército, quería descubrirlo por mí misma. Era frustrante. Teníamos que mantener nuestra amistad en secreto: no debía hablar con nadie. Intentaba vigilar a los vampiros de Denver sin que se dieran cuenta. Pero así, perdíamos la mejor oportunidad de descubrir las cosas.

La mayor parte de mis conocimientos sobre los vampiros, los había obtenido del coronel mientras me preparaban para ser liberada. Los vampiros no se quemaban a la luz del sol ni se alejaban de los símbolos religiosos. Vivían en comunidades y permanecían ocultos, incluso con su necesidad de sangre humana. Eran los detalles los que se me escapaban. Cosas importantes, como: ¿cuánto tiempo puedes pasar después de ser mordido antes de convertirte? ¿Cómo puedes saber que te estás convirtiendo? Y, ¿hay alguna manera de revertirlo?

—Tienes razón —dijo—. Tienes toda la razón. Creo que obtendré las respuestas antes del último paso. —Rebotó sobre sus dedos de

los pies y comenzó a calentarse. Puede que aún no estuviera preparado para hablar de esto. Tal vez era como yo, y le parecía que correr era una buena manera de reflexionar. Sus labios se curvaron un poco—. Estoy seguro de que responderán a tus preguntas si las haces. Oye, tengo que ir a correr.

Ya había dicho suficiente. No podía vivir su vida por él. Ese viento frío me tocó de nuevo.

—Pase lo que pase, David, estoy aquí para ti como amiga.

Dejó de rebotar y me miró a los ojos.

—Gracias. Sabes que no puedo contarte lo que pasa cuando me reúno con ellos. —Le vi luchar con su conciencia—. Pero anoche llegué allí un poco antes y escuché algo que probablemente no debería haber escuchado: tu nombre.

Levanté las cejas y el corazón me dio un vuelco. *¿Qué demonios?*

—Había una reunión del comité de seguridad...

No pude evitarlo y solté una carcajada, que fue bastante grosera.

—¿Los vampiros tienen comités? Oh, David, ahora sí que me estás haciendo el discurso de marketing completo.

Sonrió con fuerza, pero siguió adelante.

—Vamos, Amber, esto es serio. El comité de seguridad se encarga de cosas como los vampiros que se han vuelto renegados. —Un escalofrío me recorrió la columna vertebral al oír esa palabra, pero él no lo notó. Se pasó los dedos por su pelo negro rizado—. No escuché nada que sugiriera que te consideraran una renegada, solo había cierta preocupación. No debería decirte nada de esto, pero cuando dijiste que pensabas que te estaban vigilando... No me extrañaría que tuvieras razón.

Tenía sentimientos encontrados al respecto. Un problema de seguridad podía ser cualquier cosa. No era como si no hubiera estado esperando algo, en algún momento, como respuesta de la comunidad vampírica a mi fisgoneo. No había nada que pudiera hacer al respecto de forma inmediata, aparte de mantenerme alerta y tener cuidado.

—¿Por eso estás un poco nervioso hoy? —pregunté, y él asintió. No podía permitirse ser visto conmigo si yo era un problema de

seguridad para ellos. Era una posibilidad remota, pero se había jugado mucho personalmente.

—Gracias, David. Te lo agradezco. La próxima vez, el helado corre por mi cuenta —dije. Chocamos los puños y se marchó corriendo de vuelta al parque para hacer su circuito completo, con suerte sin saltar sobre ninguna otra mujer desprevenida.

Nunca tuve un hermano y supongo que David desempeñaba ese papel. Me sentí muy mal por no haberle contado todo lo que me pasaba. Lo necesitaba porque quería información para entender mi condición y tal vez encontrar una cura para ella. Odiaba que necesitara que se convirtiera en un vampiro para ser útil en ese papel.

Al final, deseé que David fuera feliz convirtiéndose, mientras yo misma intentaba evitarlo. Solo esperaba que siguiéramos siendo amigos a pesar de todo.

Pero había un incidente grave que el comité de seguridad de los vampiros podría haber descubierto y que podría arruinar ese escenario: había matado a tres vampiros hace un año.

Mientras hacía algunos estiramientos, dejé que mi mirada recorriera los otros coches. Divisé una cara que reconocí: el *nerd* de Papa Dee's. Tuve que sonreír. No parecía alguien a quien un mafioso contrataría. No lo ignoré, pero no iba a perder el sueño por él.

Después de que fracasaran los primeros intentos de instalarme en un trabajo agradable y seguro como la contabilidad, conseguí convencer al coronel de que me metiera por la vía rápida en el cuerpo de policía. Aquello tenía buena pinta hasta hace un año, cuando tres hombres mataron a un par de policías y tomaron como rehén a una joven, Emily Schumacher. Yo estaba en la zona y capté el olor, literalmente. Era la primera vez que me cruzaba con vampiros desde aquella noche en la selva. Yo había mejorado mucho, evidentemente, o ellos no estaban a la altura. Al final, los tres acabaron muy muertos.

Lo que salió en las noticias fue una invención que convenía al teniente Morales y al coronel Laine, sin ninguna mención mía o de los vampiros. Los cuerpos desaparecieron en los laboratorios del ejército de Laine. Morales fue nombrado capitán. Dejé el cuerpo de

policía. Emily volvió a casa con sus padres. Y su padre me hizo las botas más bonitas del mundo.

Fuera de los focos, el capitán Morales, el coronel Laine y yo tuvimos una larga discusión.

Estuvimos de acuerdo en que tenía que haber una comunidad de vampiros oculta en Denver, pero que, en el curso normal de los acontecimientos, se mantenía en el lado correcto de la ley y los tres vampiros muertos eran renegados. Yo seguiría buscando e informaría de cualquier cosa al ejército. Laine pondría al día a Morales. Estaba de guardia para Morales y si los vampiros infringían la ley, tendría que participar de alguna forma.

Había vivido el último año con la preocupación de que la comunidad vampírica descubriera la verdad sobre los renegados y se mostrara contraria a mis acciones o tuviera demasiado interés en mí. Ahora mi nombre estaba en la boca de un comité de seguridad.

El temor por David también influía bastante en mi preocupación. Dada la posibilidad de peligro para los amigos y la familia, intentaba mantenerme alejada de la gente. Tenía prohibido ver a todos mis viejos amigos del ejército. Veía a mi familia: mi hermana abogada, Kath, y mi madre, Stacy, pero nos habíamos distanciado un poco cuando estaba en el ejército y lo mantuve así por su seguridad. David era mi único amigo nuevo y no solo le estaba mintiendo y espiando, sino que le estaba poniendo en peligro.

En cuanto a los amantes: yo tenía una infección posiblemente incurable, de nivel de seguridad nacional, y los científicos del ejército ni siquiera podían decirme si era contagiosa. Así que, a pesar de las insinuaciones de mamá sobre el matrimonio y los nietos, estaba permanente y frustrantemente «entre» relaciones. Soy una mujer sana con deseos sanos y, perdón por la expresión, sin una puta posibilidad.

Terminé mis estiramientos y mi preocupación con un suspiro y cuando salí, nadie me siguió.

Me detuve en un gimnasio cercano a la oficina, en el que hacía tiempo que se me había acabado la membresía. Mi suerte estaba echada, y Sol estaba en la puerta. Era tan condenadamente guapo que, si no fuera por mis reglas de no tocar, habría disfrutado

cumpliendo todas las sugerencias provocativas con las que le atacaba. Al cabo de diez minutos me dejó entrar para ducharme y cambiarme, mientras él iba a meter la cabeza en agua fría.

Después, pasé por la oficina para comprobar si había algún correo o mensaje de voz importante. En media hora, estaba de vuelta en la I-25 y me dirigía al centro de Denver mientras caía la tarde.

El centro de la ciudad era un terreno de juego completamente nuevo.

Capítulo 6

El chef de Jennifer Kingslund, Troy Huber, vivía en la quinta planta de un edificio nuevo de apartamentos. Estaba entre viejos almacenes que se habían convertido en apartamentos, con clubes y restaurantes repartidos por los alrededores. Era una buena zona. Pero se salía de mi presupuesto, por supuesto. Pasé por delante y me dirigí hacia las calles principales para encontrar un aparcamiento.

Desde que dejé la oficina para venir aquí, había tenido la sensación de que me seguían. Esta era una oportunidad para sacudir los árboles y ver qué caía. No soy muy dada a esperar.

Aparqué y cogí mi mochila. En la calle 16 había mucho movimiento, con toda la gente que se dirigía a casa después del trabajo y el inicio de la hora de la cena en los restaurantes. Todo el mundo se movía y la mitad de ellos lo haría en la misma dirección que yo, lo que podría dificultar la detección de una pista. Operar en las ciudades no era la especialidad de las Operaciones 4-10 y yo había recibido el entrenamiento básico. Cambiar el paso, no buscar el rastro, solo mirar a la gente y esperar a que alguien se destaque.

Estaba refrescando y parecía que habría amenaza de lluvia más tarde, pero los restaurantes con asientos al aire libre estaban bastante llenos. En otro momento, podría haberme sentado a tomar una taza de café y disfrutar viendo el mundo pasar. Denver está bien para eso, pero no recordaba la última vez que me había despreocupado lo suficiente como para darme un capricho.

El apartamento de Troy estaba a un par de manzanas al sur. Me alejé de él y crucé la calle hacia un restaurante de comida para llevar, caminando lentamente y utilizando los escaparates para mirar detrás de mí. Cogí una hamburguesa y me quedé fuera, tomándome mi tiempo mientras hacía malabares con los sobrecitos de salsa y sal, y dando unos cuantos bocados.

Lo vi.

Sin dar ninguna indicación de que lo había visto, tiré el resto de la hamburguesa a un cubo de basura y empecé a caminar de nuevo, de vuelta al otro lado de la calle y hacia el apartamento.

El Sr. Obvio medía alrededor de un metro ochenta, y vestía unos vaqueros de color marrón oscuro y una chaqueta holgada. La chaqueta sería para ocultar su arma. Había subido por la calle detrás mío y me siguió al otro lado, quedándose a un par de tiendas de distancia. Su cabeza se agitó cuando empecé a caminar de nuevo, y me siguió inmediatamente.

Después de pasar la entrada del aparcamiento, giré hacia un callejón lateral, saliéndome de su línea de visión, y me alejé corriendo, dando gracias a las estrellas por mi mochila con mi elegante y gran pistola.

No tenía intención de dejarle atrás, aunque probablemente pudiera, así que me agaché detrás de un contenedor y saqué la Heckler Koch. El seguro se activó y agudicé el oído para escuchar el sonido de sus pasos. ¿Qué llevaba en los pies? ¿Zapatos para correr? ¿Botas? Fue un estúpido error de novato haber dejado pasar eso.

El callejón estaba formado por los altos muros de ladrillo de las oficinas y apartamentos. Se utilizaba para las entregas y los servicios, y estaba salpicado de puertas de acero enrollables. Pocas puertas normales y casi ninguna ventana daban al callejón. Estaba oscuro, y los focos ocasionales sobre las puertas de reparto solo servían para hacer más profundas las sombras. Con todo ese ladrillo sin marcas, debía tener una gran acústica.

Me esforcé por escuchar. En la calle principal se oyó un portazo. Un motor se puso en marcha. Los ruidos del tráfico se filtraron. Entonces alguien cercano gruñó con fuerza, como con dolor. Rodeé el contenedor en cuclillas y empuñé el arma con las dos manos, mirando hacia el callejón.

El Sr. Obvio estaba tendido boca abajo en el suelo, inmóvil, con un brazo roto. Su chaqueta estaba medio arrancada y un par de tipos aún más grandes estaban sobre él. Uno estaba cogiendo su pistola y el otro me miraba desde el callejón. *No eran* policías. Se me erizó la piel y, por vieja costumbre, les di nombres de objetivos. Colmillo 1 y Colmillo 2 me parecieron apropiados. Iban vestidos con trajes negros a juego, por el amor de Dios.

Reprimí la risa histérica que sigue a la descarga de adrenalina. Los diferentes grupos que me seguían se peleaban por mí y los dos

vampiros sobresalían como, bueno, como trajes negros en verano en Denver. A la luz del día habría sido capaz de distinguirlos a medio kilómetro. Solo habían podido encontrarme siguiendo mi rastro.

Caminaron lentamente hacia mí. Colmillo 1 tenía la pistola del Sr. Obvio extendida entre el dedo y el pulgar delante de él. Eso no quiere decir que no tuviera un movimiento hábil para levantarla y disparar en un segundo, pero parecía estar intentando dejar claro que no iba a dispararme. Los dejé venir. Estaba bastante segura de que esos tipos eran representantes de la comunidad local de vampiros y eso me dictaba tratarlos con cierto respeto, a menos que dieran motivos para otra cosa.

A veinte metros, hablé.

—Es suficiente, caballeros.

No había bajado el arma y aunque no apuntaba del todo a ninguno de los dos, estaba lo suficientemente cerca. Se detuvieron. Mi nariz se estremeció con el aroma cobrizo del vampiro, recubierto de algo dulce. ¿Canela?

Sacudí la cabeza hacia el tipo que estaba detrás de ellos.

—Gracias por eso, supongo. ¿Cómo está?

—Inconsciente —dijo Colmillo 1—. Voy a descargar su arma y tirarla a la basura, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza, sin apartar la vista de ninguno de los dos. Lo vi despojarse del cargador lenta y cuidadosamente, limpiar la recámara y arrojar todo al contenedor.

Miraron la HK en mis manos, pero oye, yo no les pedí que tiraran el arma. No iba a dispararles si no estaban armados, aunque no quería que lo supieran.

—A menos que me equivoque —dije lentamente—, acabo de tener el placer de ser salvada por dos de los vampiros más colmilludos de Denver.

No sonrieron. Tal vez el arma había arruinado su sentido del humor. Tal vez la sonrisa de un vampiro que muestra los colmillos significa algo más.

—Vienes con nosotros —dijo Colmillo 2.

—La vieja frase de «es inútil resistirse», ¿eh? —Suspiré—. Caballeros, gracias por su ayuda esta noche. Sin embargo, yo tengo

el arma y no iré con vosotros.

—Vendrás y lo sabes —dijo Colmillo 1 en voz demasiado alta, pero Colmillo 2 lo arruinó al crisparse. Hablo demasiado cuando debería escuchar, pero sé leer un farol.

Subí por el lado del edificio de ladrillos. Lo suficiente para darme altura y confundir a Colmillo 3, que se había acercado sigilosamente por detrás. Di una voltereta hacia atrás sobre su cabeza e intenté darle una patada con mi bota. Era demasiado hollywoodiense y no habría funcionado, pero, de todos modos, Colmillo 3 ya se había movido. Vaya, sí que era rápido. Rápido, pero no lo suficiente como para evitar enredarse con Colmillo 1 y 2, que habían llegado como un par de *dobermans*.

Aterricé desequilibrada, lo que les dio tiempo a volverse contra mí. Al primero le di un puñetazo en la mandíbula y se echó hacia atrás, gruñendo de sorpresa. Lo golpeé con la mano izquierda porque con la derecha mantenía mis opciones abiertas con la HK, pero soy fuerte con ambas manos. El segundo trajeado arremetió contra mí y me dio medio golpe en las costillas, haciéndome gruñir a su vez. Le pegué en la cara con la HK, pero un tercer y doloroso puñetazo desde el otro lado me alcanzó la mandíbula y vi las estrellas.

Si no funciona, haz algo diferente, me habría dicho Top. Retrocedí para liberarme y volví a subir la HK.

—Usaré esto si es necesario —dije, apuntando a la cara de Colmillo 1, y se frenaron—. Vamos a dejarlo en empate, chicos. Retroceded y dejadme en paz.

Por desgracia, eso tampoco iba a funcionar. O no me creían o no les importaba, lo cual era realmente aterrador. Colmillo 3 comenzó a bordear hacia un lado y en unos momentos se dispersarían y no podía manejarlos así. Tenía que encontrar la manera de que se acercaran a mí de uno en uno.

Me di la vuelta y corrí por el callejón hacia la penumbra. Suponiendo que hubieran estado juntos al principio, si Colmillo 3 había entrado tan rápido detrás de mí, también había una forma de salir rápidamente. Apuesto a que una de las pocas puertas que salían del callejón conducía a un edificio que estaba en obras. Podía oírlos correr justo detrás mío. Tuve la horrible sensación de que

podrían haber corrido mucho más rápido si hubieran querido y lo único que hacían era espolearme. Eso significaría que había otro traje negro más adelante en alguna parte. En cuanto lo pensé, lo vi aparecer por la esquina del fondo, silueteado por las luces de la calle. Empezó a correr hacia mí. Otra opción que se esfumaba.

Una de las puertas que daban al callejón parecía no estar del todo cerrada y la golpeé con el hombro. Se abrió de golpe y pasé. Tenía razón, este viejo almacén se estaba trasformando en nuevos apartamentos. Los tabiques se apilaban contra las paredes y el suelo estaba lleno de cajas de azulejos y cemento. Esta tenía que ser la forma en que Colmillo 3 había entrado hasta colocarse detrás mío. Era mucho después del horario de trabajo y debía de haber desactivado la alarma, así que no podía esperar ninguna ayuda. Conseguí cerrar la puerta y deslizar el cerrojo hasta el final justo cuando el primer traje negro se estrellaba contra ella. La puerta era un accesorio temporal de madera contrachapada y los aguantaría un tiempo, pero no había nada más para asegurarla, aparte de un banco, que empujé contra ella.

Corrí hacia el interior del oscuro edificio y subí las escaleras al mismo tiempo que un pie atravesaba la puerta de una patada. Una mano le siguió y empezó a buscar el cerrojo. Nota mental: evitar que estos tipos me pateen a fondo.

Estaba subiendo los escalones de cuatro en cuatro cuando oí que la puerta se abría con fuerza, arrastrando el banco por el suelo. Llegué al tercer piso antes de ver lo que necesitaba, unos palos de madera maciza. Cogí uno de un metro y medio de largo y otro corto y llegué al siguiente piso, comprobando el hueco de la escalera. Pude ver los cuatro trajes negros, sombras que se movían en las escaleras, mostradas por barras de luz que brillaban a través de las ventanas de la calle. Reinaba un silencio espeluznante, excepto por el jadeo y el golpeteo de sus zapatos sobre los peldaños de madera desnudos.

Al menos jadeaban. Eso sugería que podían cansarse.

La HK volvía a estar en la mochila cuando empezaron a subir el último tramo. Me quedé a la vista, sosteniendo el largo palo de madera en posición vertical a un lado, como un estandarte militar,

con ambas manos sobre él, mi peso sobre la pierna trasera. Estaba en un pasillo. Intenté parecer segura y como si supiera lo que estaba haciendo, pero mi corazón latía con fuerza y tenía la boca seca. No tenía ni idea de lo que había que hacer para persuadir a un vampiro de que se detuviera, ni de lo que había que hacer para noquear a uno. Todo lo que había hecho antes era matarlos, lo cual era una opción de último recurso ahora.

Verme esperar les hizo aminorar la marcha: primer error. Vinieron directamente hacia mí: segundo error. Vinieron en fila, de uno en uno: tercero y error fatal. Deberían haber aprovechado su fuerza numérica para abalanzarse sobre mí desde distintas direcciones.

Al primero, la madera cortada que había quedado sobre mi pie delantero, le dio en la cara. Aunque no había peligro, reaccionó y se llevó las manos a la cara, dejando su dorso desprotegido. Le golpeé fuertemente en el estómago con el extremo del palo largo, lo bastante fuerte como para impulsarlo hacia atrás contra los demás. Esperaba que no fuera tan fuerte como para romperle los órganos internos. Realmente, no quería que los vampiros tuvieran más razones para venir a por mí.

Al retroceder vi unos inconfundibles colmillos de vampiro en su boca abierta.

El número dos recibió el lado del poste en la barbilla mientras estaba enredado con el número uno y cayó con la mandíbula rota.

El número tres consiguió golpearme de nuevo en la cara mientras le lanzaba de nuevo por las escaleras, pero se llevó mi palo con él y no tuve tiempo de conseguir otro antes del siguiente.

Colmillo 3 fue el cuarto en cruzar la puerta. Era un estudiante de Kung Fu, y muy bueno. Su implacable ataque de puñetazos giratorios y bruscos empezó a atravesar rápidamente mis defensas. Dejé que algunos aterrizaran, bloqueándolos solo parcialmente, para estar en mejor posición para devolver los golpes. Parecía que podía ignorar los golpes que le propinaba al cuerpo y mantenía la cabeza bien protegida. Estaba en problemas, con mucho dolor, y me estaba cansando más rápidamente que él. Solo tenía que seguir así y yo estaba acabada.

Entonces intentó un *golpe de efecto* al estilo de las películas.

Su hermosa y elegante patada pasó por encima de mi cabeza cuando me agaché. Mi puño, poco grácil, se dirigió con fuerza hacia su entrepierna y le golpeé. Se estrelló contra el suelo, doblado y haciendo ruidos como un cachorro enfermo. ¡Buenas noticias! Al menos una de las principales desventajas de ser un hombre se había trasladado también a los vampiros.

El número uno intentó volver a levantarse. *Diez de diez por el esfuerzo, chico, pero no cuando apenas puedes respirar.* Lo golpeé con cansancio y se desplomó de nuevo.

El número dos seguía fuera de sí, gimiendo y retorciéndose en el suelo. Parecía tener una mandíbula rota y una conmoción cerebral. Bajé corriendo las escaleras.

El número tres tenía una pierna rota y me imaginé que también debía tener una conmoción cerebral después de caer por las escaleras. Estaba tumbado muy quieto. Era Colmillo 1. Como acto reflejo, comprobé el pulso en su garganta, lo que supongo que puede parecer algo extraño en un vampiro. En cualquier caso, tenía una especie de pulso y sus ojos parpadeaban abiertos.

Di un paso atrás.

—La próxima vez, una tarjeta de invitación sería mejor —dije—. Así no hará tanto daño cuando la rechace. —No estaba segura de que me estuviera entendiendo lo suficientemente bien como para asimilarlo. De todos modos, no se rio. Bajé corriendo las escaleras que quedaban y salí del edificio.

Había un grupo de personas reunidas en torno al Sr. Obvio, una de ellas hablando por el móvil. Me dirigí hacia el otro lado, tratando de caminar como si no tuviera nada que ver conmigo.

Al final, doblé la esquina para perder de vista el callejón y me apoyé en una pared.

Todavía jadeaba y tenía un nuevo conjunto de dolores y magulladuras, pero estaba en mejor forma que cualquiera de ellos. Había conseguido vencer a un grupo de cuatro vampiros y alcé el puño con alegría. Sí. Eran más rápidos y fuertes que yo, pero solo habían aprendido a luchar. Yo había ido a una escuela más dura y había aprendido a *ganar*.

El pensamiento sobrio se impuso rápidamente. Esto no había resuelto nada. No marcaba el final de las intenciones de ninguno de los grupos. Estaba bastante segura de que ninguno de los dos grupos sabría qué estaba haciendo en LoDo. El mejor lugar para mí en este momento debía ser el apartamento de Troy Huber. Estaba a la vuelta de la esquina. Me tranquilicé y caminé hacia allí lentamente, una persona más en la noche. Casi.

Capítulo 7

Cuando llegué a la puerta del vestíbulo del edificio del apartamento de Troy mi respiración había vuelto a la normalidad, pero abrí la puerta con los dedos todavía temblorosos por los efectos de la adrenalina. Observé la cámara de seguridad mientras me dirigía al ascensor y subía a la quinta planta. Saqué unos guantes de látex de mi equipo y me los puse.

Con una mano en la mochila, sujetando la HK, me introduje en el apartamento 503. Estaba oscuro.

—¿Troy? —llamé mientras encendía las luces, con la pequeña posibilidad de que hubiera vuelto, pero el lugar tenía una sensación de vacío y no hubo respuesta. Cerré la puerta detrás de mí.

Dejé caer la mochila, me hundí junto a la puerta y dejé escapar un largo suspiro. Extrañamente, ahora me sentía mucho mejor. Era como cuando estaba en el ejército. Siempre me estresaba antes de una operación, pero una vez que empezaba, iba donde debía.

Tenía que esperar que ambos grupos lo intentaran de nuevo.

El jefe del crimen conseguiría un reemplazo para el Sr. Obvio y tal vez el reemplazo sería mejor en el trabajo, o usaría un rifle de francotirador o lo que sea. Tenía que tomar la iniciativa en eso. Si podía averiguar quién era el jefe, el campo de juego sería más equilibrado. Incluso podría conseguir que la policía hiciera su trabajo, si encontraba alguna prueba contundente. Tendría que ponerme con eso mañana.

Los vampiros vendrían de nuevo. Era reconfortante que hubieran puesto tanto empeño en capturarme, en lugar de matarme. Si las cosas se intensificaban, entonces tendría que llamar al coronel. No se me ocurría ninguna forma de precipitar las cosas o de averiguar más sobre ellos de forma rápida, así que de momento tocaba esperar y ver cómo evolucionaba todo, por mucho que me disgustara esa opción.

Archivé todo eso mentalmente, necesitaba trabajar para pagar el alquiler, que era la razón por la que estaba aquí para empezar. Cogí

un par de botines de plástico de mi equipo y me los puse por encima de las botas. Qué sexy.

Me quedé quieta en medio del piso y observé la habitación. El apartamento daba al arroyo en dirección a Elitch Park. Un buen espacio habitable con paredes de color crema pálido y muebles de madera de calidad fue mi primera impresión, seguida inmediatamente por la de *demasiado ordenado*. Troy era un soltero muy ordenado. O tenía una asistenta. O alguien había limpiado a fondo.

Había dos dormitorios fuera de la sala de estar, un dormitorio principal con la misma vista del parque y un segundo dormitorio para un enano agorafóbico. Empecé por ahí. Troy era un ávido ciclista y guardaba su elegante bicicleta de carreras en el segundo dormitorio sobre una lámina de plástico azul, junto con una pared de fotos de eventos de carreras ciclistas por todo Colorado. El pequeño tocador de pino contenía un revoltijo de equipos de bicicleta de colores brillantes. Nada parecía estar fuera de lugar.

El dormitorio principal no estaba más iluminado. La cama estaba bien hecha, pero solo con sábanas. La ropa colgaba en el armario, con un aspecto desolador. Me di cuenta de que las chaquetas y los pantalones estaban desparejados y los zapatos estaban tirados en el fondo.

—No eres tan limpio aquí, Troy —murmuré.

Las estanterías sobre la barra de la ropa estaban ocupadas por un par de maletas, ambas vacías. Cogí una silla y comprobé si había algo que sugiriera que faltaba otra maleta, como una marca de polvo, pero no lo había. Había algunas sábanas de repuesto en una bolsa de plástico, pero ningún edredón de cama.

Junto a la cama había una pila de revistas: una revista de la empresa en la que aparecían Troy y Golden Harvest, algunas revistas de ciclismo y de cocina, y algunas de temática general.

Su maquinilla de afeitar, su cepillo de dientes y su pasta de dientes estaban en el baño. Si se había ido de viaje sin decírselo a nadie, no había utilizado sus maletas y no se había llevado las cosas que cabría esperar.

La cocina parecía bien utilizada. Todo había sido lavado y guardado. En el frigorífico, la lechuga medio marchita yacía junto a un cartón de leche con fecha de caducidad del fin de semana.

Me volví hacia la sala de estar y me fijé en un par de fotografías enmarcadas, ambas de Jennifer Kingslund: una con Troy fuera del Golden Harvest y otra de ella sola.

Un periódico local estaba sobre la mesa, abierto en la página con una foto de Troy recibiendo un premio por ganar una carrera de bicicletas. Comprobé la fecha: la semana pasada. Llevaba una camiseta y unos pantalones cortos característicos con un gran dibujo de rombos amarillos y negros. Era tan distintivo que me hizo volver a la segunda habitación y revisar la ropa de ciclismo. El conjunto no estaba allí.

Volví a caminar. Toda la sala de estar olía a limpio. Pero no de una forma agradable, sino de una forma estéril y blanqueada. Me puse de rodillas, maldiciendo los dolores y los moratones, y olfateé la alfombra. Junto a la mesa de centro, alguien la había lavado con lejía. Tenía un tono más claro y el olor era muy fuerte.

Apartando las cosas de la parte superior, levanté la mesa de café. En la parte inferior del pie había lo que parecía sangre seca, como si se hubiera filtrado un poco por debajo antes de lavar la alfombra.

Eso fue suficiente para mí. Me levanté de nuevo y cogí el móvil. Ella contestó enseguida.

—Jen, soy Amber, ¿puedes hablar?

—Un momento, por favor. —Pude oír algunos ruidos de fondo mientras terminaba una conversación, y luego volvió a entrar. Volvía a estar en modo mujer de negocios, a pesar de lo tarde que era.

—Te escucho —dijo.

—Estoy en el apartamento de Troy. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—Adelante.

—Dijiste que no fue a trabajar durante el fin de semana. ¿Cuándo fue la última vez que tú o tu personal lo visteis?

—Terminó de trabajar el viernes sobre las 23:30. Lo comprobé con el personal del restaurante. Eso es lo último que sé.

—¿Sabes si tiene un servicio de limpieza que venga a su casa?

—Es un apartamento de la empresa, Amber. Pagamos un servicio de limpieza para que vaya los viernes. —Ahh. Por eso tenía las llaves. Eso tachaba una pregunta de la lista, pero todavía iba a tener que hacerle algunas preguntas personales.

—¿Lo conoces lo suficientemente bien como para decir si es una persona ordenada?

—¿Troy? No. Nos veíamos en su casa de vez en cuando. No estaba sucia ni nada, pero tampoco estaba limpia. Típico de un soltero.

—Jen, puede que encuentres esto intrusivo, pero tengo que preguntar. ¿Hay algo entre tú y Troy a nivel personal?

—¿Te refieres a ser amantes? No. No es mi tipo y, de todos modos, no es una buena idea en los tiempos que corren.

—Bien, Jen, esta es mi lectura, en el peor de los casos. Estaba vestido para ir en bicicleta, a punto de salir o acababa de volver. Falta parte de su ropa de ciclista, pero la bicicleta está aquí. O alguien que conocía vino, o alguien muy bueno entró sin dañar la puerta, y esperó a que volviera. Hubo un forcejeo, se derramó algo de sangre. Alguien lavó la alfombra con lejía. Lo sacaron, envuelto en su edredón o colcha.

Esperé, pero Jennifer no dijo nada, aunque había oído su aliento mientras yo hablaba. Continué.

—Pero también puedo leer esto de una manera completamente diferente. No le gustan las colchas en la cama. Derramó un poco de vino tinto y lo limpió. Salió a correr en lugar de ir en bicicleta. Le atropelló un coche y está en un hospital.

—No. Ya hice que mi asistente revisara todos los hospitales —dijo Jennifer—. Nada.

—Ese es un buen trabajo. Jen, si esto es una escena del crimen, cuanto más tiempo dejemos pasar, menos probable es que la policía pueda hacer algo. Por ejemplo, hay una cámara de seguridad en el vestíbulo. La policía tardará en hacerse con las grabaciones. Hay que interrogar a los vecinos, y serán mucho más cooperativos con la policía. *No sé* si ha habido un crimen aquí, pero te aconsejo que llames a la policía esta noche.

—¿Se lo tomarán en serio, Amber? ¿Harán algo lo suficientemente rápido?

—Una petición tuya a la policía va a tener cierto peso, pero voy a ser sincera, es difícil que dediquen tiempo a una persona desaparecida cuando tienen violaciones y asesinatos de los que ocuparse. —Pensé rápidamente—. No soy suficiente para hacerlo todo, pero ¿qué tal si traigo a otra agencia de detectives para que haga una comprobación de la desaparición de Troy? Puedo informarles y mantenerlo muy separado de todo lo demás, así que no debería haber ningún problema de confidencialidad. Puede que lo encuentren, o que encuentren algunas pistas sobre lo ocurrido que hagan que la policía se concentre más en ello.

Se lo pensó un poco. Me la imaginaba sentada en su sillón de ejecutiva en su lujoso despacho, y me preguntaba qué engranajes estarían girando en su mente: cuánto iba a costar esto o con qué rapidez se podría encontrar a Troy.

—De acuerdo, Amber —dijo—. Seguiré con eso. ¿Qué tengo que hacer?

—Ven aquí. Haz la llamada desde el apartamento, haz que la policía venga a ti.

—Voy en camino. —Colgó.

Hojeé mis contactos y marqué. La voz con acento de Georgia que contestó era maravillosamente profunda y cascajosa, como las suaves rocas de un río que rechinan entre sí. Ya habíamos trabajado juntos y lo mantendría en mi lista de contactos solo para que me echaran esa melaza al oído de vez en cuando.

—¡Víctor! ¿Cómo va, Sr. G?

—Bastante bien, Amber. ¿Qué haces llamándome mientras estoy fuera del trabajo y descansando en casa?

Me reí.

—Nunca estás fuera del trabajo. ¿Y sabes ese pequeño botón en la parte superior de tu móvil? Sirve para apagarlo.

—Engreída como siempre. ¿Qué necesitas, chica?

Víctor Gayle dirigía el mayor bufete de detectives de la ciudad. Su especialidad era más bien la seguridad y los guardaespaldas, pero también calificaba a su equipo de buenos investigadores.

—Necesito una investigación de personas desaparecidas, Vic.

—Oh, ¿quieres que descubra por qué no tienes clientes?

—Ja, ja, muy gracioso, hombretón. —Sonreí de todos modos—. No. Estoy trabajando en una investigación relacionada y no puedo cubrir esto en detalle. La policía va a participar, pero no creo que lo traten con la suficiente seriedad a menos que aparezcan más pruebas. O alternativamente, encontramos al tipo y podemos cerrar esta parte del caso.

Expliqué rápidamente los datos que tenía de Troy y lo que había encontrado o no en el apartamento. Me di cuenta de que Víctor tenía curiosidad por saber cómo se relacionaba esto con mi caso, pero no se entrometió. Dijo que me enviaría por correo electrónico un recapitulativo de sus condiciones y prometió poner a alguien a trabajar en ello por la mañana.

Poco después de colgar, sonó el timbre de la puerta del vestíbulo. Comprobé la imagen —Jennifer y su chófer— y les dejé entrar en el edificio. Convendría comprobar si el sistema de videoportero también almacenaba imágenes. Abrí la puerta del apartamento.

—¡Amber! —Jennifer entró por la puerta y me miró, horrorizada. No había olvidado la pelea, pero sí había olvidado que mostraría signos de ella. Los moretones no habían madurado aún, pero mi barbilla estaba en carne viva y raspada y mi labio estaba partido.

—Ah, sí. —Me froté suavemente la cara—. Tomé un atajo por un callejón de camino aquí y un par de tipos me atacaron. No es nada.

Me miró fijamente.

—Casi nada.

Me encogí de hombros y, tras advertirles que no tocaran nada, la guie y le mostré los detalles que había visto y las conclusiones que había sacado. Le devolví las llaves junto con la información de contacto de Víctor.

—Es hora de llamar a la policía, Jen. Y es hora de que me vaya. La policía puede verme en las grabaciones de seguridad y si te preguntan por ello, tendrás que decir que estoy investigando. Hasta entonces, diles que acabas de llegar y que te preocupan las cosas que te he señalado.

Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro mientras sacaba el móvil.

Su llamada se conectó y dijo alegremente:

—¡José, hola! Soy Jen.

Parpadeé dos veces. Seguramente no estaba llamando al capitán Morales.

—Sí, estoy bien —dijo ella—. Siento mucho molestarte a estas horas, sé lo mucho que trabajas, pero es que no sé a quién más acudir. Ya me has ayudado y esperaba que pudieras ayudarme un poco más. Estoy muy preocupada.

Era difícil no reírse. Sabía que el capitán Morales estaba felizmente casado, pero eso no era una defensa contra este tipo de ataque de Jennifer. Y mostraba una buena reflexión por su parte. Si lograba convencer a Morales de que enviara un coche patrulla, lo tratarían con más seriedad que si lo hiciera el sargento de guardia.

En otra ocasión, tendría que averiguar cómo conocía a Morales. Me despedí y me fui.

Capítulo 8

De vuelta al aparcamiento, me acerqué a mi coche con precaución, pero no había nadie esperándome. Me dirigí de nuevo a casa, a Aurora, a través del tráfico nocturno.

Incluso lo barato es caro para mí. Aurora formaba parte de Denver, pero era una ciudad en sí, con sus partes buenas y malas. Yo vivía en una habitación en el lateral de una casa en la parte más barata de Aurora. Me venía bien. Había una pequeña cocina, un baño diminuto, una cama y un lugar para guardar algunas de mis cosas. El resto estaba en un almacén.

El único inconveniente era que la puerta de mi habitación daba al porche, y la señora Desiarto se encontraba allí sin ninguna duda cada noche. Era una madre italiana a la antigua usanza transportada a los suburbios de Denver. En un pueblo italiano, habría tenido mucha gente con la que hablar. Ahora que sus hijos habían huido del nido, solo me tenía a mí. Sospechaba que el alquiler también lo reflejaba y trataba de sentarme a hablar con ella algunas noches.

Por muy tarde que llegara a casa, siempre estaba allí, sentada en su mecedora con su bastón. Decía que no podía dormir por el dolor de sus caderas.

Cuando me acerqué, di gracias porque estaba oscuro y ella no podría verme la cara.

—Amber, has estado trabajando hasta tarde otra vez.

—Quizá haya salido con un novio, esta vez —respondí, apoyándome en un poste.

Se rio, lo cual era un poco injusto. No era tan improbable, tampoco.

—No tienes novios, Amber. Los ahuyentas. Mírate. No podría arrancarte ni una pizca de carne. No es natural.

—Lo es para mí, señora Desiarto. —Suspiré—. Pero tiene razón, he estado trabajando y aún no he acabado.

—Un hombre pensaría que está acostado en un lecho de piedras contigo. Necesitas comer decentemente, tomártelo con calma.

Búscate un hombre. Tienes que pensar en formar una familia, ya sabes.

Hice un movimiento hacia mi puerta. Si le seguía la corriente, me explicaría su historia de cómo había conocido a su marido y la forma inteligente en que lo había atrapado. Si no me iba ahora, estaría aquí mucho tiempo.

—Lo siento, Sra. Desiarto, tal vez en otra ocasión. Buenas noches.

Me escapé y me metí en la oscura calidez de mi habitación. Permanecí en la oscuridad unos instantes antes de encender la luz, y solo entonces saqué la mano de la mochila donde había estado sujetando la pistola.

Tiré todo sobre la cama, me senté y escribí el informe del día en mi portátil. Envié por correo electrónico a Jennifer una breve reseña sobre mi visita al apartamento de Troy junto con mis sospechas y recomendaciones, aunque ya habíamos hablado.

Miré el reloj y me estremecí: otra noche tardía. No me gustaba la idea de mirar las cuentas a estas horas, así que en su lugar busqué en la memoria USB las grabaciones de seguridad de Silver Hills.

Era una película en blanco y negro con cámara de circuito cerrado y lapso de tiempo. La cámara y las luces probablemente estaban conectadas a un sensor de movimiento y a un temporizador. Comenzaba con un par de fotogramas que mostraban una zona con excavadoras y contenedores de almacenamiento, con luz natural y largas sombras. No ocurría nada. El reloj de la parte inferior mostraba el inicio de la noche. A continuación, hay un par de fotogramas en los que el temporizador se dispara y las luces se encienden brevemente para dejar constancia de que no está ocurriendo nada. El temporizador indicaba las 9:30.

Lo que apareció a continuación me hizo sentarme de golpe.

Entre la iluminación de seguridad direccional y las limitaciones de una cámara de seguridad en blanco y negro, esto no iba a ganar premios al detalle, pero el sensor de movimiento se disparó y la cámara pasó a vídeo completo, captando lo que parecía una manada de lobos pululando por el lugar. Congelé la reproducción, retrocedí un par de fotogramas y miré durante un buen rato. Estaba borroso, pero no buscaba ver detalles.

El equipo de trabajo había utilizado contenedores de transporte para almacenar el material durante las horas de descanso, una alternativa bastante común para la seguridad de cualquier obra. Un contenedor de transporte es relativamente barato y cabe en un camión. Es robusto y seguro, y tiene unos dos metros de altura. Un lobo mide un metro hasta el hombro. O bien el lobo que estaba viendo junto al contenedor de transporte medía más de un metro y medio o había algún truco de perspectiva que no podía entender. Los otros eran igual de grandes.

Finalmente, dejé que se reprodujera de nuevo. Solo duró unos segundos más antes de que la pantalla se pusiera en negro y el clip terminara. El temporizador estaba en 9:53.

Volví a la parte anterior y la congelé. Había un indicio de algo parecido a una piedra que se dirigía al objetivo de la cámara. Un buen truco para un lobo, lanzar piedras.

Volví a ver fotograma a fotograma y llegué a la segunda imagen sorprendente. Durante dos fotogramas, en la esquina superior derecha, lo que parecían piernas humanas desnudas pasaban al límite de la iluminación de las luces de seguridad. Era como si alguien hubiera corrido por el lugar pensando que estaba fuera del alcance de la cámara. Desnudo. En medio de una manada de lobos enormes.

Lo apagué. No es de extrañar que Jennifer haya tenido problemas para hablar de esto.

Era imposible que se tratara de una manada de lobos ordinarios con una persona a mano para lanzar piedras. Desde que me mordió un vampiro, la idea de que hubiera otras cosas raras por ahí me parecía mucho más probable. Esto me puso los pelos de punta.

Tendría que visitar la escena. Necesitaba hablar con Jennifer al respecto, pero ya era demasiado tarde esta noche. Le envié otro correo electrónico diciendo que quería ver el lugar lo antes posible.

Pensando seriamente en lo que estaba pasando, con la amenaza de los jefes del crimen y los vampiros, me daba cuenta de que tendría que evitar dormir aquí, en casa de la señora Desiarto. No quería ningún daño colateral si me atacaban. Tal vez podría dormir

en la oficina o en mi coche, pero no esta noche. Me dolía todo el cuerpo y me había acostado tarde anoche.

Recogí mi equipo, me duché y me fui a la cama, asegurándome de que la HK estuviera al alcance de mi mano. Esa noche no sirvió de mucho.

Este sueño ya lo había tenido antes.

Estoy flotando en el agua, mirando a un cielo azul brillante. Cada vez soy más pesada, me hundo. El agua se cierra sobre mí. El cielo se ondula, se distorsiona. Respiro agua, no me ahogo, pero tampoco recibo oxígeno. Es demasiado tarde para luchar. Me he quedado sin opciones. Solo tengo que rendirme y estaré en paz. Es muy fácil. Un par de minutos y puedo descansar en la fresca oscuridad. No más esfuerzo. No más miedo. Mejor así.

Me incorporé de golpe en la cama, con los pulmones agitados y empapados de sudor.

Una noche más en la zona Amber.

Capítulo 9

MIÉRCOLES

Me he levantado temprano para saludar al amanecer, porque algún día puede haber una mañana en la que no pueda. Hoy valía la pena recordar lo que podía perder. Esa celda de aislamiento del ejército no tenía ventanas. Esta tarde tendré que convencer al coronel.

Me miré rápidamente en el espejo y los moratones de ayer ocultaban algunos de los del día anterior. Mis labios estaban un poco más inflados por un lado, pero medio labio con picaduras de abejas no parece lo mismo. Suspiré.

Al menos, las tensiones y los esguinces se habían curado. Claro que el cuerpo estaba un poco maltrecho en ese momento, pero era fuerte y sana. Todo ese ejercicio me daba una complexión de corredora delgada. Los genes de mi bisabuela Arapaho se manifestaban en el tono bronceado de mi piel y en una nariz más afilada de lo que se consideraría atractiva. El lado celta salía a relucir en el pelo castaño y los ojos verdes. No había mucho en el perchero, pero como la señora Desiarto señaló en nuestra última conversación, no había nadie más que yo para apreciar la vista en ese momento.

Pero, ¿bajo la piel? Me incliné más hacia el espejo, observando el rostro que me miraba.

¿Así es como se ve un vampiro?

Me puse los vaqueros y elegí una camisa de hombre para variar. El cuello alto ocultaría algunos de los moratones del cuello. Llené un par de bolsas con ropa para guardarla en la parte trasera del coche y me llevé las últimas frutas para comerlas por el camino.

Ya en la oficina, saqué el archivo de Crate & Freight y anoté la dirección de Windler. Según las noticias, todavía no había sido detenido. Quería ver si había alguna pista sobre quién era el jefe de la droga y la casa de Windler era un lugar tan bueno para empezar como cualquier otro. Exactamente cómo iba a cuadrar esto con Morales no era una prioridad ahora.

Luego empecé a revisar los archivos financieros de Jen, empezando por el nivel superior y comprobando que todo cuadraba y se cruzaba, tomando notas para volver a ellas.

Oí a Tullah entrar a las nueve y enseguida asomó la cabeza por la puerta.

—Toc, toc. —Estaba sonriendo.

—Entra, Tullah.

Me deslizó un café para llevar a través de la mesa.

—Despierta y huele el… ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado, Amber? —dijo.

—Oh, no. ¿Se me ha corrido rímel?

—¡Amber! No es gracioso, te han golpeado de nuevo.

—Sí —dije—. Tomé un atajo por un callejón y me atacaron. Lo estarán lamentando más que yo.

—¿Te atacaron en un callejón anoche? Vaya, después de un par de esos, podrías empezar a pensar que los callejones son lugares peligrosos que debes evitar después del atardecer.

Resoplé. Los jóvenes confían demasiado en el sarcasmo.

—Bueno —buscó en un bolsillo—, es un poco tarde para lo de anoche, pero mamá me dijo que te diera esto.

Dejó caer una pulsera en mi mano. Era preciosa, hecha con líneas de pequeñas cuentas de piedra de diferentes tipos y colores y cerrada con un broche de oro.

—¡Es precioso! Gracias. O mejor dale las gracias a tu madre. ¿Para qué es? —Volví a mirar a Tullah.

—Es un amuleto de protección. —Ella puso los ojos en blanco—. Oh, lo sé, no es como si necesitaras protección.

Sonreí.

—No es lo que quería decir, Tullah. Me refería a que por qué me regala algo tan bonito. No es mi cumpleaños ni nada parecido. Pero bueno, hablemos primero de la pulsera. ¿Me va a proteger del mal o algo así?

Tullah respondió con más seriedad de la que esperaba.

—En realidad, la magia no funciona exactamente así. Es un poco difícil definir el bien y el mal en un hechizo, pero te avisará si alguien cercano pretende hacerte daño. Te dará un cosquilleo.

Yo creía en los vampiros, obviamente. Estaba empezando a creer en los hombres lobo después de la última noche. Pero tenía problemas para creer en una pulsera que desvelaba las intenciones de la gente.

—Sé que a tu madre le gusta eso. No sabía que a ti también. —Levanté las cejas al verla. Era una chica sencilla de Denver que estudiaba en la universidad. ¿También creía en estas cosas?

—Un poco —dijo ella con neutralidad—. Vamos, póntela.

Me la puse en la muñeca y cerré el broche. Me gustó mucho el aspecto que tenía en el brazo.

—El patrón es un ojo de lobo —dijo—. El lobo es tu animal espiritual.

Después de las imágenes de seguridad de la noche anterior, eso me dio una pequeña emoción.

—Bueno, se lo agradeceré yo misma cuando la vea la próxima vez. Pero volviendo a mi pregunta original. ¿Por qué me ofrece esto ahora?

—Le gustas, ¿vale? Y tal vez piense que lo necesitas. —Hizo una pausa—. Ni siquiera intentes pensar en pagarle; eso sería demasiado gafe.

Mi móvil pitó y lo comprobé. Tenía un mensaje de texto de David:

¿¡WTF!? Urgente. Cafetería. 30m.

Capítulo 10

Solo había una cafetería donde nos reuníamos, First Base, a una manzana del parque del Centro Cívico. Era tranquila, con mesas anticuadas que nos convenían, y clientes habituales que hacían que las caras desconocidas destacaran. Un gran espejo recorría la parte trasera, dándonos una visión de la gente que entraba y salía. First Base tuesta y muele sus propios granos, por lo que el lugar olía y sonaba como debería hacerlo una cafetería.

Eran poco más de las diez cuando me senté en la mesa frente a David. Él ya había pedido su café. Vestido para trabajar en su compañía de seguros, tenía un aspecto mucho más elegante que mi amigo corredor y sparring, y tuve que contenerme para no estirar la mano y despeinarle el pelo.

David miró sombríamente mi cara y mis labios.

—Ese morado no fue por mi golpe, ¿verdad? —Miró hacia abajo—. Creo que sé cómo te lo hiciste.

—Sí. —Traté de mantener mi tono ligero—. Cuatro tipos con traje intentaron secuestrarme en LoDo ayer por la noche. La cosa se puso fea. ¿Qué sabes de eso?

David negó con la cabeza.

—Poca cosa, pero el lugar se volvió loco anoche cuando trajeron a esos tipos. ¿Qué está pasando, Amber?

—Esperaba que pudieras decírmelo.

—Maldita sea, Amber, no lo sé. Hace un par de días, yo iba a toda máquina. Me has entrenado con las pruebas físicas más duras de mi vida y todo lo que obtuviste a cambio fueron algunos detalles sobre tu estado. —No le gustaba que lo llamara infección—. ¿Qué importaba si hablaba contigo y eso iba contra las reglas? Entonces no parecía un gran problema.

Un par de abogados del bufete de enfrente pasaron por delante de nuestra mesa con café y pasteles. David esperó a que se alejaran.

—Ahora, tú eres la noticia principal. Anoche te cargaste a cuatro tipos y el comité de seguridad se va a cebar contigo. Van a estar

sobre mí también, si descubren que he estado hablando contigo. Se toman el secreto muy en serio. Lo resaltaron bastante durante toda la noche. Incluso puede que me detengan en el último paso por esto.

Le tendí la mano. No se inmutó cuando mis dedos se deslizaron sobre su garganta y me confirmaron lo que había estado casi oculto a mi nariz por los olores del café. David había sido mordido de nuevo anoche. Solo quedaban un par de pequeñas protuberancias donde la piel se estaba reparando y un sutil aumento del olor a vampiro. Un temblor me recorrió el brazo y lo oculté juntando las manos y apoyándome en ellas.

—¿Tercer mordisco? —dije, y él asintió—. Ese es el último paso, ¿no?

—El inicio del último paso —dijo en voz baja—. Y no hay garantía de que acabe bien para mí si creen que soy un lastre. —Hizo una pausa—. Amber, por lo que he oído, anoche solo pretendía ser una conversación.

—¿Lo sabes? ¿Seguro? Para mí, cuatro tipos con traje significan el tipo de discusión que implica estar atada y con los ojos vendados en una habitación insonorizada. Dices que no son así, pero no lo sabes, David. Dices que les gusta el secretismo, pero no sabes lo que significa. Imagínate lo difícil que es para mí saberlo.

Frunció el ceño ante su bebida.

—Tienes razón en que no están tratando esto como yo esperaría. Entonces, ¿qué es lo que no sé? ¿A quién estoy malinterpretando, a ellos o a ti?

—No lo sé. —Me froté la cara y tomé una decisión que había pospuesto demasiado tiempo. Extendí la mano y le agarré una de las suyas—. Mira, David, no estoy segura de poder responder a tus preguntas, pero tengo que contarte algunas cosas. Escúchame. Rezo para que no cambie nada entre nosotros.

Le miré a los ojos. ¿Qué vi realmente: confianza? Desconfianza, seguro. ¿Estaba a punto de perder un amigo? Me había dado cuenta de que no podía seguir adelante sin ser sincera con él. Tenía que rellenar los espacios en blanco de lo que le había dicho, pero, Señor,

no podía soportar la idea de que se alejara, aunque eso fuera lo mejor para él en esa situación.

—Ya te has dado cuenta de que estuve en el ejército. —Asintió con la cabeza—. Una de las razones por las que no te he contado nada al respecto es que todo lo que voy a contarte está clasificado al más alto nivel. —Parecía no saber cómo tomarse eso, así que continué—. Mi vida está en tus manos, David.

—¿Estás segura de esto? —dijo. Lo estaba. Si iba a decirle que se suponía que lo estaba espiando, sentí que tenía que ofrecer algo a cambio. Un control sobre mí que podría ponerme de nuevo en esa celda. Puede que no fuera un movimiento inteligente.

Confiar y saltar. Mis viejas consignas.

—Hace dos años, cuando me mordieron, estaba en Sudamérica. Estaba en una misión encubierta, ayudando a las fuerzas locales a eliminar a un señor de la droga. La razón por la que no habían tenido suerte contra él es que había logrado hacer un trato con algunos vampiros para defenderse. No sabíamos nada de eso. Mi equipo estaba de reconocimiento cuando fuimos atacados por los vampiros. Terminé infectada. El resto de mi equipo muerto. —Tuve que esforzarme por mantener la voz firme mientras las imágenes de aquella noche se colaban. Mi equipo. Mi mando. Mi culpa—. El ejército no creía en los vampiros antes de esa operación, y de repente tenían pruebas: vampiros muertos y yo, más muerta que viva. Enviaron a todos de vuelta y me desperté en una celda, atada. —Me estremecí con un repentino sudor frío—. No puedo decirte lo que sentí. Tuve que hacer un trato para salir de allí, para permanecer fuera. Son mis dueños, David, me vigilan. Se supone que debo contarles todo lo que descubra sobre los vampiros.

David se estremeció y mi corazón dio un vuelco, pero no retiró la mano.

—No les he hablado de ti. Por favor, créeme.

—Sí —dijo en voz baja.

—Todo esto, la mención en el comité de seguridad y los cuatro matones de anoche, podría ser que la comunidad de vampiros de Denver se haya enterado de mi existencia y quiera hablar conmigo. O si saben el resto, quieren que deje de hablar con el ejército.

—Pero no es solo eso, ¿verdad? —David era uno de los tipos más inteligentes que había conocido.

—No, no lo es. Hace un año era policía. —Tomé un sorbo de café y traté de encontrar la mejor manera de decirlo—. ¿Recuerdas un incidente en las noticias hace un año? Un par de policías fueron asesinados y una joven fue tomada como rehén.

Asintió con la cabeza.

—Los tres hombres que lo hicieron fueron asesinados. Los periódicos dijeron que lo hizo el equipo SWAT. No fue así. —Respiré hondo y le miré directamente a los ojos—. Esos tres eran vampiros y yo los maté.

Esta vez se estremeció de inmediato.

—¿Es eso lo que haces? ¿Eres una especie de cazadora de vampiros?

—¡No! Solo estaba allí en ese momento. —Apreté su mano como si pudiera activar la comprensión en él—. Pero debían morir, David. Tienes que entenderlo.

Lo pensó y se relajó un poco. Su mano no se había movido. Me permití sentir cierta esperanza de que seguiríamos siendo amigos a pesar de todo.

—Sí, supongo que sí —dijo, y un atisbo de sonrisa torcida tocó un lado de su boca—. Entonces, ¿no estoy en tu lista?

—No, no lo estás, y además no tengo ninguna lista. —Me mordí el labio.

David miró alrededor de la cafetería.

—Entonces, ¿cómo te enteras de los vampiros en Denver?

Tuve que sonreír.

—Es solo un trabajo de fondo, ¿de acuerdo? Tengo un trabajo como investigadora privada a tiempo completo. Pero un par de noches a la semana, rastreo los lugares en los que podrían estar los vampiros: bares, clubes, raves. Cosas en el límite de la sociedad. Como he dicho antes, los vampiros desprenden un olor que puedo detectar, aunque nadie más pueda. Un poco de olor a cobre. Aunque no he encontrado nada. Pistas y rumores. Un montón de Aspirantes.

—Una pérdida de tiempo —dijo—. Pero me encontraste a mí.

—Eso fue completamente por casualidad.

Los dos habíamos participado en una carrera benéfica y había visto a David luchando por conseguir un ritmo de carrera. Iba a agotarse mucho antes de llegar a la meta, así que me puse a correr a su lado y le reté a igualar mi ritmo. Llegamos juntos a la meta y el abrazo de celebración me confirmó lo que mi nariz me había dicho durante la última mitad de la carrera: olía a vampiro. Habían sido necesarios varios encuentros para ir más allá con él.

David recuperó su mano.

—Entiendo que no quieras ser un vampiro. Entiendo que quieras saber sobre ellos por tus propias razones personales. Entiendo que necesites transmitir parte de esa información, y te agradezco que lo hagas de forma anónima. Pero ahora que puedes contactar con ellos a través de mí, tienes que hacerlo.

—¿Puedes garantizarme que podré salir de esa reunión si quiero? —Extendí las manos y esta vez recogí las dos de su espalda. Tenía la sensación de estar dando pasos irrevocables, pero el camino que estaba recorriendo se sentía mejor que el anterior.

Tomé aire y tuve que volver a morderme el labio antes de hablar.

—David, eres el hermano que nunca tuve. La semana que viene, o cuando sea, si formas parte de esta comunidad de vampiros, y vienes a decirme que es seguro, me reuniré con uno de ellos. Solo uno, contigo. Yo elijo el lugar del encuentro.

—Te juro que lo haré, si puedo. —Volvió a agarrar mis manos.

Nos quedamos en silencio mientras la camarera pasaba por la mesa, ocultando una sonrisa de satisfacción. Podía imaginar qué aspecto debía tener, pero no me importaba.

—¿Podrías responder a algunas preguntas para mí? —preguntó David.

Nuestras manos volvieron a caer sobre la mesa y se colocaron cómodamente entre nosotros.

—Dispara —dije.

—¿Por qué el ejército está tan preocupado por ti?

Hice una mueca.

—Bueno, está el riesgo que han corrido al dejarme salir del aislamiento. Y hay cosas de las que no puedo hablar. Cosas que conozco por mi trabajo en el ejército. Nunca lo han dicho, pero

puedo imaginar su reacción si me convierto en... —Busqué las palabras adecuadas—, algo menos que una discreción fiable. Sería terminal. En cuanto al resto, bueno, a nivel físico, dejando de lado la modestia, soy...

—Sí, sí, letal —interrumpió David—. No querrían que te volvieras una renegada. —Volvió a sonreír—. ¿De qué sirve que la comunidad de vampiros hable contigo si tú vas a hablar con otra persona?

—Tal vez pueda hacer algo bueno por ellos. Un paso a medio camino entre ellos y el gobierno. Un partido de confianza. No pueden esconderse para siempre, David.

Lo asumió sin rechistar. Habría pensado en todo eso antes de emprender el camino que emprendió. Era ese tipo de persona.

—¿Qué hay de lo que hablamos ayer? —pregunté—. ¿Has averiguado a dónde van todos los vampiros?

Parecía desconcertado.

—Amber, al igual que hay cosas que tú no puedes decirme...

—Vale, pero...

—No puedo decir más, pero no es el proceso de convertirse en... vampiro. Es peligroso para ti al estar por tu cuenta, pero no para mí.

Había estado a punto de llamarlo de otra manera. Estaba desesperada por indagar, pero no quería arriesgarse por el momento. Me sentía bien por donde habíamos llegado y había muchas preguntas más fáciles que quería hacerle. Los científicos del ejército, la unidad Obs, no habían podido decirme nada sobre la progresión de los síntomas al convertirse en vampiro y yo tenía al otro lado de la mesa a un tipo que estaba pasando por ello.

—¿Puedo hacerte algunas preguntas personales entonces? —Me habría echado atrás si hubiera parecido reacio.

No necesitaba pensar en ello.

—No puedo prometer que responda a todas.

—¿Puedo ver tus dientes?

—Normal —dijo, y retiró el labio brevemente.

La camarera volvió a llenar nuestras tazas. Dios sabe lo que pensó esta vez. Leí en alguna parte que los caballos se examinan mirando sus dientes; tal vez pensó que acabábamos de salir de la granja y no conocíamos nada más.

Al menos podría dejar de inspeccionar mis dientes todo el tiempo.

—¿Pesadillas?

—Algunas. —Levantó la vista—. ¿Tú?

—Todo el tiempo. Realmente horribles.

—Amber, parece que es tu subconsciente el que lucha contra el cambio.

Pero también podría ser estrés postraumático. Era importante que no entrara en pánico por ningún síntoma. La calma. Había otra cosa que era prioritaria en mi lista. Me removí incómoda en mi asiento. Nunca se me había dado bien hablar de esto.

—¿Tienes impulsos? ¿Realmente fuertes?

—Tendrás que ser un poco más específica —dijo. Intentaba parecer inexpresivo, pero las esquinas de sus ojos se arrugaban. Capullo, se estaba riendo de mí.

—Sexo —murmuré, encorvando los hombros.

—¿Te gusta mucho alguien?

—No alguien. En general.

Se rio, un pequeño ladrido de risa, y me di cuenta de que tampoco era un tema fácil para él.

—Bueno, no es peor que ser un adolescente. No sé, Amber. —Exhaló un suspiro y miró al techo en busca de inspiración—. Me gusta mucho una de las Mentoras. Me han dicho que eso es común. Tengo la impresión de que empeora antes de mejorar, que los nuevos vampiros, especialmente, están… ¿Cómo decirlo? Muy cargados. El sexo y la sangre van juntos. Eso es algo que perdura, creo, pero no es tan fácil de manejar para los nuevos. Nos mantendrán aislados durante un tiempo por la seguridad de todos.

Comprobó su reloj.

—Tienes que volver al trabajo —dije, y él asintió.

—Les he dicho que me voy a tomar un año sabático. El negocio ha bajado, así que les parece bien. Pero eso implica que tengo que despejar mi escritorio.

—¿La carrera benéfica de Boulder el sábado? —pregunté.

David asintió.

—Allí estaré.

Saqué un par de móviles nuevos de prepago de mi bolso y los puse sobre la mesa, uno para él y otro para mí.

—Teléfonos desechables —dijo, sonriendo—. ¡Intriga y espías!

Asentí con la cabeza.

—Solo hay un número grabado en cada uno. Lo utilizaremos para hablar o enviarnos mensajes de texto.

Se levantó y se metió el móvil en el bolsillo. Su mano salió sosteniendo una llave con una etiqueta. Me la pasó.

—Esa es la llave de mi casa. Si algo va mal. Si necesitas hacer algo. Tienes mi apoyo, Amber.

—Entendido —dije roncamente, y se fue.

Capítulo 11

De vuelta a la oficina, encontré a Tullah llorando en su escritorio. Se levantó y corrió a mis brazos.

—Ey, ¿qué pasa? —Nunca la había visto así. Siempre estaba animada y alegre.

—¡No es *justo!* —dijo—. Nos acaban de dar el aviso. Tenemos que dejar la oficina la semana que viene.

Sollozaba mientras yo la abrazaba. Maldije en voz baja a Campbell Carter y a Greg Whitman, nuestro casero, aunque ya imaginaba que esto iba a ocurrir. Carter era el mayor cliente de Whitman. Un completo cabrón como Carter buscaría cualquier forma de hacerme daño y Whitman no podía permitirse enfrentarse a él. Whitman ni siquiera había tenido el valor de venir a decírmelo él mismo cuando aceptó.

Tullah tenía razón, era injusto. No había nada más que pudiera haber hecho y aun así me iban a castigar por hacerlo.

No podía insistir en esto. Ir a gritar a Whitman no conseguiría nada. Lo mejor que podíamos hacer era que este revés no tuviera sentido. Y necesitaba que Tullah lo hiciera.

—Tullah, voy a necesitar que seas fuerte por mí. —Me detuve—. Por nosotras, quiero decir, por las dos. No puedo dejar el trabajo que estoy haciendo ahora, así que voy a tener que confiar en ti para arreglar esto.

Cuando la solté, tuvo hipo y se sonó la nariz. Luego, bendita sea, sacó su cuaderno de notas.

—¿Qué quieres que haga? —Su voz se tambaleó un poco, pero ya había superado lo peor.

—La primera tarea, obviamente, es encontrarnos una nueva oficina. Supongo que tendremos que pagar un poco más. Sabes lo que gana el negocio, sabes lo que podemos pagar.

Ella tragó saliva y asintió. Estaba corriendo un riesgo, pero había llegado a confiar en sus decisiones. Desde la crisis, los edificios de oficinas estaban vacíos y seguro que podría conseguir un buen trato para nosotras en algún lugar.

—Luego tienes que encontrar a alguien con una camioneta o una furgoneta que pueda llevar las cosas. Solo necesitarás un viaje para trasladarnos: el equipo informático, los teléfonos, los armarios y la caja fuerte. Tendrás que ir a la tienda de muebles de descuento y comprar dos escritorios y sillas baratas.

Ella garabateó.

—Ve al banco, saca mil. Haz que transfieran los teléfonos. Pide nuevas tarjetas de visita y membretes. Cambia la página web. Escribe una carta de autorización para que la firme. —Cuando su bolígrafo se detuvo, levantó la vista—. Eso es todo por ahora. Estoy hasta las dos de la tarde. Después, si hay problemas, me puedes llamar al móvil.

Lo dejé en sus manos. Se lo diría al coronel esta tarde y a Jennifer cuando contactara con ella esta noche. Eso sería la lista de clientes actuales.

—Tullah —le dije—, ¿por qué no le pides a tu madre que te ayude, si no es mucha molestia?

—Por supuesto que lo hará. ¡Amber, es una gran idea!

La oí llamar a Mary y explicarle lo que estaba pasando.

—Llegará esta tarde. Empezaré con la nueva oficina ahora. ¿Cómo va el caso Kingslund? —dijo.

—Ya estoy llegando a la parte emocionante. Tengo que llamar a algunos de sus exempleados y ver si puedo encontrar algún indicio sospechoso de su marcha.

—Oooh, divertido.

Me dejó seguir con ello. Envié un correo electrónico a Jennifer para que me autorizara a decir que era una consultora de empleo independiente, que estaba haciendo un análisis de recursos humanos para su empresa. Su aprobación fue casi inmediata.

Miré mi reloj. Solo tenía un par de horas antes de que llegara el coronel, así que más me valía aprovecharlas en lugar de ponerme nerviosa. Sabía que la reunión con él iba a ser difícil.

Arrastré el teléfono y un bloc de notas y empecé a llamar.

Capítulo 12

A las dos de la tarde exactamente, la puerta se abrió.

El coronel era un retroceso a la vieja escuela militar. Su familia había sido militar incluso antes de llegar a Estados Unidos. Habían suministrado hijos desde la Guerra de la Independencia hasta Tormenta del Desierto. Caminaba como si supiera que todos le miraban por encima del hombro.

Una vez vi una vieja foto suya de la revista de la universidad: el chico totalmente americano, relajado y riendo a la cámara. Me pregunté por el proceso que terminó en este rostro de acero y estrechos ojos grises.

Había sido un gran oficial al frente de Operaciones 4-10. Después de la operación en Sudamérica, había sido transferido para dirigir la unidad de observación. Supongo que es como dicen, cuando algo va mal, la culpa sube por la cadena de mando. Él y yo teníamos una relación incómoda ahora. Supongo que no era sorprendente, ya que yo era la responsable de su traslado.

Le estaba esperando y esto se había convertido en una especie de ritual, así que salí enseguida, saludando a Tullah. El coronel Laine me abrió la puerta como el caballero de antaño que era, cuando le convenía.

Cerré mis ojos contra el resplandor. La mirada de mil metros del coronel se hizo más estrecha.

La furgoneta estaba al otro lado de la calle, con un soldado de primera clase sin nombre en el asiento del conductor. Lo había visto una docena de veces o más con el coronel, por lo que supuse que estaba en el equipo de observaciones, pero nunca me lo habían presentado. En estas unidades no había etiquetas con los nombres.

El coronel abrió la puerta lateral y subimos a la parte trasera.

El interior era estrecho, con un par de asientos de coche atornillados al suelo, frente a una mesa. El resto del interior estaba ocupado por equipos médicos e informáticos. Había un panel deslizante en blanco en la cabina. La única luz provenía de los tubos superiores. Todo era brillante, blanco e impersonal.

Nos deslizamos en los asientos y la furgoneta se puso en marcha.

Dejé caer mi chaqueta sobre el respaldo del asiento. Odiaba la furgoneta. Me recordaba a la celda de aislamiento; me sentía atrapada. Volví a cerrar los ojos y me doblé la manga izquierda por encima del codo.

—Lleva usted una pistola, sargento —comentó, mientras comprobaba el nivel de la batería y aflojaba las correas de la pequeña unidad de análisis de sangre.

—Se ha puesto un poco intenso en Denver. Como parte de mi último contrato, desmonté un envío de drogas y hay problemas por parte de la organización.

Me ató la unidad al brazo.

—¿Incluye eso lo que le pasó en la cara?

—Más o menos —respondí, con los ojos fijos en la unidad de prueba. Sentí el inquietante tacto de los microsensores y el escozor de la aguja. No dolía mucho y nunca fallaba en la vena, pero siempre me sentía incómoda cuando lo hacía.

Todo el seguimiento se reducía ahora a estos análisis de sangre, y cada uno de los análisis daba más o menos el mismo resultado. Se medía un grupo de proteínas en la sangre llamadas priones, en lugar de un virus o una bacteria, como se pensaba al principio. Un prión es diminuto, mucho más pequeño que un virus, y no está vivo en el sentido en que lo está un virus. Estos priones eran cadenas de proteínas que se enrollaban entre sí y se combinaban de diversas maneras. En otros tipos de infecciones, los priones causaban trastornos mortales e intratables del sistema nervioso. Los priones del vampiro no lo hacían. Los análisis me decían que tenía un nivel constante de priones vampíricos en la sangre desde el ataque. El equipo de Obs no me dijo qué nivel debía alcanzar para que se me considerara un vampiro. Todo lo que decían era que, si los niveles subían, debía estar bajo una observación más estrecha, lo que era una bonita forma de decir «vuelve a tu celda».

Lo importante era la lectura en la parte superior. Llegó a 0,42 y se detuvo. El número subía y bajaba un poco entre las pruebas, sin que pudiera ver un patrón. Estaba en el lado alto, pero dejé escapar un suspiro de alivio y me desprendí de las correas.

—¿Puedo quedarme con esto? —Levanté la unidad de prueba.

—¿Por qué?

—Puede haber una mejor manera de comprobarlo.

—¿Hay algo que quiera decirme? —Levantó una ceja hacia mí.

—Todavía no. —Me senté, conscientemente hice que mi cuerpo se relajara—. Tengo reuniones con alguien que huele medio bien y me gustaría confirmarlo usando esto.

—Necesito detalles, sargento. Nombre y dirección. —Abrió su portátil y me miró por encima de la pantalla.

—Como he dicho, todavía no. Si le diera a todos los que dicen ser vampiros, se quedaría con el trasero al aire en falsificaciones. —Bajé su pantalla, luchando por mantener la calma—. ¿Podemos tener claro cuál es el propósito de todo esto, coronel?

—¿Qué quiere decir?

—El ejército ha invertido mucho en la unidad Obs desde que me infecté. ¿Para qué es todo esto?

Le estaba presionando tanto como me atrevía. ¿Quién sabía qué instrucciones tenía sobre mí? Permaneció en silencio durante mucho tiempo, pensé que había ido demasiado lejos, entonces suspiró y se sentó.

—Me han encargado dos proyectos principales: averiguar si los paranormales suponen una amenaza para Estados Unidos y evaluar si hay alguna oportunidad de que el ejército se beneficie.

—¿Y la mejor manera de lograrlo es que yo me arrastre tratando de encontrar vampiros? Y si encuentro algunos, ¿va a ignorar la Constitución y los va a sacar de la calle, para meterlos en una celda? Y si lo hace, ¿a dónde le lleva eso? Obs me ha tenido durante dos años y ni siquiera puede decirme…

—¡Suficiente! —Levantó una mano.

Me di cuenta de que había levantado la voz. ¿Cómo se me había ido de las manos tan rápidamente?

—Lo siento. —Me incliné hacia atrás.

—¿Tiene una propuesta, sargento?

Intenté calmar mi corazón acelerado. El coronel estaba manejando esto mucho mejor de lo que podría haberlo hecho. Tenía que estar tranquila y darle sentido para justificar que lo hiciera a mi manera.

—Sí. Mi contacto aún no es un vampiro, según él. Está en el proceso. Si se convierte en un vampiro completo, ha dicho que tratará de organizar una reunión. Tienen que darse cuenta de que no pueden permanecer ocultos para siempre. Creo que también podrían estar buscando una forma de hablar. —Omití que parecían lo suficientemente ansiosos por hablar conmigo como para justificar que cuatro tipos me persiguieran. Solo necesitaba tener más control de cualquier reunión.

Gruñó.

—*Podría* ser una buena idea. Tendría que estar en esa reunión.

Le miré. Era un bastardo duro, pero la edad te hace más lento. No estaba segura de cómo se enfrentaría a un vampiro si las cosas iban mal. Al menos estaba aceptando que podría haber algo en este enfoque.

—Podemos intentarlo. —Guardé la unidad de prueba a mi lado. No había dicho que pudiera llevármela, pero tampoco había dicho lo contrario.

—Lo que no puedo hacer... —Me aclaré la garganta. Tenía el corazón en la boca—. Lo que no puedo hacer es espiar, como tampoco puedo volver a esa celda.

Me estaba observando. Le esperé. Había trazado la línea. ¿La cruzaría?

Finalmente, habló.

—Has cambiado —fue todo lo que dijo.

—Lo he hecho. Me siento diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Al principio, los vampiros eran los de Sudamérica, o los del centro el año pasado. —Sentí que me sudaban las manos—. Si teníamos alguno así aquí, había que limpiarlo. Era sencillo. Pero cuanto más me acerco a ellos aquí, más reconozco que son diferentes.

No dijo nada, así que continué.

—Y ahí estoy yo. Puede que pronto sea un vampiro. Estoy luchando, pero ¿qué pasa si estoy perdiendo? Los de Obs no pueden decírmelo. Todo lo que les explico lo consideran estrés postraumático. No lo saben. —Me incliné hacia adelante a través de

la mesa—. ¿Y si me convierto, coronel? Ciudadana leal y patriótica de los EE.UU., serví a mi país con orgullo, estaría orgullosa de seguir haciéndolo *y soy una vampira*. ¿Cuál sería su posición entonces?

—Hace una pregunta difícil —fue todo lo que dijo. Pero era algo muy importante para mí que no hubiera dicho que volvería a estar aislada.

Llamó a la mampara y el soldado sin nombre acercó la furgoneta hasta la oficina.

—¿Qué hay de otros paranormales? —pregunté.

—¿Cómo?

—Elfos. Brujas. Hadas. Hombres lobo. Demonios. —Le estaba observando, pero su cara no parpadeó ni una sola vez. Seguramente era un gran jugador de póker.

—¿Quiere decirme algo más, sargento? —dijo secamente.

Me encogí de hombros y esperé.

—Sí, estamos investigando toda la actividad paranormal. —Se inclinó hacia atrás—. Tenemos informes creíbles de hombres lobo, pero no hay pruebas contundentes. La evaluación de Obs es que son extremadamente peligrosos. Extremadamente. —Me observó. Cuando no le dije nada, se encogió de hombros y sacó una nota de su portapapeles.

—Hemos monitorizado el tráfico de internet y creemos que hay una rave ilegal organizada por ZK la próxima semana. ¿Todavía estás rastreando esto?

Suspiré. Nuestra primera lluvia de ideas sobre los lugares en los que era probable encontrar vampiros había arrojado la posibilidad de las fiestas ilegales. Había estado en suficientes raves como para descartar la mayoría de ellas. El único grupo que aún me preocupaba era ZK, abreviatura de Zeklesh, derivada de la palabra «boca de serpiente» en navajo. Eran una banda de moteros que se dedicaba a la venta de drogas. Organizaban raves como tapadera de otras cosas. Había algo en ellos que era inquietante. Si hubiera alguna conexión con el vampirismo en la escena rave, apostaría por que fuera a través de ellos.

—Sí. —Tomé su nota. Tendría que comprobar mis fuentes para la confirmación de última hora del lugar de celebración.

—Hay una cosa más a tener en cuenta, sargento. —Cerró su portapapeles y me miró fijamente—. Tengo un informe de Morales sobre Crate & Freight.

¡Oh, mierda! Morales iba a meterme en esto.

—Dice que actuó como debía, dadas las circunstancias —continuó el coronel. Traté de ocultar el estremecimiento que dejé escapar—. Pero el incidente con el detective Jennings... Tengo que advertirle que, si infecta a alguien, no está en mis manos. —Hizo una pausa—. Predigo aislamiento para usted *y para* cualquiera que esté infectado. Todo el asunto será llevado al Consejo de Seguridad Nacional como una emergencia. Las cosas que entran ahí, así, ya no salen.

Se quedó callado durante un minuto mientras yo asumía esa advertencia, con una mezcla de temor y alivio. Nada de mantener un perfil bajo. Todo porque Jennings intentó hacerme el boca a boca.

Asentí con la cabeza. Mi pulso empezó a bajar de nuevo.

—¿Decía en serio lo de estar orgullosa si pudiera seguir con el uniforme? ¿Volvería al 4-10? —preguntó.

—En un abrir y cerrar de ojos, coronel. —Incliné la cabeza y cerré los ojos, sorprendida por la profundidad de la reacción que sus palabras habían provocado en mí—. Pero no se puede pisar el mismo río dos veces.

—¿Heráclito? —dijo, sonando sorprendido.

—No tener títulos académicos no significa que no sepa leer. —Eso sonó más agudo de lo que pretendía.

—Lo siento. —No recordaba que alguna vez se hubiera disculpado por algo—. ¿Por qué no terminó el instituto y la universidad?

—Estaba demasiado ocupada siendo un soldado —le dije. No había sido eso en absoluto, pero no iba a hablar con él de las dificultades que había tenido, ni de mi promesa a mi padre.

Estuvimos sentados en silencio durante el resto del viaje de vuelta, observándonos y centrados en nuestros propios pensamientos.

Al salir, le dije que íbamos a trasladar la oficina y que me gustaría que nuestra próxima reunión fuera en la nueva oficina y no en la furgoneta. Me sorprendió que se limitara a asentir.

Vi cómo se iba la furgoneta y me pregunté por qué siempre tenía la sensación de que el coronel estaba decepcionado conmigo. ¿Era porque había metido la pata en Sudamérica o era una especie de vudú de gestión emocional?

En la oficina, había tres notas de Tullah:

Fui a ver un lugar con Ma, ¿quizás nos mudemos mañana?

Por favor, llama al Capitán Morales.

Por favor, come la comida que te trajo Ma.

Capítulo 13

Volví a encender el móvil, ignoré el mensaje en el buzón de voz de Morales y le llamé.

—Te dejaste sus llaves debajo del sofá —dijo sin preámbulos.

—¿Qué?

—Troy Huber. Sus llaves estaban bajo el sofá, Farrell. Lo hiciste bien al encontrar la sangre y leer el resto del apartamento.

No parecía tener mucho sentido negar que había estado allí y que había informado a Jennifer para que lo reportara.

—Gracias. Lo de las llaves fue un descuido. ¿Cómo lo estáis tratando?

—Secuestro, por el momento.

—¿Grabaciones de seguridad?

—Problema inexplicable con la cámara ese día.

Lo mastiqué y no me gustó cómo sonaba.

—No me llamaste para hablar de esto.

—No, no lo hice. Tengo un par de cosas que necesitaba hablar contigo. En primer lugar, soy consciente de que trabajas para la Sra. Kingslund, obviamente.

—No puedo discutir mis casos, Capitán.

—No voy a discutirlo, Farrell, te lo digo. Considero a la Sra. Kingslund como una amiga personal, y comprendo la sensibilidad de los temas y la necesidad de confidencialidad. Solo digo que deberíamos estar en contacto sobre cualquier cosa que pueda ser pertinente.

Me pareció una buena idea, pero lo aclararía con Jennifer antes de hacer nada.

—Por casualidad no me recomendaste a ella, ¿verdad, capitán?

—No puedo discutir eso, Farrell.

—Ouch. —Tenía que ser él, pero realmente no podía maldecirle por conseguirme un contrato cuando más lo necesitaba—. Vale, ¿y cuál era el otro asunto?

—Crate & Freight. No hemos encontrado a Windler. Tenemos el camión que conducía, en la sexta avenida, cerca de Buckley.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Me gustaría que vinieras a comisaría y echaras un vistazo a los archivos de pruebas. Estuviste observando a esta gente y puede que haya algo que se te ocurra al ver lo que tenemos.

—Iré ahora. —Verificar a Windler era exactamente lo que necesitaba hacer por mi propio bien, así que traté esto como un extra.

—Trae cualquier cosa que tengas que pueda ser relevante.

—Lo haré, capitán.

El móvil de Jennifer tenía el buzón de voz activado, así que le envié un rápido correo electrónico diciendo simplemente que los antiguos empleados que había comprobado parecían tener razones válidas para irse, sin relación con ninguna otra empresa. Había uno al que quería hacer un seguimiento. Le propuse una reunión para informarla en detalle al día siguiente.

Observé que había un correo electrónico de Víctor, pero no decía «lo encontré», así que lo dejé para más tarde.

Recogí los bocadillos que Mary me había traído y me los comí de camino a la comisaría. Estaban deliciosos. Dos cosas que tenía que agradecerle ahora, pensé, mirando el brazalete de ojo de lobo.

Morales no estaba, pero había dejado instrucciones al sargento de guardia, Bill Carver. Bill me recordaba de mi breve época de novata y me hizo bromas sobre mi condición de detective privado mientras me preparaba una tarjeta de identificación para el edificio. Le conté escandalosas mentiras sobre el tipo de casos en los que trabajaba y el extravagante estilo de vida que llevaba desde que me fui. Me sentí muy bien al volver a formar parte del equipo, aunque fuera en pequeña medida, y bajé con una sonrisa a la oficina donde me esperaban las pruebas.

Era desalentador. Había un resumen impreso de las pruebas y de lo que se había comprobado hasta el momento. Parecía completo. Escogí un par de cajas al azar e hice algunas comprobaciones puntuales. No había nada que destacara. El equipo que trabajaba en esto no había tomado ningún atajo evidente. Supuse que, con el tamaño del botín, el equipo de Morales estaba trabajando en él.

Empecé de nuevo por arriba y trabajé en cada caja por orden. La mayor parte era el contenido del apartamento de Windler en Aurora, cosas abandonadas o tiradas a la basura. No había nada que pudiera ver que no hubiera sido pensado.

Dejé mis comentarios a las pruebas en una nueva caja, con referencias cruzadas en el resumen original. Tenía algunas fotos de lejos de Windler y los otros conductores hablando con gente. Había una posibilidad de que alguien reconociera una cara allí. Había algunos archivos de audio del equipo de vigilancia que había utilizado. Eran principalmente sobre el problema de reducción de inventario de Carter, pero de nuevo, tal vez alguien haría una conexión de un comentario casual.

Era tarde y me estaba preparando para irme cuando hojeé la carpeta con información externa. Contenía los resultados de las búsquedas en la base de datos sobre la vida personal de Windler: multas de aparcamiento, historiales médicos y cosas por el estilo. Estaba a punto de guardarla con el resto cuando el nombre de una calle me llamó la atención.

Estaba en un formulario del seguro de accidentes del año anterior. Windler había aparcado de madrugada frente a una casa situada al otro lado de Aurora. Era el número 982 de la calle Héctor, y un camión que pasaba por allí había abollado el lateral de su coche. El conductor del camión se había detenido y había dejado una nota con sus datos: un hombre honesto.

No había nada más destacable, pero la calle Héctor estaba grabada en mi mente como la calle en la que habían vivido los vampiros renegados del incidente del año pasado. No había ninguna razón para relacionar ambos casos, pero era más de lo que tenía tras mirar todo lo demás y estaba en mi camino de vuelta a casa.

Consulté mi reloj. Eran más de las once y era demasiado tarde y demasiado poco para justificar un informe a Morales. Dejé una nota en la carpeta diciendo que iba a comprobar la dirección en la que se había producido el accidente y volví a colocar las carpetas y las cajas ordenadamente.

El viaje me llevó media hora. La calle Héctor era muy parecida a la que recordaba cuando la recorrí hace un año, ya que entonces era de día.

Aquel día no tenía ningún plan. Solo quería ver dónde vivían los renegados. Había percibido el olor a vampiro de la casa y pasé de largo, vagamente sorprendida de que nada más marcase el lugar: el polvo se acumulaba y la maleza crecía, como en todas partes.

La calle Héctor era una zona mala y ya era medianoche, pero yo estaba armada y, de todos modos, no había nadie más alrededor.

Aparqué, cogí una linterna y unos guantes, y caminé lentamente por la calle, con mis botas marcando un suave *tock tock* en la acera. El sonido de la música o de la televisión salía de algunas casas, pero la mayoría estaban a oscuras y en silencio.

Los renegados habían vivido en el 1105. La casa había sido vendida y ahora parecía un lugar más feliz, incluso en la oscuridad. Ya no olía a vampiro.

Seguí caminando, y alrededor del número 990 las casas se volvieron uniformes: cuadrados de tablas de madera con un par de ventanas que daban a la calle, individuales solo en los esfuerzos por proporcionar un espacio de estacionamiento en la acera o un patio más ordenado. La 982 era tan poco llamativa como las demás. Hacía esquina y tenía un camino de entrada con un viejo Buick aparcado.

Mi aliento se agitó en el aire frío. La calle transversal se llamaba Monroe y era un escalón más abajo: más coches aparcados a lo largo de la carretera, patios estrechos y cubiertos de maleza, pintura desconchada, ventanas y puertas sin reparar. Aun así, algunas de estas personas probablemente eran dueñas de sus casas, lo cual era más de lo que podía decir de mí misma.

Bostecé; aquí no había nada. Quería irme a la cama, si no en casa de los Desiarto, en la oficina.

Di un par de pasos sin rumbo por la calle Monroe y me detuve bruscamente.

El olor era tenue pero inconfundible. Había un vampiro aquí, o uno había estado aquí hacía poco. Al mismo tiempo, también me di cuenta de que los renegados del año pasado olían diferente que los

cuatro tipos con los que había luchado ayer. Y este olor era el mismo que el de los renegados.

Introduje la mano en la chaqueta y comprobé la HK. La textura de la empuñadura, cálida por el calor de mi cuerpo, me tranquilizó. La saqué de la funda, pero la mantuve dentro de la chaqueta como si mantuviera la mano caliente mientras caminaba por la calle, intentando juzgar de qué casa se trataba.

Parecía ser el número 248. Otras casas tenían luces en el porche y algunas mostraban tiras de luz bajo puertas mal ajustadas, o cortinas iluminadas por luces en el interior. La 248 estaba completamente oscura y silenciosa. No soy muy dada a los vuelos de la imaginación, pero me pareció que la casa estaba conteniendo la respiración, esperando.

Me deslicé por el lateral, con la HK fuera y el seguro quitado. Esta era definitivamente la elegida. El olor era más fuerte, incluso mezclado con otros. Pensamiento fantasioso o no, la casa desprendía una sensación de frío. Escondida en la oscuridad junto a la casa, me puse los guantes y seguí con la HK por la parte de atrás.

El olor de la basura amontonada frente a la puerta de la cocina me tapó la nariz hasta que apenas pude oler el vampiro. Pasé junto a la pila y llegué a la puerta trasera. Estaba cerrada con un cerrojo estándar. Cualquier detective privado con buena reputación tendría ganzúas en el bolsillo y la abriría en cuestión de segundos. Fui a comprobar las ventanas.

La segunda estaba deformada y el pestillo saltó cuando la presioné. Abrí la ventana y escuché cualquier respuesta de la casa. No había sonidos, pero mi nariz captaba algo más desde el interior: el olor a muerte.

Entré con calma. Me encontraba en una zona de comedor embaldosada junto a la cocina. Incluso en la oscuridad, el lugar parecía sucio. En un rincón había una pequeña motocicleta a medio montar, con el motor apoyado en periódicos viejos. La mesa y las sillas estaban cubiertas de basura: ropa, envases de comida para llevar, restos de comida y botellas de cerveza vacías.

El hedor de la muerte era nauseabundo y anegaba todo lo demás. Los pequeños sonidos de las casas vecinas se filtraban como si

estuvieran en otro planeta, pero esta casa estaba quieta. Sabía que no había nadie vivo dentro.

Guiándome con la HK, me abrí paso con cuidado por la cocina. La llave de la puerta trasera colgaba del picaporte con una cuerda. La abrí en caso de que necesitara salir a toda prisa y empecé a revisar habitación por habitación.

No tardé mucho. Era una casa pequeña y el correteo de las ratas me llevó hasta él. Estaba en el salón, tumbado en el sofá. A juzgar por el rigor mortis, llevaba un día muerto.

Me aseguré de que no había nadie más en la casa y de que las cortinas estaban bien cerradas antes de volver con él. Hice una pausa antes de utilizar la linterna. Quería usarla con moderación porque mi visión nocturna era muy buena y la linterna la reduciría. Además, no hay nada tan sospechoso como una linterna en una casa oscura. Pero la razón principal era que no quería verlo. Ya había tenido mi cuota de muertos, en el ejército y la policía. No hay mejor entrenamiento que ese, y tenía el presentimiento de que esto sería malo.

Rodeando con la mano la cabeza de la linterna y reduciendo el haz a un resplandor rojo, contemplé la ruina que había sido Guy Windler. Era tan horrible como había previsto. El tipo había intentado atropellarme, pero nadie merecía acabar así. Su cuerpo se había encogido sobre sí mismo, no por la descomposición o el proceso normal de la muerte. Le habían chupado la sangre. Luego le habían destrozado el pecho y le habían arrancado el corazón de la caja torácica. Las ratas habían estado en su cara y el resto de sus órganos. El cadáver apestaba a vampiro.

Salí por la puerta trasera y eché las tripas en el polvoriento patio trasero.

Cuando pude volver a entrar, llamé a Morales desde la cocina.

—Farrell, ¿sabes qué hora es? —Por su áspero susurro, me di cuenta de que estaba en la cama. Le oí cerrar una puerta.

—¡Farrell! ¿Estás ahí? ¿Qué está pasando?

—He encontrado a Windler, capitán —logré decir con voz ronca. Casi podía sentir cómo el sueño se despejaba del cerebro de Morales.

Teníamos algunas señales preestablecidas que se remontaban al encubrimiento del año pasado. Continué.

—Es una mordedura de serpiente. Muy grave. Necesito a tus expertos en serpientes en el 248 de Monroe en Aurora. Rápido. No sé si alguien vendrá a limpiar.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí, pero estaba mintiendo.

—Estarán allí en treinta minutos. Yo también voy. Espérame, Farrell, ¿me oyes?

—Sí, capitán.

La llamada se cortó y me quedé con la oscuridad asfixiante infestada de ratas y el hombre muerto. Al menos Morales no había perdido el tiempo preguntándome qué estaba haciendo ahí fuera por mi cuenta. Eso vendría después.

Me quedé pensando en las otras cosas que me había mostrado mi breve inspección. Las heridas en su garganta. La forma en que sus manos se habían convertido en garras. Le habían arrancado la camisa y tenía los brazos tatuados con serpientes de cascabel, bocas abiertas y colmillos enmarcando los hombros. Era el tatuaje de la banda ZK, Zeklesh, la banda de las serpientes.

Morales y yo habíamos coincidido en la *mordedura de serpiente* como código para los vampiros. Tal vez la asociación era más profunda que eso.

Capítulo 14

JUEVES

—Maravillosa. Eres mi héroe. —Tragué un sorbo del café que había traído Tullah.

Me miraba con atención. Supongo que encontrar a su jefa dormida en su escritorio con la ropa de ayer le preocupaba.

—Al menos no tienes ningún moratón nuevo —dijo.

—Mierda, lo olvidé. Se suponía que traería algunos de más anoche.

—¿Qué hiciste?

—Es una larga historia. Larga noche. —Me estiré—. Hemos localizado al conductor de Crate & Freight. Está muerto. Asesinado por quienquiera que estuviera trabajando con él.

—No es que no se lo merezca por intentar atropellarte, pero ¿por qué lo mataron? La policía tiene una docena de otros conductores en la cárcel. Todos estaban haciendo lo mismo.

—Buena pregunta, pero no del todo precisa. —Me encogí de hombros—. Él era el contacto con quien dirigía esto.

Nos sentamos y tomamos un sorbo de café. Tullah mostraba un buen conocimiento del negocio para alguien que había sido contratado para encargarse de los teléfonos y el archivo.

Cuando empecé a trabajar como investigadora privada, nos conocimos, nos enfrentamos en las clases de artes marciales de su padre y empezamos a hablar. Me explicó que tenía tiempo libre entre las clases durante el día y que no quería ir hasta su casa o sentarse en la biblioteca. No podía permitírmela, pero de alguna manera funcionaba. Y me traía café por la mañana.

—Recibí tu mensaje sobre la búsqueda de una nueva oficina, ¿qué ha pasado? —le dije.

—¡Oh, Dios mío! Estoy sentada aquí aturdida. —Saltó de su silla—. Encontré el lugar perfecto ayer. Umm… Tuve que firmar en ese momento. —Me miró ansiosa—. Viene un tipo con una furgoneta enseguida. Nos mudaremos en una hora. ¿Si te parece bien?

Me reí.

—Bueno, adelante, cuéntame.

—Es un poco más grande y ya está amueblada, así que nos ahorramos dinero. No son ni cien más al mes de alquiler. Las facturas de los servicios públicos son más bajas que aquí. Los teléfonos serán transferidos en un par de días. Ah, y hay tres meses de preaviso, pase lo que pase.

—¡Genial! ¿Dónde está?

—Colorado Boulevard. Justo al sur de la interestatal donde East Evans cruza Colorado. ¿Te parece bien?

Levanté las cejas. Eso valía por cien más al mes, y cerca de la universidad.

—Es mejor que bien, es fantástico, Tullah. Te lo debo, a lo grande.

Parecía contenta y empezó a correr de un lado a otro, vaciando los armarios en cajas de cartón. La ayudé y terminamos rápidamente.

—Voy a darme una ducha y luego a desayunar —dije, y salí.

Media hora después, gracias a Sol y a la ropa de repuesto en mi maletero, estaba limpia y presentable para mi reunión posterior con Jennifer.

Entré alegremente en Papa Dee's. Este lugar era bueno y lo echaría de menos, pensé, mirando a mi alrededor.

Hmm.

Recogí mi pedido y me abrí la chaqueta para que se viera la funda del hombro al sentarme. Luego me senté enfrente de cara de conejo y empujé la pantalla de su portátil para cerrarla.

—Es de mala educación jugar con el ordenador durante el desayuno —dije, y saqué mi sonrisa de sargento número 13—: Mala suerte para ti.

—¿Me vas a decir por qué me sigues o hacemos esto por las malas? —dije a través de la sonrisa. Sus ojos, exactamente como los de un conejo asustado, dieron una vuelta apresurada por mi cara, la siguiente mesa ocupada y la culata de la HK asomando por debajo de mi chaqueta.

—Tú... no puedes amenazarme —tartamudeó—. Mi oficina sabe dónde estoy.

—Oh, me imagino que sí. Vale, no te estoy amenazando. No has respondido a mi pregunta. —Empecé a ocuparme de mi desayuno.

El hecho de que no lo inmovilizara en el asiento pareció infundirle valor. Se llevó la mano al bolsillo y se quedó inmóvil cuando levanté la vista de forma brusca. Muy lentamente, metió la mano y sacó un documento de identidad y una carta oficial.

—Teniente Henry Krantz —leí en voz alta—. Administración de la paga del ejército. Y una carta de presentación del Departamento de Asuntos de Veteranos. Estoy muy impresionada. Todavía no has respondido a mi pregunta.

—Estoy comprobando el pago de su indemnización por incapacidad —soltó.

Le miré con incredulidad.

—¿Estás comprobando el par de cientos al mes que recibo?

—Todo esto tiene sentido, Sra. Farrell —dijo con firmeza—. Incluso si aceptara la legalidad de su reclamación, he determinado que no tiene lesiones físicas duraderas relacionadas con los incidentes operativos alegados en el servicio. Y aunque se necesitaría un evaluador plenamente cualificado para determinar su estado psiquiátrico —hizo una pausa, mirando nerviosamente la pistola antes de recomponerse para seguir tartamudeando—, parece que tiene usted un empleo a tiempo completo y que le aporta ganancias como investigadora privada, lo que descartaría cualquier lesión psiquiátrica duradera.

Podría argumentar lo de «ganancias», pero me limité a comer otra tostada y a observarlo. No me gustaba el rumbo que estaba tomando la situación. Oficialmente, ya no estaba en el ejército, a pesar de que seguía bajo sus órdenes. Me pagaban un anticipo que habían disfrazado de pago por invalidez para veteranos.

Se relamió los labios.

—Así que, aunque aceptara la legalidad de su reclamación, adjudicaría su pago de indemnización de forma redundante.

—Es la segunda vez que usas ese comentario sobre la legalidad. ¿Quieres decirme a qué se debe?

Parecía tener más confianza a medida que avanzaba.

—Sus pretensiones son acordes con un sargento de grado E5 con una calificación del 20% y sin personas a su cargo.

Me encogí de hombros. Nunca había reclamado nada, pero esa era la nota correcta y probablemente era lo que estaba escrito en el acuerdo que había firmado.

Krantz trató de ocultar su expresión de triunfo.

—Pero no hay registros de sueldos a su nombre después del campamento de entrenamiento. De hecho, no hay ningún registro del ejército hasta que empezó a reclamar. Nunca llegó a soldado raso, Sra. Farrell, y mucho menos a sargento. Nunca estuvo en el ejército.

Se sentó de nuevo, satisfecho de haberme clavado el puñal.

Terminé mi desayuno y tomé un trago de café. Le inquietó ver mi falta de reacción, pero se sintió lo suficientemente seguro de sus

hechos como para dar un sorbo a su propio café.

—No tienes la autorización de seguridad necesaria para ver mis registros —dije.

Se rio y apartó mi comentario con un gesto de la mano.

—Ridículo. ¿Afirma que fue de las fuerzas especiales o algo así? Sra. Farrell, si alguna vez hubiera estado en el ejército, sabría que las fuerzas especiales no reclutan mujeres. Y, de todos modos, tengo acceso también a esos registros de salarios.

Reprimí una llamarada de ira.

—Obviamente, no a todos. Dime una cosa, Krantz. ¿Por qué valdría la pena?

Esto era más que ridículo. El dinero no era nada, pero el tipo era extremadamente molesto. Exasperante.

Krantz se inclinó hacia delante como si estuviera a punto de transmitirme algo profundo.

—He descubierto que solo es una pequeña parte de una gran conspiración para defraudar a los contribuyentes y desviar el dinero de los veteranos de donde se necesita. —Se relamió los labios y sus ojitos de conejo se volvieron serios—. Probablemente no sea consciente de ello, y la cantidad pueda parecerle trivial personalmente, pero puedo decirle que sé que este fraude asciende a muchos millones en total. Mi trabajo en este momento es averiguar cómo se lleva a cabo el fraude. No estoy realmente interesado en su caso, per se. Quiero averiguar quién es la persona del departamento de Asuntos de Veteranos que lo organizó todo y cómo funciona. Es decir, ¿qué parte se lleva y cómo devuelve el resto? ¿A quién?

Se echó hacia atrás en su silla.

—Si hace una declaración completa podría ayudarle. Puede que incluso no lleguemos a los cargos criminales.

Lo miré.

Lo intentó una vez más.

—Una vez solicitó unirse al ejército. Creo que eso demostró cierto patriotismo por su parte y lo aplaudo, créame, lo hago. Ahora, piense en el daño que este fraude está haciendo a este país. Por

favor, vuelva a encontrar ese patriotismo y ayude a reparar el problema.

Lo empujé por la mesa antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando. Sus ojos se abrieron de par en par y se resistió inútilmente a mi agarre.

—Escúchame, Krantz. Tal vez hayas encontrado alguna conspiración con los pagos de compensación. Tal vez sea mucho y haya que arreglarlo. Pero no vengas nunca por aquí diciéndome que soy parte de ella, y no te atrevas nunca, *nunca,* a sugerir que no soy una patriota.

Lo arrojé de nuevo a su silla y salí. Todos los ojos del local estaban puestos en mí. No era la forma en que hubiera querido despedirme de Papa Dee's, pero en ese momento no me importaba.

Regresé lentamente a la oficina. El conductor de la furgoneta de Tullah estaba allí cargando nuestras cosas. Percibió que no estaba de humor para hablar y se limitó a darme la dirección de la nueva oficina para que se la diera a Jennifer.

Tenía que borrar esto de mi mente. Necesitaba pensar con claridad a la hora de comer. Jennifer no iba a estar contenta con lo que tenía que decirle.

Capítulo 15

Jennifer llegó a la nueva oficina a mediodía. La oí hablar con Tullah y salí a saludarla.

—¡Hola, Amber! —Giró sobre sus afilados tacones italianos y me dedicó una gran sonrisa. Llevaba otro precioso vestido, azul oscuro esta vez, sencillo y elegante, con una chaqueta lisa.

No sabía si estrecharle la mano o darle un beso en la mejilla. Habíamos sido muy informales la una con la otra, pero hay una cierta distancia que debes mantener con los clientes. No quería hacer ninguna suposición.

Resolvió el problema besándome en ambas mejillas, al estilo europeo.

—Hola, Jen —respondí—. Gracias por venir. ¿Qué te parece la nueva oficina?

—Me gusta. Bonita y luminosa. También me resulta más fácil llegar.

—Gracias. Todo es gracias a Tullah. Ella encontró el espacio y negoció el contrato. —Tullah sonrió tímidamente.

Hice un gesto hacia mi despacho.

—Vamos a sentarnos.

—Oh, querida, he reservado una mesa para comer —dijo Jennifer.

Debí parecer indecisa, porque ella continuó rápidamente.

—Es en el Moulin. Es un espacio reservado, así que será privado. —Hizo una pausa—. Pensé que sería más fácil si luego te llevaba a Silver Hills desde allí.

—Ah, vale. —No me había vestido para comer, me había vestido para ir a la oficina y visitar el lugar del complejo turístico previsto. No estaba a la altura del Moulin, que era otro de esos restaurantes de los que había oído hablar pero que no podía pagar. Me pasé una mano por el pelo—. Dame un momento y cogeré algunas cosas.

Volví a mi oficina, cogí la Walther PPK y la funda de la caja fuerte. No tiene el poder de detención de la HK, pero es más pequeña y ligera y se ajusta mejor bajo la chaqueta. Esa es la razón por la que

James Bond la prefiere. Por otra parte, a él no le habrían pillado ni muerto con la andrajosa chaqueta que me puse.

Me pasé un peine por el pelo, me aseguré de que estaba bien recogido en una coleta y me miré en el espejo. Al menos lo peor de los moratones había desaparecido. Suspiré. Cogí mis notas preliminares y mi equipo de investigación y me reuní con Jennifer. Tullah me dedicó una gran sonrisa y me saludó con la mano mientras nos íbamos.

Imaginaba que el chófer nos esperaba fuera y me detuve un segundo para mirar a mi alrededor, pero Jennifer se dirigió a paso ligero hacia otro coche. Mi mandíbula se desencajó. Me acerqué y lo acaricié. Era todo lo que podía hacer para no lamerlo, era tan hermoso.

—¿Vas a entrar o te estás excitando? —preguntó Jennifer, riendo.

—Está bien, está bien, voy a entrar. —Su risa era contagiosa—. ¡Es la primera vez que me subo a un coche rosa!

Tampoco era un coche cualquiera, era el roadster de gama alta de Mercedes. Ya era un coche divertido con unas prestaciones escandalosas. Y entonces Jennifer Kingslund compró uno y lo pintó de un rosa intenso y polvoriento. Me deslicé en el asiento de cuero pálido y me retorcí de placer.

Aceleró el motor y nos incorporamos al tráfico con un pequeño chirrido de los gordos neumáticos. El techo se plegó. Me relajé y disfruté del viaje. Nos reíamos y charlábamos, aunque ella conducía con precisión.

Demasiado pronto, paramos frente al Moulin. Jennifer le dio las llaves al aparcacoches, me agarró del brazo y nos hizo entrar.

La mayoría de los restaurantes exclusivos de gama alta de Denver se encuentran en el centro o alrededor de las zonas comerciales. El Moulin se desmarcó de la tendencia y se situó fuera de los límites de la interestatal 70, en un terreno con vistas a Peaks Park y al Foothills Country Club.

Evitaron hacer cualquier sugerencia arquitectónica de que fuera realmente un molino, y se decantaron por un encantador formato de espacio abierto con niveles divididos y pequeños salones en la parte superior con vistas a algunos jardines, con un parque más allá. El

brillante y cálido color ocre de las baldosas del suelo captaba la luz del sol y hacía que el lugar resplandeciera.

Si el maître pensó que no estaba vestida para la ocasión, ni siquiera pestañeó. Sus ojos se iluminaron al ver a Jennifer y salió y armó un tremendo alboroto con ella. Evidentemente, era una clienta habitual del local y le hablaba con fluidez en francés. Mientras él le daba la espalda por un momento, capté una sonrisa de ella y un giro de ojos.

—Deja eso —susurré—. Te encanta.

Con más alboroto del que había tenido en todos mis años de visita a restaurantes, finalmente nos acomodamos en nuestra mesa con vino espumoso y dos pedidos de comida ligera en camino.

Jennifer bebió un largo trago, contemplando el cuidado jardín. Su rostro se volvió serio.

—De acuerdo —dijo ella—. Se acabó la diversión por el momento. Tenemos que repasar qué está pasando.

Asentí con la cabeza y recuperé mis notas. Normalmente no las necesitaba, pero había tenido muy poco tiempo para la amplia gama de cosas que había estado mirando. En particular, las finanzas, que había revisado la noche anterior en un intento desesperado por despejar mi mente de la escena de Monroe Street.

—¿Empiezo con Troy? —Levanté la vista y Jennifer asintió.

—El capitán Morales parece estar al tanto de que he sido contratada por ti. ¿Está bien compartir información con él?

—Por supuesto, pero gracias por preguntar.

Golpeé las notas.

—Víctor ha localizado a los amigos de Troy de la comunidad ciclista. Se perdió una carrera en la que estaba inscrito, la primera vez que recuerdan. No ha contactado con su familia en el este. El capitán Morales me dijo que había sangre en la alfombra. Las llaves de Troy estaban debajo del sofá. —Esperé un momento—. Creo que podemos estar seguras de que fue secuestrado. Las cámaras de seguridad estaban apagadas en ese momento y nadie recuerda haber visto u oído nada. Eso me dice que fue planeado y hecho profesionalmente.

Jennifer se aclaró la garganta.

—¿Esto se hizo para llegar a mí, o hay algo en los antecedentes de Troy que no conozco?

Miré el archivo que tenía delante, pero no lo abrí.

—Jen, no hay nada que Víctor haya encontrado en la vida de Troy fuera del trabajo que justifique algo así. No hay deudas de juego, ni vicios secretos. Lo peor que podemos sacar es que su padre quería que entrara en el negocio familiar y tuvieron una gran disputa.

—¿Y? —Me sorprendió lo parecida que era a David. Sabía que tenía algo que decir y se demoraba en decirlo.

—Sus amigos dicen que estaba encaprichado contigo. —Di un sorbo al espumoso para humedecer la boca—. También creen que lo manipulaste para retenerlo cuando recibió una oferta increíble de la cadena Jardines en California.

Jennifer dirigió una mirada furiosa hacia mí.

—Te he dicho...

Levanté una mano para detenerla, e inmediatamente se echó atrás.

—No. Lo siento, Amber. No has dicho lo que crees. Y no importa lo que tú creas, es lo que ellos creen.

—No creo que seas en absoluto el tipo de persona que utiliza el sexo para evitar que un empleado clave se vaya —dije—. Y Troy nunca se lo dijo a nadie. Todo lo contrario. Pero cuanto más lo negaba Troy, más lo pensaban sus amigos.

Jennifer se quedó mirando los jardines, todavía enfadada.

—Así que, como elemento externo —proseguí—, podría identificar fácilmente el Golden Harvest como tu restaurante insignia en tu ciudad natal. Si tuviera la impresión errónea de que estabas involucrada con Troy, secuestrarlo sería una forma fácil de causarte trastornos y daños financieros, al menos durante un tiempo.

Llegaron los aperitivos y nos detuvimos mientras los ponían delante de nosotras. Comí y continué la sesión informativa. Dios, aún no había llegado a las partes difíciles.

—Víctor sigue trabajando en Troy. Pero me temo que tengo que decir que cada día que pasa significa menos esperanza. —Me detuve y vi la sombra en sus ojos mientras asumía eso.

Mirando hacia abajo, hojeé las notas.

—En cuanto al resto del personal. Me he centrado en los que se han ido. Solo he podido hablar con unos pocos, pero, con una excepción, creo que es una pérdida de mi tiempo y de tu dinero.

—Entonces, ¿por qué está subiendo el índice de rotación? —espetó.

—*Ha* subido. No estoy segura de que *siga subiendo* —respondí—. Yo le echaría la culpa al departamento de recursos humanos y a la reciente adquisición de Frankell-Maines.

—La culpa termina en mi escritorio, Amber. ¿Cuál es tu razón?

—Mezcla de diferentes culturas. —Estaba llegando ahí. En mi tarjeta de visita ponía investigadora privada, no analista de negocios. Pero como sargento responsable de conseguir que los chicos y chicas de diferentes partes de las fuerzas armadas jugaran bien, sabía apreciar los puntos de conflicto causados por las pequeñas diferencias en la forma de hacer las cosas.

—Además —continué—, hay grandes diferencias salariales entre los departamentos de tu empresa desde la adquisición. Los antiguos empleados con los que hablé eran muy conscientes de lo que ganaba la gente que hacía los mismos trabajos en la división de relaciones públicas.

Jennifer se quedó pensativa y volvimos a quedarnos en silencio mientras los camareros retiraban el primer plato.

—¿La excepción que mencionaste? —preguntó cuando se fueron.

—Quiero hablar con Geoff Hansen, que dejó el departamento financiero. Es solo un presentimiento.

Ella asintió, con sus fríos ojos azules encapuchados. Llegó el plato principal y comimos en silencio durante un rato. La comida era excelente, mucho más placentera de lo que probablemente sería la siguiente parte de la conversación.

—Finanzas —dijo Jennifer simplemente y mi estómago se tensó. Me habían dado mucha información, incluso el objetivo previsto para su próxima adquisición: Tucker Beacon, una empresa dirigida por un chico local hecho y derecho, Jack Tucker.

—Todo lo que tengo son los archivos que me diste, así que tal vez me estoy perdiendo algo. —Respiré profundamente—. No tienes dinero para construir un complejo turístico, y mucho menos para

hacerte cargo de la empresa de Tucker. Apenas puedes mantener la división de relaciones públicas a flote en el clima actual. No puedes conseguir el tipo de respaldo que necesitarás de los bancos sin perder el control.

Jennifer echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Los comensales levantaron la vista de sus platos. Los camareros miraron y volvieron al trabajo. El maître nos sonreía desde su púlpito extrañamente eclesiástico; los comensales contentos significaban un buen negocio, y que la gente se diera cuenta de que Jennifer Kingslund comía en el Moulin era aún mejor.

Cuando tuvo la risa bajo control, se inclinó y me apretó la mano.

—Lo siento, eso ha sido muy grosero por mi parte. Me he castigado por mi carácter desconfiado. No te he dado todas las cifras, y con lo que te he dado, tu análisis es realmente correcto, pero no debería haber habido forma de que pudieras llegar a esa conclusión.

Metió la mano en el bolso y sacó un resumen de una sola página que era muy parecido al mío, excepto por una sección bajo el título de «tesoro de guerra». Saqué el mío de mi archivo y los puse uno al lado del otro.

Jennifer repasó las cifras y escribió una enmienda en mi resumen para el tesoro de guerra, que aumentaba enormemente el efectivo disponible. Esperó expectante mientras yo garabateaba en los márgenes.

Me rasqué la cabeza. Esto era como volver al colegio.

—Con los bancos aportando una financiación que deberías poder mantener durante tres años, podrías liquidar los costes de tu complejo, pero aún no veo que puedas llevarte a Tucker al mismo tiempo.

Ella sonrió.

—Al revés, Amber.

Fruncí el ceño y volví a mirar las cifras.

—No, aunque retrases la construcción del complejo, no podrás llevarte también a Tucker. —Lo pensé bien y añadí—: Bueno, no con la valoración que has citado, a menos que tengas un acuerdo

diferente con un banco o un socio que se lleve mucho más del negocio.

—Diablos, no, querida. Los bancos pueden esperar sentados. —Terminó su último bocado y tomó un sorbo de vino espumoso. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz muy baja—. Puede que no desarrolle Silver Hills, pero la amenaza de que lo haga ya ha reducido en un quince por ciento la valoración de Tucker. Hizo una gran inversión en su complejo turístico y no le está yendo bien. Tucker se ha excedido, está sufriendo y está deseando vender. Pero solo mientras todo el mundo piense que Silver Hills se va a construir.

Podía ver el plan. Sin estar dentro y tener una mejor idea de los negocios involucrados, había poco que pudiera añadir a esto, así que me encogí de hombros.

—Vale, dejemos las finanzas por el momento —dije—. En cuanto a lo que se suponía que iba a mirar, bueno, tengo que comprobar algunas de estas cifras con más profundidad y revisar tus análisis para ver si ha habido algún fraude.

—Me sorprende que lo hayas entendido tan pronto. Es importante, Amber, pero no tanto como Troy. —Ella sonrió—. Y tienes un trabajo conmigo si te cansas de ser investigadora.

—Gracias. —Archivé los resúmenes enmendados y me aclaré la garganta—. Hay algo que tengo que preguntar. ¿Por qué te molestas en esto? Has gastado dinero en un complejo turístico que no tienes intención de construir y estás trabajando para hacerte con Tucker Beacon, lo que va a estresar las finanzas de tu empresa hasta el límite. No es que ellos tengan cosas que tú no tienes. No hay sinergias. Ambas compañías están funcionando con poco dinero, así que no podrás encontrar ahorros. No tiene sentido. ¿Por qué hacerlo?

Sus ojos volvieron a ser gélidos.

—Recuérdame quién dirige la empresa multimillonaria y quién la agencia de una sola mujer.

Levanté las manos en señal de rendición.

—Solo llevo un año, claro —dije a modo de defensa.

Se rio, y la tensión desapareció tan rápido como había llegado.

—Les diré a Bell y a Hewitt que tengan cuidado. De todos modos, está en marcha. Jack y yo hemos hecho una declaración conjunta esta mañana. Le dejé decir que estamos trabajando en una fusión, para calmar su orgullo, pero en realidad yo lo estoy comprando.

Terminamos la comida con mejor humor del que había previsto. Hablar con Jennifer era como montar en un tigre: imprevisible y emocionante, pero no querrías caerte.

Hizo un gesto para pedir la cuenta.

—Vamos a ver el complejo.

Y todas las cosas raras, pensé.

Capítulo 16

—Hablas bien francés —comenté mientras nos alejábamos del restaurante y volvíamos a bajar a la I-70. Había temido que el maître no nos dejara ir, parecía tan feliz de hablar en su lengua materna.

—Estuve en la universidad, en la Sorbona de París.

—¿Estudiando?

—Filosofía. —Se rio—. Échale la culpa de todo a eso. Diablos, después de tres años no vuelves a tener la cabeza en orden.

No me preguntó qué había hecho, por suerte. O tal vez ya sabía que había dejado la escuela antes de tiempo.

Cuando nos adentramos en las estribaciones de la US 285, Jennifer aceleró el motor y el coche respondió con suavidad. Jennifer conducía rápido. Si hubiéramos tenido alas, habríamos volado. Me encantó, pero como muchas cosas agradables, hay una ley que lo prohíbe.

—¿Cuánto has acumulado en multas por exceso de velocidad? —pregunté.

—Ni un solo dólar, querida. Pero tengo que decir que no tengo la oportunidad de conducir tan a menudo como me gustaría, así que esto es un placer para mí. Gracias por la excusa.

—Un placer —dije. El puro regocijo de ser conducida en un coche rápido y confortable en un día soleado, con el techo bajado, me había levantado el ánimo.

—¿Sabes? —dijo Jennifer—. Eres la segunda persona más relajada que he tenido en el asiento del copiloto.

Me reí y lo hice pasar por alto.

—Tú sabes lo que haces. —Pero mi curiosidad se despertó—. Entonces, ¿quién fue el primero?

—Ese fue mi último marido.

—¿Le gustó tu forma de conducir?

—Diablos, no, solo vino conmigo una vez. Se emborrachó tanto que tuve darle un golpe, dejarlo inconsciente y llevarlo al hospital.

Eché la cabeza hacia atrás y reí hacia el cielo azul brillante. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto.

Demasiado pronto, nos desviamos de la 285 y condujimos un trecho por un par de pequeños caminos que se convirtieron en una pista enrejada por una verja. Jennifer la abrió y aparcó junto a un grupo de contenedores y edificios provisionales que reconocí por las imágenes de seguridad. Había llovido la noche anterior y el suelo estaba todavía blando. El Mercedes lo aguantó bien, pero iba a necesitar una limpieza cuando volviéramos. Pude ver un lío de huellas sobre el suelo embarrado, en su mayoría borradas por la lluvia, el viento y otras personas.

Cogí mi equipo de pruebas de la parte trasera y me lo colgué del hombro. Jennifer se cambió los tacones por unas zapatillas de correr.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jennifer.

—¿Yo? Voy a ver qué hacen los lobos en el bosque —dije, caminando hacia el lugar del que parecían venir o al que volvían las huellas que había; era tan caótico que no era posible distinguir mucho.

Por lo que pude ver, se dirigían hacia arriba, hacia un muro verde y dorado de hojas de álamo, roto aquí y allá por bandas del pino verde más oscuro; así que hacia allí me dirigí.

Nos adentramos en el bosque y me llené los pulmones con el olor dulce y limpio del álamo y el pino. Me encantaba. Olía a días despreocupados de paseo con la familia. Días enteros, luminosos y de ensueño, en los que mi mayor carga era la mano de mamá o de papá apoyada de vez en cuando en mi hombro. Me sacudí ese agradable recuerdo. Estaba aquí para hacer un trabajo y también era responsable de la seguridad de Jen.

—¿Es peligroso? —Jennifer no parecía preocupada. Me habría parecido bien que se quedara en el coche, pero me gustó que tuviera la suficiente confianza para venir conmigo.

En realidad, no sabía lo peligroso que era. El coronel me había advertido sobre los hombres lobo y no veía qué otra cosa podía ser, no con ese tamaño, la piedra que rompía la cámara y esa pierna humana desnuda. ¿Acaso merodeaban por aquí a la luz del día? El equipo de trabajo no había informado de nada de eso, pero solo habían estado en una zona.

Estaba segura de que Hollywood no retrataba al hombre lobo con más precisión que al vampiro. Confiaba en los pequeños trozos de plomo lanzados a gran velocidad para disuadir a cualquier cosa de molestarnos. Pero había elegido la pequeña Walther en lugar de la HK por la forma de mi chaqueta. Una decisión tonta.

—¿Qué es seguro? —dije.

Ella se dio por vencida.

—Vale, ¿a qué te refieres exactamente con lo que hacen en el bosque?

—Bueno, ¿todo el mundo sabe lo que hacen los osos en el bosque? —Ella asintió, sonriendo—. Veamos si los lobos también lo hacen.

Seguí el rastro que pude, buscando donde se perdían las huellas en las agujas de los pinos o en las rocas hasta que las encontré de nuevo. Jennifer fue de ayuda una vez que entendió lo que buscábamos; tenía ojos agudos y buen olfato.

Raspé la corteza de los árboles donde olía. Encontré vertederos de excrementos apestosos que fueron a parar a mis pequeños frascos de muestras. Tomé fotos de cada huella de pata que era clara, dejando caer una pequeña regla al lado de cada una. Para las mejores huellas de patas enormes, tomé moldes con espuma de fraguado rápido.

Las ardillas trepaban por los árboles para escapar de nosotras y los arrendajos graznaban encima de nuestras cabezas.

Más adentro, el bosque adquiría un carácter diferente. Aquí no había ardillas ni arrendajos. Era sagrado, tranquilo, dominado por el pino, y el espeso follaje verde creaba profundas sombras por donde caminábamos. El viento suspiraba. Nuestros pies se clavaban silenciosamente en suaves lechos de agujas de pino viejo. Nuestras voces se redujeron a un susurro y me sorprendí mirando por encima del hombro. No me preocupaba tanto lo que podía ver como lo que no. Aquí había algo. Mi estimación del peligro aumentaba a cada paso y me reprendí mentalmente. Una cosa era haber venido por mi cuenta y, otra muy distinta, exponer a Jennifer al riesgo. Aflojé la Walther en su funda.

Fue un alivio ver que los pinos se estaban reduciendo y que los álamos, los enebros y los arbustos volvían a aparecer. Cuando salimos de la oscuridad y entramos en la luz del sol, una sombra se cernió sobre nosotras como una hoja que cae. Ambas saltamos. Un halcón se elevó grajeando para protestar por nuestra molestia, y nos reímos nerviosamente.

Acabamos en el borde de un pequeño acantilado. El sendero señalaba este afloramiento rocoso como foco de atención. Miré por encima de la ladera. Eran unos treinta metros, no era una gran subida, pero nada subiría hasta aquí a cuatro patas. A un kilómetro y medio de distancia, pude ver una pista de tierra que podría recorrer un todoterreno.

—Esto se llama Falcon Bluff —dijo Jen—. Marca el límite de mi propiedad en este lado.

Permaneció un rato con los ojos cerrados, el sol de la tarde le doraba la cara y la hacía feliz.

—Entonces, ¿qué te parece? —dijo finalmente.

—Creo que tu tierra es hermosa, Jen. —Eso me valió un golpe en las costillas.

—Vale, vale —dije—. Tal vez tenías razón, hay algo raro. Sabré más cuando lleguen los resultados.

Parecía satisfecha con eso por el momento.

Me subí a la roca más alta y traté de pensar como un hombre lobo. El viento me trajo los aromas secos de principios de otoño con su fina promesa de frío próximo. Los animales se agitaban ante el cambio de estación. Abajo, el camino de tierra entraba y salía del bosque como una serpiente perezosa bajo el sol de la tarde. Miré hacia abajo y me imaginé haciendo que una manada de hombres lobo llegara hasta allí, subiera aquí en forma humana y luego se transformara para ir de fiesta hacia abajo, donde estaban los contenedores. ¿Por qué?

Cerré los ojos e imaginé la noche, la luna, el alboroto de las pieles, la excitación creciente. La llamada en el aire frío de la noche. La persecución a través de los bosques en calma.

Jennifer caminaba por delante mío. La miré como un intruso, con el sol detrás de mi cabeza, y la vi a través de los ojos de un lobo.

—Sería un error construir un complejo turístico aquí. —No tenía ni idea de por qué había dicho eso. No era apropiado, incluso si era lo que pensaba.

Me di una pequeña sacudida y bajé de mi roca. *¿De dónde demonios ha salido todo eso?*

Jennifer no se dio cuenta o no le importó. Entrecerró los ojos y me miró.

—No tengo ninguna intención, de verdad. Ni siquiera quiero una torre de telefonía móvil aquí. Solo necesito que Jack piense que estoy construyendo. —Pude ver su cara claramente y supe que era la verdad, aunque no debería habérmelo dicho.

Comenzamos a volver sobre nuestros pasos, con cautela.

El sol estaba más bajo y su ángulo hacía que el bosque fuera más claro. No había nada del miedo que habíamos sentido en la subida. Sin necesidad de parar y seguir buscando las huellas de los lobos, estuvimos de vuelta en veinte minutos, sin ningún susto.

Al llegar al borde de los árboles, me detuve y toqué el tronco de uno, como siempre hacía mi padre. Sentí el recuerdo de su mano alborotando mi pelo.

Guardé el kit en el maletero del Mercedes, mirando con nostalgia las colinas boscosas. Tal vez podría conseguir la autorización de Jennifer para venir aquí y salir a correr.

Daba miedo. Me gustaba el miedo.

Durante un par de minutos, fui vagamente consciente del sonido de una camioneta que se acercaba y vi un Dodge negro que atravesaba las verjas de abajo. Volví de la ensoñación con un sobresalto. Un pinchazo de aprensión me erizó los pelos de la nuca y me hormigueó la pulsera.

—Jen, ¿existe la posibilidad de que se hayan perdido?

—No, no hay nada más en este camino. Amber, yo...

—¡Sube al coche! Si algo va mal, si lo necesitas, usa el coche como un arma, atropéllalos, lo que sea, pero escapa.

—Amber, ¿qué vas a hacer?

—Voy a tratar de echarlos. Quédate en el coche. Intenta llamar con el móvil.

La empujé hacia el asiento del conductor y comencé a bajar rápidamente. Estaban a unos cien metros y maldije cuando me di cuenta de que la razón por la que se habían quedado allí abajo era para bloquear la salida.

Tenía la Walther, pero era peor que inútil a esa distancia. Solo los alertaría y ellos podrían tener un rifle o una escopeta en esa camioneta. Lo que necesitaba era acercarme a ellos, sin que se dieran cuenta de que estaba armada. La Walther no parece un arma hasta que está justo en tu cara.

Dos hombres se bajaron y el conductor se quedó en la camioneta. Ochenta metros. El más alto de los dos que venían hacia mí tenía una nariz afilada, mandíbula dura y cuadrada y unas profundas líneas de expresión grabadas en una frente pesada sobre un rostro bronceado. Tenía el pelo grueso y negro, recogido en una coleta. Sus cejas se unían en una sola línea por encima de unos ojos entrecerrados. El hombre más bajo tenía la forma de barril que a veces oculta una gran fuerza. Su pelo se extendía en círculos grasos sobre los hombros. Tenía los dedos hinchados como un ahogado y en la mano derecha llevaba un bate de béisbol. Sesenta metros.

—Eh, chicos, esto es terreno privado —dije—. Voy a tener que pedirles que se vayan.

Uniceja iba vestido de marrón, con una chaqueta entallada y zapatos de ciudad, embarrándose. Manomuerta llevaba ropa de motero, chaleco vaquero negro y viejos vaqueros azules metidos en grandes botas negras. Debajo de una camiseta negra, los tatuajes de serpiente rodeaban la parte superior de sus brazos. Cuarenta metros.

Toda su atención se centraba en mí y sonreían, relajados y confiados. Uniceja dijo algo, señalándome.

—Demasiado plana —gritó Manomuerta, riendo—. Te la dejo. Quiero a la rubia. —Agitó su brazo derecho como si se pusiera a batear. Veinte metros. Es hora de rugir. Mis miembros se aflojaron y se relajaron.

Oí el gruñido del Mercedes detrás de mí y me adelanté mientras su atención se dirigía hacia la colina. Elegí a Manomuerta al estar más cerca.

—¡Mierda! —gritó, y balanceó el bate por reflejo. Era más rápido de lo que parecía y me dio un golpe de refilón en la parte superior de la cabeza cuando me agaché. Su movimiento de sorpresa lo hizo girar demasiado y se desequilibró cuando mi hombro se estrelló contra sus costillas con todo mi impulso hacia abajo. Cuando cayó al suelo, yo ya había sacado la Walther y apuntaba a la cara de Uniceja.

—Dile que se quede en el suelo y saque al imbécil de la camioneta o le dispararé donde está.

A cinco metros, una Walther parece una pistola de verdad, y la boca del cañón de cualquier pistola parece el mismísimo ojo de la Muerte cuando la miras. Su mano se detuvo en el camino hacia su chaqueta y volvió a bajar.

—¡Benny, sal del camión! —llamó Uniceja con voz ronca por encima del hombro. Sus ojos no se apartaron de mi cara.

Manomuerta se levantó de golpe. Disparé a su rodilla y tenía el arma apuntando a la cara de Uniceja antes de que volviera a estar en el suelo. Benny se congeló dónde estaba, casi fuera de la camioneta.

—Si Benny no llega en cinco segundos, pierdes la cara —dije—. Cinco.

—¡Benny! ¡Ven aquí ahora, imbécil!

Benny se escabulló en respuesta a la orden de Uniceja y llegó antes de que yo contara hasta tres. Era más joven y pequeño que los demás, con la cara pálida y temblorosa. Lo observé sin dejar de mirar a Uniceja. Lo juzgué un bastardo malvado y era el más peligroso de los tres con diferencia. Detrás de mí, oí que el Mercedes bajaba la colina y se detenía. Sabía que estaba a mi derecha por el sonido, pero no me atreví a mirar para ver. Mientras Jennifer no se pusiera delante de mí, estaba bien.

Apunté con la Walther un poco más abajo, al pecho de Uniceja.

—Ahora abre esa chaqueta lentamente y saca la pistola cogiéndola solo con el pulgar y el índice. Despacio. Solo el pulgar y el índice.

Uniceja obedeció cuidadosamente mientras yo lo estudiaba en busca de tics o señales. La idea de que sería más fácil dispararle había pasado por mi mente y él lo sabía.

—Sostenla a un lado. Ponla en el suelo, con cuidado. —Parecía una Glock de 9mm—. Ahora, los dos, arrastrad este montón de mierda diez metros hacia atrás. —Pateé a Manomuerta que estaba gimiendo en el suelo, agarrando su pierna.

Chilló mientras lo movían. Le había perforado la rótula y cualquier movimiento de la pierna le iba a doler durante mucho tiempo. Bien.

—¿Jen?

—Estoy en el coche, Amber. A unos diez metros detrás de ti. No tengo señal en el móvil. —Su voz era tensa pero firme.

—Ve al otro lado de la camioneta y saca cualquier cosa que parezca un arma o un teléfono móvil. Y cualquier otra cosa que parezca interesante.

Mientras lo hacía y yo recogía la Glock, les hice vaciar los bolsillos.

Había cuatro opciones, tal y como yo lo veía. Podía dispararles y dejarlos para que los animales los hicieran desaparecer, pero yo no trabajo así. Podía torturarlos y averiguar quién los había enviado. Eso me revolvía aún más el estómago. Podría hacer que Jennifer condujera por la carretera y llamara a la policía. No hay forma de que esta escoria pueda darle la vuelta a la tortilla legal, pero inmovilizarlos con una acusación de asalto agravado sería difícil y llevaría mucho tiempo. Recurrir a la policía también enviaba un mensaje a sus jefes, y no era el mensaje que yo quería enviar. Tomé la cuarta opción.

Cuando Jennifer terminó, les hice arrastrar a Manomuerta y cargarlo en la camioneta, bramando por el dolor de su pierna hasta que Uniceja le gritó. Benny se quitó el cinturón y lo usó como torniquete en la pierna de Manomuerta, luego se sentó con él en la parte trasera. Hice que Uniceja se subiera al asiento del conductor. Había estado callado prácticamente todo el tiempo, observándome atentamente. No me cabía duda de que, si hubiera cometido un desliz, se habría echado encima mío. Era el líder de este grupo y parecía un hombre que guardaba rencor hasta la tumba.

Estaba apuntando ambas armas al puente de su nariz.

—Parece que tienes buena memoria. Cuando pienses en mí, recuerda los ojos de la Muerte mirándote. —Chasqueé las armas ligeramente para marcar el punto—. Si vuelves a ver eso, será lo

último que veas. No me importa quién te haya enviado ni por qué. Diles que la próxima vez no habrá disparos a la rodilla, ni supervivientes. Ahora, lárgate de aquí.

Uniceja arrancó y condujo por la carretera, haciendo girar las ruedas en el barro. Caminé un poco hacia detrás, asegurándome de que pudiera ver que seguía apuntándoles con las armas. Doblaron la esquina y escuché atentamente mientras el sonido del motor se desvanecía. No se detuvieron.

Dejé que la tensión saliera de mis hombros. Una cosa era hacer algo así con un escuadrón detrás de mí y una potencia de fuego importante, y otra muy distinta era enfrentarse a tres tipos con un par de pistolas de pequeño calibre.

Me giré, volviendo a meter la Walther en la funda y la Glock en el bolsillo de la chaqueta. Jennifer estaba de pie detrás de mí, pálida y temblando por la reacción. La abracé.

—¿Estás bien? —dije.

Ella asintió.

—¿Y tú? Te golpeó, vi... —Levantó la mano y tocó suavemente el lado de mi cabeza.

—¡Ay! Mierda, más moretones. —Le cogí la muñeca—. Estoy bien, de verdad, solo fue un golpe de refilón.

—¡Amber, estuviste fantástica! Te acercaste y...

Toqué sus labios con un dedo y la detuve.

—Es lo que me entrenaron para hacer, así que no es fantástico. Tú no has sido entrenada, así que estoy mucho más impresionada por lo bien que has reaccionado.

Me giré bruscamente y comencé a caminar de vuelta al lugar, avergonzada. ¿En qué demonios estaba pensando?

Saqué algunas bolsas de pruebas de mi equipo y recogí todas las cosas del suelo. Jen había encontrado un teléfono móvil en la camioneta y algunas notas garabateadas que quería mirar. También había una segunda Glock y un puñado de munición de repuesto. El contenido de sus bolsillos incluía carteras y otros teléfonos móviles. Y una foto de Jen. Hasta el momento en que vi eso, había tenido la horrible duda de que pudieran ir detrás mío y que la hubiera puesto en peligro.

Apagué todos los móviles y eché un vistazo a las notas, que daban indicaciones para llegar a Silver Hills.

—¿Quién sabe que estás aquí, Jen?

—Tú y yo. No le dije a mi asistente dónde iba a estar.

—¿Tenías el móvil encendido esta tarde?

—No hasta que intenté llamar a la policía. Lo apagué en el restaurante y no me molesté en volver a encenderlo. Normalmente no funciona aquí arriba. ¿Por qué?

Suspiré y me acosté para mirar debajo del coche.

—Alguien nos ha rastreado.

Tras cinco minutos de dar vueltas y ensuciar mi chaqueta, vi algo fuera de lugar. Había una pequeña caja escondida sobre el parachoques trasero: un dispositivo de seguimiento de algún tipo.

Hice que Jen volviera a conducir hasta la autopista y se alejara de Denver. En una parada de camiones, clavé el rastreador en un camión maderero, dimos la vuelta y nos dirigimos a la casa de Jen con vistas al Denver Country Club.

Durante el camino, llamé a Víctor y pedí que Jen tuviera un guardaespaldas permanente, ignorando sus excusas. El ataque a su empresa se había convertido en ataques a ella. Hasta que descubriéramos quién estaba detrás de esto, solo podíamos esperar más intentos y yo no podría estar allí todo el tiempo.

Capítulo 17

Eran poco más de las 6 de la tarde cuando entramos por las puertas automáticas de la casa de Jen. El cartel decía que se llamaba Manassah.

Mi cabeza estaba en modo de evaluación de amenazas, buscando las formas en que un intruso podría entrar por encima de las vallas, a través de las ventanas y las puertas, así que apenas miré la casa en sí.

Cuando llegó el equipo de Víctor y comenzó su propio barrido, pude apartarme y apreciar lo bonita que era. Sabía que Jen utilizaba a veces un apartamento de la empresa cerca de la oficina cuando trabajaba hasta tarde, pero había mencionado que se sentía como si estuviera en un hotel. Aquí, ella había estampado su individualidad en el lugar. Aquí era donde vivía la mayor parte del tiempo cuando estaba en Denver. Si desconectaba, sería aquí. Su rancho era más bien un refugio privado de fin de semana.

Al final de la inspección, cualquier idea de desconexión estaba mal vista, y se propuso el apartamento del centro como un lugar más fácil de asegurar. Jen no quería nada de eso, y se llegó a un compromiso según el cual tres guardias estarían basados en los terrenos, otro en un centro de control y otro más en la puerta. Todos ellos en turnos de seis horas como máximo.

Hice una mueca de dolor por el gasto, pero Jen lo firmó.

Mientras se preparaban, ella me apartó.

—Amber, ¿qué ha pasado para causar esto?

Me encogí de hombros.

—No sé qué ha cambiado, Jen. Lo obvio es que hemos llamado a la policía por el secuestro de Troy, así que saben que estás al tanto de ellos, sean quienes sean. No sé por qué eso debería haber agravado la situación, pero está claro que la amenaza se dirige ahora contra ti.

—Te he contratado. Eso es nuevo.

—Pero nadie lo sabía, excepto tú, yo, tu chofer tal vez. Y Tullah, por supuesto.

Dos de los guardias entraron cargando voluminosos equipos y tuvimos que apretujarnos para dejarlos pasar por el pasillo.

Jen se aclaró la garganta.

—Nos rastrearon hasta Silver Hills.

—Ya he hecho revisar tus otros coches en busca de rastreadores —dije—. Pero supongo que podrían haberte seguido a la antigua usanza hasta nuestra reunión en Whitman.

Nos trasladamos a su sala de estar y nos sentamos en un par de sillas mientras los guardias entraban y salían para comprobar el equipo de comunicaciones y los puntos ciegos.

—Me sorprendiste en el resort —dijo Jen—. Me refiero a cómo te enfrentaste a ellos al final. ¿Piensas llamar a la policía por eso?

—No, a menos que realmente lo quieras. Lo sé, no estoy siendo consistente ahora. Te dije que denunciaríamos cualquier delito.

—Está bien —dijo ella—. Confío en ti. Seguiré tu ejemplo en esto. Pero necesito entender la razón.

—En retrospectiva, tal vez haya sido una mala decisión —respondí lentamente—. Pero quería enviar un mensaje a quien los envió. Y quiero saber quién fue, no que todo esto desaparezca en algún caso legal al que no podamos acceder, que nunca se pruebe, o que se inculpe a algunos matones de pacotilla. Encontraré mucha información en las cosas que nos llevamos. Son miembros de bandas, no son profesionales. Excepto quizás Uniceja.

—¿Uniceja?

Sonreí.

—Una vieja costumbre mía. Uniceja es mi nombre para el líder. Manomuerta era el tipo al que disparé; sus manos estaban hinchadas, parecían las de un ahogado. Y el conductor se llamaba Benny, al parecer.

Jen apartó la mirada, como si no estuviera segura de lo que iba a decir.

—Creo que podrías haber averiguado directamente quién daba las órdenes.

—Probablemente. Sí. Conozco las técnicas. —Fruncí el ceño—. No soy una persona agradable, Jen.

Ella resopló.

—Hay una contradicción en ese razonamiento. De todos modos, yo no te habría detenido. Escuché lo que dijo ese gordo bastardo. Diablos, te habría ayudado. ¿En qué me convierte eso? No, Amber, saber y hacer son países totalmente diferentes. —Ella se desentendió, se acomodó en su silla y frunció el ceño, con las manos recorriendo inquietamente los reposabrazos.

—¿Puedes quedarte aquí también? —dijo—. Hay una suite de invitados justo enfrente de la mía. ¿Por favor?

Me preguntaba dónde iba a dormir esa noche. Quería alejarme de la casa de la señora Desiarto, pero sentía que me vendría muy bien una buena noche de sueño, y la idea de la oficina o del asiento trasero de mi coche no era atractiva. Era una enorme tentación acampar aquí mientras trabajaba en el caso de Jen, pero rompía todo tipo de reglas en mi libro de Investigación Privada 101. Algo de indecisión debió de mostrarse en mi cara.

—Me sentiría mucho más segura, Amber. Estoy segura de que estos tipos saben lo que hacen, pero te he visto en acción. Además, hay una maravillosa bañera en la suite. Comidas cuando quieras. Y facilitaría las reuniones informativas, ¿no?

Me reí, pensando que ahora sabía cómo se había sentido el capitán Morales la otra noche. Al menos se había relajado un poco, y sería más fácil operar desde aquí.

—La bañera me ha convencido —dije—. La necesito ahora. Pero luego tengo que ir a ordenar algunas cosas. Volveré tarde esta noche. ¿Podría tu conductor dejarme en mi oficina para recoger mi coche, por favor?

—Hecho. —Organizó las llaves y los códigos de acceso. Su asistenta trajo toallas y un albornoz, y se llevó mi ropa embarrada, prometiendo devolvérmela más tarde.

¡Qué bañera! Estaba hundida en el suelo y tenía luces bajo el agua. Los exteriores eran de mármol italiano y, durante el día, habría podido contemplar los jardines a través de ventanales. Al darme cuenta de que los guardias de Víctor estaban por ahí, cerré las persianas. La asistenta hizo correr el agua y añadió algo perfumado y burbujeante mientras me desvestía. Me dejé llevar por el calor. Oh,

qué felicidad. Decidí inmediatamente que mi vida necesitaba más baños calientes como este.

Media hora después, ligeramente mareada, pero oliendo mucho mejor, volví a la sala de estar en mi bata prestada, peinándome.

Jen estaba hojeando un informe, pero lo dejó a un lado y se levantó de un salto.

—Pareces casi relajada, Amber. Tu ropa tardará un poco. ¿Un trago mientras esperas? —Arqueó una ceja mientras se dirigía a una barra bien surtida.

—Ron. Solo, por favor —dije—. Un ron oscuro —añadí al ver el conjunto de botellas.

Volvió con mi ron y un brandy para ella.

—Un quinceañero guyanés —dijo despreocupadamente, entregándome el mío—. Debería ser lo suficientemente oscuro.

Sorbí el licor marrón dorado y dejé que el sabor suave y cálido recorriera mi boca. El cielo. Explotó en mi lengua: un bocado de melaza con un beso de vainilla y piel de naranja. Cerré los ojos, saboreándolo. Vaya. Nunca me había dado cuenta de la diferencia entre el ron que podía permitirme y el que bebía la gente como Jen.

Nos sentamos y bebimos un rato, completamente cómodas con el silencio. Subí las piernas a un taburete. Luego me iba a costar mover el culo de este sofá, pero no me importaba. Nunca había estado en una estancia tan lujosa, pero en lugar de sentirme incómoda, me sentía como en casa, gracias al ron, al baño, a la propia Jen o a la combinación de todo.

Jen cogió unas tapas recién hechas del bar y las puso en el sofá entre nosotras. Mordí un pimiento ahumado relleno. Otro «wow». El sabor era delicado y casi abrumador al mismo tiempo; en comparación, todos los demás pimientos rellenos que había comido parecían insípidos.

—Dios, son increíbles —murmuré.

Jen me miró con extrañeza.

—Oh, los ha hecho Carmen. Me alegro de que te gusten.

No estaba siendo despectiva, exactamente. Probablemente estaba tan acostumbrada a los ingredientes caros y a una cocinera gourmet que había olvidado el sabor de la comida normal. Tenía que callarme

o pensaría que vivía a base de McDonald's. Podría haberme puesto a la defensiva ante ese pensamiento, pero estaba distraída por el trozo de calamares fritos crujientes que me había metido en la boca. Me las arreglé para no gemir.

—¿Hay alguna relación entre este ataque y las cosas raras? —preguntó Jen, interrumpiendo mi orgía privada de comida.

Me senté y me encogí de hombros.

—Demasiado pronto para decirlo.

—¿Qué hay realmente ahí fuera, Amber?

—Lo siento, necesito un poco más de tiempo.

—No, no estoy siendo clara. No me refiero solo a Silver Hills, sino en general. ¿Qué hay ahí fuera y cómo es que eres una experta?

Me esforcé. Quería hablar con alguien que no fuera el equipo de observación o el capitán Morales, pero además del peligro de que Jen me considerara una lunática, siempre estaba la amenaza de la celda de aislamiento en Obs si se enteraban de que estaba involucrando a civiles en las cosas «raras».

Como si hubiera leído el conflicto en mi cara, Jen se inclinó y me apretó el brazo.

—Está bien. Una mujer de misterios. Soy una persona muy paciente, Amber. Dímelo cuando estés lista.

Le sonreí para darle las gracias y perseguí las aceitunas de ajo saladas con otro sorbo de ron.

—Has mencionado a tu último marido —dije para cambiar de tema —. ¿Tienes a alguien más en tu mira?

Se rio.

—¡Diablos, no! ¿Después de lo que me costó? De ninguna manera. ¿Y tú?

—Oh, estoy entre novios en este momento.

—Suena pervertido. —Levantó las cejas y fingió estar sorprendida.

—Ya sabes lo que quería decir. —Intenté fulminarla con la mirada y acabamos riéndonos, pero al menos eso era mejor que mi sonrojo.

—¿Y dónde vives? —dijo ella—. ¿Tienes una casa?

—No. Alquilo una habitación en Aurora. Nunca pensé en comprar. A decir verdad, nunca conocí a un banquero lo suficientemente borracho como para prestarme dinero.

Jen agitó la botella de ron.

—Estoy segura de que podría conseguirte un banquero —dijo.

Suspiré.

—Una noche emborrachándose con un banquero. Tan tentador, pero no, gracias. Tengo que...

—Sí, dijiste —me detuvo.

La asistenta vino a decir que mi ropa estaba lista, excepto mi chaqueta. Al arrastrarme por el suelo se había manchado, y ella lo lamentaba mucho, pero las manchas no salían y temía que estuviera estropeada.

—Tengo una chaqueta que puedes usar —dijo Jen—. Era... bueno, de todos modos, nunca la he usado. Debería servirte.

Cuando me vestí y volví a la sala de estar, Jen la había sacado.

—No puedo llevar esto, Jen. —La sujeté, pero no pude ponérmela. Era la chaqueta de cuero más bonita que había visto nunca. Era de color marrón suave, estaba forrada de seda y tenía un espectacular cuello doble. Tenía que valer mi sueldo de un mes.

—Por supuesto que sí —insistió—. Tu chaqueta se estropeó mientras trabajabas en mi caso, así que es mi responsabilidad. De todos modos, hace demasiado frío afuera para salir sin algo.

Me la puso a pesar de mis protestas y le subió la cremallera hasta la mitad. Se ajustaba perfectamente. Una mirada de duda cruzó su rostro por un segundo, pero luego sonrió.

—Ya está —dijo ella—. Sal y haz tus cosas. Te veré más tarde, tal vez.

El conductor vino a recogerme y no parecía haber tiempo para discutir más. Salí preguntándome cómo iba a pagar esto. Había aprendido esa lección a temprana edad. No hay nada que no tenga un coste.

Capítulo 18

El conductor de Jen se llamaba Kingston, eso lo supe de camino a la oficina. Aparte de eso, era muy tranquilo. Aun así, mientras se alejaba, me dejó sintiéndome sola. Y con frío. Me alegré de la chaqueta.

Tullah me habría llamado si hubiera habido algo importante durante el día, pero por costumbre revisé mi correo electrónico y mis mensajes. Había una actualización rutinaria de Víctor sobre la búsqueda de Troy. Todavía no lo habían encontrado, así que hojeé su mensaje. Todo lo que daba era una lista de posibilidades que habían descartado. Ahora incluiría a Jen en futuras comunicaciones.

Saqué la información del coronel sobre la rave de ZK y me conecté a uno de los sitios de anuncios. Tras un par de pistas falsas, localicé la dirección donde se celebraba. Era un viejo centro comercial, demasiado pequeño y demasiado cerca de los gigantes como para sobrevivir. Tenía una gran zona de entrega de mercancías debajo que era ideal para la rave. No había vecinos cerca. La única preocupación de la policía serían las drogas, así que probablemente tomarían un enfoque ligero a menos que las cosas se salieran de control.

No iba a dejar mi coche cerca de la rave mañana. Además de la posibilidad de sufrir daños, sabía que la policía anotaba regularmente las matrículas y quería mantenerme fuera de todas esas bases de datos. La nueva oficina estaba a dos minutos a pie de la estación de metro de Colorado Boulevard, y la rave estaba a unos cinco de la estación de Dry Creek. Dejaría el coche aquí y tomaría el metro.

ZK lo dirigía, pero el espectáculo de luz y sonido iba a cargo de un par de equipos llamados Electric Breath y Beat Gear. Me froté la cabeza: los conocía y esa combinación significaba un evento de baile duro. Al menos no estaría fuera de lugar con mi ropa estándar. En algunas raves tenía que parecer un vampiro para pasar desapercibida, y no le veía la gracia.

Cerré el ordenador. Del cajón de mi nuevo escritorio saqué la máquina de análisis de sangre y me la coloqué en el brazo. Un par de minutos más tarde me confirmó que había subido otro punto, hasta 0,43. No era nada para preocuparse todavía. Quería seguir comprobándolo en diferentes momentos para ver si había algo que hiciera o sintiera que diera una lectura diferente.

Tras desmontarla y limpiarla, cambié la Walther por la Heckler Koch en la caja fuerte. Junto con la Walther, metí todas las cosas que habíamos cogido a los tres hombres en Silver Hills, excepto las dos Glocks, que también limpié y envolví en bolsas de plástico. Luego cerré y me dirigí a mi coche con las Glocks en una caja de cartón.

Morales quería hablar hoy, y no era demasiado tarde. Le envié un mensaje de texto preguntándole si quería reunirse o hablar conmigo por teléfono, esta noche o mañana. Me contestó enseguida pidiéndome que nos viéramos en Monroe a las 11 de la noche.

Al menos eso me daba tiempo suficiente para visitar mi almacén, que era mi otra tarea de la noche.

Metí la mano bajo el centro del salpicadero, detrás de mi sistema de navegación GPS modificado, y saqué una tarjeta de identidad que me presentaba como Sra. Abigail Welchester, junto con una llave del espacio de Abigail en los trasteros Central Self Store, cerca de Union Station. Había guardado accidentalmente parte de mi documentación falsa cuando dejé el ejército. Chica mala.

Si el tipo de la portería se preguntaba por qué la Sra. Welchester iba a visitar su trastero tan tarde, lo disimulaba bien. Mi llave abrió el portón y él apenas levantó la vista mientras yo conducía por las calles de contenedores con candado. En el extremo más barato, mi pequeña unidad se encontraba en medio de una fila de una docena de contenedores idénticos, solo el número marcado en el frente la identificaba. Maldita sea, era como volver al ejército.

Puse las Glocks dentro, junto a la escopeta que tampoco debía tener.

Estaba oscuro y el foco más cercano no arrojaba luz en esta taquilla, pero mi visión nocturna era buena. Podía ver mi vida

pasada, colgada o pulcramente doblada, sellada en plástico u ordenada en cajas. Todo guardado y empaquetado.

Mi uniforme militar colgaba de la barandilla de arriba. El uniforme que Krantz dijo que nunca había usado, el uniforme que el ejército dijo que ya no debía usar, el uniforme que pasé diez duros años defendiendo. Abrí la funda de plástico y metí la mano para contar las rayas de las mangas y asegurarme de que no era un sueño.

Luego cerré la puerta de golpe y apoyé la frente en el frío e indiferente metal.

Había una buena razón para dejar los uniformes aquí. Me recordaban todo lo que había perdido. Además, ahora Krantz me decía que nunca había estado en el ejército. En Operaciones 4-10 me habían adjudicado a operaciones secretas, pero no podía creer el dolor que me causaba darme cuenta de lo que la mayoría de la gente creía: no estaba en ningún registro, así que no podía haber estado allí. No quedaba nada.

Déjalo todo, pensé. ¿Por qué no debería volver a Manassah y emborracharme? Deja que otro lleve la carga. Había dado, Dios sabe que había dado, ¿por qué no podía recibir ahora? *Porque no puedo.*

Me di la vuelta y miré la luna borrosa en el cielo nocturno. Su resplandor plateado se veía atenuado por los duros focos. Por encima de Silver Hills, brillaría clara y pura, y esa visión me hizo daño en el corazón. Quería hablar con la luna sin la bruma de la ciudad ni el difuminado, quería cantar a su fría belleza en la noche prístina, quería que mi canción flotara en el viento, quería correr desnuda por el bosque, sin que nada se interpusiera entre el aire limpio y yo.

¡Mierda, siempre eres la rara equivocada, Amber! Demasiado ron, demasiado poco sueño.

Subí la cremallera de la chaqueta y volví al coche. *Ya es suficiente.* Iba a llegar tarde a Monroe.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Morales tenía mejor aspecto que la noche anterior. Su equipo había despejado una zona para él en el salón de la casa de Monroe y

estaban trabajando en segundo plano, todavía clasificando, etiquetando, embolsando y fotografiando. El cuerpo y las ratas habían desaparecido, gracias a Dios, pero el olor seguía presente.

El ligero traje gris de Morales era perfecto de cara a la galería, con unas arrugas en los pantalones que ni un sargento instructor podría detectar. Siempre he pensado que podría ser llamado para salir en las noticias de la noche, y con cierta justificación. Su rostro era cuadrado, con líneas duras suavizadas por una barba de diseño, y más carnoso que cuando era teniente. Su pelo seguía siendo negro como el azabache y estaba peinado hacia atrás, y sus ojos seguían siendo agudos bajo las cejas de ala de águila. Tenía una buena cara para la televisión y el jefe lo sabía.

—Capitán, tienes buen aspecto. —Le estreché la mano.

—Gracias, Farrell. —Me miró fijamente, desconfiando de cualquier cumplido, y señaló con el pulgar un asiento. Su equipo había traído asientos de director plegables y una mesa. Nos sentamos uno frente al otro.

—No ha aparecido ningún equipo de limpieza —dijo brevemente.

—Bueno, diablos. El coche patrulla fuera y la cinta amarilla alrededor de la casa deben haberlos desanimado. ¿Quién lo hubiera pensado?

Un músculo de la mandíbula de Morales se crispó.

—Hemos esperado hasta el mediodía. No puedo esperar más tiempo en una investigación de asesinato. No había una razón de peso para esperar más.

Me encogí de hombros; ya era historia. El equipo de Snakebite se había colado anoche y no tenía motivos para sospechar que lo hubieran estropeado antes de tiempo. Hice un gesto hacia el desorden.

—¿Hay algo en esta basura que nos dé una pista?

—Casi nada hasta ahora. Tendremos que procesar todas las huellas. Los forenses tienen mucho que hacer. Según los otros conductores de Crate & Freight, Windler era el hombre clave. Tiene que haber algo aquí.

Anoche solo habíamos hablado de lo esencial, y yo contaba con que me diera una bronca por ir sola. Para fastidiarme, empezó por el

otro extremo.

—¿Seguro que son vampiros? —Señaló con la cabeza el lugar donde había estado el sofá la noche anterior—. ¿No es un psicópata cualquiera o un asesino de bandas?

Asentí con la cabeza.

—Los forenses dicen que probablemente estaba vivo cuando le abrieron el pecho —dijo Morales—. ¿Estaban haciendo una declaración, o es normal para los vampiros?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Creo que es una declaración. Windler era el único que sabía quién estaba detrás de esto. Fue asesinado por los vampiros. O los vampiros lo dirigían, o trabajaban con la persona que lo dirigía. —Sacudí la cabeza y respiré profundamente—. Pero parece que hay vampiros y vampiros, capitán. Este grupo es diferente a los locales. También lo eran esos tres del año pasado.

—¿Has identificado una comunidad local de vampiros? —Se sentó y se inclinó sobre la mesa—. Pensé que se suponía que me mantendrías al tanto de cualquier novedad.

—Pensaste bien, pero aún no he llegado ahí. Es posible —subrayé la palabra—, *que* tenga una reunión. Si lo hago, te enterarás.

—Necesito estar allí, Farrell, no puedo permitir que entres sola como anoche, yo...

Le corté.

—Eso no es justo, Morales, y lo sabes. No te gustó que te despertaran en mitad de la noche cuando encontré el cadáver; ¿cómo te habrías sentido si te hubiera llamado para decirte que venía aquí por una corazonada porque reconocía el nombre de una calle cercana por un caso no relacionado?

—Podrías haber llamado a otra persona.

—¿Sí? ¿Cómo quién, teniendo en cuenta lo que hay aquí? ¿El sargento de guardia de la comisaría local?

Se pasó la mano por la cara.

—Es cierto —concedió. Sacó una tarjeta de su cartera y me la dio —. El teniente Edmunds es el contacto del proyecto Snakebite. Todas estas personas le informan, y todo lo relacionado con Snakebite es su prioridad. Está disponible en este número 24 al día y 7 días a la

semana hasta nuevo aviso. Su equipo no sabe nada de ti, excepto que eres una consultora. Usa el número, Farrell.

—Gracias —dije. Edmunds había estado aquí anoche. Parecía competente y, lo que es mejor, tenía su curiosidad por mí bien controlada. Su pequeño equipo de emboscada había sido preparado para problemas serios, desde chalecos antibalas hasta sensores de movimiento. No podían saber realmente a qué se enfrentarían hasta que lo hicieran, pero estaban bien preparados. Francamente, no había creído que un vampiro volviera anoche a limpiar, o nunca los habría dejado.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo.

—Le llamaré si me encuentro con algo que combine vampiro y criminal. Pero no te involucraré en reuniones con la comunidad vampírica local, si es que cumplen la ley, hasta que no den el visto bueno.

Observé cómo palpitaba una vena en la frente de Morales y conté diez latidos antes de que hablara.

—¿Qué hay de ponerte algún tipo de rastreador, uno al que solo podamos acceder si las cosas van mal? No sabes en qué te estás metiendo.

—No se me ocurre cómo podría funcionar, capitán, y es mi trasero. Y tengo alguna idea de en qué me puedo meter. Te prometo que te diré lo que pasa.

—Te sales con la tuya conmigo, Farrell, pero un día de estos hablarás con el FBI. Se están interesando por estas cosas *y* encontrarán el camino hacia ti.

—Todo está algunos grados por encima mío, capitán. Les diré que vayan a hablar con el coronel. A ver cómo se llevan con él.

Morales casi sonrió antes de cubrirse con una mano. Volvió a ponerse serio.

—¿Qué te pareció el equipo especial de anoche? Quiero decir, ¿tenemos el equipo adecuado? ¿Qué va a funcionar?

Me encogí de hombros.

—Si se mueve, puede ser detectado. Si sangra, puede morir.

—¿Si no sangra?

—Ya está muerto.

—No es del todo tranquilizador, dadas las circunstancias.

Me encogí de nuevo de hombros y cambié de tema.

—Así que todo lo que tenemos son algunos indicios de que hay una conexión entre las armas y el tráfico de drogas que estaba utilizando Crate & Freight, ZK, y los vampiros de fuera de la ciudad. No hay más pistas.

Morales gruñó.

—¿Qué pasa con Nokes?

—Ian Nokes. Conductor contratado por Ranchos Rigs, en las afueras de Albuquerque. Era su propio camión el que estaba en el depósito, y estaba haciendo el trabajo por su cuenta. Ha desaparecido.

—¿De quién es la casa? —pregunté.

—Del fiambre, a través de una empresa fantasma que encontramos esta tarde. El típico callejón sin salida.

—Volvemos a Crate & Freight —dije, golpeando con los dedos. Había algo que me molestaba en todo el montaje—. Ocho conductores al menos, una empresa que transporta por todo Estados Unidos, el tamaño de ese envío, compartimentos diseñados para ello… Esto debe haber sido un centro de distribución importante.

Morales asintió, con el rostro profundamente desencajado.

—El tráfico de drogas en Denver está bajando. Por mucho que me gustaría decir que es gracias a la policía, hay algunos indicios de que se trata de bandas.

—¿Mantener la base limpia para su cuartel general de negocios? —pregunté y Morales asintió de nuevo—. Esto no puede ser ZK, solo son el músculo contratado, ¿no? Son una maldita banda de moteros.

—Originalmente lo eran —aceptó—. Ahora no lo son, son el crimen organizado de las grandes ligas, y he oído que hay un nuevo jefe, un tipo llamado Hoben, que los ha hecho subir un escalón.

—Así que, si van por la ruta normal del crimen organizado, necesitarían una fachada legítima, un negocio con reputación. —La silla crujió mientras me movía—. ¿Es Crate & Freight? ¿Carter se va a dedicar al crimen en vez de a la política?

Pero Morales negó con la cabeza.

—No es lo suficientemente grande, y estrictamente de transporte. Útil, pero no suficiente.

—Pero uno podría suponer que también querrían ser dueños si estuvieran planeando usarlo como su sistema de distribución. Pero como empresa principal, ¿qué tal el Grupo Kingslund? —pregunté despreocupadamente.

Morales levantó la mirada bruscamente.

—¿Quieres volver a explicarme esa idea?

—Dijiste que Crate & Freight no era lo suficientemente grande. Tal vez Kingslund lo sea. ¿Y si ZK quisiera hacerse con Kingslund? ¿Cómo lo harían?

—Tendrían que cambiar a Je... la Sra. Kingslund primero. Ella no es del tipo que vende. Pero es el tipo de empresa que buscarían: grande, pero no demasiado, de propiedad privada, con muchos puntos de venta, perfil nacional, varios tipos de negocios. ¿Qué estás pensando, Farrell?

Fruncí el ceño.

—Estoy pensando que me alegro de que hayamos organizado un plan de seguridad a tiempo completo para ella esta tarde. El equipo de Víctor Gayle.

Morales gruñó en señal de aprobación.

—Le conozco. Dirige una buena seguridad. ¿Qué ha pasado para provocar eso?

Tuvimos un concurso de miradas a través de la mesa. Yo lo rompí primero.

—Ha pasado algo, y al menos uno de los implicados tenía tatuajes de ZK. —Morales parecía querer saltar sobre la mesa y arrestarme allí mismo, así que me apresuré a continuar—. Si tengo un delito claro que se pueda demostrar en el juzgado, te lo diré.

—Encuéntrame suficientes miembros de ZK en un lugar y los arrastraré como sea —dijo Morales.

—¿Señor? —Uno de los miembros del equipo abrió la puerta y asomó la cabeza. Morales levantó la vista—. Acabamos de recibir una llamada, señor, los de las noticias vienen hacia aquí. Algo debe haberse filtrado.

—Vale, gracias. Eso tenía que pasar tarde o temprano. Me sorprende que lo hayamos mantenido en secreto durante tanto tiempo. —Exhaló un suspiro y sacó su móvil—. Tengo que irme. No quiero que la atención se centre en esto.

—¿Quieres que te lleve? —dije—. No conocerán mi coche.

Los engranajes giraban visiblemente en su cabeza, pero aceptó. Cinco minutos después, pasamos por delante de las furgonetas de las noticias. Giré hacia Colfax para llevarnos de vuelta a la ciudad.

Cuando le dejé en el cuartel general, le mencioné que había una rave de ZK la noche siguiente y que yo iría. Le dije que le llamaría si había algo interesante, o incluso un montón de ZK por ahí, y decidió que se iba a conformar con eso por el momento.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Era más de la 1 de la madrugada cuando regresé a Manassah y comprobé que el equipo de seguridad había cambiado de turno y estaba alerta. Hablé con cada uno de ellos y repasé sus procedimientos una vez más.

El salón estaba a oscuras, pero pude distinguir que la botella de coñac junto a la silla de Jen estaba prácticamente vacía. Esa era una forma de superar el estrés del día, supuse. Me sorprendió lo mucho que lamentaba no haber podido estar allí para ella.

Me quité las botas y me arrastré por el pasillo hasta la cama.

Capítulo 19

VIERNES

Estaba en la oficina, trabajando en los números de las finanzas de Jen, cuando Tullah entró con el café. La nueva oficina tenía una pequeña zona donde podíamos hacer el nuestro, pero aun así se agradecía.

Le señalé una silla frente a mi escritorio. Me había quitado la pulsera y la tenía delante de ella.

—Háblame de lo que es esto otra vez, por favor, Tullah.

Parecía nerviosa, lo que para ella significaba quedarse muy quieta.

—Es un amuleto de advertencia que Ma hizo para ti.

—Funciona —dije—. Me dio un cosquilleo ayer cuando Jen y yo estábamos en peligro.

—¡Impresionante! —Ahora parecía contenta y nerviosa al mismo tiempo—. ¿Qué ha pasado?

—Te lo contaré más adelante. Cuando la gente te regala un amuleto de la buena suerte, te lo pones y después te intentan explicar que cualquier buena suerte que te haya ocurrido se debe al amuleto. Esto no es así, ¿verdad?

—No. Es real, pero... —Se aclaró la garganta—. Pero tienes que hablar con mamá sobre ello. Se supone que no debo decir nada. Lo siento.

—De acuerdo. Por favor, dile a Mary que necesito hablar con ella. Todavía tengo que darle las gracias por la pulsera. Y por la comida del miércoles, que estaba muy buena. —Cogí la pulsera y me la volví a poner. Fuera lo que fuera, también era bonito—. ¿Tú también haces estas cosas?

—Un poco. Yo no...

La detuve.

—Lo entiendo. Esperaré a hablar con Mary. Ahora, tengo que volver a estas hojas de cálculo. —Le hice un gesto para que se fuera —. Hay un paquete en tu escritorio que necesito enviar por mensajería esta mañana. Está todo detallado. —Eran las muestras

de Silver Hills para el coronel. Tendría que llamarle también para explicárselo.

—Pareces cansada, Amber —dijo mientras se iba.

Gruñí.

—Mañana podré dormir hasta tarde —dije. Como si lo creyera de verdad.

Avancé mucho en los expedientes financieros. No era tanto que hubiera fraude, por lo que pude ver, como que la empresa se estaba excediendo. No es inusual, pero no es el perfil que esperaba según la descripción que Jen había hecho de su estrategia. Había algo que no encajaba en los números, pero no podía precisarlo.

El móvil sonó y contesté.

—¡Hola, mamá!

—Amber, no me dijiste que te habías mudado. He pasado por la antigua oficina y me han dicho que ahora estás cerca de la universidad.

—Sí, nos mudamos justo ayer. El propietario necesitaba el antiguo almacén, supongo, y Tullah encontró un lugar mejor aquí. —No quería contarle toda la historia y que se preocupara.

—Oh. Vale. No importa. Solo llamaba para que vinieras a comer el domingo.

—Eso sería genial, mamá. ¿A las doce y media?

—Sí, está bien. ¿Te gustaría traer a alguien?

Cerré los ojos con fuerza. Tal vez podría hacer que David actuara como un novio. No, eso solo lo empeoraría.

—No, mamá, no hay nadie especial por el momento.

Hizo sus habituales ruidos de decepción. Le dije que estaba ocupada y me dejó ir.

Tullah estaba frente a mi escritorio con un sobre de entrega especial. Lo abrí con la sensación de que esto no podía ser bueno. Tullah también lo sintió y se quedó a observar.

Era de un tal William Davies, socio de Weissman Porter LLP, uno de los principales bufetes de abogados de Denver. Lo hojeé. Comenzaba: *Actuamos en nombre del Sr. Campbell Carter, director general de Crate & Freight de Centennial State Incorporated («nuestro cliente»), en relación con un contrato...*

Mierda. Había convencido a sus abogados para que iniciaran una demanda civil contra mí. No había forma de que un tribunal le diera la razón y no tenía sentido que intentara perseguirme por daños y perjuicios, aunque no argumentara el caso. Era puro rencor. Quería sacarme del negocio, crearme el máximo de problemas y cumplir su amenaza de impedir que volviera a trabajar en Denver.

Metí el sobre en un cajón.

—No te preocupes, Tullah, es un farol. De todos modos, es a mí a quien busca, no a ti.

—Somos *nosotras*, Amber, como dijiste ayer.

Le regalé una sonrisa.

—Eso hice. Vale, somos nosotras. Aun así, no te preocupes. Yo me encargo de esto.

Tullah se fue a la universidad antes del almuerzo, más tranquila de lo que la había visto en algún tiempo.

Dejé de lado las hojas de cálculo de Jen. Sabía cuál era el siguiente paso en este tema, y tenía otras tareas pendientes para hoy.

Llamé al coronel Laine. Contestó inmediatamente, como siempre. Alguna vez, le llamaría en mitad de la noche solo para ver lo rápido que contestaba.

—¿Sargento?

—Coronel, tengo un par de cosas para usted. ¿Puede hablar?

—Adelante —respondió.

—Le he enviado un paquete por mensajería para analizarlo en los laboratorios. Esto no es nada de vampiros.

—¿Qué es?

—Espero que me lo diga. No quiero influir en el análisis dándole detalles. —No pude resistirme a burlarme de él. Pronto vería de qué se trataba y continué antes de que pudiera responder—. Segunda cosa. Tuve una charla con un teniente Krantz, de la administración de pagos del ejército.

—¿Qué demonios quieren?

—Está investigando un fraude al ejército y a los Asuntos de Veteranos. Me dice que nunca estuve en el ejército y que, por lo

tanto, cualquier indemnización por invalidez que me paguen está siendo reclamada de forma fraudulenta.

El coronel Laine no dijo palabrotas, pero el silencio fue furioso.

—Le pido disculpas, sargento. Me ocuparé de esto inmediatamente —dijo finalmente, con voz tensa—. Pero tenga en cuenta de que nunca habrá un registro de su tiempo al que pueda acceder.

—Por supuesto, coronel. Firmé por eso. Es que... —Dudé—. Que me digan que no hay nada, y las conclusiones que sacaba Krantz… es un poco difícil de asimilar.

Volvió a disculparse y, cuando se despidió, me sentí un poco mejor. Tenía que guardar esa sensación para la siguiente llamada, que me daba pavor. Tuve que buscar el número. Cuando pensé en lo que eso significaba realmente, me di cuenta de que era una mala señal. Al menos tenía su número directo y no tenía que pelearme con una centralita.

Sabía que lo dejaría sonar al menos tres veces. Era su forma de decir que siempre estaba ocupada. Llegó a sonar cuatro veces y me pregunté si me relegaría al buzón de voz. Lo cogió al quinto.

—Hola, Kath.

—¿Amber? —Parecía sorprendida de saber de mí. Era justo, no llamaba a mi hermana muy a menudo y nos habíamos distanciado. Solíamos estar unidas antes de que entrara en el ejército. Recordar eso me entristecía. Pasamos por encima de los «cómo estás» como extrañas, incómodas la una con la otra.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo.

—Tengo que pedirte un favor.

—¿Hmm? —Su voz se volvió cautelosa.

—¿Has leído sobre Crate & Freight?

—Sí. —Me di cuenta de que ella tampoco quería tener esta conversación, pero la había llevado tan lejos y sentía que podía terminar.

—Yo estaba trabajando para Carter en ese momento. Pensaba que solo eran conductores robando algo de mercancía. Encontré pruebas de tráfico de drogas y llamé a la policía. Me ha demandado por la intervención. Me preguntaba...

—Mira, Amber —me detuvo—. Si denunciaste un delito a la policía, él no tiene nada contra ti, aunque no tuvieras un contrato con él. Incluso si tuvieras un contrato con él que dijera que no hablarías con la policía, podría ser anulado por el tribunal. No puede hacer nada. —Hizo una pausa y yo estaba a punto de volver a intervenir cuando dijo—: Pero no puedo ayudarte en este caso, tengo demasiado trabajo aquí.

—Oh.

—Amber, en serio tengo que dejarte. Llámame y dime cómo va. Adiós.

Conseguí despedirme como respuesta y me quedé escuchando el tono de llamada.

Bueno, no podía culpar a nadie más que a mí misma si se había vuelto tan distante que no quería ayudarme. Ahora tendría que pensar bien cómo iba a hacer magia y conseguir un abogado gratis.

Di una vuelta a la manzana para comprar un bocadillo para el almuerzo. Me dio algo de tiempo para recuperarme y era una buena manera de ejercitar mi paranoia y ver si alguien estaba vigilando la oficina. No había nadie.

Cuando volví a entrar saqué de la caja fuerte todas las cosas que habíamos cogido después del ataque en Silver Hills. Las identificaciones eran falsas. Las tarjetas de crédito coincidían con las identificaciones. Se las envié a Morales con una nota diciendo que creía que habían sido utilizadas por miembros del ZK. Dejaré que los investigue.

El dinero de las carteras lo metí en un sobre y lo envié por correo a la organización Volunteers of America de la calle Larimer. La ayuda de ZK a la comunidad. Más o menos.

Para los teléfonos móviles, necesitaba ayuda y llamé a Jen.

—Jen, ¿tienes un *geek* que pueda darme un listado de todos los números a los que han llamado estos móviles y una impresión de todos los mensajes? Sin encenderlos.

—Tengo a la persona indicada. Enviaré a mi chofer a recogerlos ahora. Espera. —Habló con otra persona y luego volvió—. ¿Estás bien, Amber?

Intenté levantarme. Algo decía que Jen podía detectar mi estado de ánimo por teléfono menos de una semana después de conocerme.

—Estoy bien, de verdad. ¿Y tú? ¿Te ha dolido la cabeza esta mañana?

—No, querida, yo practico bastante. ¿Y esta noche? ¿Debería llamar a un banquero?

Me reí.

—No, pero gracias de todos modos. Preferiría tomar una copa sola contigo, la verdad, pero esta noche no. Llegaré tarde. Quizás mañana. —*Oh Dios, eso es el sábado por la noche*—. Si no estás ocupada, claro.

—¿Yo y mis sombras en la ciudad? No. Amber, sé que la seguridad es una buena idea, pero son como un pelo en mi... bueno, no son buenos para la fiesta. De todos modos, tenemos una cita, mañana por la noche. Carmen cocinará para nosotras.

Se despidió y yo colgué el teléfono, más contenta, aunque un poco preocupada. Por muy bien que nos lleváramos, ¿acababa de acordar una cita con mi clienta?

Lo dejé todo a un lado y pasé la mayor parte del resto de la tarde tratando de averiguar más sobre ZK y su ascenso de banda de moteros a gran organización criminal.

Capítulo 20

El calor del día había desaparecido cuando aparqué junto a la academia de artes marciales Leung, la Liu Leung Wu Shu Kwan. Es un nombre muy grande para una sala antigua, pero llamar a una sala «dojo» o «kwan»[1] la hace especial. Nunca dejé de sentir una emoción al cruzar el umbral.

Me cambié y entré en la zona principal de entrenamiento.

Olía al aceite que el maestro Leung usaba en el suelo de madera. Y a sudor, por supuesto. Este era un lugar de duro trabajo físico. Dedicación. Eso es ciertamente lo que estaba buscando: algo catártico para eliminar las frustraciones del día.

La clase del maestro Leung se estaba preparando. Estaba formada principalmente por chicos y chicas que habían salido temprano del trabajo, y algunas amas de casa enérgicas. Puede que incluso hubiera el extraño amo de casa. La mayoría de ellos eran un poco serios en todo esto.

Me incliné ante el maestro Leung y asentí a los demás. Es posible que tenga algo de tiempo con él después, pero no podía garantizarlo. El maestro Leung se alegraba de que viniera a practicar por mi cuenta la mayor parte del tiempo. Desde luego, no necesitaba su clase. Todos los ejercicios que iban a hacer los tenía grabados en mis músculos. Peor aún, la clase podría emparejarse y hacer algo de sparring, lo que no sería nada bueno para mi compañero.

Mi estúpida sonrisa se convirtió en una mueca al darme cuenta de lo que acababa de pasar por mi mente. ¿En qué demonios estaba pensando? Esta no era la forma de abordar las artes marciales. Me detuve, volví al frente de la clase y me incliné ante ellos. Ellos me devolvieron la reverencia. No tenían ni idea de lo que estaba pasando ni de por qué lo había hecho, pero eso no era importante. Lo hice. Para mí supuso una diferencia.

Además de ser un instructor de artes marciales muy pragmático, el maestro Leung era muy estricto con el respeto a los demás, y esa era una de las razones por las que estudié con él.

Fui y me arrodillé en la zona de prácticas y traté de despejar mi mente de la agria arrogancia que la había llenado. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué todo me afectaba tanto últimamente? ¿Y por qué reaccionaba así? ¿Tenía algo que ver con la infección? ¿Era solo el estrés?

No hubo respuestas, así que suspiré y empecé a estirar. Hacer algunos ejercicios ligeros pareció despejarme. Mi mente se dedicó a la sensación en mis músculos, la sensación de un cuerpo haciendo lo que fue diseñado para hacer. Disfrutaba de estos momentos.

Cuando estuve lista para trabajar de verdad, me sentí relajada y ágil. Me puse a practicar un poco con el saco de boxeo. Mi chi se aceleró y me concentré.

Me puse en marcha con golpes rectos a la altura de la cabeza, concentrándome en la velocidad y el equilibrio, con combinaciones aleatorias. Luego, introduje los golpes al cuerpo, cerrando con el saco y poniendo mi peso detrás de ellos. El sudor brotaba en mi frente y mis músculos ardían. Dios, qué bien me sentía.

Cambié de estilo: Karate, boxeo, Kung Fu, boxeo tailandés de nuevo. Salidas, patadas laterales, acercamientos, combinaciones de puñetazos. Me perdí en el momento; el tiempo se difuminó.

En algún lugar de la agradable neblina del esfuerzo, un pensamiento extraviado rozó mi mente. Combinaría mejor mis movimientos si fuera Campbell Carter quien estuviera allí. La rabia se encendió en mi vientre; mi visión se atornilló hasta que solo pude ver el saco con su cara. *Nunca volverás a conseguir trabajo como investigadora en esta ciudad*. Mi pierna se abrió de golpe y hubo un ruido sordo satisfactorio cuando conecté con el saco, imaginando a Carter recibiendo el golpe en su costado. Tres más, duros y rápidos como pude hacerlos, bajos y altos alternados. Teniente Henry estúpido Krantz. *Nunca llegaste a soldado raso, y mucho menos a sargento.* Le propiné a Krantz una combinación de golpes derecha-izquierda, una patada y luego me cerré para una ventisca de puñetazos y golpes al cuerpo que lo dejarían destrozado. Cambié de postura y le asesté una combinación de tres puñetazos en la cabeza, rematada con un grito de *karate kiai*. Y entonces me di cuenta de

que estaba visualizando la cara de Kathleen en el saco —*no puedo ayudarte en este caso*— y me detuve.

Hubo un silencio total y absoluto en la sala detrás de mí.

Mi pecho se agitaba, mis manos pesaban a mi lado, ríos de sudor corrían por mi cara. El saco era solo un saco, por el amor de Dios. ¿Y cómo podía querer hacer daño a mi hermana así?

El toque en mi hombro fue muy suave. Me giré. La clase me miraba con la boca abierta. Mierda, debo haber dado un gran espectáculo. Desgraciadamente, bastante malo. Algunas de las miradas reflejaban miedo.

Liu apoyó su mano abierta en mi pecho. Sus ojos buscaron y sostuvieron los míos.

—Hemos hablado de esto, Amber.

Asentí con la cabeza. Era todo lo que podía hacer.

—Hay una ira terrible, dentro, aquí —presionó contra mi pecho—, y aquí. —Puso su mano en mi estómago. Me estremecí—. Una vieja rabia. Debe salir. Pero esta no es la manera. Este no es el momento. Y este no es el lugar.

—Lo siento mucho, Shi Fu. —Me incliné, el sudor picando mis ojos. Solo el sudor. Mantén la formalidad—. Te he avergonzado.

—No, Amber, no lo has hecho. —Sonrió—. Pero el Sr. Saco necesitará algo de tiempo para recuperarse. Ahora, ve a practicar los movimientos que hemos trabajado para promover el equilibrio y la armonía. En silencio. —Se volvió hacia su clase—. Esforzaos solo por la paz y el control de la forma. —Puede que fuera un comentario general, pero yo sabía que iba dirigido a mí.

Miré al suelo.

—Sí, Shi Fu —susurré. Si no se me hubiera puesto la cara roja por el esfuerzo, habría sido por la vergüenza. El arte y la enseñanza de Liu consistían en el control y el equilibrio, no en dar patadas y golpes salvajes y gritar. Me sentí como una completa idiota. La capacidad de golpear algo o a alguien con mucha fuerza no es una gran habilidad, y no debe ser admirada en sí misma, aunque a veces sea útil. Liu dijo que la habilidad de no golpear a alguien es el verdadero arte. Y lo que es peor, lo que Liu no podía ver: había estado tan enfadada con mi hermana que había visualizado cómo la hería.

Sea como fuere, la ira me despejó la mente. Volví a la esterilla de práctica y comencé los ejercicios. Durante otra hora, mi mundo estuvo compuesto por movimientos que reflejaban los ríos, los mares y las nubes. Me trajo una sensación de paz. Una paz cansada y sudorosa.

Me fui antes de que el maestro Liu terminara la siguiente clase. No quería hablar de viejos enfados. Me habían pasado cosas malas, pero las había enterrado. Eran historia. Ninguna de ellas debería afectarme así. Y sobre todo no quería que se involucrara si esto era una señal de que los priones vampíricos estaban tomando el control.

Volví a la oficina y comprobé de nuevo mi nivel de priones. Seguía en 0,43, que no era el más alto que había tenido nunca, pero seguía siendo más alto que la media del último año. Me senté y miré con inquietud la máquina durante un rato. No había nada en lo que pudiera pensar que estuviera causando el aumento. Además de convertirme en vampiro. Lo guardé. Quizá el estrés de controlar el nivel de priones con tanta frecuencia lo estaba haciendo subir.

Nunca conseguiría llevar armas a la rave, así que las dejé en la caja fuerte y cerré la oficina.

En el coche, cambié la preciosa chaqueta de Jen por una vieja chaqueta vaquera del maletero y bajé a la estación del metro. Tenía la sensación de ser observada, pero lo achaqué a la paranoia. No podía saltar ante cada sombra.

Tenía que ir a una rave.

Capítulo 21

Llegué a la rave lo suficientemente tarde como para que ya estuviera a reventar. Incluso desde fuera, podía sentir la música a través de mis botas. Los generadores de los remolques estaban alineados en un lado del viejo centro comercial, funcionando para proporcionar electricidad al evento.

Atravesé las puertas, bajé las escaleras y me encontré con una vorágine de luz y sonido. Además de los láseres que giraban y los reflectores que daban vueltas, habían instalado una pared ardiente, un enorme conjunto de pantallas de plasma que proporcionaba la mayor parte de la luz a la pista de baile. La pared tenía un simulacro de lava y parecía el cráter de un volcán enfurecido. La pared opuesta era un conjunto de pantallas que parpadeaban entre capturas de vídeo de los bailarines reales en la pista y bailarines pregrabados sincronizados con la música. Odiaba eso; tenía malas asociaciones para mí.

Empujé esos recuerdos hacia la oscuridad y me deslicé por el borde de la zona hasta tener la pantalla de vídeo a mis espaldas. Me quedé mirando a los bailarines durante un rato.

La pista de baile estaba dividida entre Shuffle a la izquierda y Tecktonic a la derecha. Donde los estilos se encontraban en el centro había una masa de cuerpos que se balanceaban y rebotaban al ritmo de la música.

Electric Breath estaba en pleno apogeo. Eran dos chicas góticas que se turnaban para compartir la labor de DJ y avivar la pista con sus coreografías de baile. Beat Gear se encargaba del espectáculo de luces. Ya había visto a ZK encargándose de la seguridad. Habían conseguido que alguien suministrara las bebidas en un par de barras colocadas en cada extremo.

El público era una mezcla de góticos y bailarines, con algunos moteros para contrastar. El local estaba lleno y todo el mundo parecía estar pasándolo bien. Me relajé y respiré profundamente.

Cuerpos calientes, sudor, droga, cigarrillos, bebida y perfume. Un límite químico que podría haber tenido drogas más duras. Mucha

gente disfrutando de un viernes por la noche. En algunas raves, respirar te colocaba, pero esta era principalmente una multitud de baile duro. Me moví alrededor de la pista. En otro momento podría haber disfrutado, pero estaba un poco colgada, incluso después de la sesión en el kwan, y me picaba la paranoia. Y quería irme a la cama a una hora razonable. Después de todas estas madrugadas, me sentía como un zombi. No, tacha eso. No sabía cómo se sentía un zombi y no quería saberlo.

El brazalete tampoco producía un cosquilleo, pero no iba a sacar ninguna conclusión de ello hasta que no hablara con Mary. No sabía si era un aviso puntual o algo que funcionara siempre. ¿Y cuál era la definición de daño para una pulsera mágica? Mejor no confiar en ella.

Probé una última pasada, obligándome a bailar por el centro de la pista, rebotando contra la gente. Fue un poco divertido, pero mi corazón no estaba en ello esta noche. No hubo nada nuevo hasta que llegué al otro lado. Había salido junto a la zona del bar y decenas de miembros de ZK estaban arrimados a la pared. Decían estar proporcionando seguridad, pero solo estaban observando a las bailarinas. Apostaría que también estaban vendiendo. Eran los ZK del viejo estilo, moteros con tatuajes y colores. No eran vampiros, pero había un indicio en el aire. Tal vez habían estado cerca de vampiros recientemente. No pude ver ninguno con mordeduras obvias, pero estaba oscuro. Me acerqué, fingiendo mirar a mi alrededor.

—¡Eh! ¡Puta! ¿Encontraste lo que buscabas? —gritó uno por encima de la música.

—¡Eh! ¡Puta! No —le gritó mi pequeño demonio. Salió disparado de la pared, pero uno de sus amigos le agarró del brazo y se calmó.

Oooh. Esta noche se han portado bien. Sin meterse con los clientes.

Ya había tenido suficiente. Salí del sótano y me dirigí al aire libre.

Al salir a la zona del vestíbulo, más fría y tranquila, vi a un grupo de pie, compartiendo cigarrillos, hablando y riendo. Reconocí a uno de ellos, un mecánico que me ayudaba a reparar mi coche cuando

podía permitírmelo. Nos habíamos visto en un par de raves antes. Estaba bien. Le hice un gesto con la mano y se acercó.

—¡Oye, Rom! ¿Estás bien?

—¡Amber! Vaya. Sí. Todo bien. ¿No te quedas? —Nos estrechamos los brazos. Aproveché la excusa para dar la vuelta y mirar hacia atrás por donde había venido, a través del grupo de gorilas de ZK en las puertas. Nada.

—No. No tengo ganas esta noche. Pensé que quería bailar, pero no me apetece. —Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y encorvé los hombros, mirando a izquierda y derecha.

—Eso es malo, hombre. Sonidos ajustados, aliento eléctrico.

—Eso es. Bueno, disfruta. —Le di una palmada en el hombro y comencé a caminar.

Nada más salir del sótano supe que me estaban observando de nuevo. El conocido picor era cada vez mayor. La gente seguía llegando a la rave, pero algunos también se iban. No podía saber si había alguien vigilándome en ese grupo. Había echado un buen vistazo alrededor, hablando con Rom, pero nadie parecía fuera de lugar.

Necesitaba mi HK de la caja fuerte de la oficina. Las llaves de la oficina estaban en mi coche y mi coche estaba en la oficina. Mierda. Es hora de arrastrar el culo.

Capítulo 22

Caminé hacia la estación. Una docena de personas de la rave iban en la misma dirección. Estaba claro que no era la única persona que había decidido no conducir. Eran una mezcla de gente corriente principalmente, que se dirigía a casa después de una fiesta. Por lo que parecía, algunas chicas más jóvenes iban en la retaguardia. Los verdaderos bailarines seguían en el sótano y estarían hasta la mañana.

La noche se había vuelto más fría y lo suficientemente húmeda como para subirme el cuello. Eso era todo lo que necesitaba, un poco de niebla atmosférica para excitarme aún más. En la estación, el grupo se separó como el humo y nos desviamos hacia los andenes del norte y del sur para esperar.

Llamé a Morales y hablé en español cuando respondió.

—Hola, cariño.

—¿Estás borracha, Farrell?

—Te eché de menos esta noche, nene, te habría encantado, había muchos amigos de Guy allí.

—¿«Guy» como en «Guy Windler»? ¿ZK en la rave? ¿Suficiente como para justificar la entrada de algunos?

—Sí, montones y montones. Ya sabes el lugar: el viejo centro comercial de Dry Creek. Supongo que querrás verlos allí más tarde.

—Vale, tiraré de ellos para celebrar la rave cuando empiecen a cerrarla y la gente se quite de en medio. Ya veremos lo que cae. —Suspiró—. No es como si tuviera un montón de trabajo policial normal que hacer o algo así.

—Yo también te quiero, cariño —dije y cerré el teléfono.

Cuando el tren se detuvo, me puse en la parte delantera del segundo vagón y me senté de cara al fondo. El tren estaba bien iluminado y era cálido. Intenté quedarme quieta y parecer calmada, pero lo que sea que me tenía nerviosa se estaba disparando ahora.

Un hombre subió al vagón de delante y se sentó solo de espaldas a mí. Me giré para verle. Llevaba una chaqueta de esquí oscura, ideal para ocultar un arma. Era un hombre grande y se movía con

soltura, como un atleta. Llevaba el cuello de la chaqueta levantado y por encima pude ver que tenía el pelo corto y claro. Llevaba unos vaqueros holgados y zapatillas de deporte. Aparte de mí, era la única persona que subía sola. *¿ÉI*?

Dos chicas raras subieron a mi vagón en una bruma de perfume barato y droga. La rubia parecía aturdida, con los ojos medio cerrados bajo su peinado de nido de serpiente. Llevaba botas negras altas y una gabardina de cuero, con un cuello elevado como un abanico detrás de la cabeza. Su amiga era asiática, vietnamita supongo, y si tuviera que adivinar más, la desesperación de sus padres. Llevaba un corsé victoriano negro, que dejaba al descubierto el cuello y los hombros y mostraba que estaban tatuados con manchas de piel de leopardo. Debajo de una falda de cuero, sus piernas cubiertas por una malla y con botas de combate negras. Ambas llevaban un grueso lápiz de labios negro y una sombra de ojos que las hacía parecer mapaches dormidos. La chica vietnamita tenía chorros de sangre dibujados en las comisuras de la boca. Al verme mirar, se irguió, toda animada, y me dedicó una sonrisa bobalicona y un saludo.

Le dirigí mi mirada de «lo siento» y me di la vuelta. ¡Dios, debe hacer frío con esa ropa! Además, no hay espacio para esconder un arma. Las dos fueron a la parte trasera del vagón y se sentaron juntas, con las cabezas cerca, compartiendo los auriculares de un reproductor de MP3 y asintiendo al ritmo de la música mientras charlaban. Buena capacidad multitarea.

No podía ver bien el vagón de atrás sin parecer que miraba fijamente, pero distinguí a una pareja alta que subía, agarrados de la mano, y luego las puertas se cerraron. El tren se puso en marcha.

No podía dejar que la paranoia se apoderara de mí. No iba a pasar nada en el tren. Solo tendría que estar alerta cuando saliera.

En la segunda estación, el atleta del vagón de delante se bajó y se fue. Hasta aquí el mejor sospechoso. Subieron algunas personas más, pero no me molesté en añadirlas a la lista. El calor empezó a relajarme y mis ojos se medio cerraron.

Mirando hacia atrás en el vagón me di cuenta de que las chicas góticas estaban completamente ajenas a mí, metiéndose la lengua

hasta el fondo. ¡Eeek!

Mientras se dedicaban a otra cosa, miré con atención a la pareja del vagón de más allá, pero estaban sentados de espaldas a mí y no me prestaban atención.

Finalmente llegó la estación de Colorado y me bajé, echando un vistazo a mi alrededor.

La pareja del vagón de detrás del mío se bajó y se marchó sin miramientos, abrochándose sus largos abrigos. Demasiado para ellos. Otra pareja de guante blanco que se anima en una fiesta ilegal.

Las chicas góticas salieron a trompicones y llegaron a un banco, donde se desplomaron. La rubia tenía la cabeza entre las manos y la vietnamita le murmuraba al oído, acariciándole la espalda. Quise detenerme y comprobar que estaban bien, pero si me estaban siguiendo, no quería llamar la atención.

Suspiré y comencé a caminar. Nadie me siguió. Estaba segura de que la paranoia me mantendría viva, pero quizá también me iba a mantener en vilo innecesariamente. Caminé hacia Colorado Boulevard y bajé hasta Evans, luego crucé por detrás de la oficina hasta el coche.

En el coche, mi nariz se agitó por el olor, pero fui demasiado lenta. Un segundo estaba abriendo la puerta del coche, y al siguiente estaba inmovilizada contra el coche. Eran dos, y tuvieron que ser inhumanamente rápidos y silenciosos para atraparme así.

Me desplacé hacia la izquierda, con la intención de hacer una finta, luego girar a la derecha y empezar a patear traseros. El movimiento murió antes de empezar. Fue como empujar contra el muro de un edificio. Todo lo que conseguí fue golpear mi nariz contra el coche. Añadí a la lista la fuerza inhumana.

—Por favor, no te resistas. Somos mucho más fuertes y rápidos que tú —dijo una voz tranquila en mi oído izquierdo: una voz femenina, una voz agradable, una voz en la que se podía confiar—. No tenemos intención de hacerte daño.

Giré la cabeza hasta que pude mirarla fijamente. Era la mujer de la pareja del tren. *Maldita sea, me habían engañado por completo. No, una mujer no, una vampira*.

—Entonces, ¿por qué acercarse sigilosamente y golpearme contra mi coche? —dije.

—Queremos hablar. ¿Habrías venido si te lo hubiéramos pedido amablemente? —Me sonrió, toda grácil. Y tenía razón. Un par de vampiros aparecen de repente y me piden que les acompañe y yo habría vuelto a correr o a pelear. Habría hecho eso con estos dos. Los cuatro de LoDo habían sido ordinarios. Estos dos eran algo totalmente distinto.

—Tal vez no —concedí—. ¿Dónde vamos? —Esta conversación se estaba volviendo surrealista.

Sus ojos se fijaron en los míos, por lo que pude ver en la oscuridad.

—Al Maestro le gustaría conocerte —dijo.

—¿Como el Maestro de los vampiros de Denver? ¿Y se supone que eso me hará sentir más tranquila?

Se acercó más y me encogí. Fue una reacción inconsciente, pero estaba indefensa con su agarre y ella podía hacer lo que quisiera. Como morderme. En cuanto vio la reacción, retrocedió.

—Lo siento, no era mi intención alarmarte más. Te aseguro que no hay intención de hacerte daño, ni atraer más violencia —dijo con cuidado. Pensó un momento y añadió—: Lo juro por mi Sangre.

Pude oír la letra mayúscula en su voz y, extrañamente, eso me reconfortó. Me sentí un poco mejor con esto.

Me volví hacia el hombre de mi derecha.

—¿Y tú? —pregunté.

Su sonrisa era un poco tensa. Tuve la sensación de que no estaba contento con el juramento.

—Lo que dice es vinculante para mí también. Pero no hay forma de que lo sepas, así que, por mi Sangre lo juro, no hay intención de hacerte daño.

Me volví hacia ella.

—De acuerdo —dije—. Supongo que tengo que decir algo como que vendré en silencio.

El agarre de mi muñeca izquierda se relajó ligeramente. Cuando no me moví, retrocedió y me soltó. Miré fijamente al hombre y él también me dejó ir.

Me giré lentamente y nos quedamos mirándonos mientras me frotaba las muñecas. Los dos eran más altos que yo, vestidos con largos abrigos contra el frío. Apenas podía distinguir sus rasgos.

—Tu móvil, por favor —dijo el hombre. Se lo entregué, lo apagó y lo colocó en la guantera.

Me dolía la nariz por el golpe contra el coche y, al tocarla, me salió una gota de sangre. Mierda.

—Me sangra la nariz —dije con recelo—. ¿Va a ser un problema?

Juraría que se reían de mí.

—Oh, no —dijo el hombre—, nos hemos alimentado antes de salir. —*No era un hombre, era un vampiro*.

—Por favor, entra en la parte de atrás, Sra. Farrell —dijo la mujer vampiro, abriendo la puerta.

Me subí. Ella estaba a mi izquierda y él dio la vuelta y se metió en el otro lado, así que quedé atrapada entre ellos en el asiento trasero.

—Este coche no se conduce solo —dije, aunque qué demonios sabía yo. Me pareció recordar una película de Drácula en la que un coche de caballos se conducía solo hasta el castillo. De nuevo, tuve la sensación de que les hacía gracia.

La puerta del conductor se abrió y el tercer vampiro subió, anunciado por una niebla de perfume barato y olor a droga. No me extraña que no haya olido nada en el tren.

Se sentó en el asiento del conductor —*mi asiento*— *y* se volvió para mirarme por encima de su hombro tatuado de leopardo.

—Oh, las manchas. Qué apropiado —dije sarcásticamente—. Bonitos tatuajes, Gatita.

Me dedicó una sonrisa fría dejando ver un colmillo bajo los labios negros.

—Te engañé, Ojos Redondos.

El demonio de mi garganta volvió a chapurrear en mal vietnamita.

—No funcionará dos veces, hermanita, y el único tonto de verdad es el último.

Sus ojos se ensancharon un poco y la sonrisa se volvió un poco tensa, pero no contestó mientras se dedicaba a toquetear mi asiento para adaptarlo a ella.

La que estaba a mi lado resopló divertida.

—No debemos hablar contigo más allá de lo esencial, Sra. Farrell. Y lamento —sostuvo una venda negra—, que sea necesario cubrirte los ojos.

La fulminé con la mirada, pero ella no se inmutó y esperó pacientemente, sujetando la venda. Finalmente, giré la cabeza con rabia y dejé que me la pusiera. Era una buena venda, no entraba ni una pizca de luz.

El coche arrancó y nos pusimos en marcha sin problemas. Así que los vampiros pueden conducir, incluso un viejo cambio de marchas como este.

—Una última pregunta —dije—. ¿Qué pasó con la otra chica?

—Está bien —llegó desde el frente.

—Basta —vino de mi izquierda, y me callé.

Estaba atrapada, secuestrada en mi coche. No exactamente sin esperanza, pero ahora mismo el rastreador de Morales sonaba mucho mejor que ayer. Un poco tarde para eso.

Como no había nada más que hacer, probé mi viejo truco militar de visualizar movimientos complejos. Recorrí mentalmente las formas del maestro Liu para calmarme. Ayudó, en parte.

Capítulo 23

El coche frenó y giró, y luego se detuvo, incitándome a salir de mis meditaciones. Una ventanilla se abrió y se cerró. No se había dicho nada. Tal vez todos practicaban la lectura mental o el lenguaje de signos. Tuve la sensación de que acabábamos de pasar por seguridad y estábamos esperando a que se abrieran las puertas, pero si era así, se balanceaban o rodaban en silencio. Al cabo de poco tiempo volvimos a movernos y el sonido de los neumáticos cambió; estábamos en un camino de grava.

El coche se detuvo de nuevo y las puertas se abrieron. El aire de la noche era frío, pero estaba lleno de olor a plantas. Arbustos de mariposas, como los que tenía la señora Desiarto. Madreselva y jazmín. A los vampiros les gustaban las plantas de floración nocturna. Me lo imaginaba, más o menos. Estos vampiros no tenían problemas con la luz del sol, pero parecían preferir la noche.

—Sal por aquí, por favor, Sra. Farrell. —La vampira me guio hacia fuera por su lado, con su mano en la parte superior de mi cabeza para evitar que chocara con el marco de la puerta. Sin duda, estaban mostrando toda la consideración por su víctima de secuestro.

—Camina por aquí despacio, por favor —dijo, llevándome alrededor de la puerta, con su mano sujetando mi brazo superior con suavidad y firmeza—. Hay escalones aquí.

Subí a tientas unos escalones de piedra labrada y me guiaron a través de una puerta. Volví a sentir el cambio en el aire. Era más cálido y húmedo, con un toque de olores de cocina, lustre de muebles y algo más. El suelo era de madera y nuestros tacones chocaban con la superficie. La habitación era grande y producía un ligero eco. Me reconfortó el sonido de los pasos que se alejaban, dejando solo los míos con mi único acompañante.

Por otro lado, había algo más en el aire como el olor de mis secuestradores, cobre y canela. Estaba dentro de una casa de vampiros. El efecto calmante de la meditación en el coche se había

esfumado y el miedo volvió a agitarse en mi estómago. Quería arrancarme la venda de los ojos y atacar.

Inmediatamente, su voz llegó tranquilamente a mi oído.

—Sra. Farrell, no pretendemos hacerte daño. Por favor, puedes estar tranquila.

—Eso es mucho pedir, con los ojos vendados y secuestrada, en una casa de vampiros.

—Entiendo. Te quitaremos la venda pronto. —Su mano apretó mi brazo de forma tranquilizadora—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, ¿por qué no? —Reconozco una distracción cuando la oigo, pero no me importaba seguirle el juego. Tal vez ella bajaría la guardia y yo podría poner a prueba esa horrible fuerza y velocidad de nuevo.

—¿Qué hiciste en el coche? —En la pausa mientras trataba de entender la pregunta, continuó—: Lo pregunto porque has cambiado.

—¿Cambiado? —dije, desconcertada.

—Te quedaste muy tranquila. Puedo oír los latidos de su corazón, Sra. Farrell. Puedo oler la química de tu sangre —dijo—. En el coche, era casi como si te hubieras dormido, pero no lo hiciste.

Me estremecí.

—Estaba meditando, eso es todo.

—No, Sra. Farrell, eso no es todo. He observado la meditación antes. Tú cambiaste. Se podría decir que tu aura cambió. No me gusta la palabra, pero servirá.

Me encogí de hombros a ciegas.

—Si tú lo dices, pero solo estaba meditando.

Habíamos llegado a una parte diferente del edificio, pasando a una sala. La acústica cambió sutilmente. Había moqueta bajo los pies y hacía más calor que en el vestíbulo. Me soltó el brazo, sus manos tocaron mis hombros y me dieron la vuelta. La venda se aflojó y me la quitó.

Tenía un aspecto diferente. La había visto por primera vez en la oscuridad detrás de mi oficina y su rostro parecía duro y anguloso. A la suave luz de esta habitación, se veía serena, hermosa y

misteriosa, incluso extrañamente familiar. *Y mortal,* pensé, *ya no era humana. Una vampira. No lo olvides nunca*.

Si podía leer mi mente, no mostraba ningún signo de ello, o tal vez leía cada palabra y esta rebotaba en ella como lo hacía mi mirada. Su rostro estaba serio, sus ojos ensombrecidos y fijos en los míos. Sus manos seguían en mis hombros.

¿Y ahora qué, un mordisco o dos? El estómago se me revolvió de nuevo y sentí que mis músculos se tensaban: luchar o huir. Sabía que era fuerte y que se había movido muy rápido cuando me atraparon, pero sus compañeros no estaban a la vista. Tal vez esta sería mi mejor oportunidad. Estaba arrinconada contra una pared, lo que me daría un buen apoyo. Mis ojos pasaron por encima de su hombro para ver si podía divisar la salida.

—Por favor, Sra. Farrell. Aumentar tu ritmo cardíaco e inundar tu cuerpo con adrenalina no va a hacer nada aquí. No pretendemos hacerte daño.

Era la cuarta o quinta vez que lo decía. Esperó mientras yo conseguía que todos esos grupos musculares se quedaran quietos. Si hacía algo, necesitaba la sorpresa de mi lado, y eso iba a ser difícil con ella leyéndome como un libro.

—Estás de pie en la plataforma de un ascensor. Esto te conducirá a una sala de audiencias. Pronto estarás allí. Mantén la calma y ten cuidado. —Hizo una pausa y continuó, casi sonando preocupada—: El respeto tampoco estaría de más.

Antes de que tuviera tiempo de procesar lo que había dicho, y mucho menos de responder, me soltó y dio un paso atrás. Las puertas de cristal curvado susurraron por detrás de mí y se cerraron con un chasquido, haciéndome saltar. El suelo cayó, suave pero rápidamente.

Recibí otra descarga de adrenalina. Lo que fuera a suceder estaba sucediendo ahora y no parecía haber forma de bajarse de este tren antes de que se estrellara. Volví a ponerme en tensión y me puse de pie cuando el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron con un ligero ruido; la sala de audiencias fue un anticlímax. Era aún más tenue que la sala de arriba, pero la luz aquí era de un azul intenso y

sin dirección. La sala parecía vacía. Avancé y esperé a que mis ojos se adaptaran.

Conseguí reprimir un impulso de risa, temiendo la histeria que se escondía detrás. Si pensaba en una moderna guarida subterránea de vampiros, bien podría haber conjurado algo así.

El suelo era de piedra. En la oscuridad, me dio la impresión de que había líneas pálidas que lo atravesaban. Me arrodillé y toqué el suelo. Era frío y duro; el acabado era brillante y las líneas pálidas se extendían como una red de venas a través de la negrura, tal vez granito o mármol pulido. Resbaladizo bajo los pies si se llegaba a luchar. Un pensamiento horrible pasó por mi mente: *era muy fácil de limpiar y no se manchaba así como así*. Lo reprimí con firmeza.

Al principio pensé que estaba en silencio, pero me di cuenta de que había un ruido casi imperceptible alrededor, no reconocido, pero tentadoramente familiar.

Cuando giré la cabeza para intentar localizar una fuente, me llevé un susto. Mis ojos, ahora mejor ajustados, pudieron distinguir figuras amenazantes que se alineaban a los lados de la habitación. Me quedé paralizada durante un segundo, antes de volver a ponerme en pie a toda prisa. Permanecieron inmóviles. Mi ritmo cardíaco volvió gradualmente a rangos más normales.

Di un par de pasos hacia los lados de la sala y se quedaron dónde estaban. ¿Me había asustado un grupo de estatuas? Me fijé en ellas; eran casi humanas, pero deformes.

Di un par de pasos más. El sonido de mis botas fue absorbido. No había eco en esta cámara. Podía distinguir estatuas y sillas a lo largo de las paredes.

El ruido subliminal era perceptiblemente más fuerte a medida que me acercaba al lado de la sala, y noté que había algo raro en las paredes detrás de las estatuas. No podía ver, pero tenía una sensación de movimiento frío. Me estremecí y me acerqué.

¿Agua? Alcancé tímidamente un espacio entre las estatuas y toqué la pared, retirando la mano como si esperara ser electrocutada. Tenía los dedos mojados. Los olí, los froté. Fría, no aceitosa, inodora y clara hasta donde podía ver. No iba a probarlo, pero parecía que la pared tenía una lámina de agua que corría por ella y desaparecía en

un hueco al fondo. El ruido era el del agua pasando por la superficie de la pared.

Una vez resuelto el pequeño rompecabezas, di un paso atrás y respiré profundamente, tratando de calmarme. Si los vampiros reaccionaban al olor del miedo, lo mejor para mí en este momento era estar relajada y sin miedo.

¿Dónde estaba el maestro vampiro? Tal vez se había olvidado, pensé esperanzada, lo que me hizo sonreír para mis adentros. Me parecería extraño que me arrastraran por todo Denver y luego no estuvieran aquí para explicarme por qué. O tal vez se trataba de una política de la casa que me hacía esperar para demostrarme quién era realmente importante. En cualquier caso, la espera me permitía o bien preocuparme o bien explorar un poco.

Volví a centrar mi atención en la estatua más cercana. Era la segunda de la fila. Medía unos dos metros de altura y a esta luz parecía ser de piedra negra o muy oscura. Parecía deformada porque la cabeza no era una cabeza humana, sino un chacal. Estaba viendo una estatua de Anubis. No tenía fisuras, estaba hecha de una sola piedra, y el trabajo artesanal era increíble. Era como el David de Miguel Ángel trasladado a un contexto egipcio.

La estatua de la derecha era humana y más baja, más o menos de mi altura, un guerrero samurái con espadas largas y cortas enfundadas en su cinturón. Una vez más, el trabajo era magnífico. La ropa era de tela real, sedosa al tacto.

La estatua de la izquierda era también humana, desnuda, casi tan alta como la de Anubis y, umm... bien proporcionada. Un casco de estilo griego antiguo con protectores para la nariz y las mejillas se echaba hacia atrás en la cabeza, revelando un indicio de pelo rizado en la penumbra. En la mano derecha había una larga lanza, con la culata apoyada en el suelo. *¿Cómo demonios se talla eso?*

Puede que fuera la oscuridad, pero estaba segura de que nunca había visto una obra de esta calidad. Alargué la mano y toqué el brazo de Anubis.

—Impresionante, ¿no?

Capítulo 24

Salté como si me hubieran picado y me giré.

—Ni se te ocurra acercarte de esa asquerosa manera —grité, con los puños en alto y mi cuerpo adoptando inconscientemente una postura de lucha.

Hubo un breve silencio desde la oscuridad en la cabecera de la habitación, antes de que la voz continuara conversando.

—Sabes, de donde yo vengo, podrían haberte empalado por mostrar tal falta de respeto.

El demonio captó mi voz antes de que pudiera ahogarlo.

—Sabes, de donde yo vengo, podrías haber sido estaqueado y decapitado y luego dejado al sol. Un poco anticuado, lo admito, pero somos así de tradicionales.

Durante un momento de infarto, mi cabeza consiguió ponerse a la altura de mi boca y la cerró de golpe. Esperé a que el maestro vampiro de Denver bajara y me matara. Pero solo se oyó un ruido sibilante que finalmente reconocí como una risa. ¿Los vampiros se ríen? David lo hacía, pero solo estaba en proceso de ser un vampiro.

—Oh, querida. Me advirtieron sobre ti, Sra. Farrell. Pero el problema es que cuanto más conozco de ti, más intrigante te vuelves.

Estaba sentado en una silla contra la pared en la cabecera de la sala. Un trono podría ser la mejor descripción. Estaba elevado sobre un estrado y tenía un respaldo con forma de abanico como la cola de un pavo real. La luz que había le mostraba como una vaga silueta en la silla.

—Rechazaste mi primera invitación... —comenzó.

—Tu primera invitación —le corté, el demonio aún no había terminado—, fue una banda de matones que intentaron secuestrarme. Como invitación eso es algo bastante burdo. Eran arrogantes e incompetentes.

Pude ver cómo inclinaba la cabeza.

—Te concedo que fueron demasiado confiados y no estaban preparados. Creo que quizás el trato que les diste fue una lección y

un castigo suficiente en sí mismo. También te ofrezco mis disculpas, y te aseguro que el envío, esta noche, de un par de mis asociados más veteranos y de confianza no ha ocurrido en mucho tiempo.

Me pregunté qué significaba mucho tiempo para un vampiro y qué significaba para mí el honor de ser recogida por los vampiros mayores. Mi ritmo cardíaco disminuía en base a que era mejor estar hablando que luchando. Ignoré por completo la idea de que tal vez solo fuera que los vampiros disfrutaban de una charla antes de la cena.

—¿Debería sentirme halagada de que hayas enviado a tu equipo principal? Sigue siendo un secuestro, y la última vez que miré eso era ilegal aquí.

—¿Realmente habrías venido si te hubiera enviado una invitación por escrito, como sugeriste el martes?

—Ahí me has pillado —dije.

Hubo un pequeño silencio mientras yo miraba más o menos donde estaba su cara y él se sentaba imperturbable, por lo que pude ver.

—Diana tiene una buena opinión de ti —dijo.

—¿Es la alta o la vietnamita con hombros tatuados? —Aposté por la alta. No creo que le guste a Gatita.

—La alta, como tú dices.

—Bueno, no sé en qué se basa. La relación entre un secuestrador y su víctima es condenadamente artificial, ¿no? —Eso fue mezquino, pero estaba enfadada—. Pero la discusión que tuvimos incluyó que ella jurase por su Sangre que no me haría daño. —No tuve las agallas para terminar eso y preguntarle si pensaba cumplirlo.

—Lo hizo —fue todo lo que respondió. Luego suspiró y levantó las manos—. Mis disculpas de nuevo. Espero que descubramos que esta reunión es importante para ambos, y eso podría permitirte pasar por alto o disculpar la irregularidad del acuerdo. Si me lo permites, me gustaría empezar de nuevo. Te doy la bienvenida a la Casa Altau, Sra. Farrell.

Cambié mi peso nerviosamente de un pie a otro. Si estaba jugando con su comida, jugaba mucho. Mis latidos volvieron a bajar.

—Gracias —dije, tratando de ser cortés—. Si es importante para ambos, ya que soy tu invitada aquí, Sr. Altau, tal vez podrías

explicarme por qué es tan importante para ti primero.

—Lo haré. Pero primero, he vivido en muchas culturas —dijo, y me estremecí un poco. Cada vez que pensaba que actuaba de forma casi humana decía algo así—. Y me siento cómodo con muchas formas de hablar. Pero ahora soy estadounidense y me gustaría seguir las costumbres locales. ¿Puedo llamarte Amber, y podrías llamarme Skylur a cambio?

No es una costumbre local ir por ahí secuestrando a la gente, pensé, pero me las arreglé para reprimir al demonio antes de que pudiera soltar eso.

—De acuerdo —acepté de mala gana—. ¿Skylur Altau? No eres de por aquí, ¿verdad? Supongo que no pensaba que un maestro vampiro sería un chico de la zona, pero admito que no eres exactamente lo que esperaba.

Se rio. Lo espeluznante era que ahora su risa sonaba agradable, y me pregunté qué me estaría haciendo en la cabeza. Cómo era posible que estuviera tranquilamente, bueno, bastante tranquilamente, charlando con un maestro vampiro en su mazmorra y pensando que su voz y su risa sonaban bastante bien.

—Por favor, no proyectes Hollywood sobre nosotros. Nosotros los Athanate somos muy diferentes a eso. Y en cuanto a ser local, Amber, yo estaba aquí antes de que el bisabuelo Farrell se subiera a ese barco agujereado en Irlanda.

Dejé que eso se asimilara un rato. Había investigado sobre mí. Finalmente volví al nombre que había usado para su especie.

—¿Athanate? —pregunté.

—Diana hablará más tarde de eso contigo. —Hizo un gesto con la mano—. Es conveniente que nos conozcas mejor si vamos a trabajar juntos. Pero antes de que nos desviemos de nuevo, me gustaría hablar de por qué me interesas tanto. —Hizo una pausa—. Puedo resumirlo simplemente preguntando ¿qué eres?

Resoplé.

—Como dice en mi puerta, Skylur, soy investigadora. Hago investigaciones comerciales y privadas.

—Sí, eso es lo que *haces*, Amber, y también me interesa. Pero no es lo que *eres*.

—No te sigo. —Tenía una idea de hacia dónde iba esto y no me gustaba.

—Déjame ver. —Juntó los dedos—. Volveremos al ejército, pero empecemos más cerca de casa. Dejaste la policía cuando aún eras una novata, ¿creo que ese es el término? Apenas seis semanas después de tomar tu puesto como novata, aquí en Denver. Tu expediente es anodino; parece ser que llegasteis a un acuerdo mutuo para que te fueras. No se menciona el incidente de la semana anterior, lo cual es extraño en sí mismo, ¿no?

—No había necesidad de mencionarlo —dije, con el corazón hundido. Parecía que se trataba del tema que menos quería discutir —. Hubo un informe separado al respecto. Solo cometí un error de novata y me metí en una situación que debería haber quedado en manos de agentes experimentados. Por suerte el equipo SWAT llegó a tiempo. —Tenía esa pequeña historia en mente.

—Y justo ahí, Amber, acabas de pasar de puntillas por la verdad.

Me resistí a responder. Había poco que pudiera decir que no me llevara a aguas más peligrosas. Realmente no quería mentir. Si podía oír los latidos de mi corazón y oler los picos de adrenalina en mi sangre, era un maldito detector de mentiras. Había jurado ceñirme a la historia y eso me parecía una buena idea por todo tipo de razones, sobre todo porque estaba frente al maestro vampiro de Denver.

—Y la única suerte —continuó—, fue que el equipo SWAT llegó a tiempo para que la historia que tú y el teniente Morales cocinasteis fuera plausible... casi.

Se sentó y me miró desde las sombras mientras yo luchaba por igualar mi respiración y mi ritmo cardíaco y me preguntaba cuáles eran mis mejores opciones ahora. *Las mejores* no parecían describirlas tan bien como *las menos peores*. No había mencionado al coronel, así que tal vez no sabía tanto como creía, aunque no veía ninguna forma de utilizarlo.

—Cometiste lo que habría sido un error para otro policía novato. Entrar en un edificio en el que tres hombres —levantó un dedo para señalar—, tres hombres, que se sabía que estaban armados y eran peligrosos, tenían a una niña como rehén. Además, entrar sin

refuerzos. Contra tres hombres, armados con escopetas, que habían matado antes a dos policías. Tu tenías una pistola. Y no eran solo hombres.

¿Qué podía decir? La verdad era que no sabía por qué había entrado en contra de esas probabilidades. Podía recordar el olor, agazapada bajo la ventana. Podía recordar haber pensado en *los vampiros.* Podía recordar que sabía para qué querían realmente a la niña, sabiendo que había una oportunidad muy pequeña antes de que ella muriera y todo se fuera al infierno. Y entonces oí su grito. Después de eso, lo que pude recordar principalmente fueron las ventanas, y Emily. Entré por una ventana en la planta baja, y rodé. Todo se desmoronó después de eso. Los fragmentos de vidrio cayendo lentamente, como copos de nieve. Disparando, tal y como me enseñaron en Operaciones 4-10-tap, tap, tap, pecho, pecho, cabeza. El aliento de un disparo de escopeta que no llegó a mi cara por un centímetro. La ventana del último piso. El último de los vampiros salió por esa ventana. Era el sexto piso, y no había tenido la intención de tirarlo. Parecía empezar a caer muy lentamente. Mientras caía, pude ver que sus ojos se abrieron de par en par, mirándome fijamente con la repentina comprensión de lo que estaba sucediendo, y luego cayó como una piedra.

Puedo recordar a Emily, gritando cuando me vio bajar las escaleras tambaleándome, cubierta de sangre. Y luego, al final, podía recordar cómo se aferraba a mí mientras el equipo SWAT atravesaba el edificio como una manada de robots negros dementes. El resto estaba en blanco, excepto a veces en las pesadillas.

Mientras estaba allí de pie, el nivel de temor había disminuido. Parte de la rabia recordada lavó el miedo. Y consideré que, al haber tocado fondo, no podía caer más bajo.

—Tienes que controlar mejor a tus vampiros —le espeté.

Levantó las manos como si quisiera alejar mi ira.

—Amber, no eran *míos,* y no te estoy condenando por matar «vampiros». De hecho, me gustaría darte mi más sincero agradecimiento por resolver una situación que me pilló desprevenido.

—¿No te importa? —dije estúpidamente—. ¿No se trata de que yo mate a unos vampiros renegados?

—Te *agradezco* que los mataras. Se lo merecían. Si hubiéramos tenido más tiempo, algún aviso quizás, los habríamos capturado y averiguado de dónde eran y por qué vinieron a Denver. Lamento que no hayamos tenido esa oportunidad, pero, dadas las circunstancias, no podría haber salido mejor.

Mis piernas se tambaleaban, y el bastardo probablemente estaba leyendo el alivio que fluía a través de mí. *Cuidado Amber, no salgas de la guarida del vampiro todavía*.

—Siento haberte preocupado tanto. Es perfectamente comprensible en esta situación, pero por favor créeme, esa no era mi intención. No se trata de que mataras a esos «vampiros».

Su pausa fue apenas perceptible.

—Se trata de cómo llegaste a ser capaz de matarlos. El punto al que trataba de llegar era que no es posible que un humano logre lo que tú hiciste.

—Pero lo hice.

—Y entonces se deduce que no puedes ser humana —concluyó.

—O tu afirmación es errónea —logré decir. Mi voz sonaba débil. *Todavía no he salido de la guarida ni mucho menos.*

Se limitó a tararear antes de volver.

—Si te preguntara sobre tu tiempo en el ejército, ¿qué podrías decirme?

Oh, Dios, más cosas de las que no puedo hablar.

—Disfruté del ejército. Me enseñaron disciplina, me pusieron en forma y me dieron confianza, me enseñaron lo suficiente para hacer el trabajo que hago ahora.

—¡Otra vez! —Se rio en voz alta, sonando genuinamente divertido —. Realmente eres una maestra en decir algo relativamente cierto que deja casi todo fuera.

Intenté no retorcerme como una colegiala delante del director.

—¿No es realmente notable que haya tan poco que mostrar? Los registros del ejército son extrañamente silenciosos. Estuviste en un campamento de entrenamiento. Después de eso, no hay ni siquiera un registro de tu rango y salario, si ignoras esa fotografía en tu

escritorio, hasta que dejas el ejército como sargento con un subsidio por discapacidad. —Se detuvo y esperó. No dije nada. Al menos no decía que no había estado en el ejército.

—Algo pasó, Amber. —Se inclinó hacia adelante—. Algo muy importante te pasó en el ejército.

—Tal vez. No puedo decirlo. —A estas alturas me había quedado muy corta de palabras. Realmente no había mucho que pudiera decir. Había firmado todos esos acuerdos.

Era como si me hubiera leído la mente.

—Te han hecho firmar todo tipo de documentos, no lo dudo. Supongo que, si soy estadounidense, más vale que respete esos documentos. Sospecho que ahora no me vas a contar mucho más de tu pasado de lo que ya sé. Lo harás con el tiempo. Pero hay cosas que necesito saber sobre ti, esta noche. Para saber si puedes trabajar para mí. —Se levantó—. ¿Cómo eres de fuerte?

Se me revolvió el estómago. Sentí como si alguien me apretara el pecho y me presionara los ojos. Unos dedos grises se hundieron en mi cráneo. Retrocedí a trompicones. Podía sentirlo *dentro de* mi cabeza. La habitación se había vuelto asfixiantemente oscura. Quise darme la vuelta y correr, pero mi cuerpo no me obedeció. Las piernas me fallaron y caí de rodillas. No podía ver. No podía saber dónde estaba. Parecía estar en todas partes y en mi cabeza.

Conseguí levantar una mano para rechazarla.

—No, por favor. —Sonaba como si otra persona hablara, a lo lejos.

—Es hora de volver a casa, Amber —susurró, sorprendentemente cerca de mi oído. Me caí, tratando de alejarme—. Tu Sangre nos llama. Has estado demasiado tiempo en el camino. Estás perdida. Te sientes sola. Te estamos esperando. Ven a casa con nosotros, donde perteneces, Amber. Estás tan cerca.

—Me prometiste no hacerme daño —jadeé. Intenté poner los pies debajo de mí, pero se negaron a obedecerme.

—No te deseo ningún daño, Amber. De verdad. Puedo quitarte el dolor y la ira. ¿No quieres eso? —Ahora estaba en el otro lado—. Ya no queda nada para ti ahí fuera.

—No. No. —Volví a caer, mareada. Una voz dentro de mi cabeza susurró que *no había dolor, que no había ira, que era muy fácil, que*

me dejara ir. Grité y me llevé las manos a los oídos, pero no pude detenerlo. No podía detenerlo porque era parte de mí y quería lo que él ofrecía. Un anhelo tan dulce. *Volver a casa. Descansar. Pertenecer.*

—Tan fácil —suspiró—. Un paso tan pequeño. Solo tienes que dejar de luchar. Sé que quieres hacerlo. No más miedo. Ofréceme tu Sangre y te llevaré al otro lado fácilmente.

Déjalo, deja que haga esto y dejará de hacerlo. No habrá más peleas, ni dolor, ni miedo.

—¡NO! ¡NO! —grité. Ya me había enfrentado a esa mentira. Estaba sollozando, pero sabía que, si no tenías miedo, también podías estar muerto. No podía morir. Tenía cosas que hacer. Tenía que silenciar la voz en mi cabeza. No podía dejar que la cobarde que llevaba dentro volviera a salir. *Nunca*. Intenté arremeter con mis puños, y no golpeé nada.

Tan rápido como empezó, se acabó.

Pude volver a ver y me arrodillé en el suelo y lloré sobre su superficie fría e inflexible. Me sentía como si hubiera recibido una larga y dura paliza. Cada músculo estaba en agonía, cada parte de mí se sentía magullada.

Se oyó un ruido detrás de mí y, más rápido de lo que pude reaccionar, unas manos me levantaron y me colocaron suavemente en una silla.

—Bastardo —me ahogué. Todo mi cuerpo temblaba.

—Sí. Pero mejor que te ponga a prueba primero que simplemente enviarte y arriesgarte a que otro te pille así. Todavía podrían abrumarte, supongo, pero ahora sé que lucharás. Y tendrás una oportunidad. —Volvió a la cabecera de la sala y se sentó de nuevo en las sombras.

Me dejó sola durante varios minutos.

—Tengo un trabajo para ti, Amber —dijo finalmente.

—¿Por qué iba a hacerlo, después de lo que acabas de hacerme? —Sentía los labios entumecidos y mis palabras se arrastraban, pero él me entendió.

—Porque estaremos aquí para ti, cuando nos necesites. Y lo harás. Puedo sentir la atracción en tu Sangre. —Se removió en su asiento,

lo que hizo que mi corazón volviera a acelerarse—. Haz esto por mí y te darás cuenta de que somos mucho mejor que la alternativa.

—¿Qué es? ¿Por qué no puedes hacerlo tú? —A pesar de sentirme como una mierda, mi curiosidad se apoderó de mí.

—¿Por qué? Porque necesito a alguien que no sea precisamente Athanate y que no sea de la Casa Altau. En cuanto al qué: para empezar, simplemente asiste al baile benéfico de la Fundación McIntire-Harriman la semana que viene, recoge un mensaje e infórmame después.

—¿Solo eso?

—Exactamente. Serás como una luz para una polilla. —Hizo una pausa y la habitación pareció oscurecerse de nuevo—. No dejes que le den la vuelta. No me traiciones.

—¡Para! —Me encogí hacia atrás. Menos mal que estaba en una silla y no podía caerme—. ¿Dar la vuelta a qué? ¿Qué estoy tratando de averiguar?

—Diana te lo explicará. —Se levantó y se dispuso a marcharse.

Una chispa oculta de ira se encendió en mí.

—¡Para! Maldita sea, no puedo trabajar si pienso que me pueden morder en cualquier momento.

Asintió, un movimiento en la oscuridad.

—Te pondré una prohibición. Ninguno de mi Casa o de los que me han jurado fidelidad intentará morderte. —Señaló la pared del fondo —. Sube en el ascensor; Diana te llevará a casa.

La ira volvió a estallar ante su despedida y se sobrepuso al cansancio.

—¿Y el pago? ¿Se espera que trabaje gratis?

—Muy bien. Mi pago es en información, Amber. Y es esto: es *vital* que asistas al baile para los propósitos de tu otro cliente, la Sra. Kingslund.

Había desaparecido. Me tambaleé hacia el frente de la habitación y traté de ver a dónde había ido y cómo, pero era como si se hubiera convertido en parte de las sombras. No había ninguna evidencia de que hubiera estado allí. Me estremecí.

Volví a caminar de forma inestable por la sala, deteniéndome para visitar de nuevo la estatua de Anubis. No me había equivocado. La

estatua era dura y lisa como una roca, pero cálida como la carne al tacto. Era tan inquietante como cualquier otra cosa ahora que el vampiro —el *maestro Athanate*— se había ido. Me dirigí al ascensor arrastrando los pies. Tenía que salir de este lugar.

Capítulo 25

Diana esperaba donde la había dejado, con el ceño ligeramente fruncido. Y la venda de los ojos todavía en sus manos.

Me sentía tan agotada que no discutí el punto, ni siquiera por las formas. Me condujo, con los ojos vendados y a trompicones, hasta el coche y me metió en la parte trasera. Alguien subió delante. Supuse que era la chica vietnamita por el persistente olor de su disfraz de droga y perfume. Bajo ese olor, el aroma a cobre y a canela tenue se percibía claramente en los confines del coche.

Me recosté en el asiento mientras nos alejábamos. Mis pensamientos vagaban sin rumbo. ¿Cómo diablos habían llegado a oler a tarta de manzana? Me sentía pesada, mareada y con náuseas, como si tuviera resaca.

—La sensación pasará, Amber —dijo Diana—. Skylur fue extremo en esta prueba, pero pasará.

—Lo siento, no nos hemos presentado —continuó, como si acabáramos de conocernos en una fiesta—. Me llamo Diana Ionache, y mi amiga es Bian Hwa Trang.

Conseguí dar una sonrisa cansada y atrapé al demonio antes de que hiciera un comentario sobre el nombre de Bian. Bian Hwa significaba «flor secreta».

—Sabes mi nombre —murmuré.

—Sí. Tengo que informarte sobre el trabajo que te pidió Skylur, pero preferiría que nos reuniéramos durante la semana.

—Me parece bien. —No estaba pensando con la suficiente claridad como para asimilar información—. ¿Reservas una cita o simplemente te presentas? —Me froté la frente por encima de la venda—. No tienes idea de lo extraño que es esto, hablar contigo.

Sentí que su mano tocaba brevemente mi brazo.

—Lo entiendo —dijo—. Espero que sea menos extraño en el futuro, a medida que nos vayas conociendo. No somos tus enemigos, ni tú como humano ni especialmente como Athanate. Para la reunión, te daré un número para que llames cuando estés lista. La entrada para el baile benéfico te llegará el lunes.

—Skylur dijo que me contarías más sobre ti. Dijo que necesitaría saber sobre vosotros... para poder trabajar contigo. —Tuve que hacer un esfuerzo para decir la frase completa—. Dijo que sois mejor que la alternativa.

—Lo somos —dijo Diana—. Hay dos grupos de Athanate en el mundo. Piensa en ellos como partidos políticos o credos, si quieres. La Casa Altau pertenece al credo Panethus. Creemos que los Athanate y los humanos deben convivir simbióticamente, en beneficio mutuo.

—¿Y los demás?

—El partido Basilikos cree que los humanos son ganado que hay que criar —dijo—. Los dos grupos siempre han estado finamente equilibrados. Si los Basilikos fueran la única fuerza que guiara al Athanate, sin que nosotros los contrarrestáramos o los mantuviéramos a raya... —Su voz se apagó.

Dirigirían el mundo. Podía terminar la frase. Mi cansado cerebro trató de lidiar con algo. Había algo que tenía que preguntar sobre los vampiros Athanate, algo sobre los números. Intenté formar una frase, pero lo que me salió fue:

—¿Los Athanate tienen hijos?

—No —dijo Diana. Había un mundo de dolor en esa palabra y me estremecí—. Me tomaré más tiempo cuando vayamos a verte. Pero, hasta que te recuperes, vamos a empezar con las cosas pequeñas. *Athanate*. No hablas griego, ¿verdad? Me refiero a lo que vosotros llamáis griego antiguo.

Sacudí la cabeza. Sí, claro. Tenía poco tiempo para leer, y mucho menos para aprender una lengua antigua.

—Vaya, una lástima. Habría servido de algo. Nos quitaron muchas palabras. Su palabra *Athanatos* significaba literalmente «no muerte» o inmortal. Proviene de nuestra palabra *Athanate*, que significa inmortal. No como la gente lo interpretaría más tarde: muertos vivientes. Athanate es el nombre para nosotros, nuestro pueblo, nuestra lengua, cultura e instituciones. Es sustantivo y adjetivo.

Todo un pueblo, con una cultura e instituciones, oculto entre nosotros durante miles de años. Mi mente se tambaleó.

—¿Así os llamaban los griegos? —pregunté—. ¿Athanate?

Pude oír la sonrisa en su voz cuando respondió.

—No, los griegos que nos conocían de verdad nos llamaban *Demos Kryptos, el pueblo* secreto. No, como se ha dicho, la gente de la cripta. No, Amber, Athanate es como nos llamamos.

—¿Así que no te mueres?

—Un Athanate puede morir, Amber. Sabes muy bien que nos pueden matar, y podemos morir. Una estaca en el corazón nos matará igual que a un humano. Una bala en los órganos vitales también lo haría. —Pude escuchar la sonrisa en su voz—. La luz del sol y el agua bendita no lo harán. Y el ajo solo sirve para cocinar.

Hablar no me hacía sentir mejor, pero pensaba menos en lo mal que me sentía.

—¿Cuánto tiempo? —dije—. ¿Cuánto tiempo puedes vivir?

—Tal vez eso sea para otro día. Por ahora, entiende que vivimos, estamos vivos, como los humanos. —Tomó mi mano suavemente y puso mis dedos contra su cuello. Su pulso era lento y seguro, como las olas que se precipitan contra una playa. Su piel era cálida. Levantó mi mano y respiró sobre ella, con su aliento cálido y húmedo, antes de devolvérmela—. Y sentimos, como los humanos —dijo en voz baja.

Se me puso la piel de gallina. Ya había tocado vampiros —Athanate— antes, pero mi mente había estado en otras cosas. Sus últimas palabras habían sido ambiguas y quise averiguar qué quería decir con «sentir». ¿Se refería a las emociones o solo a la sensación de tocar?

—Tu pulsera es hermosa y extraña —dijo, interrumpiendo mis pensamientos dispersos—. ¿Puedo mostrársela a Bian?

Me encogí de hombros, y Diana sostuvo mi brazo hacia adelante para que Bian pudiera verla. Sentí el tacto de Bian, ligero como una mariposa, y luego le habló a Diana en un idioma que no podía reconocer, rápido y lleno de sonidos líquidos.

—Bian está de acuerdo, es mágica. Otra palabra que no me gusta. ¿Es una protección?

El brazalete no había cosquilleado ni una sola vez esta noche. Pero aparte de estar intimidada y aterrorizada hasta convertirme en una bola temblorosa, ¿alguien me había hecho un daño real?

Suspiré.

—No lo sé, la verdad. —Volví a apoyar la cabeza en el asiento. Todavía me sentía cansada y mareada. Tener los ojos vendados en un coche en movimiento no ayudaba en absoluto—. Es difícil hablar cuando no puedo verte.

Bian y Diana intercambiaron un par de frases en su idioma.

—Estás agotada, Amber, y herida por la prueba. Acuéstate aquí. Apoya tu cabeza en mí y te quitaré la venda.

Me puse rígida. Su mano volvió a tocar mi brazo, con mucha suavidad.

—Sí, los Athanate beben sangre. Tu Sangre me llama. Pero honro la prohibición de Skylur, e incluso si él no hubiera establecido una prohibición, no soy alguien que tomaría lo que no se ofrece libremente. Tampoco lo es Bian. Ni siquiera intentaré persuadirte. Por favor, acuéstate.

No tenía la sensación de estar forzada y estaba al límite de mis fuerzas. Tal vez podría descansar un poco. Con cautela, giré las piernas y me bajé hasta que mi cabeza descansó en su regazo. Me quitó la venda de los ojos.

—Tus pies están ya en el camino —dijo ella—. Pero no te lo pediré, por mucho que tu Sangre me llame. Será siempre tu elección.

—Priones —murmuré.

—¿Disculpa?

Sonreí un poco en la oscuridad.

—Ya nadie dice «disculpa», Diana. He dicho priones. Cadenas de proteínas en el cuerpo. Son la causa de la enfermedad. Eso es lo que percibes. —Estaba divagando. Me di cuenta de que probablemente no debería estar hablando de esto. Era tan cálido, tan acogedor.

Bian le dijo algo a Diana y ella negó con la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Te lo diré cuando entienda mejor el Athanate. Te mostraré algo cuando vengas a informarme. —*Si el coronel Laine no me mata primero.*

—Muy interesante. Eres infinitamente fascinante, Amber.

—¿Por qué? Aparte de que te diga algo que no sabías. O que Skylur quiera que juegue a ser agente secreto. ¿Por qué estás interesada en mí?

Diana me miró y me acarició la cabeza como si fuera un niño. Fue absurdamente reconfortante y sentí que los párpados se me caían.

—Entre otras cosas, te han mordido —dijo—. Cualquiera que esté en nuestro dominio, en nuestro territorio, que haya sido mordido, es nuestra responsabilidad, dondequiera que haya ocurrido. Somos tu puerto cuando lo necesites, y nos alegraremos cuando vengas a nosotros.

Mis ojos se cerraron, solo por un momento.

—Y hueles tan jodidamente bien, Ojos Redondos —dijo Bian desde el frente, pero solo estaba tratando de darme cuerda. Parecía tan lejana.

—Silencio. Es cierto, pero no es importante en este momento. Descansa —susurró Diana, con su mano suave en mi pelo.

De ninguna manera. Me levantaría en un segundo. No podía confiar en dos vampiras Athanate, o como se diga. Solo un minuto más, para reunir fuerzas. Solo un minuto.

Capítulo 26

SÁBADO

—¿Señora? ¿Señora? ¿Está usted bien ahí dentro? —Alguien golpeaba la ventana de mi coche.

Me desperté sobresaltada, incapaz de pensar por un momento dónde estaba. Me quité de un manotazo el abrigo que me cubría. *El abrigo de Diana*. Me agarré el cuello. Nada. *Qué estupidez.* Quedarme dormida en un coche con dos vampiras. *Athanate*, no vampiras. Lo mismo. *Estúpida, estúpida, estúpida.*

Abrí la puerta y salí torpemente, rígida por la incómoda posición en la que me había quedado dormida. El agente estaba de espaldas, con la mano relajada sobre su pistola. Sí, una loca durmiendo en un coche, probablemente habría usado la pistola para golpear la ventana.

—Estoy bien, oficial, estoy bien aparte del calambre.

Se acercó un poco más y olfateó.

—No he estado bebiendo. —Me froté los ojos y me estiré—. Estuve trabajando hasta tarde y me estiré un momento en la parte de atrás. Debía estar más cansada de lo que pensaba. —Saqué mi carnet y mi permiso de conducir, y él los miró.

—¿Amber Farrell?

—Esa soy yo.

—El nombre me suena. —Se rascó la cabeza.

—Soy investigadora privada, probablemente haya oído algo malo sobre mí en comisaría. —Sonreí—. Le diré algo, ¿quiere un café? Mi oficina está justo ahí.

Era temprano y debí parecer menos loca una vez que me puse de pie. El oficial Robinson accedió a tomar un café, lo conduje al despacho y puse en marcha la cafetera. Fui al baño y me miré los dientes en el espejo. Parecían normales todavía. No había señales de mordeduras en mi cuello. Al menos todos mis moratones habían desaparecido, de lo contrario estoy segura de que habría preguntado

por ellos. Me recogí el pelo en una especie de coleta y volví para terminar de preparar el café.

Nos sentamos, bebimos y pasamos unos minutos agradables hablando de deportes. Era un tipo simpático, aunque estaba completamente equivocado sobre cómo los Broncos debían aprovechar las oportunidades esta temporada.

—Mira —dije, poniendo fin a la charla—, anoche estuve trabajando y estuve en el tren. Había una chica que se bajó en Colorado, sobre la medianoche. No pude pararme a comprobar que estaba bien, pero se me pasó por la cabeza. Ya sabes cómo es esto. Parecía tan fuera de sí. ¿Podrías hacerme un favor, llamar y ver si hay algún informe sobre ella?

—Claro, no hay problema. ¿Tienes más detalles?

—Caucásica, tal vez de veinte años, de un metro setenta. Pelo largo y rubio, recogido en trenzas alrededor de la cabeza. Lleva un abrigo de cuero negro con un gran cuello y botas largas. Maquillaje gótico intenso.

Robinson llamó al sargento de guardia y le dio la descripción básica. Escuchó brevemente y terminó la llamada.

—Nada —dijo con una sonrisa—. Noche tranquila por aquí, gracias a Dios. —Se levantó y enjuagó su taza.

—Bueno, gracias por comprobarlo de todos modos.

—Un placer, Sra. Farrell. Gracias por el café. ¡Y hoy te tomas un descanso!

Le sonreí mientras salía y me dejaba sentada en mi escritorio.

Entonces, tal vez la chica estaba bien. La buscaría. Odiaba la idea de que Bian la hubiera utilizado como tapadera para rastrearme y que hubiera estado en peligro por ello, vagando aturdida en mitad de la noche. ¿Bian había estado jugando con ella, o era solo la droga? En cualquier caso, sentía que ella era mi responsabilidad y tendría que vigilarla.

Saqué la unidad de prueba y la puse en marcha, moviéndome nerviosamente mientras hacía su trabajo. Había subido a 0,45. El máximo que había alcanzado era 0,46. Tenía que encontrar la manera de que Obs me dijera qué significaban realmente las

lecturas, sin darles la idea de que tenía que volver a la celda de aislamiento.

También tenía que hablar con David, pero de todas formas le vería en unas horas en la carrera benéfica de Boulder. Podríamos hablar después.

Sentí que debía informar al coronel también, pero tenía menos prisa por hacerlo. Todavía estaba agotada por todo lo que había pasado, y quizá hablarlo con David me tranquilizaría.

Volví al coche. En mi asiento había un papel doblado con un número de móvil y un breve mensaje: *Llama cuando estés lista*. Saqué mi teléfono de la guantera y guardé el número con el nombre de Diana & Bian. Me senté en mi asiento y volví a colocarlo como debía estar.

Había empezado la semana con la sensación de que mi vida se había complicado cuando tuve que llamar a la policía por la empresa de Carter. A partir de ahí todo había ido cuesta abajo.

No solo Carter me había demandado, sino que un jefe del crimen estaba enviando sicarios a por mí. Y alguien —posiblemente la misma persona— iba detrás de Jen, de cuya seguridad me sentía responsable.

Mientras tanto, los vampiros —Athanate— a los que se suponía que espiaba para el coronel Laine, ahora querían que trabajara para ellos.

Lo más extraño era que estaba deseando trabajar con ellos. No era solo que quisiera saber más sobre lo que me pasaba. Conocerlos y verlos como personas y no como monstruos sin rostro me había dado cierta esperanza de seguir siendo yo, si cambiaba. Incluso más que eso, creí lo que Diana había dicho sobre Basilikos y Athanate. Si la situación estaba tan delicadamente equilibrada como ella había dicho, entonces quería formar parte de su mejora. La idea de que Basilikos creciera sin control era aterradora. La visión de un mundo distópico, en el que la gente era cultivada por su sangre para alimentar a una élite, me ponía enferma.

No había aceptado todo lo que Skylur y Diana habían dicho como la pura verdad, pero me parecía correcto, y descubriría más cosas a medida que avanzara. En algún momento podría haber un conflicto

de intereses entre ellos y el coronel Laine. Tendría que lidiar con ello.

Mientras tanto, supongo que tenía otro cliente, aunque fuera dudoso en cuanto a los pagos e irritantemente reservado. Y aterradoramente poderoso.

Sin embargo, había algo que podía hacer al menos con una pequeña parte de esa lista de preocupaciones.

Me incliné hacia delante y estiré el brazo por detrás del salpicadero. Mis dedos localizaron la parte trasera del sistema GPS y trabajaron a lo largo del borde hasta que encontraron una pequeña cresta. Lo pulsé y, con un silencioso chasquido, apareció en mi mano una pequeña unidad SD. Es el tipo de cosa que se usa en las cámaras para guardar todas esas fotos. O en un GPS, para registrar todos los lugares en los que has estado con el coche durante los últimos tres meses. En mi caso, esto continuaba, aunque el sistema GPS pareciera estar apagado. Me interesaba mucho ver dónde estuve anoche.

Capítulo 27

La carrera benéfica de quince kilómetros de Mountain View en Boulder había sido muy popular este año. Terminé en una posición respetable, pero apenas pensé en que me marcaran el ticket antes de correr de vuelta a mi coche entre la multitud de gente. No había visto a David en ninguna parte del recorrido.

Ya en el coche, saqué el teléfono desechable y marqué su número, pero solo escuché su buzón de voz. Intenté llamar a su móvil normal y obtuve el mismo resultado. Era la primera vez que se perdía una carrera conmigo. El hilillo de preocupación se convirtió en pavor, pero estaba atrapada en Boulder.

Parecía que se tardaba una eternidad en despejar a la gente y a los coches y yo alternaba entre golpear mi volante y llamar a sus números, hasta que los organizadores finalmente consiguieron que el tráfico fluyera libremente.

David me había dado la llave de su casa y había confiado en mí para que le cubriera las espaldas. Me dirigí a su casa en Wash Park tan rápido como pude y esperé no haberle fallado ya.

Washington Park era mi zona favorita de Denver, aunque solo fuera porque era donde habíamos vivido como familia antes de que muriera papá. Es una zona tranquila, con calles arboladas y patios bien cuidados, casas pulcras y jardines arreglados.

Nunca había estado en la casa de David. Era pequeña y estaba rodeada de un césped bien cortado y con setos a la altura de las caderas. La fachada tenía un tejado escalonado en forma de «A» que ofrecía un porche soleado con cubierta y espacio para plantas de colores. Me acerqué corriendo y golpeé la puerta blanca, gritando su nombre.

Estaba a punto de usar la llave cuando él mismo abrió la puerta. Mi primera sensación fue una enorme descarga de alivio y lo abracé contra mí, ignorando su aspecto.

—David, estaba muy preocupada. No podía localizarte. ¿Estás bien? —Le agarré por los hombros y le miré bien. Estaba pálido y sin

afeitar, y llevaba una bata como si hubiera llegado a la puerta directamente desde la cama.

Consiguió sacar una débil sonrisa.

—Estupendamente —dijo—. No hace falta que te pida que entres. Cierra la puerta y ayúdame a hacer café. —Se dio la vuelta y caminó lentamente hacia la cocina abierta y la zona de desayuno.

Me di cuenta de que me había lanzado a través de la puerta hacia él. ¿Y si tuviera a alguien en casa? Supongo que habría improvisado. Así las cosas, conseguí que se sentara y me indicara los lugares adecuados para el café y las cosas del desayuno. Se sentó, con aspecto cansado pero divertido, mientras le preparaba un desayuno muy tardío y le interrogaba. Me moría de ganas de contarle mi visita a la Casa Altau, pero me contuve. Primero tenía que asegurarme de que estaba bien.

—¿Qué pasa? Esto no es una gripe o una resaca, ¿verdad?

—No. No, es solo un paso más en el camino.

—¡Explícame! Vamos. —Le puse el café delante y volví a la sartén.

Se frotó la cara y se rascó la cabeza, haciendo saltar su pelo rizado por todas partes.

—Necesito practicar el uso de mi Ath... mis habilidades para curarme y reponerme.

—Mucho más claro —dije—. Y puedes usar la palabra Athanate si quieres.

Se levantó de golpe, derramando su café.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando entienda lo que te pasa, te lo diré. —Le sonreí dulcemente, agitando la espátula—. ¿Los huevos, revueltos?

Parecía molesto, pero al menos volvía el color a sus mejillas, y empezó a hablar, al principio entrecortadamente, pero con más soltura a medida que avanzaba.

Para cuando tuvo la comida delante, me enteré de que su principal Mentor, una Athanate llamada Pia, era la responsable de esta etapa de su desarrollo. Tenía que aprender a curarse a sí mismo, y Pia lo forzaba bebiendo su sangre, dejándolo débil y conmocionado. Su cuerpo se curaba a sí mismo, reponiendo su sangre mucho más rápido que una persona normal. Pero por el momento, le daba el

tiempo justo para que ella volviera a aparecer. Hasta ahora estaba bien, aunque le había pillado en un mal momento. Pia había venido a primera hora de la mañana y no había manera de que hubiera podido hacer la carrera.

Todo ello nos llevó a una descripción más completa de la regeneración y a la segunda parte de la prueba.

Acompañando a Pia en sus visitas había otra chica. No una Athanate, una chica que era una humana normal. Las leyendas del vampiro habían acertado al menos en parte: los Athanate requerían sangre humana. La chica estaba allí por su propia voluntad, pero estaba unida a Pia de una manera que David aún no comprendía. Estaba allí para proporcionar sangre a David.

David miró su comida.

—Tengo que hacer que se acerque a mí. No es que ella no quiera —añadió—. Pero tengo que atraerla hacia mí a través de la habitación usando una especie de mesmerismo que se supone que tengo.

Me senté a pensar en ello. Supongo que había sido consciente de la necesidad de beber sangre, pero pensar realmente en la necesidad de David de beber del cuello de una chica, era simplemente asqueroso. El mesmerismo supuse que era alguna forma de magnetismo, como lo que me había hecho Skylur conmigo. *Bastardo,* me dije, pero sin mucho resentimiento ya. No me había obligado a ofrecerle mi cuello, aunque, por otro lado, no habría estado en condiciones de detenerlo si hubiera insistido.

—*¿Se supone*? —pregunté, recogiendo lo que había dicho.

David parecía incómodo.

—Hice algunas pruebas antes y dijeron que me estaba desarrollando bien. Pero no funciona.

Robé un poco de jamón de un lado de su plato y lo mastiqué por un segundo.

—Cuéntame un par de cosas: ¿qué pasa si un Athanate no puede conseguir sangre humana en absoluto, y qué te pasa a ti si no puedes manejar este mesmerismo?

David parecía sombrío.

—Un Athanate sin sangre humana entrará en coma al cabo de una semana y acabará muriendo. A mí no me dejarán morir, pero sería un lisiado, supongo.

—¿Siendo ellos de la Casa Altau? —dije despreocupadamente.

—¡Amber! ¿Qué demonios? —Sus ojos eran enormes.

Me di la vuelta y le di un abrazo, riéndome al mismo tiempo, mientras se tambaleaba en su taburete.

—Lo siento, no pude resistirme a burlarme un poco de ti. Tuve una invitación que no pude rechazar esta vez.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿No te han mordido? Cuéntame. ¿Por favor? —Sus palabras tropezaron entre sí para salir, haciéndome reír de nuevo.

Tenía mucho mejor aspecto después de la comida y lo saqué de su taburete y lo llevé a su sala de estar para repasar los acontecimientos de la noche mientras nos tomábamos el café. Como no estaba estrictamente regulado en mi acuerdo de no contar nada con el ejército, también le puse al corriente de los priones.

David estaba tranquilo y pensativo al final.

—¿Más café? —Me ofrecí, recogiendo las tazas. Él asintió.

—Conozco los nombres de las personas de las que hablas: Skylur, por supuesto, y Diana, pero no he conocido a nadie más que a mis Mentores. —Se rio—. Recibo exactamente el mismo tratamiento de la venda en los ojos, así que no tengo ni idea de a dónde vamos. Es solo una habitación sin ventanas. Supongo que es el mismo lugar al que tú fuiste, pero nunca he oído ni visto la parte de la mazmorra.

Tenía en la punta de la lengua decirle que sabía dónde estaba la Casa Altau, pero lo dejé para otro momento.

Le entregué su café recién hecho y me senté de nuevo.

Respirando tranquilamente, dije:

—Bien, David. Deberes.

Miró a su alrededor, con las cejas alzadas.

—Practica conmigo, hermanito. Llámame por los auriculares. —Moví los dedos junto a mi cabeza—. Transmíteme tus órdenes. —Quería esto tanto como una endodoncia en el dentista, pero David tenía que ser capaz de hacerlo.

Se aclaró la garganta.

—No creo que debamos. Podría ser peligroso, Amber. Por eso aprendemos con un Mentor experimentado. Se nos puede ir de las manos.

—No vas a poder morderme el cuello mientras te pateo el trasero por la casa.

—¿He mencionado que eres *muy* arrogante?

Me reí.

—Bueno, dame una lección. —Extendí la mano y toqué su brazo—. Confío en ti, David. —Tuve la sensación de que no era capaz de concentrarse porque no conocía a la amiga de Pia. David era un poco tímido. Algo me decía que ni siquiera había averiguado su nombre.

—Vale, lo intentaré. —Sonrió nerviosamente y se sentó, mirándome, apareciendo una pequeña marca en el ceño. Sentí algo, pero no estaba segura de si era mi imaginación o no. Desde luego, no había nada parecido al ataque claustrofóbico que había podido hacer Skylur, aunque no es que me lo esperara.

Me sentí aliviada y decepcionada. Aliviada, porque realmente no quería que nadie más se metiera en mi cabeza, pero también decepcionada. Seguramente este tipo de comunicación debe ser más fácil entre amigos.

—No creo que tengas que mirarme —dije después de unos minutos—. Y relájate. Intenta pensar en un ejercicio, por ejemplo, la forma de la grulla. Entonces dime que mueva mis manos hacia ti.

Se acomodó y cerró los ojos. Le había enseñado varias de las formas de Kung Fu que practicaba con el maestro Liu. La grulla no era la más sencilla, pero tenía movimientos de manos muy específicos.

—Me cuesta pensar en toda la grulla —dijo después de un minuto.

—Bien, probemos algo completamente diferente. —Busqué una pregunta para distraerlo—. Dime por qué querías convertirte en Athanate. —La pregunta me vino a la cabeza y la formulé antes de pensar. Contuve la respiración. Este era uno de los ámbitos muy personales que habíamos evitado antes.

Hubo un parpadeo de dolor en su rostro y me arrepentí de haberlo preguntado. Permaneció tanto tiempo en silencio que pensé que no

iba a responderme. Finalmente, cerró los ojos y respiró profundamente.

—Mi hermana, Rachel, era un par de años mayor que yo. Era muy buena conmigo, desde que era niña, especialmente cuando nuestros padres murieron. Siempre estaba ahí. Ya sabes, la persona en la que podía confiar, la que podía ayudarme cuando las cosas iban mal. —Se detuvo y un suspiro lo atravesó—. Murió de una enfermedad llamada Síndrome de Metzl-Duncan. Es hereditaria, y yo también la tengo. Los médicos dijeron que era posible que muriera en un par de años. No lo sabían con seguridad.

Me senté en silencio. Había dejado de intentar hipnotizarme, pero quería escucharle.

—Casi un mes después de la muerte de Rachel, estaba en el gimnasio y empecé a hablar con algunos chicos. Les conté la historia a los demás. Había un tipo llamado Paul. Es un Athanate, aunque yo no lo sabía en ese momento, por supuesto. Habló conmigo muchas veces, y un día, cuando estábamos solos, me dijo que había una cura. Ya sabes, habría pasado por mucho por una cura que simplemente me dejara vivo, pero en lugar de eso estaba este cambio que me rehacía. Me está rehaciendo. —Tomó un sorbo de su café que se estaba enfriando y se volvió hacia mí, con los ojos atentos—. Estoy al borde de algo maravilloso, Amber. Si tan solo pudiera mostrártelo.

Lo hizo. Pude ver el sol elevarse sobre los fríos picos de las montañas, la promesa de un nuevo y glorioso día. La niebla se levantó de los valles adormecidos y mi sangre se elevó al encuentro del sol. Sentí que podía elevarme hacia los cielos del amanecer.

—¡David! —susurré, mareada por la sensación, y se desvaneció.

Nos miramos con la boca abierta.

Me aclaré la garganta.

—No creo que tengas ningún problema si puedes hacerlo de nuevo —dije.

Estaba temblando y sudando. No sabía lo fuerte que podía llegar a ser. La visión de David era agradable, incluso edificante, pero era lo mismo que había hecho Skylur y no quería la clase de paliza mental

que me había dado. Pero se trataba de David y tenía que confiar en él.

Confía y salta, Farrell.

—Inténtalo de nuevo, solo un segundo, solo la sensación —dije y me armé de valor—. Detente si parezco herida, o levanto la mano.

Parecía tan asustado como yo, pero se tranquilizó y pude ver cómo repetía las palabras para sí mismo mientras se giraba para mirarme. Hicieron falta un par de intentos antes de que la visión del amanecer irrumpiera de nuevo en mi cabeza.

—¡Vaya! —Levanté la mano y se detuvo inmediatamente—. Bueno, supongo que esa es la primera parte. Puedes hacer la conexión bastante bien.

Lo probamos de diferentes maneras y descubrimos que no podía conectarse a menos que pudiera verme y estuviera realmente mirándome. La sensación para mí era vívida, pero no perturbadora, y descubrí que podía, de alguna manera, hacerla bajar, hacerla menos vívida.

La confianza que me dio me llevó al error.

—Vale, intenta que te ofrezca mi cuello —dije.

—Amber, no, esto se está volviendo peligroso. Está todo mezclado...

—Skylur no podría hacerlo. —Sonreí—. ¿Qué te hace pensar que...?

Me miró de reojo como si no quisiera, y su grito silencioso en mi cabeza me detuvo en seco.

Lo que siguió fue un borrón. De estar sentados a un par de metros de distancia el uno del otro, nos pusimos cara a cara en menos tiempo del que tardamos en lanzar un grito de sorpresa. Mis manos estaban sobre sus hombros y las suyas agarraban mis caderas. Nuestras caras casi se tocaban. Podía sentir su aliento en mi cara y su cuerpo temblando de excitación y hambre. Sus ojos pasaron de estar desconcertados a brillar en un instante.

Había tenido razón, era más fácil entre amigos, mucho, mucho más fácil. Podía sentir su hambre de una manera que no podía sentir la de Skylur. No había palabras que él susurrara en mi oído o en mi mente, y mi propia voz interior estaba callada. En lugar de eso,

había emociones, crudas e incontroladas. No me dolía como lo había hecho Skylur, y no era solo el hambre de David. También estaba la mía. Esta no era una conexión unidireccional.

—No —jadeé. Esto estaba mal.

—No —contestó, pero estábamos tan cerca que sus labios tocaron los míos al decirlo, y el ligero roce de los labios se convirtió en un beso feroz. Mi boca se abrió hacia la suya y una descarga de deseo me atravesó.

Ya no nos mirábamos, pero la conexión seguía ahí, irregular y parpadeante, como si las cargas eléctricas saltaran entre nuestros cuerpos. Por un momento, me perdí. No importaba que fuera David. El deseo frustrado recorrió mi cuerpo. Me vino a la mente que él era una persona a la que no podía infectar con priones. Qué demonios si él también se bebía mi sangre. Podía sentir los malditos colmillos en su boca y no me importaba.

Hubo un último momento de claridad, una última toma de conciencia de que este era un camino que no podíamos volver a recorrer y que nos cambiaría para siempre. Parecía algo a lo que habíamos sido conducidos, no algo que realmente queríamos. Y debido a la conexión, ese fue un pensamiento que compartimos. El compartir nos dio la fuerza para romper el abrazo. Nos desmoronamos y nos derrumbamos.

—¡Mierda! Amber, lo siento. —David fue el primero en recuperar la voz mientras nos sentábamos despatarrados en el suelo.

—Ha sido mi culpa —dije, con la cabeza entre las manos—. Te empujé. Te empujé.

Me arrastré hasta mi silla y me recosté contra ella, demasiado débil para levantarme, con la respiración agitada y todo el cuerpo temblando.

—Maldita sea. —Logré una risa temblorosa—. Dijiste que los nuevos Athanate están muy cargados. Si eso es un ejemplo...

—¿Cómo puedes reírte? Casi... —Negó con la cabeza.

—Estuvimos a punto, David. Pero no lo hicimos.

—Está todo mezclado —dijo, todavía sacudiendo la cabeza como si eso lo aclarara—. Sexo y sangre.

—Debe ser difícil a veces —dije, y se sonrojó.

—Sí. Tienes que entender esto ahora, Amber, cómo funciona todo. La mayoría de las veces con un Athanate, el sexo llevará a la sangre, y la sangre llevará al sexo. Pero no es solo eso. Ser mordido puede hacer que te excites o te asustes, y de la misma manera, estar excitado o asustado cerca de un Athanate puede llevarte a ser mordido. Ellos, nosotros, desencadenan la emoción. Se alimentan de ella.

Me apalanqué de nuevo en mi silla lentamente.

—Cuando nos besamos, hubo algo más, no solo lo de la mente... Como una sensación más excitante. Todo un shock.

David asintió cansado.

—Podemos hacer que la experiencia sea buena. Feromonas y agentes químicos liberados en la saliva o a través de los colmillos. Un intercambio por la sangre, haciendo que sea placentero ser mordido. O besado. O lo que sea. —Logró una leve risa—. De momento no lo controlo del todo, pero con más experiencia, debería ser capaz de crear sensaciones de deseo y euforia. Aprenderé a crear agentes curativos y anestésicos locales, así que ni siquiera sentirías los colmillos y la herida sanaría rápidamente.

—Hmm. Bien, creo que tengo la dosis de deseo a tope. —Le sonreí. Ya casi había vuelto a la normalidad y quería sacar a David de la duda que le había provocado nuestra pérdida de control.

—Lo siento —dijo. Se levantó en su silla y se desplomó sin fuerzas.

—Si no hay daño, no hay falta. —Busqué algo para aligerar el ambiente—. Me sorprende que mi olor no te haya apagado. Todavía no he tenido la oportunidad de ducharme después de la carrera.

La cabeza de David estaba acunada en su mano. Un ojo se abrió y me miró.

—Te equivocas —murmuró—. Eso fue parte del problema. Sí, puedo oler el sudor, pero debajo de él, Amber, desde el tercer mordisco, encuentro tu olor... —No sabía cómo terminar.

—¿Sabroso? Bian parecía pensar que sí, aunque no estoy segura de si me estaba tomando el pelo.

David resopló.

—Sí. Sabroso. Exactamente. Debo conocer a esa chica. —Hizo una pausa y se frotó la boca—. También me devolviste algo en ese beso.

—¿Te di la cosa de la lujuria del ganado? ¿Puedo hacer eso?

—No. —Se rio—. No, fuiste un poco más sutil que eso. Por una vez. —Se pasó la lengua por la boca, pensativo, y noté que sus colmillos volvían a ser caninos normales—. Te lo diré cuando averigüe qué fue.

Su risa fue una mejora, la broma aún más, pero todavía sentía la necesidad de demostrar que confiaba en él.

—¿Puedo usar tu ducha, entonces?

David sonrió y me mostró la puerta derecha. Salí y cogí mis cosas del coche. Una vez fuera de su vista, respiré profundamente para calmarme y me propuse que los temblores cesaran. Sí, habíamos tenido un susto, pero estábamos bien. Estaba segura de que ahora no suspendería el examen de mesmerismo. Si el precio era el susto que nos habíamos dado, estaba contenta con el coste.

Cogí ropa limpia y mi portátil. Después de la ducha, iba a interrogar a David sobre las cifras financieras de las hojas de cálculo de Jen, sin revelar de quién eran. David era un actuario y un tipo inteligente. Estaba segura de que tendría algunas ideas útiles.

Las tenía. Y para cuando me fui, David y yo volvíamos a charlar y a bromear con facilidad. Parecía completamente restablecido mientras se apoyaba en mi coche.

—Una última pregunta, David, ¿cuánto dura la prueba en la que Pia te va drenando?

Se puso más serio por un segundo.

—Hasta que pueda detenerla usando mi mente —respondió.

Asentí con la cabeza.

—Está bien. Puedes hacerlo. Vendré a verte cuando pueda. Y enciende tu maldito móvil, hermano.

Se rio y me alejé con esa imagen en mi mente, en lugar del beso que aún sentía arder en mis labios.

Capítulo 28

A última hora de la tarde, salí al patio de azulejos de Jen para encontrarla tomando los últimos rayos de sol. Una fuente central burbujeaba en un oscuro estanque de carpas, y lavandas y limoneros en macetas de terracota bordeaban el patio de piedra italiana. Al fondo de los jardines ornamentales, pasando el helipuerto y a través del borde de alerces y cipreses, podía distinguir las calles vacías del club de golf. Uno de los guardias de Vic se movía discretamente bajo los árboles, cuyo follaje era de un verde tan oscuro que parecía haber filtrado la negrura de las profundas sombras que había debajo.

Respiré profundamente y escuché la fuente y el silencio del viento.

Jen estaba estirada en una tumbona, con un montón de informes de la empresa a un lado y un vaso largo y lleno de hielo en el otro. Sonrió y me hizo un gesto para que me acercara. Le di un beso en la mejilla y me acomodé en la tumbona vecina. Contra la pared de la casa que teníamos detrás, una buganvilla de color rosa intenso ondeaba con la brisa por encima de los crisantemos multicolores.

—¿Todo bien?

¿Lo estaba?

—Estoy agotada. Me están pasando cosas raras, esa palabra de nuevo, raras. —Me mordí el labio—. Dejémoslas de lado por el momento y si me quedo callada o malhumorada, grítame.

Jen se rio.

—¿Por qué creo que lo raro para ti significa algo diferente que para el resto de nosotros? —Levantó un elegante dedo—. No respondas a eso.

La camarera salió con otra copa para Jen y un vaso para mí. Bebí con cuidado, pero era una agradable mezcla de limón y lima, con un toque de amargura.

—Me perdí nuestra reunión informativa del viernes, ¿hay algo que informar? —dijo Jen.

—Algo. Las carteras de Silver Hills me llevan a un callejón sin salida. Todas las identificaciones eran falsas y se las pasé a la policía.

Los teléfonos móviles, los tienes tú en este momento, o los tiene tu departamento técnico, y espero alguna información útil de ellos.

—Un tipo llamado Matt vendrá a verte con ellos —dijo Jen.

Asentí con la cabeza para dar las gracias y continué.

—Al menos uno de los tipos que nos atacaron era de una organización criminal llamada ZK. La policía detuvo a un grupo de ellos esta mañana temprano. Soldados de a pie en lugar de los jefes, por desgracia. No sé qué saldrá de ello, pero apuesto a que al menos algunos estarán entre rejas durante mucho tiempo.

Jen dio un sorbo a su bebida.

—No sabemos por qué podrían estar tratando de apoderarse de tu empresa o de matarte o herirte —continué—. No sabemos si simplemente han sido contratados para hacer el trabajo para alguien más. Pero entre el mensaje que enviamos el jueves, la seguridad que tenemos ahora a tu alrededor y el hecho de que Morales haya metido a algunos de ellos en la cárcel, puede que hayamos ganado algo de tiempo para averiguar de qué va todo esto. El mejor resultado, por supuesto, sería que hayamos demostrado que somos demasiado difíciles y que busquen en otra parte.

—Parece que tienes una idea de cuál puede ser la motivación —dijo.

Me encogí de hombros.

—Podría ser que quisieran que el Grupo Kingslund fuera una fachada para sus actividades ilegales, básicamente drogas. Si eso es todo, se irán ahora que estamos alertados. O dejarán de intentar hacerse con él, pero puede que hagan algo por venganza.

Jen suspiró.

—De acuerdo. Suficiente por ese lado. ¿Qué pasa con el panorama financiero? ¿Están involucrados en eso, o tengo dos enemigos sueltos?

—Bueno, por eso estoy siendo cuidadosa con mi análisis. No todo encaja. Parecen dos estrategias diferentes. —Me solté el pelo de la coleta y me pasé los dedos por él—. De todos modos, mañana tengo una reunión con el tipo que dejó el departamento financiero. Puede que tenga algunas ideas más claras después de eso.

Nos sentamos un rato mientras Jen lo pensaba.

—¿Troy? —Su voz era muy baja.

No había manera de decir esto amablemente.

—No tiene buena pinta, Jen. El equipo de Víctor no ha encontrado ni rastro de él en ninguna parte y no ha habido ninguna petición de rescate a nadie. Tengo que decirlo de nuevo: cada día que pasa significa menos posibilidades de encontrarlo vivo.

Jen miró por los jardines hacia donde patrullaba la guardia de Víctor.

—El equipo de Gayle parece competente en materia de seguridad. ¿Estás segura de que han hecho todo lo posible en esa parte de investigación?

—Lo estoy —respondí—. Valoro a Víctor y su compañía.

Jen asintió.

—La dirige como un ejército. ¿Todos estos tipos son exmilitares?

—No todos, pero Víctor emplea a muchos exmilitares. Así es como lo conocí. El tipo que está ahí abajo acechando bajo los árboles es un antiguo marine. Víctor fue piloto de helicóptero.

—¿Es importante para ti? ¿Lo del exmilitar?

—No lo recomendaría solo por eso, pero sí, lo es.

—Eres una patriota a la antigua, ¿no es así, Amber? —Ella apuró su bebida—. ¿Por eso te uniste al ejército?

—Es una de las razones, Jen. Creo que me volví patriótica haciendo cosas patrióticas.

—¿Y la policía? Me he dado cuenta de que siempre tienes cuidado de llamarlos policía.

—He caminado una milla en sus zapatos, eso es todo. No significa que no haya policías buenos y malos. ¿Todo eso tiene sentido?

Sonrió y se levantó.

—Tiene mucho sentido —dijo—. Cena en media hora. Voy a entrar a ducharme y cambiarme.

—¿Formal? —Esperaba que no, porque no tenía nada.

—Pantalones cortos formales y camiseta, querida. —Me dio una palmadita en el hombro al pasar—. Estarás bien así. Comeremos en el salón.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Hay camisetas y luego hay camisetas, pensé mientras nos sentábamos más tarde en una sencilla mesa auxiliar. La de Jen era de seda dorada con grandes flores blancas estampadas. Elegante y hermosa como siempre.

Carmen trajo los platos y los colocó en una mesa auxiliar. Era una buena selección de enchiladas mexicanas picantes y frijoles con una ensalada para equilibrar. Nos dejó con ello.

—Delicioso —dije, mientras probaba a hurtadillas del plato de servir—. No tienes que llevarme al Moulin, solo tráeme aquí para comer.

—Oh, pero lo haré. Tengo que ser vista. Denver es un lugar pequeño en comparación con Nueva York, digamos. Alguien siempre está mirando. Si no hago lo que siempre hago, alguien lo notará. Podría afectar a mi calificación crediticia. —Sirvió la comida y nos sirvió un poco de vino tinto.

Sonreí.

—Paranoica.

—Le dijo la sartén al cazo. —Hizo un gesto con la mano—. De todos modos, eso también es parte de mis negocios.

Levanté una ceja.

—Claro, me interesa saber lo bien que les va a los lugares de fuera de la ciudad —dijo Jen—: restaurantes, centros turísticos y demás.

—Pero no vas a construir un complejo turístico.

—No, pero tengo toda la intención de ser la dueña de Tucker's y quiero estar segura de que puedo devolverle los beneficios. El Moulin lo hace bien.

—Sé lo que piensas de mi sentido de los negocios, pero yo compraría el Moulin y dejaría en paz a Tucker.

Lo dejamos así. La comida era tan buena como mi cata furtiva había sugerido, y merecía toda mi atención.

Cuando Carmen vino a recoger los platos, le di las gracias en español. Jen se unió, y como era de esperar, su español era mejor que el mío.

—Francés, español, ¿algún otro idioma? —pregunté.

—Italiano —dijo, y continuó ante mi mirada inquisitiva—. Mi primer marido. ¿Y tú, algún otro idioma?

Mierda. Debería haber pensado con antelación, pero no iba a mentir.

—Un poco de vietnamita —dije.

Leyó mi cara y se rio.

—Y más cosas de las que no me voy a enterar en seguida.

Pasamos a temas menos incómodos y hablamos fácilmente de todo y de nada.

Finalmente, Jen miró el reloj.

—¡Oh Dios, mira la hora! Me prometí a mí misma que te llevaría a la cama a las nueve como muy tarde. —Se puso de pie y me miró—. ¿Estás bien, Amber?

—Ah. Sí. Creo que acabo de respirar algo de vino —jadeé. Había malinterpretado ligeramente su comentario, a medio tragar.

—Bueno, según tengo entendido, solo se huele cuando aún está en el vaso, pero tú sigue así, chica.

Me puso de pie cuando dejé de balbucear.

—Ve y duerme una noche completa. Te has acostado demasiado tarde esta semana.

—Le dijo la sartén al cazo —le respondí.

Ella sonrió.

—Vale, yo también me voy. Ha sido una semana larga para mí también. —Hizo una pausa—. ¿Tienes otra carrera preparada para mañana?

—No. Una comida familiar.

—Oh, pensé que estaría bien y que me haría salir de aquí.

—Bueno, podemos trabajar en eso. Haré algunos ejercicios contigo por la mañana.

—Trato hecho —dijo y me besó en la mejilla.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Floto por la casa de Jen, una sombra entre las sombras que se filtran en su habitación. Me sitúo a los pies de su cama, inhalando el aroma de su vida, escuchando el somnoliento latido de su corazón y el bullicio de su respiración. Puedo saborear el rico vino que hemos bebido, puedo sentir el pulso de su garganta como si latiera contra

mis labios. Me duele la mandíbula y mi lengua explora el filo desconocido de mi boca.

Ella se revuelve y yo me alejo en silencio y me fundo de nuevo con las sombras.

Capítulo 29

DOMINGO

Mamá vivía con John en una de las partes agradables de Aurora. No estaba a la altura de la casa que habíamos tenido en Wash Park, pero superaba el camping de caravanas. John mantenía el césped cuidado y a mamá le encantaban las flores que había plantado alrededor de los bordes.

Aparqué bajo el pequeño olmo siberiano que daba sombra en la entrada. Llegué pronto, pero mamá me vio y salió al porche. Nos abrazamos.

—Oh, Amber, ya sé que armo un escándalo y te molesto, y aquí estoy alborotando, pero no te veo lo suficiente. —Rompimos el abrazo y ella quitó una pelusa de mi chaqueta y me bajó el cuello. Nos reímos y volví a abrazarla. Había un atisbo de lágrima en sus ojos.

Me dio una palmadita nerviosa en el hombro y habló en voz baja.

—Kathleen ha traído a su novio.

Ni siquiera sabía que Kath iba a venir. En estas circunstancias, podría haberme hecho de rogar, pero en lugar de eso, puse una sonrisa brillante.

—Está bien. No pasa nada, mamá. —Le di una palmadita en la espalda—. Hablo de deportes. Seguro que podré hablar con él.

—No, ese es el problema, querida. Este no es así. Todo lo que he oído es ópera y ballet. —Casi puso los ojos en blanco antes de darse cuenta.

—Oh. Bueno, supongo que llevo ventaja en la ópera.

—¿Cómo es eso? —dijo ella con suspicacia.

—Conozco a alguien llamada Carmen.

Se mordió el labio para no reírse y me agarró de la chaqueta.

—Por favor, Amber, ya sabes lo punzante que puedes ser con tu sentido del humor. —Se acercó más—. Creo que puede haber un anuncio. Por favor*, no* lo estropees.

—Me comportaré bien, mamá. Lo prometo.

—Será mejor que entremos. —Acarició mi chaqueta por última vez y se giró para llevarnos a la casa—. Preciosa chaqueta, por cierto, cariño.

Mi padrastro, John, nos recibió dentro. John era un hombre decente, y él y mamá parecían felices juntos. No era culpa suya que no fuera papá. Simplemente, nunca me sentí cómoda con él. Esperaba disimularlo bien y le di un abrazo y un beso.

Kath y yo tocamos las mejillas con frialdad y ella me presentó a Taylor. Era abogado en el mismo bufete que ella. Era alto y delgado, con el pelo castaño claro bien cortado. Sus ojos grises eran cautelosos pero firmes y su apretón de manos suave y rápido. Parecía elegir cada palabra con cuidado. Estaba segura de que era un abogado de primera línea y un hombre inteligente, pero dudaba que él y yo llegáramos a ser amigos.

Casi tan pronto como terminé de estrechar su mano, Kath aplaudió las suyas.

—Ahora que estamos todos aquí... —*Oh, así que llegué tarde, ¿no?* — Nosotros, es decir, Taylor y yo, tenemos algunas noticias. — Se volvió hacia Taylor y le sonrió. Sacó una cajita de anillo de su bolsillo.

—Aunque solo nos conocemos desde hace un año, Kathleen y yo nos hemos hecho muy amigos —dijo—. La semana pasada le pedí que se casara conmigo y estoy muy contento de decir que ha aceptado. Habíamos reservado esto para hoy. —Abrió la caja. Dentro había un precioso anillo de compromiso de diamantes, que Kath cogió y se puso en el dedo.

—¡Oh, Kathleen! Oh, estoy tan feliz. Qué bonita sorpresa. —Mamá abrazó y besó a Kath.

No me gustan mucho estas cosas, pero me impresionó el anillo. Mamá y yo la rodeamos para ver el anillo, mientras John estrechaba la mano de Taylor y se iba a buscar un poco de champán que casualmente tenía en la nevera, gracias a mamá.

Brindamos por ellos e hicimos las preguntas habituales sobre fechas y planes. No tenían ninguna prisa, y la boda se celebraría en algún momento en primavera.

Pillé a mamá mirándome y suspiré en silencio. *No es probable, mamá.*

La otra noticia nos la dio John mientras nos sentábamos a comer.

—Por fin he convencido a Stacy de que tenemos que tomar unas vacaciones de verdad este año. —Él y mamá se sonrieron—. Vamos a ir a casa de mi hermano en Florida el miércoles.

Teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor, sentí un gran alivio al saber que estarían lejos.

El resto de la comida estuvieron hablando sobre la temporada adecuada para visitar Florida y la mejor fecha de la próxima primavera para una boda. No dije mucho y en un momento de calma John trató de meterme en la conversación preguntándome por el trabajo.

—Lo siento, John, pero la mayor parte de mi trabajo se hace bajo una cláusula de confidencialidad. No puedo decir mucho al respecto.

—No hay nada nuevo en eso —murmuró Kath en voz baja, pero la oí. También vi la mano de Taylor apretando la suya y me pregunté si eso era una advertencia. Kath, con unas cuantas copas de más, era un manojo de nervios.

—Pero en general, estoy ocupada y trabajando mucho en este momento —terminé. La promesa que le hice a mamá me impidió arremeter contra Kath. Sabía que ella siempre había tenido problemas con que no pudiera contarles lo que hacía, pero esperaba que hoy tuviera otras cosas en la cabeza.

—Entonces, el negocio va bien. —John lo convirtió en una declaración y lo dejé ahí.

—¿Puedo ver tu pulsera, por favor, Amber? —Mamá entró para reconducir las cosas—. Es preciosa.

La desaté y se la di.

—Es un regalo. El dibujo representa el ojo de un lobo, porque al parecer el lobo es mi animal espiritual.

—Oh, sí, así sería, querida. Esto es tan bonito. —Pasó las cuentas por sus dedos suavemente. Sus ojos tenían una mirada lejana.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—¿El espíritu del lobo? —Me miró—. ¿Nunca te hablé de tu bisabuela?

—Bueno, nos dijiste que era Arapaho, y que tu madre solía enfadarse con ella cuando te explicaba todos los mitos indios de miedo como cuentos para dormir.

—Sí, sí, pero su nombre. ¿Nunca te lo he dicho? —Mamá se levantó y fue al salón.

—Era Sarah, ¿no? —dije tras ella.

—Ese era su nombre en inglés. —Mamá volvió con su vieja caja de recuerdos y rebuscó en el fondo—. Y no recuerdo cómo se dice su nombre indio, pero significaba «Habla con Lobos». El lobo era su tótem.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Sacó una vieja foto sepia de una funda de plástico y me la pasó.

Un severo bisabuelo Farrell me miraba a través de los años, vistiendo una chaqueta formal y con un sombrero de copa, ambos probablemente prestados para la foto. Sentada frente a él estaba Sarah, vestida a la moda occidental, pero con un chal indio sobre los hombros. El dibujo del chal era idéntico al de mi pulsera. La escritura descolorida en la parte inferior de la foto decía *Padraig y Habla con Lobos*.

Me quedé mirando durante un rato.

—¿Me la prestas para hacer una copia, por favor? —dije finalmente.

—Por supuesto, Amber. Te la dejo aquí. —La devolvió a la carpeta de plástico y la metió en el bolsillo de mi chaqueta.

Había perdido el hilo del resto de la conversación en la mesa y cuando me puse al día, se desviaba hacia el ballet.

—Amber solía bailar —dijo John, cuando vio que mi atención volvía.

Me reí.

—¡Nooo! Solo aprendí las partes fáciles de algunos bailes latinos. Ya sabes, los pasos básicos del chachachá, la salsa, la rumba y demás.

Taylor sonrió amablemente.

—¿Estudiaste mucho?

—Recibí clases de un profesor de baile a cambio de hacer de canguro. No creo que eso se pueda considerar como estudio. Me

gustaba, pero nunca continué.

—Me temo que Kathleen no me ha hablado mucho de ti. Tengo entendido que eres investigadora privada —dijo Taylor—. ¿Qué tuviste que estudiar para convertirte en una?

Gemí para mis adentros. Sabía exactamente por qué Kath no le había hablado mucho de mí; no era una hermana apropiada con una educación universitaria y un trabajo adecuado. Pero no había forma de evitar su pregunta.

—No hice estudios —respondí—. Dejé la escuela antes de tiempo para unirme al ejército.

Taylor apenas tuvo tiempo de registrar eso antes de que Kath hablara.

—Tuviste que irte porque hiciste ese estúpido salto desde la torre del reloj.

—¡Kathleen! —Mamá estaba sorprendida, y supongo que yo también. Me pregunté cuántas copas de champán había bebido Kath. Aun así, se lo había prometido a mamá y puse la mejor cara posible.

—Sí. Culpable de los cargos. Hice un salto en paracaídas desde la torre del reloj en secundaria. Pero ya había tomado la decisión de irme.

—¿No era peligroso? —preguntó Taylor.

—Sí, de eso se trataba —dije. Sus ojos registraron una incomprensión inexpresiva y no pude evitar que los míos se elevaran hasta el techo. Eso fue grosero y Kath no se tomó bien mi juicio sobre su prometido.

—No importa exactamente por qué dejaste la escuela, pero lo echaste todo por la borda para poder irte a hacer cosas estúpidas y peligrosas por la simple emoción. Ahora mira de qué te ha servido eso. Vienes a pedirme ayuda.

Los ojos de mamá se abrieron de par en par.

—¿Qué está pasando? ¿Amber?

Empujé mi silla hacia atrás y me levanté.

—Déjalo, mamá, he sido desagradable. Lo siento, me voy.

Kath se inclinó hacia delante y empezó a hablar.

—¡Cállate, Kathleen! ¡Y tú siéntate, Amber! —No recordaba cuándo había visto a mamá tan furiosa. Mis piernas se doblaron y caí de nuevo en mi silla. Kath se había puesto pálida como una sábana, dándose cuenta demasiado tarde de que la bebida la había hecho ir demasiado lejos.

Hubo un silencio total durante un momento, con John y Taylor escarlatas de vergüenza, Kath y yo cenicientas y aturdidas. ¿Cómo se había desmontado todo tan rápidamente?

—Esto debería haber sido una comida de celebración. Odio cuando vosotras dos no sois capaces de llevaros bien. Lo odio. Solíais quereros tanto. —Mamá hablaba en voz baja, pero no se podía malinterpretar su enfado—. Amber, ¿qué es eso de ir a pedir ayuda a Kathleen?

—Tengo un caso en el juzgado y he llamado a Kath para pedirle ayuda —dije en voz baja—. Mamá, déjalo, por favor. No importa.

—¡A mí me lo parece! ¿Y ella se ha negado?

Asentí con la cabeza sin ganas. No quería seguir por ahí.

—Por favor, mamá.

—Cállate, Amber. Lo siento, voy a romper mi promesa contigo. —Su mano cubrió la mía sobre la mesa. Se volvió hacia mi hermana—. Escúchame, Kathleen. Tienes un buen trabajo y has trabajado duro para conseguirlo. Nadie puede quitarte eso. Pero ni una sola vez te has preguntado cómo fuimos capaces de gestionarlo. Ni una sola vez. Bueno, es hora de que pongas esa mente inteligente a pensar en ello. Yo no podría haber pagado para que fueras a la universidad. Incluso después de vender la casa para pagar las facturas médicas de tu padre, seguía teniendo deudas.

Kath parecía sorprendida. Era inteligente, pero estaba demasiado concentrada en sí misma como para pensar en lo que había sucedido a su alrededor durante todos esos años.

—Fue Amber, Kathleen. Todo el dinero de sus trabajos a tiempo parcial mientras estaba en el instituto, y luego la mayor parte de su sueldo cuando estaba en el ejército. Hasta que conseguiste tu propio apartamento y conocí a John. Sin ella, ni siquiera habríamos tenido un lugar donde vivir.

Las mejillas de mamá tenían puntos brillantes de ira y sus ojos estaban llenos de lágrimas no derramadas.

—Amber me hizo prometer que nunca te lo diría, y ahora he tenido que romper esa promesa. Deberías avergonzarte por no haber ayudado a tu hermana, aunque no hubiera hecho nada por ti.

Volví a levantarme. No podía soportar esto. Mamá intentó detenerme, pero cogí mi chaqueta y hui de la casa.

Sí, hice todo eso, pero no fue así como sucedió. No soy ninguna santa. Fue mucho más complicado que eso. Y recordé estar de pie en la torre del reloj de la escuela, preguntándome si iba a tirar de la cuerda del paracaídas o no. No fue un buen momento.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

La oficina era fresca y tranquila.

Me senté en mi escritorio y escuché los sonidos apagados del tráfico del domingo en el exterior, sintiéndome entumecida. Había intentado hacer algo de trabajo, pero no había nada en lo que pudiera concentrarme por el momento. Tenía dos llamadas perdidas del coronel en mi móvil, pero lo apagué.

El escritorio estaba despejado, excepto por mis fotos. Cogí la que no era una foto en sí y la sostuve delante de mí. Incluso en medio de la oscuridad, el granito negro brillante reflejaba mi rostro sobre la inscripción *Tara Farrell*. Ya nadie parece recordarla, excepto yo. Mi hermana gemela nació muerta, así que no hay fechas. No existía ninguna foto de ella, pero no la necesitaba; era mi gemela idéntica. Me miraba en el reflejo y la veía tal y como sería. No había un solo día en el que no sintiera que faltaba una parte de mí, un hueco en mi vida. No había una semana en la que no hablara con ella. Ella era la única que lo sabía todo sobre mí.

—Tara, a veces es tan difícil —dije. Me avergonzaba de las lágrimas en mis mejillas, pero ella lo entendería.

Oí su voz, tranquilizándome.

—Está bien, Amber, habla conmigo.

Capítulo 30

LUNES

Era justo antes del amanecer y estaba en la suite de invitados de Manassah cuando volví a encender el móvil.

Me sentía mejor. Hablar con Tara ayer por la tarde me había ayudado. Necesitaba poner las cosas en marcha y dejar de preocuparme por cosas que no podía cambiar. Hubo otra llamada perdida del coronel. Era un lugar tan bueno para empezar como cualquier otro, por muy temprano que fuera.

—Coronel, perdón por las llamadas perdidas.

—¿Dónde estaba?

—Era fin de semana, coronel. Corrí en la carrera benéfica de Boulder, visité a unos amigos y comí con mi familia. ¿De acuerdo?

—Sargento, estas muestras que envió son importantes...

—Y no iban a convertirse en menos importantes durante el fin de semana. Esto puede ser prioritario en su agenda… —Me detuve. Si seguía así, empezaría a quejarme de lo poco que estaba durmiendo e irritaría a los dos. Me había tomado tiempo libre. No necesitaba justificarlo—. De todos modos, acaba de perder la oportunidad de decir «¿qué es toda esta mierda que me ha enviado?» Y esa es la pregunta que quiero hacerle.

El coronel se tomó el cambio de enfoque mejor de lo que hubiera pensado. Parecía que estaba sonriendo.

—Su evidencia nos da una prueba tangible de los hombres lobo. Sugiere que hay una gran manada local donde recogió las muestras.

—¿Alguna duda sobre el análisis?

—No, a menos que su sentido del humor se haya descontrolado, sargento. Los lobos no comen pizza y hamburguesas, ni beben vino y cerveza.

—¿Pero pueden decir que son heces de lobo?

—Sí. La mezcla de los restos digeridos incluye conejo crudo y ciervo. Es excremento de lobo, pero con comida humana digerida

añadida. Y, aunque los priones se descomponen fuera del cuerpo, el equipo ha podido identificar que había priones en ella.

—Lo mismo que Ath... —Me atrapé justo a tiempo—. ¿Como los priones de los vampiros?

—No, similar pero diferente, pero difícil de decir exactamente a partir de las proteínas desmontadas.

—Bien, así que tenemos hombres lobo. —Me rasqué el cuero cabelludo—. Respecto al dónde que siento en la punta de su lengua, si estas personas son hombres lobo entonces podrían conducir hasta este sitio y transformarse allí. El lugar no es importante y, por lo que sabemos, puede que no se vuelva a usar. Todavía no tengo contacto directo con ellos.

—¿Por qué siento que va a decir lo mismo que dijo sobre los vampiros? —dijo el coronel.

—Porque sí. Mire, por qué no organiza una reunión a tres bandas con Morales y podemos hablarlo e intentar establecer algún tipo de plan de contacto que no asuma que esta gente es un monstruo y necesita ser encerrada. Por cierto, Morales se siente excluido y es su patio trasero.

—De acuerdo. Lo haré —dijo.

Nos quedamos en silencio durante un segundo. Los dos, me di cuenta mucho más tarde, tratando de pensar cómo abrir el siguiente tema. Me adelanté a él.

—Coronel, tengo que irme, pero necesito más información sobre lo que significan las lecturas del análisis de sangre.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, ¿qué lectura debo esperar de un vampiro? ¿A qué lectura he de llegar antes de que quiera tenerme de nuevo bajo observación?

Pude oírle suspirar.

—Bueno, los científicos no son mucho más claros conmigo de lo que lo han sido con usted. Creo que 1,00 significa que los priones se han apoderado por completo y ese nivel debería ser fatal para el huésped. Actualmente estiman que un vampiro existiría con una lectura de alrededor de 0,8.

Ignoré la sensación de hundimiento en mi estómago. Puedo trazar un gráfico y no me gustaba la respuesta que daban mis lecturas. Intenté concentrarme en otra pregunta mientras él estaba de humor para hablar.

—¿Y a qué nivel llego antes de que me quiera de vuelta?

—Si me pregunta personalmente, sargento, respeto la opinión que expresó en nuestra última reunión. No me gustaría que le restringieran su libertad a menos que sea necesario. Quiero decir, a menos que se vuelva una renegada. Pero la misma advertencia se aplica en cuanto a infectar a cualquiera.

—Gracias, coronel —dije.

—Si me pregunta en nombre del equipo científico, le quieren encerrada ahora.

—Vale. Tendré que hablar con usted de esto cuando venga. Me tengo que ir. ¿Me enviará un mensaje con los detalles de la reunión?

—Sí —dijo—. Tendremos que hablar más la próxima vez.

Aunque no me di cuenta en ese momento, le presioné para que terminara la llamada, y así me libraría de sus noticias por un par de días más. Cerré el móvil y me senté a pensar.

¿Había estado el coronel alejando al equipo de observación de mi espalda todo este tiempo? ¿Cómo de rápido podría pasar de mi nivel actual de priones a la lectura de 0,8, si es que me dirigía ahí?

Ahora estaba en torno a 0,45, y había subido ese 0,05 en la última semana. A ese ritmo, solo me quedaban uno o dos meses antes de ser completamente Athanate. Diana me había mostrado un indicio de que ser Athanate no era tan malo como había pensado, pero la pregunta candente en mí seguía siendo cómo podía bajar los niveles.

Yo era toda preguntas y pocas respuestas, como siempre.

Jen no estaba levantada cuando salí de casa al amanecer. Hice una rápida comprobación del equipo de Víctor en el terreno y luego me dirigí a la oficina en mi coche.

De camino, me puse los auriculares y hojeé los marcadores rápidos hasta llegar a «Diana / Bian».

Respondieron casi inmediatamente.

—Hola, Ojos Redondos —dijo Bian.

Sonreí.

—¿No es demasiado pronto para ti, Gatita?

—Es tarde, no temprano. Tienes que reunirte con Diana esta semana.

—Sí. ¿El martes en mi oficina? Digamos a las 10 de la mañana.

—De acuerdo.

—¿Debo llevar algunas bebidas y aperitivos?

—Oh no, solo tú. Eso estará bien —ronroneó.

Me reí, un poco nerviosa. Skylur *había dicho* que se les prohibiría morderme. Me pregunté cuáles serían las sanciones por infringir una prohibición. Me acordaría de preguntar el martes.

—Otra cosa...

—¿Sí? —dijo Bian.

—¿Puedes decirme el nombre de la chica con la que estabas en el tren?

—Te gusta ese aspecto gótico, ¿verdad, Ojos Redondos?

—Soy heterosexual, Gatita. Solo quería comprobar cómo estaba, asegurarme de que está bien. Parecía completamente fuera de sí. No es bueno andar así a altas horas de la noche.

Hubo un silencio, luego:

—Mykayla. Te enviaré un mensaje con su móvil. —La línea se cortó.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Tullah entró como siempre, con su regalo de café, pero parecía tensa.

Le di el número de Mykayla y le pedí que intentara llamarla un par de veces durante el día. Si recibía una respuesta, podía comunicármela.

Antes de que pudiera sentarse, había un mensajero en la puerta. Tullah volvió a entrar, desconcertada y luego encantada mientras escaneaba el sobre.

—Amber, ¡vaya! Vas a ir al baile benéfico. —Dio un respingo.

Sonreí.

—Sí, pero tengo que irme antes de medianoche o mi coche se convertirá en una calabaza.

Se rio.

—Pero cuesta una fortuna. ¿Cómo... oh, por supuesto, esto es trabajo? ¿Tienes un hada madrina para la que estás haciendo un trabajo?

Asentí, sonriendo para mis adentros al pensar en Skylur como hada madrina. Tullah volvió a parecer desconcertada.

—Pero, ¿quién? No has abierto ningún archivo nuevo. ¿Esto es de Jennifer Kingslund? —Buscaba la dirección del remitente en el sobre, que por supuesto no estaba allí.

—No. Lo siento, Tullah, no he iniciado un expediente para este cliente. No espero un pago por el momento, aparte de este billete. Ya lo haré. —*Cuando se me ocurra cómo lo voy a redactar.*

—De acuerdo. —Se dio la vuelta y fue a marcar el número de Mykayla desde su escritorio.

La llegada del billete confirmó mis planes para el día y me hizo sacudir la cabeza con consternación. Tenía a los sicarios, al crimen organizado, a Athanate y a los hombres lobo pendientes de mí, pero como mis últimos clientes me querían en un baile benéfico, tenía que salir hoy mismo a comprar un vestido. No creía que el señor McIntire y la señora Harriman vieran con buenos ojos que llegara con mi ropa de oficina y no había nada más en mi armario. Aparte de mi uniforme, claro, y eso probablemente tampoco se vería bien.

También tenía que esperar a que el geek de Jen apareciera con la información de los móviles ZK y tenía un par de cosas más que hacer durante el día. Estaba pensando en cómo podría hacerlo todo de forma eficiente cuando una notificación de mi correo electrónico parpadeó en mi pantalla. Kath.

No se disculpó y estaba muy ocupada, pero se daba cuenta de su obligación y demás. Tomaría el caso, y prometió hacerme una revisión pronto. Sin embargo, estaba tan ocupada que el único momento libre esta semana sería en el baile benéfico. Me reí. Tenía que decírmelo. El coste de las entradas era legendario. Le respondí dándole las gracias por haber cambiado de opinión. Le dije que enviaría los documentos por correo y terminé diciéndole que la vería en el baile. Probablemente, ella lo descartaría por mi sentido del humor. Sonreí al imaginar su cara cuando me viera allí.

Escuché una moto en el exterior. No un gemido o un zumbido, sino el tictac gutural de una Harley. ¿Seguro que no es el geek de Jen? ¿Los geek van en Harley?

El tipo que entró no era un geek. Era un tipo que practicaba el snowboard, con vaqueros raídos, pelo rubio decolorado y ojos azul cielo. Parecía nervioso, con la chaqueta de moto todavía cerrada hasta arriba y las manos jugueteando ansiosamente con las gafas de sol y las llaves.

—Hola —le dijo a Tullah—. Soy Matt. Um. Matthew Bierbach. Del Grupo Kingslund. Estoy aquí para ver a la Sra. Farrell. —Podía verme a través de la mampara de cristal, pero mantenía sus ojos en Tullah.

—Soy Tullah —respondió ella—. ¿De qué se trata?

—Es un análisis de unas llamadas telefónicas —dijo.

Me acerqué. No se encogió exactamente, pero parecía muy receloso de mí. Lo miré durante un rato, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados y las piernas en posición.

—Pedí específicamente un geek —dije—. No me pareces muy tecnológico. Los geeks no montan en Harley.

—Soy el auténtico, señora. —Casi sonrió. Dios, iba a romper corazones si lo hacía.

—¿Jen te dijo que me llamaras así?

—No, señora.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, llámame Amber, entonces. Entra y muéstranos lo que tienes.

Una vez que le sentamos con un café y le dejamos cargar sus resultados en el ordenador de Tullah, se relajó un poco. El trabajo que había hecho era fantástico: había creado una base de datos de todas las llamadas realizadas y se podía analizar por frecuencia, duración y destinatario. Había etiquetado nombres y direcciones con números, con una puntuación que indicaba si el nombre y la dirección eran falsos. También había listado todos los mensajes de texto.

—¡Impresionante! ¿Puedes hacer eso con cualquier número? —preguntó Tullah, señalando la información del nombre y la dirección. Cuando asintió, le dio el número de móvil de Mykayla.

Se conectó a su sistema de trabajo a distancia y pasó el número por su software. En un par de segundos apareció el nombre y la dirección de Mykayla, un apartamento en un pequeño edificio al otro lado de la interestatal, a menos de un par de kilómetros. Era bastante fácil llegar a pie desde la estación de Colorado si no se estaba drogado, pero no era algo que una chica debiera hacer en mitad de la noche. Me pregunté si habría tenido el sentido común de volver a subir y bajarse en la estación de Yale, que estaba más cerca para ella.

—Vaya —dijo Tullah, mientras hacía que su sistema le enviara la dirección por correo electrónico.

—Matt, es un buen trabajo, gracias —dije—. Tengo que salir ahora, pero esto ha hecho mi trabajo mucho más fácil, y se lo diré a Jen.

—No hay problema. Gracias, umm, Amber —respondió, mientras escapaba por la puerta. La abrió de nuevo y volvió a meter la cabeza —. Gracias por el café, Tullah. —Le sonrió como un ángel desaliñado y luego se fue. La Harley gruñó y se alejó rápidamente.

—Es simpático —dijo Tullah, con la barbilla en la mano, mirando a la puerta.

¿Ah, sí?

—¿Parece que muerdo? —pregunté.

Me miró y sonrió.

—Por supuesto.

Me preparé. Volví a coger la HK y me alegré de que cupiera perfectamente bajo la chaqueta prestada por Jen. Me iba a disgustar cuando tuviera que devolver esta chaqueta. Tal vez podría encontrar algo para sustituirla mientras me compraba un vestido hoy.

Los ojos de Tullah estaban puestos en la chaqueta cuando salí de mi despacho. Se levantó y se acercó.

—Muy bonita —dijo, palpando el cuero, pero pude ver que sus pensamientos estaban en otra parte. Me miró a los ojos—. Lo que dijiste antes, cuando necesitábamos cambiarnos de oficina, Amber, somos *nosotras, ¿no es* así, este negocio?

—Tullah, una de mis grandes preocupaciones en este momento es qué hacer cuando te gradúes y consigas un trabajo de verdad. —Le

di un abrazo—. Sí, somos nosotras.

—Quizá podamos hablar de eso mañana, si —respiró profundamente—, si todo está bien.

¿Por qué no iba a estarlo?

Iba en demasiadas direcciones diferentes como para preocuparme por eso ahora. Mañana era lo suficientemente pronto para averiguarlo. Le di un rápido beso en la cabeza y me dirigí a mi coche.

Tenía una reunión con el antiguo empleado de Jen más tarde y tenía que encontrar algo de tiempo antes para comprar algo apropiado para el baile benéfico, pero antes, tenía que ver a una persona mucho más importante

Capítulo 31

La tienda tenía ese maravilloso olor a cuero y ceras. Respiré profundamente al entrar.

Werner levantó la vista de su banco y me dedicó una enorme sonrisa. Dejó lo que estaba haciendo y sacó su cuerpo de detrás de su espacio de trabajo para saludarme, con sus grandes brazos abiertos.

—¡Klara, Klara! Ven, es Amber —llamó a su mujer por encima del hombro antes de envolverme en su abrazo—. Bienvenida. Bienvenida, mi hija americana.

Me reí. Su gran barba hacía cosquillas y olía a su trabajo, pero disfruté de su saludo bávaro de todo corazón.

Klara entró con fuerza, tan menuda como enorme, y se unió al abrazo para besar mi mejilla. Sus ojos estaban rojos. No dudaba de algunas de las cosas que pasaban por la mente de ambos, pero Klara lo mostraba con más facilidad.

—No puedo quedarme mucho tiempo; estoy muy ocupada —dije —. Pero tenía que venir a ver a Emily.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Werner—. Sí, hoy se ha quedado en casa y no ha ido al colegio. Son muy comprensivos, y ella está bien la mayoría de las veces —movió la mano de lado a lado—, pero hoy es difícil. En el aniversario.

—Venga, siéntate con nosotros y toma un café primero —dijo Klara—. La hemos dejado dormir hasta tarde. —Se ocupó del banco de Werner, ordenando las cosas que tendría que volver a sacar más tarde, antes de llevarnos a la parte de atrás. Tenía la cafetera en marcha y el olor a café se impuso sobre el cuero y los abrillantadores mientras nos sentábamos alrededor de una pequeña mesa en la cocina.

—Qué chaqueta tan bonita, Amber —dijo Klara, poniendo delante de mí una pequeña taza de café expreso fuerte.

—Sí, pero solo es prestada.

Werner tiró de la chaqueta y tuve que entregársela para que inspeccionara la confección. Me quité tranquilamente la funda de la

HK y la guardé en una estantería fuera de la vista.

—Es tan mal educado —dijo Klara—. Ni siquiera te ha dado las gracias todavía.

—¿Por qué? —pregunté.

—¡Nuevo negocio! Clientes —dijo Werner, dejando temporalmente de examinar las costuras—. La señora Kingslund ha venido con sus amigas. Todas quieren las mismas botas que las tuyas. —Sonrió y agitó el dedo en el aire, pareciendo por todo el mundo Karl Marx dando lecciones a los estudiantes—. Les dije que solo tú, solo tú, las llevas, pero yo les hago sus botas. Diferentes, pero muy buenas.

Me reí. Le había dado los datos de contacto de Werner a Jen, pero lo había olvidado por completo.

—No es nada, en realidad. Me preguntó por las botas cuando me vio con ellas puestas.

—No es nada. Es algo cuando la Sra. Kingslund y sus amigas son mis clientes, eso es mucho.

Me encogí de hombros y sonreí.

—¿Por qué estás tan ocupada, Amber? —dijo Klara.

—Bueno, esta tarde tengo una reunión importante, y no te lo creerías, pero también tengo que comprar un vestido esta mañana. Un cliente me necesita para asistir al baile benéfico de esta semana. —Me reí—. Sé que suena a tópico, pero realmente no tengo nada que ponerme.

—¿El gran baile benéfico? ¿El baile de McIntire-Harriman? —preguntó Werner.

Asentí con la cabeza.

—Demasiado caro para mí, pero el cliente ha pagado la entrada.

Werner y Klara intercambiaron una mirada, pero antes de que pudiera averiguar de qué se trataba, oí los pasos de Emily arriba. Me levanté y Klara me tendió la mano y la apretó rápidamente, apartándose para que no pudiera ver las lágrimas que afloraban en sus ojos. Hoy, hace exactamente un año, estaban aquí sentados recibiendo la noticia de que Emily había sido secuestrada.

Subí las escaleras hasta el salón y me encontré con Emily bajando.

—¡Amber! —chilló mientras saltaba sobre mí—. Pensé que eras tú lo que había oído. Impresionante.

Me reí y la cogí en brazos un rato.

—Has crecido, Em —le dije, bajándola, pero sin soltarla—. Pronto no podré cargarte.

—Sí, podrás. Podrías llevar a papá. —Ella soltó una risita ante la imagen y escondió su cara contra mí, lo que amortiguó su voz—. Gracias por venir.

—No es nada, cariño.

Nos quedamos allí abrazadas y si ella se sintió reconfortada, me alegraba, porque yo también lo hice. De todas las cosas difíciles y ambiguas que había hecho en los últimos años, salvar a Emily era un faro que sentía que podía señalar y decir, *eso era simplemente correcto*. Si había Emilys para salvar, entonces había un punto y un propósito para mí.

—¿Cómo va todo? —pregunté.

—Casi siempre estoy bien. A veces tengo pesadillas o empiezo a pensar en ello y no es bueno. —Ella suspiró en mi camisa—. No soy fuerte como tú.

Resoplé.

—A veces no me siento fuerte, Em. Nadie se siente fuerte todo el tiempo.

—Sin embargo, siempre lo pareces —dijo ella—. ¿Cómo eres así?

—Bueno, déjame ver. Cuando era pequeña, siempre comía lo que debía, siempre tenía mi habitación ordenada, siempre hacía bien los deberes y nunca contestaba a un adulto.

Podía sentir que sonreía.

—¿Qué es eso? —preguntó—. Parece que te has olvidado la pelota abajo.

Me reí.

—Estás pensando que hago la pelota a tus padres, Emily Schumacher.

—Pero no lo he dicho. —Me miró—. Si solo lo pienso y no lo digo, no es tan malo, ¿verdad?

—Dios mío, eso es demasiado difícil para mí. Tienes que hacerle esa pregunta a alguien realmente inteligente. Pregúntame algo más sencillo.

Ella no dijo nada inmediatamente y nos limitamos a disfrutar del abrazo. Incliné la cabeza sobre ella y cerré los ojos. Había un cálido olor a champú de cítricos procedente de ella. Suspiré; tenía que saborear esto mientras pudiera. No había garantía de que me sintiera capaz de volver a hacer esto si me convertía en Athanate por completo. Incluso si me sentía capaz de hacerlo, no sabía si sería algo que disfrutaría. Puede que más adelante necesite este recuerdo como consuelo. Diana había dicho que las Athanate no dan a luz, y tal como iban las cosas, sabía que nunca podría tener una hija propia de esta manera.

Se echó hacia atrás y me miró con sus ojos de niña sabia.

—Algo malo te ha pasado, Amber.

Mi corazón dio un vuelco.

—No, estoy bien.

—Odio cuando los adultos me dicen eso porque no quieren decirme algo.

Nos senté en el sofá para que estuviéramos al mismo nivel.

—Lo siento, Em. A todo el mundo le pasan cosas malas y eso me incluye a mí. —Me mordí el labio—. Sí, han pasado algunas cosas malas y estoy segura de que volverán a pasar en el futuro. Tal vez, en algún momento, no podré estar aquí. Pero tengo que seguir intentando hacer las cosas bien mientras pueda e intentar no preocuparme por las cosas que no puedo arreglar.

Emily asintió y nos abrazamos de nuevo.

—Creo que me gustaría dejar de preocuparme por cosas que no puedo arreglar e ir a la escuela ahora —susurró en mi camisa, y me dolió por dentro.

La llevé abajo en mi espalda y Klara dijo que la cogería, pero que primero tenía que comer algo. Se apresuró a preparar algo sano mientras Emily hacía muecas a sus espaldas.

Me volví a poner la funda y la chaqueta, sintiéndome entumecida. Es hora de irse.

Pero Werner me tomó del brazo.

—Ven. Ven conmigo —dijo, sonriendo—. Puede que no necesites ir de compras a los sitios caros.

Desconcertada, abracé a Klara y a Emily por última vez y le seguí por la puerta y por la calle.

Me guio hasta una tienda de confección y saludó a la pulcra joven que salió de detrás del mostrador.

—Lisa, esta es la dama de la que te hablé por teléfono. Amber, Lisa Macy.

Le estreché la mano. De acuerdo, esta era una especie de tienda de vestidos y bien podría empezar aquí como en algún lugar más caro del centro, pero no podía esperar a que me hicieran un vestido y fuera de la sección más barata.

Lisa era pequeña y rápida en sus movimientos. Tras comprobar para qué quería el vestido, dio un par de vueltas a mi alrededor antes de desaparecer en la parte de atrás. Miré a Werner en busca de una explicación, pero se limitó a hacer un gesto de «paciencia» con su fornida mano. Empezaba a preocuparme que quisiera pagarme un vestido, cosa que no iba a permitir.

Lisa volvió con un rollo de tela y algunos bocetos. La tela era de seda verde oscuro y tenía un aspecto precioso. Lisa hojeó los bocetos antes de entregarme el bloc.

—El mejor vestido para ti será este estilo en la seda verde. Con estola y guantes.

Era una buena artista, si lo había dibujado, y si podía hacer que me pareciera a la mujer del dibujo, entonces era una gran costurera. O una maga.

—Oh, me encanta —suspiré—. Sé que no me lo puedo permitir.

Sonrieron. Werner se acarició la barba y Lisa apoyó la cabeza en las manos con fingida desesperación.

—Amber, eres llamativa, eres alta y delgada y vas a estar en el baile de McIntire-Harriman. ¿Sabes cuántos diseñadores te pagarían por llevar sus vestidos en ese evento? —Entonces me miró nerviosa de reojo—. No puedo pagarte —dijo en voz baja.

Podría haber estado hablando en alemán para que yo entendiera esas declaraciones.

—Mira, Amber, te haré el vestido para mañana por la noche, sin coste alguno —dijo, malinterpretando mi silencio—. Por favor, llévalo en el baile y si alguien pregunta por el vestido, dale mi tarjeta.

Luego pondré el vestido en mi escaparate y contrataré a un par de empleadas más para que se encarguen de todos los nuevos pedidos.

Después de practicar la apertura y el cierre de mi boca unas cuantas veces, conseguí decir «Vale» y eso fue todo. Lisa se arremolinó a mi alrededor tomando medidas y Werner se quedó en una esquina con los brazos cruzados y sonrió como si todo fuera una gran broma.

—Y yo —dijo, agitando un dedo mientras Lisa garabateaba—, tendré unos zapatos para ti. Debes venir aquí antes del baile para probártelos.

Lisa empezó a sujetar con alfileres telas de prueba cortadas en bruto y a drapearme con ellas. En menos tiempo del que habría tardado en buscar en las tiendas algo que probablemente no me podría permitir, el vestido de noche más maravilloso estaba empezando a tomar forma. Después me llevó a un probador y me hizo desnudarme para poder colgarme las pruebas.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza. ¿Estaba soñando?

—Todo va a desaparecer cuando el reloj marque la medianoche, ¿no es así?

Se rieron. Por el sonido, supe que Werner se reía con la cabeza echada hacia atrás. Lisa se reía con cuidado, con la boca llena de alfileres, sin parar mientras trabajaba a mi alrededor.

Capítulo 32

El pitido del móvil me sorprendió cuando estaba a punto de dormirme. Mi reunión de la tarde en la cafetería con Geoff Hansen, antiguo empleado del departamento central de finanzas del Grupo Kingslund, había sido buena y había conseguido lo que necesitaba, pero terminar la conversación estaba resultando difícil, incluso después de haber pagado los cafés.

Era Tullah.

—Amber, soy yo, lo siento, necesito ayuda —dijo. Su voz sonaba tensa y con pánico.

—Espera un momento —respondí.

—Geoff, muchas gracias por tu tiempo —dije, poniéndome de pie —. Tengo una emergencia. —Nos dimos un apretón de manos, cogí mi bolso y me fui. En ese momento, pensaba en cobradores de deudas o en una tubería que goteaba.

—Vale, Tullah —dije en cuanto estuve fuera—. ¿Qué pasa?

—Lo siento. He metido la pata. Estoy en casa de Mykayla.

Me conecté el auricular y empecé a correr hacia el coche.

—Estoy en camino. Sigue hablándome.

—No conseguía hablar con ella y luego el teléfono se desconectó. Está solo al final de la calle. —Se detuvo y pude sentir cómo se ponía en guardia—. La han golpeado, Amber. Está herida, realmente herida.

—¿Quién lo hizo?

—Creo que es esa banda que has estado investigando, ZK. Amber, creo que van a volver.

Me deslicé en el asiento y arranqué el coche. Era una suerte que hubiera acordado reunirme con Geoff en el Café Vienne, cerca del centro comercial Cherry Creek, y que solo estuviera a unos diez minutos de Tullah. Podía recortarle minutos.

—Sigue hablando, Tullah. ¿Has llamado a la policía?

—No. No estaba segura de si querías involucrarlos. Lo siento. — Era tan buena en su trabajo que se me olvidaba que era solo una universitaria y que ahora se sentía totalmente fuera de lugar.

—Deja de decir que lo sientes, Tullah. Todo va a salir bien. Estaré allí en menos de diez minutos. ¿Tienes tu coche?

—No, fui a pie por el Camino del Canal. Está muy cerca.

—Bien. ¿De qué gravedad estamos hablando? ¿Crees que Mykayla puede ser trasladada?

—Uh, creo que sí. No creo que le hayan dañado la columna ni nada, pero tiene heridas por todas partes. Ahora está inconsciente.

Apreté los dientes y sentí que la ira se apoderaba de la preocupación. El bulevar Colorado avanzaba rápidamente, pero no lo suficiente. Reduje la marcha y adelanté a un par de coches por el interior antes de volver a cambiar al exterior. ¿Y si el tráfico empeoraba?

—¿Has llamado a tu madre?

—Sí. No contestaba. Le dejé un mensaje.

Tomé la salida para la I-25.

—Bien, estoy allí en cinco minutos, Tullah. Vigila mientras me dices por qué crees que van a volver.

—Mykayla estaba atada y todavía estaba despierta cuando llegué. Dice que solo salieron a buscar más tipos para venir a violarla.

—Bien, Tullah, está bien. No va a pasar nada. ¿Tienes la puerta cerrada?

—La puerta exterior está rota. He cerrado la puerta del apartamento y he movido la cama contra ella. Está en el segundo piso, así que tienen que subir las escaleras. Las escaleras están por la parte de atrás.

—¿Mykayla dijo algo más?

—No estaba muy claro. Dijo algo sobre querer ser como tú y alguien llamado Bian, y que quería estar con Bian.

Y Mykayla había empezado a preguntar por ahí, y pasó esto. Podía imaginar cómo había ido.

—Un par de minutos, ahora —dije.

—¡Amber, puedo verlos! —gritó Tullah—. Hay una docena de motos saliendo de la carretera.

Pisé el acelerador y el viejo coche respondió tan bien como pudo.

—Están en la parte de atrás. ¡Oh Dios, Amber, estoy tan asustada!

—Mantenlos fuera durante dos minutos, Tullah. Mantén la línea abierta —grité mientras me dirigía a la salida. En el cruce, me salté el semáforo en rojo, cruzando el tráfico con un chirrido de neumáticos. Las bocinas sonaron tras de mí y tuve que repetirlo momentos después, pasando por un hueco entre los coches para salir a la carretera lateral.

El apartamento de Mykayla estaba en un polvoriento edificio de dos plantas de ladrillo rojo con una zona de hormigón delante y una pista pavimentada que daba la vuelta a la parte trasera. Bajé por el camino lateral y salí por detrás del edificio a un rectángulo de tierra con un par de viejas camionetas aparcadas a un lado y una docena de motos en el centro. Un grupo de moteros gritando estaba reunido junto a una puerta abierta.

Dirigí el coche hacia las motos, luego giré el volante y tiré del freno de mano. La parte trasera se deslizó y golpeó a las motos en todas las direcciones. A mitad de camino, metí la palanca de cambios en primera y volví a pisar el acelerador. Con la suciedad roja que salía de las ruedas traseras como colas de gallo, el coche empezó a deslizarse hacia el edificio, aumentando rápidamente la velocidad.

La masa de motoristas que gritaba y maldecía se deshizo al lanzarse o correr para apartarse de mi camino. Repetí el giro con el freno de mano, dando vueltas en una nube de tierra y polvo. Dejé el motor en marcha y salí de un salto, desenfundando la HK. Elegí una de las motocicletas que quedaban en pie y le disparé un tiro en el depósito de gasolina para que todos supieran que tenía un arma.

Eso despejó el estacionamiento.

Giré la HK y entré en la puerta que conducía inmediatamente a unas escaleras. Bajando esas escaleras estaba el primer gran problema, un motorista con tatuajes de ZK y una pistola. No tenía tiempo para esto. A pesar de lo que le había dicho a Uniceja, le disparé en la pierna y su impulso lo lanzó al patio. Le arrebaté su pistola, *otra* Glock, y volví a entrar en la puerta con ambas armas apuntando hacia las escaleras.

—¡Tullah! —le grité a mi auricular, esperando que todavía estuviera escuchando el teléfono, o que pudiera oírme a través de la

puerta—. Sal ahora, tan rápido como puedas.

Los dos moteros restantes que habían estado intentando romper la puerta interior bajaron sin necesidad de que se lo dijeran, con las manos levantadas.

El brazalete había estado hormigueando desde que llegué, casi inconscientemente. Ahora era intenso. Uno de los tipos que se había refugiado detrás de una camioneta se levantó y me disparó. El entrenamiento se impuso y utilicé la HK. Golpe, golpe. Golpe. Vi cómo se sacudía dos veces y entonces su cabeza se echó hacia atrás y cayó. Le di un codazo en la cara al tipo que acababa de salir por la puerta y que pensaba que podía aprovechar la distracción. Su amigo lo arrastró hasta la entrada mientras yo conseguía que mi dedo no volviera a apretar el gatillo.

Tullah salió tambaleándose detrás de mí, llevando el cuerpo inconsciente de Mykayla al coche. Al ver su figura ensangrentada, la ira regresó. Si los motoristas hubieran tardado más en salir del patio, quizá me hubiera replanteado la decisión de no matar a nadie a menos que fuera necesario, y malditas sean mis reglas.

Mientras Tullah se subía, yo volvía al coche, agujereando la rueda trasera de cada moto con la Glock. Tenía el cargador de solo diez balas, lo que dejó dos motos, una de las cuales tenía un agujero en el depósito. Había utilizado tres balas con el tipo que me había disparado, me quedaban 9 en la HK y quería conservarlas. Si querían perseguirme en un par de motos, allá ellos.

Creí que teníamos unos minutos antes de que intentaran hacer un puente con las camionetas y vinieran a por nosotras, pero cualquiera de ellos podría haber llamado a sus amigos ahora mismo.

—¡Al suelo! —dije mientras me subía al coche. Hice girar las ruedas mientras bajábamos dando tumbos por el lado del edificio y nos alejábamos.

—¿Estás bien? —pregunté mientras dejábamos la carretera secundaria y nos incorporábamos al tráfico.

—Estoy bien. Pero estoy preocupada por Mykayla, sigue inconsciente. Lo siento mucho, Amber, metí la pata —dijo, tratando de no llorar.

—¿Lamentas que Mykayla esté viva porque tú tomaste la iniciativa? No lo sientas. Incluso ignorando lo que pretendían hacer, no la habrían dejado vivir, Tullah. Olvídate de lamentarlo.

Mi pulso comenzó a disminuir y traté de pensar en lo mejor que podía hacer. Llamé a Bian. No sabríamos exactamente lo que había ocurrido para precipitar esto hasta que Mykayla pudiera responder a las preguntas, pero Bian fue la que hizo que esto empezara al elegirla para camuflarse mientras me vigilaban.

—Dos veces en un día, Ojos Redondos. La gente va a empezar a hablar.

—No hay tiempo para eso, Bian. Tengo a Mykayla en mi coche. Está malherida.

Las bromas desparecieron como si se hubiera accionado un interruptor.

—¿Dónde estás?

—Dirigiéndome al norte por la Interestatal 25, pasando por el Parque de los Veteranos. —Sabía dónde estaba la Casa Altau, pero quería guardarme ese as en la manga. Además, cuanto más rápido me encontraran, más rápido alguien podría ver a Mykayla, así que reunirse a mitad de camino era mejor.

Bian habló urgentemente con otra persona en un idioma que no pude reconocer y luego volvió a ponerse al teléfono.

—Estaremos esperando en el aparcamiento del campo de golf Lakeside en la I-70.

—¿Tendrás un médico?

Podía escuchar movimientos en el fondo, puertas cerrándose.

—Alguien con habilidades curativas, sí. —Hubo una pausa mientras alguien más hablaba—. Estoy en camino. Amber, gracias —dijo, y la línea se cortó.

—Amber —dijo Tullah en voz baja—, no puedo conocerlos.

—¿Cómo diablos sabes con quién estoy hablando?

—El altavoz de tu móvil estaba encendido. Me siento muy mal. No puedo decir nada… Ma tendrá que explicarte.

—¿Conoces a Bian?

—No. Pero reconozco el lenguaje de fondo.

—Mierda. Esta va a ser una conversación interesante mañana. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

—Toma la siguiente salida y déjame en la Avenida Ohio. Me dirigiré al centro comercial y haré que Ma venga, o tomaré un taxi.

Tomé el desvío. En realidad, tenía mucho sentido. Tullah estaría mucho más segura en un centro comercial o en un taxi que conduciendo conmigo en este coche.

—De acuerdo. Pon a Mykayla tan cómoda como puedas y sal rápido cuando gire.

En un par de minutos, estaba de vuelta en la interestatal, sin nadie con quien hablar más que conmigo misma y sin nada que escuchar más que mis pensamientos y el preocupante ruido del motor.

El olor a sangre de Mykayla me inquietaba, y conduje rápidamente.

Tullah había dicho *si todo estaba bien* esta mañana, es decir, después de que yo hablara con Mary mañana. Lo había descartado como un asunto menor y ahora, eso me parecía precipitado. Si Mary y Tullah conocían el idioma que Bian utilizaba, que apostaba que era Athanate, ¿qué sabían de ellos? ¿Y de mí?

Y mientras tanto, ¿en qué demonios se había metido Mykayla, y era realmente culpa de Bian?

Capítulo 33

Conduje mi pobre y maltrecho coche a través de las puertas del campo de golf de Lakeside. Estaba oscureciendo, y las pequeñas islas de parterres dispersas por el aparcamiento tenían cada una su luz central encendida, recargada por energía solar. Había una veintena de coches aparcados, cuyos propietarios se entretenían en el hoyo 19 o disfrutaban del restaurante del club. Junto al camino que lleva a la casa club, brillaban los altos focos, pero en la zona principal de aparcamiento, el lugar era sombrío, casi siniestro.

Al mirar hacia mi izquierda, vi una figura alta que me saludaba y reconocí a Diana. Detrás de ella, un par de coches y una furgoneta se agrupaban y pude distinguir a las personas sentadas en ellos. La inconfundible forma de Bian salió de la oscuridad y se unió a Diana. ¿Tenía que ser una chica tan exagerada? Entonces me di cuenta de que quizá lo había hecho para que estuviera segura de que eran ellos.

Me relajé un poco cuando paré junto a ellos y me bajé.

Bian ya estaba en la parte trasera de mi coche, inclinada sobre la cabeza de Mykayla. Parecía que la estaba besando.

—¿Qué...? —Me giré, pero la mano de Diana me detuvo.

—Bian es una sanadora. Es lo mejor que podría ser ahora mismo para Mykayla. Este es el camino de Athanate, Amber.

—No va a morderla. —Luché, pero el agarre de Diana era extraordinario. Habría tenido que arrancarme el brazo para escapar.

—No la está mordiendo —dijo Diana. Media docena de hombres habían salido de la furgoneta y los coches. Sin parecer que nos rodeaban, formaban un cordón entre nosotras y cualquier otro observador en la oscuridad. A los ojos del público, parecían un grupo de amigos.

—Amber, mírame.

Mi corazón martilleaba en mi pecho. Mierda, mierda. ¿En qué me había metido ahora? Mis ojos parecieron moverse por sí solos y estaban mirando a los de Diana. La cabeza me daba vueltas.

—Te he dado mi palabra, Amber —dijo—. No intento controlarte, pero es importante que me creas.

Me tranquilicé. Me dije a mí misma que ella no iba a morderme. Bian no iba a morder a Mykayla. Calma. Calma. Concentración. El aroma cobrizo de Diana era extrañamente relajante. Sus ojos eran magníficos.

—Mejor —dijo ella—. Ahora, cuando mordemos, que no lo haremos esta noche, la saliva Athanate contiene productos químicos. Algunos de ellos los llamamos aniatrópicos. Hacen que el cuerpo se cure rápidamente. Eso es lo que Bian le está dando a Mykayla, pero con un beso.

Con mi cabeza nadando como estaba, una risita amenazó con escaparse.

—¿Así que el beso del vampiro podría ser bueno? —dije. David había dicho algo sobre esto.

Diana sonrió y dejó que me saliera con la mía llamando a Bian vampiro.

—Podría serlo. O no.

—¿Por qué Bian es tan buena para Mykayla? —dije. Tendría que averiguar la parte de «*o no*» más tarde.

—Porque Bian cree que ella tiene la culpa de lo ocurrido y le debe protección a Mykayla. La responsabilidad es una fuerza muy fuerte para ella y esa motivación la está ayudando a crear los aniatrópicos más fuertes.

Solté un suspiro y me relajé. La creí, no sé si era porque me estaba jugando la cabeza o porque simplemente me resultaba fácil creerla. Diana me soltó y me froté el brazo. Acababa de deshacerme del último agarre y la verdad es que no necesitaba nuevos moratones en el baile.

—También estamos en deuda contigo, Amber.

—Bueno, si te ofreces —bromeé—, un coche nuevo sería útil, al menos durante un tiempo. Los moteros han visto mi coche y ya tendrán mi matrícula. Y creo que le he hecho un hueco a la caja de cambios.

Diana hizo una señal al Athanate que la rodeaba y, cogiéndome del brazo de nuevo, me acompañó suavemente a un lado.

—Cuéntame lo que pasó —dijo.

Lo expliqué todo, desde el motivo por el que sentía que tenía que vigilar a Mykayla, hasta asustar a los miembros de la banda y escapar. Dejé claro que había dejado a Tullah para que su madre la recogiera y di a entender que lo había hecho por razones de seguridad de Diana. Completé un poco los antecedentes de ZK: la conexión con las drogas y su interés por encontrar una fachada legítima para su organización criminal en expansión. No mencioné al Grupo Kingslund. Le hablé de la muerte de Guy Windler y mencioné la similitud en el olor del vampiro que lo hizo con el de los renegados del año pasado.

La nariz de Diana se ensanchó y ella se estremeció.

—Ya empieza. Pronto será muy peligroso que estés sola, Amber. Guarda el número de móvil que te hemos dado y úsalo en cualquier momento. O simplemente acepta vivir con nosotros. —Miró al cielo nocturno con la cabeza inclinada como si estuviera escuchando algo más, y luego dejó salir su aliento—. Tenemos que volver a la Casa. ¿Hay algo más que pueda ofrecerte en agradecimiento?

¿Otra cosa?

—Sí, quiero ver a Mykayla, sin ser mordida, tan pronto como esté bien. Y quiero estar convencida de que entiende exactamente en qué se está metiendo antes de que pase nada.

—Lo harás —dijo Diana simplemente, mientras llevaban a Mykayla a la furgoneta. Uno de los hombres se acercó y me ofreció algo.

Extendí la mano y una llave cayó en ella.

—Es tuyo —dijo Diana, señalando uno de los coches—. Mañana traeré los papeles. Han trasladado tus cosas al otro lado. Dale a Bian tus llaves, por favor.

Estupefacta, le tendí la llave de mi viejo y destartalado coche.

—Pero será peligroso —dije—. ZK saldrá a buscarla y os tenderán una emboscada.

—Espero que lo hagan —dijo Bian, cogiendo la llave de mí. La miré y me estremecí. Todos los signos de la provocativa chica gótica habían desaparecido y habían sido sustituidos por algo totalmente salvaje y aterrador. Podría ser que su elección del tatuaje estuviera justificada.

—Solo ves a casa de Mykayla para aclarar eso y luego vuelve, Bian —dijo Diana. La cabeza de Bian bajó rígidamente en señal de reconocimiento.

Me metí en mi coche —mi ex coche— y recuperé el paquetito con la identificación falsa de la señora Welchester escondido detrás del salpicadero. No había nada que pudiera hacer con el sistema GPS, pero al menos no tenía el disco de grabación dentro.

—Te veremos mañana, Amber —dijo Diana.

—No en la oficina —dije—. Voy a cerrarla por un tiempo.

Diana asintió.

—Probablemente sea lo mejor. Encuéntranos aquí, entonces, en la sala de conferencias del club.

Puse cara de sorpresa y ella sonrió.

—Soy la dueña del club. —Se alejaron en la noche, dejándome con un Audi nuevo.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Jugar con el coche mantuvo mi mente ocupada hasta que volví a casa de Jen. Tuve que salir y mostrarme para convencer a los guardias de Víctor de que me dejaran entrar, lo cual aprobé, y se lo dije.

Apagué el motor y llamé a Tullah. Estaba bien y le dije que Mykayla estaba en buenas manos. Le dije que no fuera a la oficina por el momento y acordamos reunirnos con su madre por la tarde en el Café Vienne, donde había hablado con Geoff hoy mismo.

Llamé a David y le dejé un breve mensaje en el buzón de voz. Tal vez tendría que abofetearlo un poco en nuestra próxima sesión de sparring para enseñarle que cuando dije que dejara el teléfono encendido, lo decía en serio.

Jen salió a pasear.

—¿Pretendes dormir en tu nuevo coche, querida, o te apetece una copa?

Le di un beso en la mejilla y la seguí hacia dentro.

—Siento tratar esto como un hotel, Jen, pero la cena sería muy bienvenida.

—La pondré en marcha. —Me señaló la sala de estar—. Trasero en la silla, pies en el taburete, ron en el vaso, volveré para ponerme al día en un momento.

En menos de diez minutos, Carmen me había preparado una tortilla con unas deliciosas tapitas de acompañamiento —nueces, setas al ajillo y pequeñas patatas saladas—. Entre eso y el ron, sentí que el mundo se ralentizaba por fin a un ritmo más razonable.

Jen se sentó con las piernas recogidas debajo de ella y me observó comer, sonriendo.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—Estoy disfrutando de ver cómo te lanzas a todo, incluso a comer la cena —dijo—. Tengo algunas noticias —continuó despreocupadamente—, pero esperarán hasta que escuche las tuyas.

—Eso es diabólico, Jen. —Puse mi plato vacío sobre la mesa y me desplomé en la silla—. Bien. Esta tarde me he reunido con Geoff Hansen, antiguo empleado de tu departamento de finanzas.

—Apuesto a que fue emocionante —dijo Jen, y yo sonreí.

—No podía escaparme.

Me senté y le expliqué mis conclusiones. La descripción que hizo Geoff de los procesos financieros confirmó mi sospecha de que había un problema, y que era interno del Grupo Kingslund. Geoff confirmó algunas de las cuestiones que David había planteado al ver las cuentas.

Una empresa como la de Jen, que estaba comprando un rival, debería haber trasladado las inversiones de largo plazo a corto plazo. El dinero necesitaba ser accesible rápidamente y sin penalización, más que obtener un buen rendimiento al estar inmovilizado durante un largo periodo. Lo que ocurría era lo contrario: el dinero se trasladaba a inversiones a largo plazo. Nada de esto se reflejaba en los balances porque ya no se desglosaban los tipos de inversión. La conclusión era que no estaba en una buena posición para comprar Tucker Beacon. Y con el clima actual, los bancos evaluarían Tucker Beacon como un riesgo demasiado grande para involucrarse.

La segunda anomalía era que la documentación sobre las inversiones que me habían proporcionado era falsa. El rendimiento

de una inversión concreta era difícil de extraer y la cantidad total parecía buena, pero había conseguido encontrar referencias a una inversión concreta que estaba rindiendo una quinta parte de lo que debería. Si todas las inversiones recientes estaban haciendo lo mismo, la posición total estaba siendo oscurecida por el número de nuevas inversiones que se estaban añadiendo.

Este juego de manos era tan estable como un esquema Ponzi. En algún momento, el dinero disponible de las nuevas inversiones no sería suficiente para enmascarar el hecho de que las inversiones anteriores no estaban devolviendo las cantidades adecuadas. Esta era una táctica a corto plazo para hacer tambalear la empresa. Quienquiera que estuviera haciendo esto sería descubierto en la próxima auditoría general. Por lo tanto, era lógico que cualquier plan que hubiera se activara a más tardar a finales de año, probablemente mucho antes.

Tenía la sensación de que Geoff había estado a punto de descubrirlo cuando había sido enfrentado por lo que creía que era política de oficina. Mi preocupación por Jen era que la persona con la que había tenido el enfrentamiento era el director financiero y segundo al mando de Jen, Bernard Verdoon.

Los ojos de Jen estaban cerrados mientras lo comentaba.

—No puedo creerlo —dijo—. Bernard ha estado conmigo durante diez años. Tiene los derechos de firma de la empresa, por el amor de Dios. —Su mano se golpeó en el muslo.

—Es el único con suficiente autoridad para dirigir esto.

—Voy a colgar a ese bastardo si es él. He confiado totalmente en él. —Ella cogió su teléfono y yo levanté la mano—. ¿Qué? —dijo enfadada, mirándome.

—Dos cosas, Jen. No puedo estar absolutamente segura de que sea él, y creo que el mejor curso de acción es encontrar respuestas. Quién, cómo y por qué puede decirnos mucho, mientras que despedirlo puede que no. Necesitamos saber qué está pasando para detenerlo o al menos preparar una defensa adecuada.

Colgó el teléfono.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Ten una reunión con él sobre otro tema. Matt y yo miraremos su ordenador y los archivos de su escritorio mientras está ocupado. También debes establecer un acuerdo con tus bancos para que cualquier transferencia grande tenga que pasar por ti, de forma secreta. No podremos mantenerlo oculto durante más de una semana o así, pero debería ser suficiente.

Jen lo pensó bien y luego asintió. Se calmó.

—Hasta aquí las finanzas —dije—. A continuación, no he olvidado el problema de tu terreno. Si está relacionado con todo lo demás, se arregla con todo lo demás. Si no, me ocuparé de ello en la próxima semana, o te explicaré por qué no puedo.

Jen me miró fijamente con una ligera sonrisa.

—*Es raro*, entonces. Está bien. —Hizo un gesto de desprecio.

Nos rellené los vasos y llevé mi plato de vuelta a la cocina para dar las gracias a Carmen y dar a Jen un poco de tiempo para pensar en todo. No tenía nada que informar sobre Troy, pero Víctor le enviaba los correos directamente ahora.

Estaba sentada en la misma posición cuando volví, pero estaba claro que había dejado de lado mis noticias para ocuparse de ellas por la mañana. Me gustaría poder hacer ese tipo de cosas.

—Entonces —dije—, ¿cuál es tu noticia de la que te burlaste?

Jen sonrió perezosamente.

—¿Supongo que sabes de qué imbécil hablo cuando digo teniente Krantz?

Capítulo 34

—Maldita sea, Amber, lo siento. —Jen me rodeó con sus brazos, tratando de impedir físicamente que descargara mi ira sobre los muebles—. No me di cuenta de que te afectaba tanto. Nunca habría bromeado sobre ello si hubiera pensado que reaccionarías así.

Sentí que la rabia desaparecía lentamente y dejé que Jen me condujera de nuevo al sofá y me sentara. La cabeza de Carmen asomó por la puerta para ver qué era el ruido y Jen la apartó con un gesto. La vergüenza se impuso a la ira cuando Jen recogió la mesa que yo había pateado.

—Lo siento —dije—. Eso fue infantil, muy exagerado.

Jen se deslizó a mi lado y tomó mi mano entre las suyas.

—Cuéntame —ordenó.

Suspiré. No decírselo a la gente era como empujar el agua cuesta arriba. Si iba a acabar desapareciendo en la comunidad Athanate en un par de meses, quizá ya no importaba. Pensar eso me deprimía. Todavía no estaba tan lejos y no iba a abandonar la lucha.

Decidí pasar de puntillas por el acuerdo que había firmado con el ejército.

—Krantz cree que está tras un gran fraude con el dinero de los veteranos. No lo sé. Si es así, mejor para él. —Volví a suspirar y me pasé la mano libre por la cara en señal de frustración—. Debido a lo que hice en el ejército, mis registros no están disponibles para él. Cree que estoy cobrando una indemnización de veterano por invalidez sin haber estado nunca en el ejército. De eso me acusó y apeló a mi sentido del patriotismo. Como si tuviera alguna idea de lo que es eso.

—¿Para qué te pagan? —La mente empresarial de Jen fue al grano.

—Piensa en ello como un anticipo. Maldita decisión estúpida la de ocultarlo así, pero no es mi decisión. De todos modos, no me importa. No quiero el dinero. No es nada. Es Krantz diciéndome...

—Vale. Vale. Entiendo esa parte, querida. Me dijo que «oficialmente» que te habían exculpado, pero que solo estaba

atando cabos. Tratando de decirme que en realidad eras culpable, pero que no se le permitía probarlo.

Esta vez conseguí permanecer sentada.

—¿Qué le dijiste?

—Diablos, lo eché, por supuesto. Creo que le dije algo parecido a que eras tan patriota que tenías la bandera cosida en tus bragas, y que nunca, nunca te involucrarías en algo así. En cuanto a mi contrato contigo, no era de su incumbencia. Puede que haya usado algunas palabras malsonantes, y puede que haya gritado un poco.

—Gracias, Jen. —Miré a mi regazo.

—Te estás sonrojando. —Se rio—. ¿De verdad tienes una bandera cosida en tus bragas?

Eso empeoró el rubor, por supuesto, pero era más o menos cierto, tenía un par con una bandera impresa bajo las palabras «Propiedad del Ejército de los Estados Unidos». Un regalo de broma de mi equipo de hace unos cuatro años, lo que ahora consideraba como una eternidad. Es hora de cambiar de tema.

—Matt vino esta mañana. Gracias por prestármelo. Es un chico muy guapo. Creo que Tullah lo habrá notado.

Jen sonrió, pero me dejó cambiar de tema.

—¿Hizo un buen trabajo?

—Muy bueno. Nos ha ahorrado una enorme cantidad de tiempo. De un vistazo, parece que habrá suficientes pistas para que la policía se involucre en el cierre de ZK.

—Será una buena noticia. —Jen dedicó una mano a coger su brandy y bebió un sorbo.

—¿Sabes por qué Matt podría estar... bueno, asustado de mí? —le pregunté.

Jen dejó su vaso y volvió a cogerme la mano con las suyas. Estaba bien, de verdad, no iba a levantarme y romper sus muebles de nuevo, pero no me importaba.

—Sí —dijo, y una punzada de inquietud me recorrió ante su expresión.

—Amber —comenzó finalmente—, estoy en una posición muy vulnerable. En todos los sentidos. —Sus manos apretaron las mías y recordé haberle hecho exactamente eso a David en la cafetería. Me

armé de valor. Dijera lo que dijera, iba a afrontarlo con la misma calma que David y a encontrar lo bueno en ello.

—Hice que Matt comprobara todos tus antecedentes.

Dejó que lo asimilara. No era tan malo. Si yo estuviera en su lugar, ¿no habría hecho lo mismo? Puse mi mano libre sobre las otras y apreté de regreso.

—Gracias —dijo ella—, por tomártelo tan bien.

—Gracias por decírmelo —respondí—. ¿Encontraste algo?

Sonrió torcidamente.

—Como sabes muy bien, hay una inquietante ausencia de información sobre ti. Matt dice que el único perfil que se le ocurre que encaja es el de un asesino ninja secreto. Por eso se muestra nervioso.

Me reí.

—Demasiado Hollywood. —Jen sonrió de acuerdo.

—Puedo unir los puntos —dijo—. Y me gusta la imagen que muestra. No hay manera, por ejemplo, de que tu amigo Werner crea que solo estabas «en la zona» cuando su hija fue rescatada el año pasado, y yo tampoco.

La sensación que tuve al abrazar a Emily aquella mañana volvió a inundarme y me iluminó por dentro. Sonreí.

—Werner dice que has hecho algunos pedidos para ti y tus amigas.

—¡Claro que sí! Estoy harta de que la gente se queje de que no hay diversidad y luego compre en las tiendas nacionales porquerías caras que no tienen ninguna individualidad. No quiero vivir en un páramo cultural. Apoya a los artistas y artesanos locales si quieres que tu lugar tenga una identidad propia. Nunca volveré a comprar un par de botas en una tienda.

—Mensaje recibido y entendido, señora —dije. Me habría pegado, pero yo le estaba sujetando las manos.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Floté por encima de las colchonetas de ejercicios en la oscuridad del gimnasio del sótano de Jen, una sombra entre las sombras mientras

realizaba los ejercicios más extenuantes del maestro Liu y revisaba los rompecabezas del día.

Le había dicho a Tullah que Mykayla estaba en buenas manos y me lo creí, pero me habría alegrado más si no me hubiese estado dando vueltas en la cabeza. Descubrí que no podía recordar una sola cara del grupo de Athanate en el campo de golf, aparte de Diana y Bian. Tampoco podía recordar la cara del hombre que las acompañaba cuando me secuestraron. Al parecer, las preocupaciones de seguridad de los Athanate eran profundas y sus poderes eran aún más espeluznantes de lo que había imaginado. ¿Qué otra cosa podrían haber hecho mientras desdibujaban mis recuerdos?

Podía recordar las caras de los cuatro con los que había luchado en LoDo, con bastante claridad. ¿Por qué era diferente?

Giré y luché contra las sombras hasta que el aire acarició mi piel como seda caliente y, sin embargo, mis latidos nunca superaron los 120. Cada día que pasaba era más rápida, más veloz, más Athanate. Una mitad de mí se desesperaba mientras la otra se glorificaba de los beneficios físicos.

Terminé los ejercicios y me dirigí a la ducha, una sombra atravesando la silenciosa casa.

Había recibido un mensaje en mi móvil confirmando una reunión con el coronel y el capitán Morales en el cuartel general de la policía a las 9:30 de la mañana del miércoles.

A Krantz tuve que sacarlo de mi mente. Evidentemente, el coronel lo había cogido por su correa y se limitaba a ladrar mientras lo arrastraba. No podría hacerme más daño.

Diana tenía mi coche con mi sistema de GPS ligeramente inusual: ¿iba a ser un problema si descubría que yo sabía dónde estaba la Casa Altau?

¿Cuál era el precio real del coche que me había dado? Me parecía un pago excesivo por una tarde de trabajo. ¿Había hecho bien en involucrar a Altau?

Jen me había sugerido que trasladara temporalmente mi despacho a un estudio que no se utilizaba en su casa. Ella se refería constantemente a la suite de invitados como mi habitación.

No hay nada que no tenga un coste. Estaba acumulando un montón de deudas cuyo tamaño no podía estimar de forma fiable. Los bancos lo intentaron con las hipotecas de alto riesgo y mirad a dónde los llevó.

Capítulo 35

MARTES

Hice que un par de miembros del equipo de Víctor pasaran por mi oficina muy temprano cuando iban a relevar a los guardias en Manassah. Me reuní con ellos allí y los cargué con el equipo de oficina y el correo para llevárselo a Tullah.

Morales me llamó mientras se alejaban.

—Buenos días, Farrell. ¿Te has levantado temprano después de una noche ajetreada, o aún no te has acostado?

Esto estaba totalmente fuera de lugar; ese tipo de sarcasmo era mi línea.

—Vaya, capitán, una chica pensaría que algo pasó mientras dormía dulcemente en la suite de invitados de la Sra. Kingslund, protegida por los vigilantes del Sr. Gayle.

Gruñó algo en español que no pude captar, mientras me metía de nuevo en mi nuevo coche. Al ser un coche nuevo, había hecho conexiones inteligentes con mi móvil, y podía hablar mientras conducía sin tener un estúpido casco en la oreja.

—¿Qué pasa, Morales? —le pregunté.

—El número de miembros de ZK está cayendo. Otros cinco anoche en un accidente de coche que no lo era. Una pelea ayer, cerca del desvío de Yale de la I-25, donde un montón de motos ZK quedaron destrozadas y un par de personas fueron disparadas, según sabemos.

—Son chicos ocupados —dije—. Mira, puede que tenga algo para ti en nuestra reunión de mañana. Algo de información sobre lo que está pasando, y algunos rastreos de teléfonos y mensajes de los móviles de ZK.

—¿Recuerdas *algo* sobre el procedimiento policial correcto en tu breve tiempo con nosotros, Farrell?

Sonreí.

—Apenas. Sé que no se puede utilizar este tipo de material en los tribunales, y lo siento mucho. Pero te dará pistas. Tengo la

sensación de que las filas del ZK son amateurs. Cualquiera que traigas tendrá un expediente, y apuesto a que habrá vínculos con condenas y crímenes sin resolver. La gente que está detrás es una historia completamente diferente, y eso es más preocupante.

Gruñó.

—Os veré a ti y al coronel en el centro mañana por la mañana entonces. Cuídate.

—Gracias, capitán, tú también. —Casi empezaba a creer que sí le importaba.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Los parterres hacían que Lakeside pareciera un lugar mucho más bonito de día. Escogí un lugar bajo un abedul de corteza pálida que me daba buena sombra para el coche.

Entré en la sede del club y el personal de recepción me guio hasta la sala de conferencias, un espacio largo y luminoso con una reluciente mesa de caoba y cómodas sillas de ejecutivo.

—¡Mykayla! —dije. No me había acercado lo suficiente para examinarla ayer, pero lo último que esperaba era verla aquí.

Se levantó y sonrió. Estaba pálida y se movía con cuidado, pero no tenía cicatrices ni moratones. Caminó y me ofreció la mano torpemente.

—Tengo mucho que agradecerte, Amber. A ti y a Tullah.

Ignoré la mano y le di un suave abrazo.

—No es nada. Me alegro mucho de que te hayas recuperado.

—Genial, ¿eh? Eso es lo que Bian hizo por mí. —Se giró y miró con adoración a Bian por encima del hombro.

¡Oh, Dios! Esperaba que Bian la tratara con delicadeza.

Diana se acercó a la cabecera de la mesa para saludarme. Llevaba pantalones y camisa negros y una chaqueta gris pálido. Llevaba el pelo recogido y las pulseras y anillos de oro completaban una discreta elegancia.

Nos abrazamos. Me besó, no en la mejilla, sino en el cuello.

—Al estilo Athanate —dijo con una sonrisa. Un pequeño escalofrío me recorrió.

Bian la siguió y me dio un apretón extra.

—Gracias de nuevo, Ojos Redondos —susurró. Hoy iba sobriamente vestida, con un traje de negocios azul oscuro. Me alegré de que Mykayla, al menos, llevara vaqueros como yo.

Nos sentamos a la mesa.

—Habrá café en unos minutos —dijo Diana y me señaló—. Creo que quieres empezar, Amber.

—Me gustaría saber primero qué pasó hasta ayer, si puedes hablar de ello, Mykayla.

Ella asintió, quedándose muy quieta y mirando a la mesa.

—No hay mucho que decir. Os he visto a ti y a Bian en las raves. —Miró de reojo a Bian y sonrió—. Nunca tuve la oportunidad de conoceros antes. Siempre parecíais estar de paso o buscando a alguien. Entonces, el viernes pasado, las dos estabais allí y supongo que me lancé sobre Bian. Estaba muy excitada. No recuerdo mucho de ello. —Se rio—. Entonces Bian tuvo que irse. Volví a casa y, no sé, Bian dijo que vendría a buscarme cuando estuviera lista, pero yo no podía esperar. ¿Cómo podía ponerme en contacto? Bueno, sabía que era un vampiro, es decir, Athanate.

—Pero, ¿cómo, Mykayla? —pregunté. No me molesté en corregir su impresión de mí. Tenía razón a medias.

—No sé. La forma en que te mueves, como si nada se desperdiciara. Es tan genial. Y de cerca. —Miró hacia abajo, frunciendo el ceño—. Una vez bailé contigo, o bueno, a tu lado al menos. Hay una sensación. Y hay un olor a cobre y esas cosas. Sé que suena un poco raro, pero las dos lo tenéis. —Se giró y miró a Diana—. Todos lo tenéis.

Me impactó un poco escuchar que ella podía sentir a los Athanate de la misma manera que yo. Maldita sea. ¿Fue eso lo que hizo que Nokes me descubriera en la vigilancia de Crate & Freight? ¿Pudo olerme?

—Vale, así que querías volver con Bian. ¿Qué hiciste?

—Bueno, se hablaba por ahí. Los moteros que dirigen esas raves. Escuché que estaban con los vampiros. Empecé a preguntar por ahí.

Tomó un sorbo de agua, visiblemente fortalecida.

—Lo siguiente que supe es que estaban en mi casa. Querían saber lo que yo sabía. No me creyeron cuando les dije que nada. No les di vuestros nombres. Empezaron a golpearme. Y dijeron que traerían a todo un grupo... —Bajó la cabeza y se quedó sin palabras.

—De acuerdo, Mykayla —dije. Bian le apretó la mano—. Creo que es suficiente. Has sido increíblemente valiente. —Eso sonó condescendiente, pero realmente lo creía.

Le di un minuto para recuperarse.

—Lo que estaría bien —dije, volviéndome hacia Diana— es una descripción de lo que significaría para Mykayla convertirse en Athanate. Entiendo que normalmente te guardes algo de esto, pero creo que ella es un caso especial. Quiero que escuche todos los pros y los contras antes de que se decida. —Sentí que estaba presionando un poco, pero Mykayla necesitaba esto y yo quería saberlo por mí misma.

—Muy bien —dijo Diana—. Todo lo que podamos. —Se levantó y empezó a pasearse, arrastrando sus lustrosas uñas rojas por la brillante superficie de la mesa. Bian se puso de pie y se apoyó en la ventana, con los brazos cruzados y los tobillos cruzados.

—Vampiros, dijiste, Mykayla. —Diana inclinó la cabeza y guardó silencio durante un par de pasos—. Y tú, Amber, tras tu preocupación, temes lo que puedes llegar a ser, lo que puedes perder.

Levantó la vista y respiró profundamente.

—El alma, según entiendo, es la parte espiritual de la persona que es inmortal. No conozco ninguna razón por la que prolongar la vida del cuerpo físico deba diluir el alma. En cuanto a la función del alma, esta no se ve directamente afectada por la transformación en Athanate. —Se encogió de hombros—. No puedo medir el alma, pero estoy segura de que soy espiritualmente la misma persona que era antes de convertirme en Athanate. Necesito y quiero cosas diferentes, pero ninguna que indigne a mi antiguo ser.

—Y los vampiros —se dirigió a Mykayla—. Los vampiros son las ilusiones parpadeantes de Hollywood y las sombras del mito. No existen. Nosotros sí. Somos los Athanate, los inmortales. Los compañeros secretos y eternos de la humanidad en esta tierra.

—¿Qué son esas ilusiones? ¿Las que temes? —Hizo una pausa—. Monstruos que han desechado sus almas; el mal encarnado. Asesinos sin conciencia ni remordimientos. —Diana se apoyó en la mesa y miró fijamente a Mykayla, que me impresionó al mantener la mirada fija—. No voy a mentir. Hay Athanate que son monstruos.

Solo con estar allí, Diana me asustaba, y he estado rodeada de mucha gente que da miedo.

—¿Pero de dónde vienen estos monstruos? —Diana giró sobre sus talones y cogió un periódico de una mesa auxiliar, dejándolo frente a mí y abriéndolo por la última historia de asesinato horrible—. De la gente. De gente como tú. Te preguntaré esto: ¿es más fácil crear un nuevo monstruo en un cuerpo humano, o liberar uno que ya está ahí?

Caminó lentamente por la mesa, con las uñas silbando en silencio sobre la superficie brillante.

—La verdad es —me dijo por encima del hombro—, que el monstruo está dentro de ti. Siempre lo ha estado. Los poderes de Athanate no hacen más que tentarle a salir de su guarida dentro de tu cabeza. Lo que ocurra después depende de ti. Como siempre ha sido.

—Somos humanos, en realidad —dijo Bian, volviendo de la ventana para colocarse detrás de Mykayla—. Ni mejores ni peores, sino diferentes, y esa diferencia siempre ha sido un peligro para los Athanate, así que nos escondemos. No somos un pueblo numeroso.

¿Cómo de numerosos? Mi interés se despertó, pero no quise interrumpir.

Bian deslizó una mano hacia el hombro de Mykayla.

—Vivimos más tiempo y no envejecemos. Nuestra salud es mejor. Nos hacemos más fuertes y más rápidos. Tenemos mejor control físico. Desarrollamos la telergía (habilidades mentales) y algunas habilidades que vosotros llamaríais mágicas. —Su mano acarició el cuello de Mykayla y esta se volvió para besar su muñeca—. Para que todo esto ocurra, necesitamos sangre humana pura. Específicamente humana y no de Athanate. Sin ella, morimos.

Diana se apoyó en la mesa y abrió la boca, mostrando sus colmillos: hermosos y brillantes cuchillos de marfil. Mykayla se

estremeció. Al cabo de un momento, los colmillos de Diana se retiraron y volvieron a ser caninos normales.

—Los colmillos se manifiestan para morder —dijo—. Desvían la sangre hacia unas glándulas y órganos especiales en la garganta que toman los nutrientes de la sangre y crean feromonas y otros agentes biológicos.

Se levantó.

—Las dos tenéis que ser conscientes de lo cómo se ve cuando un Athanate quiere o necesita sangre. —Diana señaló a Bian, y Mykayla y yo nos giramos. Bian se alejó un poco de nosotras, repentinamente sensual y depredadora en sus movimientos.

—Su cuerpo está siendo inundado con la hormona Athanate elethesine. El flujo sanguíneo cambia, alimentando los músculos principales, haciendo que la cara palidezca, los movimientos finos sean más controlados.

Bian se giró con suavidad. Aunque no era una persona inquieta, había una inquietante quietud que se combinaba con la precisión aceitada de su movimiento. Sus ojos se habían vuelto oscuros y brillantes.

—Sus pupilas se agrandan, sus ojos dejan de parpadear y sus glándulas lagrimales se compensan —dijo Diana.

—Mis vías respiratorias se expanden, mi ritmo cardíaco y mi respiración aumentan —susurró Bian, con una voz tan suave y seductora como sus movimientos—. Mis sentidos se agudizan. Mis colmillos se manifiestan. —Sus ojos se fijaron en Mykayla y su pecho se agitó—. Tengo sed.

Diana dio la vuelta y se puso delante de Bian. Tras un largo momento, Bian parpadeó y se volvió hacia la ventana.

—Los Athanate más jóvenes no tendrían ese control —dijo Diana, volviendo—. Tened mucho cuidado con los Athanate que presenten esos síntomas.

Miré a Mykayla. Una cosa es querer ser un vampiro porque Hollywood dice que es guay, o porque estás enamorado de uno, y otra muy distinta es empezar a pensar en cómo hacen realmente lo que hacen.

—Lo entiendo —dijo ella. Estaba pálida, pero firme.

Bian se acercó y se apoyó en el respaldo de la silla de Mykayla, con un aspecto no exactamente normal, pero al menos más parecido al habitual.

—No podemos tener hijos —dijo, con su voz aún baja y dulce—. Algo en lo que nos hace ser Athanate lo impide. Pero podemos hacer nuevos Athanate. Eso es lo que haríamos por ti. Lo consideramos como la realización de tu potencial. Nuestro nombre para el proceso es *crusis*. Pero, es peligroso.

—Alguien elegido al azar y sometido al *crusis* moriría casi seguro —dijo Diana, mirándome fijamente—. Cuando eso no sucede, es interesante en sí mismo.

—En la Casa Altau —continuó—, somos cuidadosos. No perdemos más de uno de cada cien en el *crusis*. Para conseguirlo, nuestro primer paso es la selección. Empezamos con la gente que tiene más probabilidades de sobrevivir. Ser capaz de sentir el Athanate es uno de los indicadores positivos.

—¿Como yo lo hago? —preguntó Mykayla.

Diana asintió.

—Muy pocas personas pueden oler o sentir el Athanate como tú, Mykayla. Lo que tú sientes, lo llamamos la marca. Cada Casa tiene la suya.

Hizo una pausa y bebió un poco de agua.

—Para la selección, también nos fijamos en la salud mental y física. Cuando hemos pasado por eso, les llamamos Aspirantes y les asignamos Mentores.

Bian lo retomó.

—A continuación, eliminamos. Hay que vivir sano, entrenar duro y pasar las pruebas. Si no las pasas, no sigues. Tu cuerpo tiene que estar al máximo físicamente. Sin tomar medicación. Y nada de drogas recreativas. Ni siquiera la nicotina o el alcohol están permitidos.

Pude ver la palabra «Bajón» como si se hubiera iluminado en la frente de Mykayla.

—¿Nunca? —preguntó débilmente.

—No durante el *crusis*. No hay mucha necesidad después. —Bian sonrió y continuó—. Durante este entrenamiento, cuando estás

preparada, te muerde un Mentor. El agente que inicia el *crusis* está en la mordida. Nuestros Mentores pueden limitarlo, de modo que se necesitan tres mordiscos para que se dé la cantidad completa. Esto le da a tu cuerpo tiempo para adaptarse.

Diana inclinó la cabeza hacia un lado.

—Explicado así, parece un proceso sin alegría y sin alma. Si eliges este camino, verás que no lo es. Los *crusis* y nuestra Sangre son sagrados para nosotros. La prueba nos une, y el acto de dar y tomar Sangre es el núcleo de lo que es ser Athanate.

Me removí en mi asiento. Diana se volvió y me miró.

—¿Qué pasa con los Aspirantes que cambian de opinión? O que son eliminados, como tú dices —pregunté.

Diana volvió a pasearse.

—Lo intentan de nuevo, o lo dejan, pero permanecen dentro del dominio de la Casa, como parientes. Casi todos toman una de esas opciones. Si no lo hacen, si desean volver a ser humanos normales, se despiertan en su casa con fiebre sin un recuerdo claro de los acontecimientos anteriores. Lo mismo ocurre con los que se les pide y no desean proceder. No recuerdan que se les haya preguntado. No voy a mentir, borrar los recuerdos no es agradable para ellos, ni siempre es completamente exitoso. —Se detuvo—. Ser mordido tres veces, sin embargo, cambia el cuerpo. Entonces ya no hay vuelta atrás.

—Y cuando los humanos se quedan en la Casa como parientes, ¿quieres decir que son ellos los que proporcionan la sangre? ¿Por qué lo hacen?

—Podría decir simplemente por salud y larga vida. No sería difícil de vender, Amber, dar un poco de sangre una o dos veces al mes a cambio de ser joven y saludable durante cien años o más. Pero en realidad, no es así. Para tener un grupo sano a lo largo del tiempo, cada uno de nosotros necesita cuatro o cinco humanos normales para tomar sangre. Sería peligroso para nosotros si no fueran relaciones profundas y comprometidas. Parte de convertirse en Athanate, y parte de convertirse en pariente, incluye cambios en los instintos que impulsan las relaciones.

—No olvides el placer —dijo Bian, inclinándose sobre el respaldo de la silla y arrastrando los dedos por la mejilla de Mykayla—. Esa es una parte importante. —No creía que Mykayla hubiera olvidado eso.

Diana sonrió brevemente.

—Las Casas de Athanate son como organismos darwinianos; hemos desarrollado necesidades que ayudan a nuestra supervivencia. Necesitamos el compromiso de los parientes y tenemos los medios para alimentarlos y, sí, eso incluye el placer además del compromiso. Los Athanate tienen impulsos subconscientes, los imperativos Athanate, para formar estos vínculos. Un Athanate sin parentesco es un Athanate enfermo.

—¿Este vínculo se debe a las feromonas o agentes que mencionaste? ¿O a esta habilidad mental, la telergía? —pregunté.

—La compulsión telérgica en cualquier forma para proporcionar sangre está prohibida en Altau, salvo en situaciones de vida o muerte. ¿Feromonas o agentes? Sí, ciertamente inician el proceso; las ambientales que dan placer, las aniatrópicas que curan ayudan a mantener el proceso. Pero el compromiso no se basa en ellas. Es como el amor; de hecho, *es* amor, solo que experimentado de forma diferente. La experiencia es la única comprensión verdadera. No es algo que se pueda explicar. Hay que compartirlo. La emoción es tan vital para nosotros como la Sangre. —Diana se puso delante y me miró fijamente—. Necesitamos estas emociones para sostenernos, pero también para enraizarnos, para darnos nuestro lugar en este mundo.

Volvió a apoyarse en la mesa y sus ojos me atravesaron. Su voz bajó y aun así pareció llenar la habitación.

—El compromiso va en ambos sentidos. Este es el don y el dolor del Athanate: ver pasar tus amores ante ti como los días del verano mientras tu corazón sigue latiendo. Mantener tu vigilia en las sombras y salir de nuevo con cada sol.

Se me cortó la respiración. Estaba segura de que acababa de citar algo muy antiguo, algo que nunca había oído antes, posiblemente algo que nadie más que un Athanate había oído, algo lleno de dolor. Tuve la sensación de que el tiempo pasaba detrás de Diana, como una gran rueda oscura que giraba. Bian rodeó la mesa y puso una

mano en el hombro de Diana. Ella se estremeció y la habitación volvió a parecer más ligera.

Me sacudí y traté de concentrarme. En el silencio, hablé.

—¿Esto es para Altau, o para todo Athanate?

Diana negó con la cabeza.

—Podría haber dicho que todas las Casas son como Altau. Ese es el credo del grupo Panethus de Athanate. Es diferente para Basilikos.

—¿Donde los humanos se ven obligados a proporcionar sangre?

Bian asintió.

—El Basilikos abarca una gama de creencias. Las más suaves consideran a los humanos como mascotas. Las peores, como esclavos, o simplemente como comida. También necesitan su sustento emocional. Pero han descubierto que el miedo también funciona.

Tendría que volver a hablar de Basilikos y entenderlos mejor, pero necesitaba concentrarme en cómo se comportaba Altau por el momento.

—Así que somos un pequeño y feliz Athanate en la Casa Altau —dije—, recién convertido y con familia. ¿Nada de qué preocuparse?

Diana resopló.

—Hay que trabajar en el Athanate. Especialmente en los recién convertidos, hay problemas. La vigilancia estrecha los reduce, pero la posibilidad de convertirse en renegado es mayor al principio. Los renegados se pierden en las sensaciones de ser Athanate, los placeres que tomamos en nuestra Sangre y emoción. Incluso los Athanate de más edad corren peligro. —Diana golpeó la mesa frente a Mykayla—. Cualquier cosa que debilite el control en el momento equivocado es un peligro. Por eso vivimos como una comunidad, una Casa, para apoyarnos mutuamente. Si se coge a tiempo, se puede revertir la locura que supone ser renegado.

—¿Y si no se coge a tiempo? —pregunté.

—Proporcionamos una muerte rápida y humana —dijo Bian. Un escalofrío recorrió de nuevo la sala.

—En general, en el proceso de pasar de humanos a Athanate bien adaptados, ¿cuántos se pierden? —pregunté.

—Aproximadamente uno de cada cincuenta —dijo Diana.

Me senté de nuevo. Los números no cuadraban, como le había dicho a David. Me pregunté si había avanzado mucho en esta línea, o si Diana, en su estado de ánimo comunicativo de hoy, era la más indicada para responder a mis preguntas.

—Estás preocupada por algo, Amber —dijo Diana.

—Sí. ¿Dónde están todos los Athanate en Denver? Si solo se pierden uno de cada cincuenta en la transformación, entonces o no se están convirtiendo muchos o algo está pasando.

Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín y el campo de golf.

—Perdemos a algunos cuando mueren sus parientes. —Pude escuchar viejos recuerdos en su voz de nuevo—. Perdemos algunos cuando se enseñan las habilidades más profundas. Pero no es eso lo que has preguntado. Dije que respondería todo lo que pudiera, y hay algunas cosas de las que no puedo hablar sin el consentimiento de Skylur. Puedo decirte que ha habido guerras de Athanate que han devastado a nuestro pueblo. Ahora estamos en un periodo tranquilo, una guerra fría, entre Panethus y Basilikos.

Llamaron a la puerta, y Bian se acercó y habló brevemente con alguien de fuera.

—Tengo que irme. Me llevaré a Mykayla —dijo Bian—. Seguiré hablando con ella, como hemos prometido. Será la persona mejor informada cuando tome su decisión.

—Ya he tomado una decisión. No va a cambiar —dijo Mykayla—. Pero gracias de nuevo, Amber.

Se fueron. Diana siguió mirando por la ventana.

—¿Cómo de malas fueron las guerras contra Basilikos? —pregunté.

—Alcanzaron su punto álgido al amparo de la gripe española y la primera guerra mundial. Durante un tiempo pareció que nos habíamos destruido, pero poco a poco los supervivientes salieron de su escondite. En los años 30 se creó la Asamblea, que desde entonces mantiene una especie de paz.

—¿Y crees que la paz ha llegado a su fin?

Diana asintió.

—Qué buen momento para que Panethus haga una alianza con los humanos normales —dije.

Diana sonrió.

—Estás predicando a los conversos, pero muchos de los representantes de la Asamblea de Panethus son ancianos que apenas sobrevivieron a los intentos localizados de encontrar un equilibrio con los humanos antes. No es sencillo.

Me balanceé hacia atrás. Había mucho que pensar solo en lo que había dicho y estaba segura de que había más debajo de todo eso.

—Bueno, no puedes esconderte para siempre en la sociedad actual. No en los Estados Unidos. Lo que necesitas es una forma de controlar el descubrimiento.

—Ese es exactamente mi argumento. —Diana se apartó de la ventana y se inclinó sobre mí. Sentí el poder de sus ojos como un peso que me presionaba contra el asiento. Mi corazón tartamudeó—. ¿Y todavía te preguntas por qué eres tan interesante para mí, sargento Farrell? —susurró.

Capítulo 36

Me encogí. Había bajado la guardia con Diana y el impacto de su ataque en mi mente fue doble. No fue tan brutal como Skylur, pero la fuerza de su ataque era igual de poderosa. Quedé inmovilizada en la silla. No podía apartar mis ojos de los suyos.

Se acercó y abrió la boca. Me di cuenta con horror de que sus brillantes colmillos estaban salidos. Se estrechaban hasta convertirse en puntas afiladas como agujas.

—Prohibido —murmuré—. No. —Tenía la boca entumecida y la garganta seca. Pero sentía el cuello caliente y flojo. Mi cabeza se inclinó hacia atrás y se me cortó la respiración. *Quería* que me mordiera. Sus colmillos me rozaron el cuello y jadeé, arqueándome para ofrecerme.

—Dioses —gimió, y se estremeció—. Bian tiene razón. Estarás deliciosa.

Sus manos me agarraron la cabeza y la volvieron a erguir. Sus ojos brillaron a centímetros de los míos.

—Lucha, Amber. Puedes romperlo, si realmente lo intentas.

Sus colmillos estaban a centímetros de mi cuello. ¿Por qué no me había mordido todavía?

—¿No tienes miedo? ¿Cuál es la clave, Amber? —Acarició mi mejilla—. ¿Dónde está el acero de tu columna vertebral?

Estaba jugando conmigo. Una chispa de rabia se apoderó de mi vientre.

—Ahhh —susurró—. Ira. Vamos Amber, lucha conmigo. Me gusta cuando luchan.

Me dio una bofetada y, tal y como pretendía, la ira explotó en mi cabeza. Podía sentirla empujando los dedos grises que se clavaban en mi mente. Durante un segundo o más aguantó, pero alimenté la ira y le arranqué el control. Podía moverme de nuevo, aunque apenas podía ver por la furia que me atenazaba. Mis manos se alzaron para agarrar su garganta. Y ella no estaba allí.

Estaba tranquila al otro lado de la mesa. Su boca estaba cerrada y sus ojos no brillaban.

—¡Perra! —le grité, hiperventilando. Era más rápida que yo. No podía alcanzarla, y aunque pudiera, era más fuerte que yo. Todo lo que pude golpear contra ella fueron palabras duras y miradas furiosas.

—Dime, Amber —dijo en voz baja—. Cuando estabas en el ejército, ¿cuál fue el mejor entrenamiento que tuviste?

La pregunta era tan sesgada que pinchó la ira que me había liberado de su control. Me senté y respiré profundamente. No me había hecho daño como Skylur. Me había asustado tanto como él, pero no me había mordido. Lo que realmente había hecho era enseñarme que podía romper el control mental Athanate, y la clave era la ira. Bueno, yo tenía mucho de eso en la reserva.

—La realidad fue el mejor entrenamiento de todos —dije, orgullosa de poder mantener el nivel de voz.

Volvió a darse la vuelta y se sentó a mi lado, completamente despreocupada.

—Acabas de recibir el mejor entrenamiento que puedo darte, y en menos de media docena de segundos, una vez que supiste qué hacer, rompiste mi control. —Me miró fijamente—. No encontrarás muchos ataques más fuertes que este. Enhorabuena, Amber, nunca he tenido una alumna tan rápida. Esa ira, sin embargo, tendrá que ser vigilada cuidadosamente durante el *crusis*.

Decirle eso a alguien que había estado tan enfadado como yo acababa de estarlo normalmente no serviría de nada, pero llevaba doce años manteniéndome a raya y me avergonzaba haber estado a punto de perder el control aquí.

Un educado golpe en la puerta nos interrumpió y Diana la abrió para permitir que un camarero entrara con una bandeja con café y galletas. Fue algo tan ordinario y cotidiano que me reí. ¿Qué habría pasado si hubiera irrumpido cinco minutos antes?

Diana sonrió, percibiendo ella misma la broma. Sirvió el café.

—Junto con los imperativos que cambian nuestra forma de comportarnos, tenemos algunos cambios en nuestras percepciones. Todos los sentidos se agudizan. Últimamente eres más sensible a los sabores, olores, colores y sonidos. También ves mejor en la oscuridad.

Pensé en el sabor del ron y la cocina de Carmen, en el aroma de las flores de Manassah, en el color de los ojos de Jen, en el sonido de los latidos de su corazón dormido. Me removí incómoda.

—Y nos atraen mucho las cosas que nos benefician. —Me puso una taza de café delante y se sentó con la suya—. Sé que será beneficioso para nosotras compartir, porque encuentro tu marca tan atractiva.

Se refería a compartir la Sangre.

—La marca es más que eso, sin embargo. Es una clave de la sociedad Athanate. Es una telergía sutil, reforzada por las feromonas. Mantiene unida una Casa, como una colmena. —Dio un sorbo a su café y cambió de táctica—. Ahora, Amber, tienes algo que decirme sobre esos priones —dijo.

—Sí. Skylur tenía razón cuando adivinó que pasó algo cuando yo estaba en el ejército. Ambos sabéis que soy parte Athanate, así que sabéis lo que fue. —*Y el coronel Laine va a matarme.* Continué a pesar de todo—. Los científicos del ejército me están controlando, y han identificado lo que hace que una persona se convierta en Athanate. Son pequeñas cadenas de proteínas, llamadas priones. La mayoría de los priones matan al huésped. Los priones Athanate no lo hacen. O más bien —dije, sacando el test de mi bolsa—, si la persona sobrevive a la infección inicial, entonces supongo que la relación se vuelve simbiótica. Esta máquina mide los niveles de priones.

Me la coloqué en el brazo y pulsé el botón de inicio. Sentí la familiaridad de la presión y el pequeño pinchazo de la aguja. Observé mientras la lectura de la parte superior se establecía en 0,48; la lectura más alta que había tenido nunca.

—¿Estás bien, Amber? —Miré a Diana y asentí. Me sentía entumecida.

—¿Qué significa la lectura? —dijo.

Me encogí de hombros.

—No estoy segura exactamente. Es un índice. Los científicos dicen que 0,8 sería un Athanate completo y 1,0 sería un huésped muerto.

—Entonces, ¿estás a mitad de camino?

Me pareció que estaba más que a medio camino, pero volví a asentir con la cabeza y le tendí la unidad. Extendió el brazo, se lo coloqué y pulsé el botón. Su lectura era de 0,79, así que los científicos debían de haber hecho algún progreso para predecir con exactitud su lectura.

—Interesante —dijo Diana—. Estas máquinas...

—Necesito esta —la corté—. Estoy segura de que podrían estar disponibles en algún tipo de puesta en común de conocimientos. —Devolví el probador a mi bolsa.

Diana tomó un sorbo de café y un delicado bocado de galleta con dientes de aspecto perfectamente normal.

—Me preocupa la capacidad del gobierno para mantener los asuntos en secreto —dijo.

—Apuesto a que has tratado de averiguar mi historial militar en las bases de datos del gobierno. ¿Has tenido suerte?

—Buen punto. —Hizo una pausa para terminar su galleta—. Bueno, es hora de informarte más específicamente para el baile de caridad.

Me acomodé.

—El baile es inusual este año, ya que la Sra. Harriman y el Sr. McIntire han decidido añadir un incentivo para que los empresarios locales asistan. Se trata de una delegación comercial internacional que también asiste en busca de contactos. Los organizadores están encantados con la respuesta a sus propuestas; han aceptado muchos más delegados comerciales de los que esperaban. —Sonrió —. Los delegados son todos empresarios de buena fe, pero la mayoría de ellos son también miembros de la Asamblea Athanate. Somos un pueblo reservado y una oportunidad como esta nos proporciona una excelente tapadera para reunirnos, cosa que haremos la semana que viene.

Diana reanudó su paseo, con el café en la mano.

—Los miembros de la Asamblea, los representantes, serán custodiados por un grupo neutral Athanate, procedentes de ambos lados de la Asamblea, los Guardianes. Nadie más de la comunidad Athanate podrá acercarse a los representantes de la Asamblea. El único momento en el que se permitirá que esta vigilancia se relaje

es en el baile. La Casa Altau, como anfitriona y presidenta, por cierto, no debe asistir al evento. Tú eres nuestro agente secreto. Si estás de acuerdo.

Me uní a ella en la ventana.

—¿A qué, exactamente? —dije.

—Lo más importante es ser un mensajero, y mantener tu papel en secreto. También para escuchar lo que Matlal, el líder del partido de Basilikos, podría tener que decir e informarnos. Skylur tiene razón, Matlal vendrá a ti como una polilla a la luz.

—¿Le llevo un mensaje a alguien?

—No. Alguien de la delegación desea transmitirnos un mensaje en secreto antes de la reunión de la Asamblea. Ni siquiera sabemos quién será. Simplemente que se refiere a Nuevo México. Se decidió que esta era la forma menos peligrosa de entregarlo. Lo único que sabrá el mensajero es que tú eres la mujer que estará con Jennifer Kingslund. —Ella enarcó una ceja hacia mí—. No discutáis ahora, por favor.

—¿Y hago esto a cambio de los consejos que me dio Skylur?

—Por eso, y por las razones que dimos. Seremos tu puerto cuando nos necesites. —Dejando su café, Diana se volvió hacia mí, con su rostro tan ilegible como una estatua antigua—. Y te lo ruego.

La miré fijamente.

—Hay mucho en juego, ¿no? No puedo salir de aquí diciendo que no, ¿verdad?

—Es peor que eso, Amber —dijo—. Ni siquiera se te permite tener dudas.

Podía sentirla en mi cabeza de nuevo. Me había dado cuenta de que la Casa Altau no podía permitirse que esto saliera mal. No dudaba de que Diana sería capaz de borrar todo recuerdo de Athanate de mi cabeza si lo consideraba necesario. Sin embargo, ella me había mostrado antes la forma de detener su ataque mental. Me estaba confundiendo, pero por mucho que me asustara, seguía confiando en ella, y de todos modos iba a hacer lo que me pidieran. Me cogió de las manos para estabilizarme mientras la miraba a los ojos, y mi cabeza se agitó.

No luché contra ella y eso lo hizo más fácil. Podía sentirla en mi cabeza. Podía sentirla hacer la pregunta y mi respuesta venía de un nivel por debajo del pensamiento consciente. Inmediatamente, ella salió de mi cabeza. Supe que no había hecho nada y no miré nada más.

O me ha jodido por completo y me ha dejado con la sensación de que no lo ha hecho. No, por ese camino se llega a la locura.

—Gracias, y mis disculpas —murmuró, cuando mis piernas se sintieron más firmes.

—¿Puedo mentir en este estado?

Sacudió la cabeza y me dejó ir.

—Hay mucho más que necesitas saber, pero hasta después del baile, es mejor que lo dejemos como está.

Fue a su bolso, sacó unos documentos y me los entregó. Me transfería la propiedad del coche de fuera.

—¿Así de fácil? —pregunté.

—Tú rescataste a Mykayla. Esa era nuestra responsabilidad. Has aceptado ser nuestra espía. Creo que este es un pago apropiado.

Se lo agradecí sinceramente. Mi viejo coche se había estropeado y no sabía cómo iba a poder pagar uno nuevo o cómo podría trabajar sin un coche.

—¿Puedo preguntarte sobre los hombres lobo? —dije. Le había dicho a Jen que solucionaría el problema de los hombres lobo, pero no creía que limitarme a aparecer y esperarlos en Silver Hills en la próxima luna llena fuera la mejor manera de abordarlos.

—Puedes, pero te has perdido a la experta. Bian es nuestro enlace con los hombres lobo.

—¿Cuántas manadas hay en Denver?

—Solo una.

—¿Cómo podría contactar con ellos?

Diana se volvió para mirarme.

—¿Por qué...? —Hizo un gesto con la mano, descartándolo—. No hay tiempo para eso. Le pediré a Bian que hable contigo.

—¿Por qué es Bian el enlace? —dije.

—Es nuestra Diakon, nuestra embajadora en el exterior. Y es buena con ellos.

Sin duda pasaría un rato agradable, intentando que Bian me contara más.

Pero mientras tanto, Diana había terminado su sesión informativa, aunque seguía aquí, paseándose como una leona enjaulada. Si hubiera sido de las que se muerden las uñas, ahora estaría masticando.

—¿Qué más, Diana? Hay algo más en lo que has estado pensando toda la mañana.

Se detuvo y volvió a inclinarse sobre mí, apoyando su peso en los brazos de la silla. Sus ojos parecían enormes. Mi cuello volvió a ponerse caliente y a tambalearse.

—Le dije a Skylur que eres muy perceptiva. —Respiró profundamente y se apartó—. Quiero que abras un canal a través de tus contactos militares para que pueda hablar en absoluto secreto con el gobierno —dijo—. Sin decírselo a nadie más, incluido Skylur.

Capítulo 37

El Café Vienne estaba lleno de gente que almorzaba tarde, reunida en pequeños grupos alrededor de las pequeñas mesas. Los enormes ventanales iluminaban todo el local. Era un café ruidoso, alegre y aireado que me gustaba visitar siempre que podía permitírmelo. Vi a Mary y a Tullah en la esquina y me apresuré a cruzar el suelo de baldosas de arlequín hacia ellas.

Casi habían terminado sus almuerzos.

—Lo siento, mi reunión se retrasó —dije al sentarme.

Eso sonaba mejor que «estaba acordando los términos de una reunión preliminar entre un Athanate y un coronel del ejército».

Tullah saludó, pero se sentó en silencio. La cara de Mary, oscura y con arrugas por el exceso de sol, era cortésmente acogedora, nada más. Sabía que podía reír como un caballo cuando le apetecía, pero hoy parecía seria.

—No importa, Amber. Ha sido agradable tener toda la atención de mi hija por una vez —dijo Mary—. Y sé que los Athanate son el diablo cuando se trata de detalles. —Se apartó el largo pelo negro de la cara y sus profundos ojos me miraron inocentemente.

Reprimí una chispa de irritación.

—Bueno, parece que sabes mucho más sobre mí y mis negocios que yo sobre ti —dije—. Incluso las cosas que creía saber, estoy empezando a dudar de ellas.

Mary me miró sin cambiar su expresión.

—Me disculparé solo una vez —dijo—. Me parece que repetir la palabra es un dolor de cabeza, así que este «lo siento» tendrá que ser suficiente por esta tarde.

La camarera vino y tomó mi pedido: una pasta ligera y agua con gas. Mary miró por la ventana, como si hubiera algo que ver en la cima del centro comercial de enfrente. Cuando volvimos a estar solas, empezó a hablar en voz baja.

—Amber, le pedí a Tullah que aceptara tu oferta de trabajo a tiempo parcial porque quería vigilarte. Lamento haberla puesto en esta posición. Ella no ha leído tus correos electrónicos ni ha puesto

micrófonos en tu oficina. Le gustas. Ha disfrutado trabajando para ti y quiere continuar.

Mary dio un sorbo a su expreso y me observó. No iba a reaccionar.

—Aunque no hubiéramos tenido el asunto de ayer con esa chica, Tullah ha exigido que tengamos una charla contigo y nos expliquemos. Quiere hacerlo sobre todo porque le gustaría trabajar contigo después de la universidad.

Mary tenía mi atención, pero no escatimé una sonrisa para Tullah. Nunca la había visto tan callada. Ella me devolvió una pequeña sonrisa.

Si Mary me hubiera dicho que Tullah me estaba vigilando hace unos meses, habría hecho saltar un fusible. Varios fusibles. A las dos. Pero eso fue antes de que tuviera que admitir que espiaba a mi amigo David, antes de que aprendiera, gracias a Jen, que puedo tolerar que los amigos necesiten averiguar cosas sobre mí. Y teniendo en cuenta lo que había pasado en la última semana, ya no me iban a sorprender muchas cosas. Así que seguí sonriendo y esperé la explicación.

El rostro de Mary era raramente expresivo, pero quizá la piel se tensó en las esquinas de sus ojos. Su mano se extendió y tocó mi pulsera. Me sorprendió ver que el cierre debía estar abierto y que ella la había cogido al caer. Levantó la pulsera y pasó las cuentas por sus dedos, pensativa. Recordé haber bromeado con Tullah acerca de que no sabía si el ojo del lobo me observaba o me cuidaba. Tal vez eso estaba más cerca de la verdad de lo que había pensado.

—Esto está bien calibrado para ti ahora —dijo Mary. Me la devolvió —. Si sigues usándola, notarás el cosquilleo cada vez menos conscientemente. Se convertirá en un sexto sentido para ti. No puede advertirte si estás a punto de tener un accidente, pero te ayudará cuando alguien cercano pretenda hacerte daño.

Me la volví a poner.

—Entonces haces magia de verdad. ¿Cómo os llamo: *hechiceras*, *brujas*? —pregunté.

—No sería la primera vez —dijo Mary, y esta vez sí sonrió—. No usamos esas palabras, pero servirán.

La camarera me trajo la pasta y empecé a comer. Las explicaciones no parecían venir solas.

—¿Por qué crees que necesito vigilancia? —le pregunté.

Mary frunció el ceño.

—Empezaré por el principio. —Sus manos juguetearon y me di cuenta de que era una fumadora que echaba de menos su cigarrillo.

—Lo que acabas de llamar magia comienza con una energía, algo que puede utilizarse de cualquier manera. Todo el mundo accede a ella en algún nivel. Algunas personas pueden aprovecharla y convertir esa energía en un poder que puede hacer que las cosas sucedan. El uso de esa habilidad deja una marca en una persona que otro usuario puede ver. —Hizo una pausa—. Tú tienes esa marca.

Abrí la boca para decirle que no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero continuó.

—Hay tres tipos de usuarios: aprendidos, guiados e instintivos. Los *aprendidos son* los que utilizan conjuros de gran calado, pero también las habilidades Athanate que ellos pueden enseñarte. *Guiado* significa que tienes un espíritu guía que te activa la habilidad. Eso es lo que usamos nosotras. *Instintivo* es un uso limitado que viene naturalmente. Eso es lo que usan los Licántropos.

Tenía tantas preguntas que se me atascaban en la garganta.

—Tú —dijo Mary, agitando un dedo hacia mí—, tienes un espíritu guía.

—Es un lobo —dijo Tullah, y luego se calmó de nuevo ante una mirada de Mary.

—Oh —dije, en mi mejor momento de conversación.

—Si eso fuera todo, habría hablado contigo hace tiempo —dijo Mary—. Pero los usuarios también pueden ver procesos, cosas que están en progreso y que fueron iniciadas por otros. Convertirse en un Licántropo o en un Athanate es un proceso, y también lo veo en ti. El espíritu guía y el Athanate están en conflicto dentro de ti. De nuevo, si eso fuera todo... —Hizo un gesto de desestimación con la mano. No quería que se desestimara. Si mi lobo era capaz de controlar mi lado Athanate, quería ayudarlo. A ella. O a lo que sea. Pero Mary no se detuvo.

—Otros procesos incluyen cosas que pueden permanecer latentes, o incluso saltar generaciones antes de hacer algo realmente. Pueden ser para el bien o para el mal, una bendición o una maldición. Requieren un enorme esfuerzo para su puesta en marcha. Son importantes, tan importantes que se alimentan de la vida misma. He visto muy pocos.

Mary finalmente se volvió para mirarme directamente.

—Puedo ver uno en ti. Has venido aquí preguntándote qué somos. Mi pregunta es la misma. Amber, ¿qué demonios eres?

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Una hora después, la camarera me quitó la pasta fría y me trajo un café. Tuve la tentación de pedir también un chupito doble de ron. No nos habíamos acercado a lo que Mary creía que era yo, sino el simple yo con una pizca de Athanate y guía espiritual.

Mary dijo que creía que la parte Athanate de mí estaba ganando la lucha contra el espíritu guía, y que no sabía cómo ayudar. Nunca había visto esta situación. No creía que los Athanate fueran intrínsecamente malvados, pero que el poder que ejercían y la duración de su vida hacían que la mayoría acabaran siendo malvados a sus ojos. Un Adepto, como se llamaba a sí misma, vivía una vida humana normal, por elección. Los Adeptos eran valorados por el Athanate, y el Athanate podía prolongar la vida del Adepto, como lo hacía con los parientes. El resultado era que la mayoría de los verdaderos Adeptos evitaban el contacto con el Athanate. Esto iba a ser un problema si me convertía en Athanate, porque quería seguir vigilándome.

El espíritu guía de Mary era un oso, y yo tuve una visión desorientadora y privada de un oso pardo fantasma que se cernía detrás de ella en la mesa. Intenté mirar a Tullah, pero solo obtuve una tenue sensación de algo que se movía en la oscuridad.

—Tullah es inusual, ya que su guía no se ha dado a conocer todavía —dijo Mary—. Tiene alguna habilidad, pero he impedido que la utilice hasta ahora.

Tuve la sensación de que esa no era la historia completa en absoluto. Mientras Mary hablaba, yo observaba la expresión de Tullah, y estaba segura de que sabía exactamente cuál era su guía espiritual. Interesante.

—He levantado esa prohibición —dijo Mary—, a la luz de lo que está sucediendo y de su deseo de trabajar contigo. Tal vez sea eso lo que necesita para que el guía se revele.

—Espera un segundo —dije—. No estás hablando del trabajo que ha estado haciendo.

—Amber, quiero ayudar —dijo Tullah—. No solo ocuparme de la oficina. Quiero ayudar con las investigaciones.

—Tienes diecinueve años, Tullah. No te ofendas, eres genial en lo que haces, pero eres una universitaria.

Mary se inclinó y puso una mano sobre la mía.

—Sí, tiene diecinueve años. ¿Qué hacías tú cuando tenías diecinueve años, Amber?

Un pequeño choque de recuerdos me recorrió. Mi decimonoveno cumpleaños, el 16 de abril, saliendo del pueblo. ¿Cómo se llamaba? Lung La. Nunca pensé que tendría frío en Vietnam, pero temblaba en el brumoso amanecer mientras nos adentrábamos en la lúgubre selva, una docena de nosotros de la Ops 4-10, otra docena de las fuerzas especiales vietnamitas, una operación conjunta fuera de la vista del mundo, que se dirigía a la frontera...

—¡Para!

Parpadeé. Mary me agarraba la mano y Tullah me miraba con preocupación. Me di cuenta de que debía de estar hablando en voz alta.

—Eso fue culpa mía —dijo Mary—. Pretendía que fuera simplemente una pregunta, no una instrucción. Se me escapó un poco de persuasión cuando te toqué. Es como si la energía fuera más fácil de alcanzar aquí.

Miró a su alrededor, a la pequeña y bulliciosa cafetería, y respiró profundamente.

—Voy a dar una vuelta a la manzana —dijo y se levantó. Se iluminó con la luz que entraba por la ventana y se marchó.

Me senté conmocionada por la experiencia. Parecía que este era mi día de sobresaltos. Me decía mucho que las personas que se suponía que estaban de mi lado me asustaran más que cualquier enemigo.

—¿Tuvo éxito esa operación en Vietnam? —preguntó Tullah.

Tuvo éxito, tal y como se juzgan estas cosas. No para Joe. El apuesto Joe de Nevada, con sus bonitos ojos y su tranquila sonrisa. Recordé el peso de su cuerpo sobre mis hombros, su sangre mezclada con mi sudor mientras regresábamos. Ningún cuerpo de 4-10 se quedaba atrás, nunca. Yo llevaba mi parte. Más tarde, mientras esperábamos nuestra extracción cerca de Lung La, nuestros compañeros vietnamitas pusieron arroz y una moneda en la boca de Joe para mostrar su respeto por nuestros muertos y se alinearon solemnemente para estrechar la mano de todos. Un primer y oculto paso en la reconstrucción.

—Sí —dije en voz alta—. Esa funcionó. —Intenté sacudirme los recuerdos.

—Soy la hija de mis padres, puedo cuidar de mí misma y tengo habilidades —decía Tullah—. Tú sigues siendo la jefa, y te prometo que haré lo que digas. Y mis cursos de derecho penal serán útiles.

Dejé de mirar al pasado y volví a mirarla. Era inteligente y brillante y todo tipo de cosas. No era yo. Pero tal vez compararla conmigo no era la manera de verlo. Y ese conocimiento legal sería una ventaja.

—Iremos paso a paso —dije—. Nos trasladaremos temporalmente a un estudio en la casa de Jennifer Kingslund, cerca del Country Club. De esta manera, tendremos cierta protección de los guardias que ella tiene en este momento. Sería demasiado fácil atacarnos en la oficina, y hay demasiada gente intentándolo. Los guardias de Víctor tienen tu identificación y te dejarán entrar.

Me acabé el café mientras Tullah hacía un pequeño baile de celebración en su silla.

—Así que, dime antes de que vuelva, Tullah, ¿cuál es tu guía espiritual y por qué no quieres decírselo a tu madre?

Los ojos de Tullah se abrieron de par en par y miró culpablemente hacia la puerta. Fue una suerte, ya que Mary volvía a entrar.

—No puedo decírtelo ahora —susurró—. No está en la lista de «aprobados». —Hizo signos de comillas con los dedos.

—Estos guías espirituales, Mary —dije para distraerla mientras se sentaba de nuevo—, ¿son reales o solo algo en nuestras cabezas?

—No lo sé. Pregúntame otra cosa.

—¿Qué más hay ahí fuera? ¿Elfos y demonios?

Mary negó con la cabeza.

—Se podría crear una imagen de cualquier cosa que se pudiera imaginar a partir de la energía, pero algo tan complejo se desmorona cuando se deja de trabajar en ello. Nunca he oído hablar de elfos o demonios reales, ni de ningún lugar del que pudieran proceder.

Miró de reojo a Tullah y sonrió.

—Veo que mi hija ha recibido buenas noticias. Soy madre, y lo diría por supuesto, pero creo que has tomado la decisión correcta. Dices que luchas por no convertirte en Athanate, y te ayudaremos si podemos. Pero te advierto que, si te conviertes totalmente en Athanate, Tullah tendrá que irse.

La boca de Tullah se comprimió en una fina línea al oír eso.

—¿Cómo puedo saber cuándo empieza a ganar mi lado Athanate? —pregunté, solo para ver qué diría.

Mary levantó las cejas.

—Los Athanate deberían decírtelo con más detalle. Pero por lo que sé, los impulsos, lo que ellos llaman los imperativos, empiezan a cambiar tu comportamiento. Los nuevos Athanate necesitan ser deseables, notorios. Necesitan atraer a los humanos para que se conviertan en siervos de Sangre. Al mismo tiempo, se vuelven más reservados. —Me miró de arriba a abajo.

—Entonces, si empiezo a dedicar mucho tiempo a mi apariencia, ¿es una mala señal?

—No es solo eso —dijo Mary—. Es el jolgorio que se produce. Míralos y verás. Es casi gracioso verlos en constante conflicto consigo mismos. La mitad de ellos que quiere atraer y la otra mitad que quiere pasar desapercibida. Además, será más evidente por la noche.

—¿Por qué? ¿La magia es más fuerte por la noche?

—No. Es la forma de ser de las personas. Todo el mundo tiene algún tipo de conexión con la energía, incluso si es solo en el cerebro posterior. Durante el día, esto funciona contra un único usuario. Un millón de personas a plena luz del día que creen que no puedes transformarte en lobo se lo pondrían difícil a un Licántropo en medio de Denver. Pero por la noche, en el bosque, esas certezas son más débiles. —Sonrió.

—¿Así que mi pulsera funciona mejor por la noche?

—No es tan sencillo. Tullah puede hablarte de ello alguna vez. —Se levantó—. Debemos irnos. Pero una última cosa, Amber. Los Adeptos pueden sentir a los usuarios a su alrededor. ¿Cómo explicarlo? —Hizo una pausa e hizo un gesto expansivo con los brazos—. Imagina que la energía es como un enorme trampolín. Cada usuario hace una pequeña mella en el trampolín. Cuando se mueven, puedes sentirlos a través del trampolín. La mayoría de los usuarios son pequeños, así que apenas lo notas. Pero si un usuario potente hace mella en la energía, es como si alguien muy pesado caminara por el trampolín.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, suele haber un par de usuarios muy poderosos en Denver. Siempre lo he atribuido a quienquiera que dirija la Casa Athanate. Pero esta semana hay muchos más. —Me miró fijamente antes de terminar en voz baja—. Ten cuidado. Y no pierdas la esperanza.

Les di un abrazo y nos fuimos por caminos distintos.

Capítulo 38

Fui a la tienda de Lisa Macy y me probé un vestido que estaba tan fuera de mi experiencia que era irreal. Era un sueño verde oscuro de seda. Me encantó. Werner vino con un par de zapatos a medida, elegantes, pero con un fuerte tacón. Sabía que no me gustaban los tacones de aguja, y con estos podía bailar. Me sentí como Cenicienta mientras me probaba todo y daba vueltas frente al espejo. Tenía que conseguir algunas fotos del baile para mamá. Si no, no se lo creería.

Lisa silbó y se quejó de un par de detalles que yo no pude ver, pero me aseguró que todo iría bien. Werner insistió en que viniera mucho antes de lo necesario el viernes.

Jen todavía estaba en el trabajo cuando volví a la casa, así que me senté en el estudio-oficina y abrí el correo.

La primera carta era del Departamento de Veteranos. Quería darme un golpe en la cabeza con el escritorio, pero parecía caro de reparar.

Estimada Sra. Farrell y *aunque no se han presentado cargos* y no se *aventuran a opinar*, *por supuesto entiendo su postura* de que los pagos debían suspenderse hasta que concluyera la investigación. Lo dejé de lado.

La segunda era de Krantz. Decía simplemente que mis pagos ya no eran objeto de investigación, pero que tendría que volver a solicitarlos directamente al Departamento de Veteranos para reclamarlos de nuevo.

Me senté a pensar en algunos nombres apropiados para él, recopilados de una variedad de lugares durante mis días en Operaciones 4-10. Entonces me eché a reír. No quería el dinero. El estúpido creía que había ganado algún punto importante, pero lo único que había demostrado era que no entendía la situación en absoluto.

Todavía me estaba riendo cuando entró Jen.

—Me alegro de oírte, querida. —Se inclinó y me besó la mejilla a modo de saludo—. Y me alegro de verte de vuelta antes de medianoche.

Se acomodó en el otro asiento y me dijo que su reunión con Verdoon se había tenido que adelantar y que se habían visto hoy mismo. Matt Bierbach había hecho copias digitales completas de las unidades de su ordenador durante la reunión, y estaba clasificando el contenido para pasármelo.

—Estoy segura de que terminará rápido —dijo ella, con una sonrisa socarrona—. Algo sobre una cita interesante esta noche.

—¡No! ¿No es Tullah? ¡Si se conocieron ayer!

—Sinceramente, no lo sé, querida, pero ahí es donde están mis apuestas. No pierden el tiempo en estos días.

Carmen nos llamó para cenar. Solo medio plato de pasta en el almuerzo, y el haberme asustado un par de veces me había dado hambre. Eso era bueno, porque Carmen había decidido claramente que estábamos demasiado flacas y teníamos lo que parecía medio cordero delante nuestro, cocinado al estilo mediterráneo. Preguntarme si necesitaría que me quitaran un centímetro de mi nuevo vestido me hizo recordar el baile benéfico.

—Oh, me olvidé de decírtelo ayer. Un cliente me ha pagado para que asista al baile de McIntire-Harriman el viernes. ¿Todavía vas a ir?

Pude ver la curiosidad de Jen por el cliente, pero se contuvo.

—Diablos, estoy en el comité organizador, querida, así que tengo que estar allí desde media tarde —dijo—. No te creerías el jaleo que ha causado esta delegación internacional. Reorganizaré los asientos de la mesa, si no te quedarás en un rincón.

Hice una nota mental para asegurarme de que los guardias de Víctor pudieran acceder a todas las zonas por la tarde. El baile en sí sería seguro con el número de personal de seguridad del centro de convenciones que estaba de guardia, y nuestros guardias podrían volver a recogernos al final.

Terminamos la comida y Jen me contó algunas anécdotas sobre el comportamiento de algunos miembros de la delegación internacional, lo que nos hizo reír a las dos. Esperaba que no fuera uno de ellos quien tuviera el mensaje para mí.

Se sirvió una copa de brandy. Rechacé un ron después del vino que habíamos tomado con la cena.

Tenía informes que leer, pero antes de dejarme, se giró para preguntar:

—En tu mesa hay una placa. ¿Quién es Tara?

Se me apretó el estómago, como siempre que alguien preguntaba.

—Mi hermana gemela. Nació muerta.

Jen se quedó un momento más en la puerta.

—La ves en el reflejo.

—Sí. —Nadie se había dado cuenta de eso antes.

—Lo siento —dijo Jen en voz baja, y se fue.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Estaba oscuro en el gimnasio. Ya no necesitaba las luces.

La máquina de prueba había leído 0,49 esta tarde.

Trabajé con las formas del maestro Liu, y mi cuerpo era más rápido y fuerte de lo que nunca había sido. En lugar de esfuerzo, tenía la sensación de flotar. Arriba, a la luz del día, luchaba contra la idea de que me estaba convirtiendo en Athanate. Aquí abajo, en la oscuridad, las sensaciones físicas superaban las dudas.

Tanto Diana como Mary habían dicho que no había ningún monstruo que yo misma no trajera a la fiesta. Me reconfortó un poco, al igual que saber más sobre lo que me estaba pasando.

Pero yo seguía cambiando.

Las pesadillas habían cesado. O había cambiado mi definición de pesadilla. El mes pasado, beber la sangre de alguien era una pesadilla. Ahora, la sangre y el sexo se mezclaban en sueños nebulosos que me estremecían con su emoción erótica.

Medio creía que era sonámbula, pero no había visto ninguna evidencia de que hubiera mordido a alguien. Todavía.

Capítulo 39

MIÉRCOLES

Morales nos había llevado a su despacho, recogiendo por el camino cafés de una máquina. El café sabía tan mal como siempre, en cualquier parte del edificio. Era extraño visitar esta planta del cuartel general. Aquí arriba, en el despacho de Morales, estábamos al frente entre las caras política y policial de la policía de Denver. Los efectivos totales de Denver eran de menos de 1 500 agentes, y aquí era donde se hacía el balance para determinar dónde se concentraban mejor los esfuerzos. Recordando eso, decidí ser más amable con Morales hoy.

Cuando estuvimos sentados, Morales abrió con un gesto hacia el coronel.

—Gracias por aceptar venir aquí. Antes de pasar al acto principal, me gustaría empezar con un tema relacionado.

Me di cuenta de que él y el coronel no habían resuelto su orden jerárquico. Disimulé una sonrisa. Al coronel no le importaba, pero Morales era un buen político además de un buen policía. No quería arruinar una relación de trabajo, pero quería dirigir la reunión.

—Por supuesto —dijo el coronel.

Morales revolvió algunos de los papeles que tenía delante y me miró.

—Ayer recibí un informe del equipo que he asignado al caso Carter. Está limpio y se ha confirmado que ZK organizaba los envíos ilegales. Estoy empezando a cerrar todo lo que pueda en Denver, pero inevitablemente el FBI se involucrará. —Se removió incómodo.

—Tiene que entender que esta reunión está en mi agenda como una reunión de enlace con el ejército. Lo que hablemos hoy es solo para nuestros oídos. Pero cuando las oficinas federales se involucren, haré todo según las reglas.

Asentimos con la cabeza. Ambos comprendimos que estaba en una situación muy difícil.

—Querrán hablar contigo, Farrell. Está tu participación inicial, que supongo que fue directa, pero ayer me informaron de que se ha puesto precio a tu cabeza.

Me encogí de hombros. Esto no era nuevo para mí, y estaba haciendo todo lo posible para ponerle las cosas difíciles a quienquiera que entrara a reemplazar al Sr. Obvio.

La sonrisa de Morales carecía de humor.

—No es un contrato local, Farrell. Este ha salido con una factura de un cuarto de millón de dólares.

Incluso el coronel reaccionó a eso. Eso era nivel de rifle de francotirador. La clase de dinero que pagarías por un asesinato político. *¿Qué demonios?*

Intenté reírme de ello.

—Maldita sea, yo misma me pegaría un tiro por esa cantidad.

Morales no se rio.

—No sé a quién has fastidiado, Farrell, pero sospecho que puede ser a este hombre. Estaba a cargo de la operación de contrabando. —Morales mostró una foto granulada—. Frank Hoben. Es el hijo del jefe.

Mierda. Uniceja.

—Los federales van a ver esa suma como una anomalía que querrán explicar —continuó—. Casualmente, parece que ha estallado una guerra de bandas. Los soldados de a pie del ZK están siendo asesinados. Y tu coche ha sido visto en las proximidades de los incidentes. Van a hacer conexiones, existan o no.

Me estaba haciendo un verdadero favor. *No* quería que los federales hablaran conmigo, no nunca, pero ciertamente no ahora. Por supuesto, ese ya no era mi coche, pero a menos que Altau sea muy fino, aparecería como registrado a mi nombre en el momento de los incidentes.

Con un suspiro, le pasé un USB.

—Contiene un análisis de las llamadas realizadas desde los teléfonos móviles de un par de soldados de infantería del ZK y de este hombre. —Señalé la foto de Uniceja y continué con mi lenguaje policial más cuidadoso—. Cogí los teléfonos cuando los hombres intentaron intimidar a un destacado empresario local. Creo que esto

tenía que ver con la adquisición por parte de ZK de una fachada comercial legítima.

Los ojos de Morales se clavaron en mí. No hacía falta que le dijera exactamente lo que había pasado. Había tenido a una persona clave en la jerarquía de ZK en mis manos y lo había dejado escapar. *Otra vez a la mierda.*

Iba a tener que decirle a Jen que había metido la pata en esto, intentando jugar a juegos mentales machistas.

Un pensamiento me desvió; el ataque podría haber sido para evitar el daño a un frente comercial legítimo de ZK. ¿Había estado mirando esto de forma totalmente equivocada? ¿Eran los dueños de Tucker Beacon en secreto? Mi mente se desvió en una tercera dirección: tal vez ZK quería comprar Tucker Beacon. Detener a un licitador rival lo haría más fácil y barato.

Morales me miraba para ver si compartía mis pensamientos, pero no tenía suficiente para continuar. Quería hablar de esto con Jen primero para conocer su opinión. Y saber si quería mantenerme en el caso después de mis noticias sobre Uniceja.

Morales había introducido el USB directamente en su portátil y comprobó que podía leer los archivos. Sus ojos se abrieron de par en par y gruñó de agradecimiento al ver los detalles en su pantalla.

—Bien. Gracias por esto. Pero ahora voy a pedirte que te retires. Cualquier otra implicación con ZK va a entorpecer nuestros esfuerzos y a poner a los federales en tu caso. —Indicó los archivos en su pantalla—. Con esto y lo que tenemos, deberíamos cazarlos rápidamente de todos modos.

Asentí, aunque un poco a regañadientes. Tenía sentido que se encargaran de esto. Si podían acabar con él, no tendría que preocuparme que un asesino me acechara. Los registros telefónicos tenían que ser una mina de oro para la policía, al menos en el lado operativo de ZK. Mi recorrido por ellos me confirmó que, independientemente de cómo funcionara el resto de ZK, Uniceja sabía lo que hacía. Su móvil únicamente se había utilizado para un número restringido de llamadas. Mi impresión fue que este era su teléfono ZK. Llamaba a papá con otro teléfono. El corte en su

historial de llamadas también mostraba que había borrado la memoria recientemente. Los otros no habían sido tan cautelosos.

—Tienes otras noticias, entiendo —dijo Morales.

—Denver es más complicado de lo que pensábamos —dije con una sonrisa tensa por la subestimación—. Cuando empezamos con esto hace un año, creíamos saber que debía haber una pequeña comunidad de vampiros, en gran parte reservada. Para el ejército, el interés es la seguridad y lo militar. Para la policía, el crimen. Para mí… —Me detuve. ¿Qué había querido? Todo parecía haber pasado hace mucho tiempo—. Supongo que ahora es el conocimiento de lo que me pasa.

El coronel lo registró con un movimiento de cabeza.

—No solo la comunidad de vampiros es más complicada de lo que pensábamos, sino que hay otros paranormales. El coronel ha confirmado, a partir de unas pruebas que le di, que tenemos hombres lobo.

Morales no se sorprendió; él había sido a quien Jen había preguntado por las cosas raras de Silver Hills.

—Los vampiros me presentarán a los Licántropos. Parece que hay cierta interacción entre las dos comunidades. No puedo decir nada más, aparte de sugerir que alguien de tu departamento recopile cualquier informe policial sobre lobos, ataques de perros grandes y similares para que los revise. No tengo indicios de que los Licántropos sean menos respetuosos con la ley que la mayoría de los vampiros.

—¿Los vampiros te están ayudando? ¿Por qué? —preguntó Morales.

Me encogí de hombros.

—Yo también estoy a punto de serlo, capitán.

—¿No hay cura? —Morales sabía que yo estaba infectada desde que tuvimos nuestra reunión con el coronel el año pasado, después del incidente con los renegados. Supongo que pensó, como yo, que lo estaba gestionando. Que había una salida.

Sacudí la cabeza.

—Lo he contenido, pero ahora está avanzando. Puede que me queden un par de meses más.

Eso llamó la atención del coronel. Levantó la cabeza.

Morales parecía sorprendido. Se levantó y se paseó detrás de su escritorio. El desgaste de la alfombra demostraba que era algo que hacía a menudo.

—¿No se puede hacer nada? ¿Coronel?

El coronel hizo un pequeño movimiento de cabeza. Morales se tocó la camisa inconscientemente, justo sobre el lugar donde tenía una cadena con una pequeña cruz.

—Lo siento —me dijo.

—Como el chiste del hombre que cae, de momento estoy bien —respondí. Esta era la apertura que había estado esperando—. Capitán, ¿todavía confías en mí?

Morales frunció el ceño.

—Claro, confío en ti, Farrell. Siempre lo he hecho. Estás loca de remate, pero...

—Pero en un par de meses seré una vampira. ¿Todavía vas a confiar en mí?

Morales se sentó de nuevo y lo pensó bien.

—Sí —dijo finalmente—. Y si puedo confiar en ti, ¿por qué iba a suponer que tu versión vampira sería necesariamente diferente?

—Gracias, capitán. Hago hincapié en eso para explicar cómo me gustaría llevar esto adelante: un ciudadano sigue siendo un ciudadano, sea vampiro o no.

El coronel se removió, pero no dijo nada. Hoy había estado muy callado y eso me preocupaba. Por su parte, Morales seguía con la mirada pensativa, pero no me desafió.

—Bien. Lo primero es lo primero, no se llaman a sí mismos vampiros. Se llaman a sí mismos Athanate.

Les conté todo lo que Diana me había autorizado a decir, que era prácticamente todo lo que sabía, hasta la tensa situación política. Según lo acordado con ella, no mencioné la Asamblea de Athanate de la próxima semana, ni la complicación de que Skylur tuviera que mantenerse al margen para tratar con ellos. Tampoco les dije que ya sabía dónde estaba la Casa Altau.

—...y por eso, pide una reunión con el coronel para establecer un protocolo sobre cómo se va a manejar esto. —Se hizo el silencio

cuando terminé.

El coronel lo rompió.

—Me siento halagado, pero no tengo la suficiente autoridad —dijo —. Ni siquiera estoy en el área adecuada. Solo estoy involucrado por lo que pasó en la unidad.

—Ella lo sabe, coronel. No espera que usted venga con un tratado. Ella confía en mí. Yo confío en usted. Tenemos que encontrar a alguien en quien podamos confiar en la administración. Hacer crecer el grupo con cuidado hasta que lleguemos al presidente.

Todos nos callamos por un momento. No es que no supiéramos a dónde apuntábamos, o que no nos diéramos cuenta de quién tenía que involucrarse en la negociación de un pacto entre humanos y vampiros en América, pero decir el nombre «presidente» tiene su propia magia.

—¿Y hasta entonces? —dijo el coronel.

—Hasta entonces, soy el intermediario. Con suerte, podré contener los problemas que tiene el nuevo Athanate. Si creo que no puedo, se lo diré. Y diré esto al principio: Puede que no le diga todo lo que sé, pero no mentiré. Y haré lo mismo con los Athanate.

A Morales le pareció bien no estar en la reunión siempre y cuando se le informara. No le gustó tanto el compromiso de no decírselo a nadie más hasta que decidiéramos que era el momento, pero lo entendió.

Abrí mi ordenador portátil y tomé algunas fechas posibles del coronel para discutirlas con Diana. Se inclinó y las señaló. Su dedo pasó por encima de un domingo, uno en el que había escrito uno de mis chistes privados: decía NAVY.

—¿Qué tiene que ver la Marina con esto? —preguntó.

—Nada. Eso significa «No soy vampiro todavía»[2]. Lo cambiaré por «NAY».

Sonrió un poco. No es que esperara que se riera a carcajadas, pero es evidente que mis chistes ya no son tan buenos como antes. Siguió mirando el calendario, probablemente con un par de meses de antelación.

—Los científicos quieren que vuelva usted para una revisión —dijo.

—Ya tuvieron su oportunidad, coronel. Nunca saldré si me clavan las garras ahora.

No respondió.

—Le diré algo —dije—. Entiendo que no pueden estudiar esta cosa con precisión sin un sujeto de prueba a tiempo completo. Puedo arreglar eso.

—¿Cómo? —Me miró, frunciendo el ceño.

—Traiga a uno de los científicos aquí, y me encargaré de que lo muerdan.

Los dos se limitaron a mirarme. Me rendí. Hoy no se iban a reír. Volví a los temas de la reunión. Saqué la carta de Krantz y la dejé sobre la mesa.

—Este gusano acaba de discutir el caso con uno de mis clientes. Creo que eso puede ser ilegal. Gracias por sacarlo de mi caso, pero lo está interpretando un poco a la ligera. —Dejé la carta del Departamento de Veteranos a su lado—. Y para que conste, no quiero estos pagos.

El coronel no habría ignorado la idea detrás de eso. No podía renunciar al ejército porque ya no estaba en él. Estaba haciendo lo siguiente, diciéndole que no sentía que tuviera control sobre mí; ya no trabajaba para él.

Hizo caso omiso de todo eso y recogió la carta.

—Si ha hablado con un cliente suyo puedo hacer que lo reprendan y lo reasignen —dijo.

Sacudí la cabeza. Eso sería descender al nivel de Krantz. En cualquier caso, había hecho todo lo posible y no había sido mucho.

—Puede que tenga algo de razón con el resto. No puede hacerme nada más. Déjelo en paz.

Terminamos. No estaba satisfecha con el desarrollo de la reunión. Tenía una exigencia concreta sobre las reuniones con Diana, y aún no había obtenido respuesta, pero el coronel no se iba a dejar inmovilizar hasta que hubiera tenido tiempo de pensarlo. Morales intentaba ayudar y se comportaba con normalidad, pero cuando creía que no le miraba, me miraba como si pudiera ver mis colmillos. Podría tener más problemas en el futuro por ese lado.

Nos acompañó hasta el vestíbulo y nos estrechó la mano a ambos. No podía decidir si había soltado mi mano más rápido de lo normal, o qué debía pensar al respecto si lo había hecho.

Hubo un momento en el que el coronel se alejó unos pasos y Morales se inclinó y me murmuró.

—Vas a tener que explicarle a la señora Kingslund que la has cagado con Hoben.

Asentí con la cabeza. Por supuesto que sí y no la culparía si me despidiera.

Fuera del edificio, el coronel y yo nos detuvimos bajo el frío sol de otoño. Cerré los ojos y sostuve mi rostro a la luz. Arriba, en las colinas, los álamos temblones estarían moviéndose. Las laderas parecerían haberse incendiado. Quería olvidar esta mierda e ir a caminar por el bosque, llenar mis pulmones de aire limpio y mis oídos con el susurro del viento en las hojas.

El coronel me cogió del brazo y me hizo bajar con un golpe. Creo que nunca me había tocado.

—Farrell, debería haberle dicho esto cuando me llamó el lunes. Es Top.

Se me apretó el estómago. El sargento mayor Gabriel Luther Wells era una piedra angular para mí, un punto de referencia al que podía recurrir cuando me sentía perdida. Si no estaba segura, «¿qué haría Top?» era la pregunta que me hacía. Pero las operaciones especiales no eran un destino seguro, y el tono del coronel Laine era sombrío.

Dios mío, Top no.

—Está en Rooks. No tiene mucho tiempo. Pidió verle.

Me quedé allí, con ganas de gritar. Rooks no era el hospital de heridos de combate, era el hospital de cuidados paliativos para veteranos, donde los soldados perdían sus últimas batallas contra los enemigos internos. *Top no, cualquiera menos Top.*

—¿Cómo va a volver? —dije, parpadeando. Mi voz era tranquila, como si estuviera separada del resto de mí.

—Tengo un asiento en un Gulfstream que transporta oficiales en una hora. Hay una plaza disponible. Puedo llevarle a Rooks. Trataré de conseguirle un vuelo de regreso, si hay uno mañana.

Asentí con la cabeza, sin confiar en mi voz, y dejé que me guiara hasta donde el soldado sin nombre esperaba en un coche. Una hora después, estábamos en el Gulfstream del ejército. Un par de generales se sentaban en los grandes asientos centrales y nos ignoraban.

El coronel trabajaba en su portátil. Yo miraba por la ventana.

Top era indestructible. Era imposible que algo como el cáncer pudiera matarlo, ni siquiera se atrevería a atacarlo. Sabía que esto tenía que ser un truco para subirme al avión. Una escolta de Ops 4-10 estaba esperando a que aterrizáramos y me llevaría a una celda acolchada donde el equipo de Obs podría retenerme para siempre.

Capítulo 40

No había ningún grupo esperando para detenerme al aterrizar. Solo un soldado encargado de llevar a un civil a Rooks: la eficacia impersonal del ejército ofrecida amablemente a un forastero. Debí decir algo al coronel antes de que se fuera en la otra dirección hacia la base. Espero haber dado las gracias a mi conductor al bajarme en Rooks. Debí de recibir indicaciones para llegar a la habitación. No recuerdo nada de eso.

No era él. Era imposible que Top cupiera en esa cama de hospital. Su enorme estructura debería haber estado desparramada por ella como un exceso de maderas de ébano, mal apiladas. El hombre de la cama estaba encogido, caído sobre sí mismo, aparentemente suspendido de los monitores grises por tubos y cables. Estaba dormido. Las luces eran suaves, la habitación era cálida pero antiséptica.

La primera vez que lo vi fue la tarde en que llegué a Operaciones 4-10, con otros veinte reclutas frescos. Habíamos pasado nueve meses de un curso de formación infernal. Habíamos sido reducidos de más de doscientos. Estábamos en forma, éramos duros, éramos listos, éramos los mejores reclutas de todo el maldito país. Y nos sentamos rígidamente en posición de firmes al fondo, mientras el resto de la sala, llena de veteranos de cinco y diez años de todas las ramas de los servicios, se mezclaba, intercambiaba historias inverosímiles y nos echaba una mirada poco amable. Estaban debatiendo cómo llamar al sargento mayor que iba a llegar. Votaron por Gunny. En la parte de atrás, nos abstuvimos, lo que nos valió algunos guiños por saber cuál era nuestro lugar. Había que ganarse el derecho a voto en este lío.

La sala se quedó en silencio cuando él entró. No medía dos metros, pero lo parecía. Probablemente no podría levantar un camión por sí solo, pero nadie habría apostado en su contra. No era el único afroamericano en la habitación, pero era como si su piel absorbiera la luz del aire.

Mierda, es el Señor Oscuro de los Sith, pensé.

Se colocó en la parte delantera en reposo del desfile y sonrió. A nuestro favor, nadie le devolvió la sonrisa.

—Tengo entendido que acaban de hacer una votación —dijo—. Eso está bien. Vivimos en un país democrático, el más grande del mundo. Dios bendiga a Estados Unidos. —Las tablas del suelo crujieron cuando su peso se trasladó a las puntas de los pies.

—Son mi unidad y me llamarán Top —dijo.

—¿Por qué sonríes, Fire-all[3]? —Sus palabras, en una fina imitación de su voz, me sacaron de mi feliz recuerdo y me devolvieron a la cruda realidad.

Le devolví la frase y le dije lo que había pensado cuando llegó aquella tarde. Se rio, con un movimiento de pecho.

—Y ya no se te permite llamarme Fire-all —dije.

—Oh, ¿todavía sensible? —dijo—. Nombres como ese viven para siempre.

Una vez me puso en un aprieto sobre qué armas utilizar al entrar en un edificio hostil, y le respondí con lo primero que se me ocurrió, una frase aparentemente inmortal: «disparar todas las armas a la vez».

Levanté su cama para que se sentara un poco más alto y acomodé sus almohadas. El saludo del tipo «cómo estás» me pareció un desperdicio de aire, así que no dije nada y me senté a su lado.

—He estado poniendo mi casa en orden —dijo—. Tengo que decir que esa es la ventaja de esto. —Su mano señaló la habitación y los monitores—. Seguro que sabes cuándo viene tu tren.

Se tomó su tiempo para mirarme. Tenía los ojos enrojecidos y cansados, pero no me engañé al pensar que se le escaparía algo, no más de lo que se le habría escapado en la unidad.

—Dime —dijo—. ¿Por qué has venido?

—Top, ¡tenía que hacerlo! Cuando el coronel me habló de ti. Y me dijo que habías preguntado. —Me froté la frente—. Supongo que como el coronel ha organizado el transporte para mí, debo tener un permiso.

—¿De qué estás hablando, de un permiso? —Frunció el ceño.

Me di cuenta de que no debía saberlo. No habría razón para que lo supiera una vez que me transfirieron de su unidad a la unidad de observación.

—Tuve que firmar un acuerdo antes de que me dejaran salir. No se me permite contactar con nadie en la 4-10.

—¿Quién...? —Le pitaron los monitores y se relajó con un visible esfuerzo—. ¿Quién te hizo firmar este acuerdo?

Tuve que pensar un rato.

—Su nombre era mayor Petersen. Supongo que era de algún departamento legal.

Entró una enfermera, me miró fijamente y echó un vistazo.

—Si sus signos vuelven a ser así, tendrá que irse —me dijo, antes de volver a su puesto.

Top se recostó y pude ver cómo obligaba que las lecturas volvieran a sus niveles de reposo.

—Eso de no poder hablar con nosotros es una gilipollez. Eso no es una mierda del departamento legal. Eso es alguien haciendo una jugada. Se lo diré al coronel Laine. Él lo aclarará. —Se quedó en silencio, mientras la comprensión de lo que había hecho se hundía en mí. Nadie en el 4-10 sabía del acuerdo que había tenido que firmar. Todos habrían pensado que me había alejado de ellos, habrían asumido que no me importaba, que mi vida en la unidad había sido una mentira. Me sentí enferma de rabia. No era de extrañar que hubiera pasado un par de años pensando que el coronel estaba decepcionado conmigo.

—Lo siento, Farrell. Todos pensamos que solo querías ignorarnos. Deberíamos haberlo sabido. Mucho antes de que le dijeras algo al coronel y él hablara conmigo.

Fruncí el ceño. ¿Qué era lo que había dicho que el coronel había preguntado en la última reunión? Se me ocurrió.

—Dije que volvería sin dudarlo, pero las cosas han cambiado.

—Como...

—Soy una maldita vampira, Top, casi.

—¿Y? Te permiten andar por Denver. ¿Atacas a la gente que no lo necesita?

—Nadie que no lo necesite. —Suspiré—. No es la 4-10, pero es un trabajo. Solo desearía poder ver las líneas con claridad. Ojalá pudiera estar segura de lo que me pasa.

—Dime —dijo inmediatamente. Cuando dudé, continuó—: No es que tenga otra cosa que hacer. Y prometo llevármelo a la tumba. —Su pecho se agitó con su risa sibilante.

Mi cabeza se sentía abarrotada de cosas que no podía contar a la gente. Tantas cosas que tenía que recordar, cada una con una etiqueta de a quién se la podía contar. Algunas de esas etiquetas eran mentiras, si Top tenía razón. Si no era a Top, ¿a quién? Sabía que no debía, pero empecé a hablar. Como si se hubiera roto un dique, nada más empezar, las palabras fluyeron. Repasé casi todo lo que había pasado en el caso y personalmente.

Nos tomamos un descanso cuando llegó su cena. Le envié un mensaje a Tullah, explicándole que estaba visitando a un amigo enfermo.

Entonces tuve que llamar a Jen. Le dije dónde estaba y le expliqué cómo le había fallado al dejar ir a Uniceja. Empecé a decir que entendería si ella quería que dejara el caso.

Ella me detuvo.

—Olvida eso, querida. Diablos, todos somos brillantes en retrospectiva. Arregla tus asuntos allí y luego vuelve. —Hizo una pausa—. Te necesito aquí.

La forma en que lo dijo me hizo sentir mejor. Terminamos, cogí un sándwich de la cantina y me dirigí a la habitación de Top.

Las enfermeras no parecían contentas cuando volví a entrar, pero Top les hizo un gesto para que salieran y yo terminé la historia.

Al final, Top estaba tumbado con los ojos cerrados. Creí que se había quedado dormido, hasta que habló, con frases entrecortadas y sin aliento.

—Tienes al mejor equipo disponible buscando a ese chef, que probablemente esté muerto. Y la policía también está buscando. Has descubierto problemas financieros en la empresa Kingslund. Tienes a un tipo revisando los ordenadores. Si no puede averiguar quién está detrás de esto, tienes al propio financiero al que puedes interrogar. Has identificado a los hombres lobo que destrozan el complejo.

Tienes a alguien de los vampiros que te puede poner en contacto con ellos. Tienes un buen equipo que protege a tu cliente. Tienes amigos poderosos que confían en ti. —Gruñó—. Me parece bien para una semana de trabajo. Entonces, ¿por qué escucho que es un problema?

—Creo que todo está conectado y no veo cómo ni por qué. Me siento estúpida.

—Jesús, Farrell, no se pierden los galones solo por quitarse el uniforme. Si se tratara de un cabo de mierda que te informara, lo regañarías por su actitud. Toda esta mierda negativa, es solo energía que no está siendo dirigida. Claro, puede estar conectado. Sigue haciendo lo que estás haciendo y lo descubrirás.

—Pero puede que no tenga tiempo. El recuento de priones sigue aumentando.

—¿Me estás diciendo que no tienes tiempo, soldado?

Me callé y agaché la cabeza para ocultar mi sonrojo. Cuando lo decía así, me dolía.

—No te preocupes, Farrell. Deja de preocuparte por lo que puedes llegar a ser. Usa lo que eres. Usa toda esa energía. Haz lo que puedas mientras puedas. Ninguno de nosotros puede hacer más. Y parece que tienes un trabajo muy importante por delante. No me refiero al caso Kingslund. Claro que eso es importante ahora, pero esta guerra Panethus/Basilikos es más importante a largo plazo. Suena como si se mantuvieran a raya unos a otros. Mantener sus números bajos matándose unos a otros. Esta guerra fría que tienen debe significar que hay más vampiros que antes. No puedo decir que esté contento con eso, pero, por lo que dices, lo peor es que gane Basilikos. Entra ahí con Altau y haz la diferencia para Panethus.

Se rio en voz baja.

—No era de lo que pensaba que iba a hablar. ¡Vampiros, brujas y hombres lobo! Mierda.

—Me alegro de que lo hayamos hecho. Me ha ayudado, aunque suene patético. —Le regalé una sonrisa—. ¿De qué querías hablar, Top? ¿Santos para la Super Bowl?

Resopló.

—Este año no. Tampoco sus Broncos. No, algunas cosas viejas. Cosas viejas, viejas. Lo que no significa que no sea importante. —Sus ojos se cerraron de nuevo y esperé pacientemente, arropada por el silencioso siseo y tic-tac del equipo.

—Cuando viniste a nosotros —empezó de nuevo—, enviabas todo tu dinero a casa. Me acabas de hablar de tu hermana. Quiero que me cuentes cómo sucedió eso.

Esto era algo doloroso que dejé enterrado en su mayor parte, pero él sabía la mitad, así que podría dárselo todo.

—Se remonta al 96, cuando mi padre se enfermó...

—Blane, ¿no es así? —interrumpió. Asentí con la cabeza. Por mucho que fallara, la memoria de Top era tan buena como siempre.

—Enfermó y el seguro no quiso pagar. Estábamos arruinados. Nos habíamos mudado a una casa más grande en una buena zona con una hipoteca, y ahora teníamos las facturas de la sanidad y luego los honorarios de los abogados. Solo teníamos los ingresos de mamá. Todo eso se lo ocultamos a papá. —Miré, sin ver, a la ventana. Era un día como hoy en otoño, en una habitación como esta en casa, llena de equipos que no podíamos pagar, y papá acostado durmiendo—. Una tarde estaba en casa, haciendo los deberes, sentada con él por si necesitaba algo. Estaba soñando y sonreía.

Sentí que la mano de Top se posaba sobre la mía. Se sentía como un papel viejo, seco y ligero.

—Cuando se despertó, le pregunté qué le había hecho sonreír, y me dijo que había estado soñando con que nos graduábamos en la universidad. Me hizo prometer que ocurriría. Supongo que todo lo que pasó después fue para conseguirlo. Pero lo hicimos, de la única manera que se podía hacer, Kath se graduó y yo ayudé a hacerlo realidad.

—Pero entonces has renunciado a esa promesa.

—No, Top, no era posible que las dos fuéramos a la universidad. Había que hacerlo así.

—No estoy hablando de entonces. Estoy hablando de ahora.

—Ahora no puedo ir a la universidad.

—No hoy, no mañana, pero algún día. Ahora eres una vampira, tienes más tiempo. —Se rio con la garganta—. Pero tienes que

prometérmelo.

No pude decir que no.

—Bien —dijo—. Entonces, cuando vea a Blane, podré decirle que su hija honra su memoria cumpliendo su promesa.

Bajé la mirada y cerré los ojos. Había algo que tenía que preguntarle.

—¿Top? —dije—. Los Athanate tienen esta cosa que cura a la gente. Podría...

—No, Farrell. Parece que tienes suficientes deudas que no puedes saldar. Y de todos modos no lo quiero. He hecho las paces. Me voy pronto.

Volví a bajar la cabeza. Tenía que intentarlo. Sabía lo que diría, pero tenía que intentarlo.

—Todavía no he terminado —dijo—. Y lo que viene es más difícil. Debería haber llegado a esto mucho antes. —Paseó su mirada lentamente por la habitación antes de volver a dirigirse a mí—. Sabes, Farrell, estuviste en punta en Sudamérica porque eras la mejor. Y gracias al trabajo que hiciste esa noche, nuestras bajas fueron la mitad de lo que habrían sido. Y, aun así, fue lo peor que hemos tenido.

—Gracias, Top. —Aun así, la he fastidiado. Mi escuadrón. Mi responsabilidad.

—Te lo digo porque la siguiente parte va a ser difícil. Casi no estuviste allí.

Le miré y esperé. Top tenía una razón para hacer y decir todo. No podía pensar que ahora dijera cosas que no eran importantes, por muy dolorosas que fueran para mí.

—Solo me visteis una vez que os unisteis a 4-10, pero yo seleccioné personalmente a cada uno de vosotros. Y también fui yo quien eliminó a cada uno. —Se limpió la boca con la mano, la barba sin afeitar raspando bajo sus dedos—. Tus instructores me pidieron que te expulsara de la formación avanzada cuatro veces en los dos primeros meses.

Volvió a hacer una pausa y tomó un sorbo de agua. Su mano volvió a la mía.

—Tuve tus archivos del entrenamiento básico e hice que el reclutador fuera a hablar con tu escuela. Sé lo que pasó.

Se me apretó el estómago.

—Hasta donde ellos saben, y eso no fue muy lejos, ¿verdad? Sabían que habías hecho ese salto loco desde la torre del reloj. Sabían que trabajabas por las noches y que le dabas el dinero a tu madre. Sabían muchas cosas, pero no sabían por qué hiciste ese salto, ¿verdad?

—No, Top —susurré.

—No estabas segura de tirar de la cuerda, ¿verdad?

—No, Top.

—Y eso es lo que pensaban tus instructores también. —Hojeó archivos imaginarios y leyó de ellos—. La recluta más capaz del grupo, inteligente, fuerte, rápida. —Se detuvo como en la última página—. Pero no está segura de querer vivir o no.

No podía decir nada. Tenía razón. Había tardado meses en encarcelar a la cobarde en un lugar donde no volvería a salir. Le demostré que no era ella. El miedo era la clave. Cuando sentía miedo, sabía que estaba viva, y sabía que ella estaba encerrada.

—Y calculo que fue la promesa a tu padre lo que te hizo seguir adelante.

Sacudí la cabeza.

—Mira —dijo suavemente—. Una chica llega a la básica con el pelo cortado como tú, no mira a un hombre durante los dos primeros años, se lanza a todo lo peligroso que hay... Sé lo que pasó, Farrell. No los detalles. Y no te voy a decir ninguna tontería de que sé cómo te debes haber sentido. Pero me dolió verlo, y te digo esto: Nunca me he sentido más orgulloso de un soldado de mi escuadrón, como cuando seguiste y llegaste a sargento.

Los sargentos no lloran. En realidad, ni siquiera se les permite inclinar la cabeza, así que levanté la mía y le miré de nuevo, pero seguía sin poder decir nada.

—Ahora la parte realmente difícil —dijo, con la voz ronca—. Lo has enterrado. Supongo que lo usas. Pero no lo has arreglado. Eso y algo más te está masticando las tripas. No sé qué es ese algo más, y

tampoco estoy seguro de que tú lo sepas. Pero estas cosas tienen una forma de salir cuando no quieres.

Su voz era cada vez más débil.

—Iba a sugerirte que hablaras con el coronel. Es mejor en esas cosas de lo que crees. Está de tu lado. Pero por la forma en que hablas, creo que será alguno de tus nuevos amigos. —Sus ojos perdieron el foco por un minuto y se quedó callado. Tuve que inclinarme hacia delante para escuchar sus siguientes palabras—. Estás confundida por muchas cosas, por lo que te pasa, por lo que le pasa a tu cuerpo, por lo que sientes. Pero debajo de todo eso, sigues siendo tú. Si te aferras a eso, no puedes equivocarte mucho.

Su mano agarró la mía, sorprendentemente fuerte todavía.

—Escúchame por última vez. Tienes que jugar la mano que te toca.

Una enfermera entró detrás de mí.

—Tiene que irse ya, es demasiado tarde. —Empezó a anotar las lecturas de los monitores—. Solo la familia debe estar aquí. —Se detuvo de repente y me miró—. Usted no es de la familia, ¿verdad?

Top se rio con su risa burbujeante y sibilante.

—¿Familia? ¡Esta india pálida! Enfermera, ¿no ve que soy un Señor Oscuro de los Sith? —Nos reímos juntos, aún más fuerte ante la incomprensión de la enfermera.

—Adiós, Amber —dijo.

—Adiós, Gabriel —susurré.

Capítulo 41

JUEVES

Volví a pie al aeródromo. No había ningún otro lugar al que fuera a ir y solo me llevó un par de horas. Por suerte, aquí abajo el tiempo era más suave que en Denver. Tardé casi el mismo tiempo en entrar en la base que en llegar andando. Los guardias de la puerta comprobaron mi identificación una docena de veces antes de dejarme pasar.

Una vez dentro, el jefe de carga me confirmó que tenía un viaje en un transporte Hércules que salía a las 8 de la mañana. Me puse a ayudar al jefe de carga, y a las 8:05, estaba colgando en las mallas en el vientre de la bestia.

Me sentía aturdida y alejada de todo. No había nadie con quien pudiera hablar de Top. Nadie que pudiera sustituirle. Nadie que pudiera compartir mi dolor. Pero el mundo seguía girando y esa noche no había dormido. Estar sentada en las mallas escuchando el estruendo de los motores era como volver a casa y me quedé dormida hasta que aterrizamos en el Campo Buck a primera hora de la tarde. Una serie de autostops y caminatas me llevaron finalmente a mi coche y conduje de vuelta a casa de Jen.

Tullah me mandó a ducharme y cambiarme, negándose a hablarme de nada hasta que lo hiciera, así que pasaron casi las 5 de la tarde antes de que me pusieran al día.

Matt había extraído los datos de los ordenadores de Verdoon y se los había pasado. Tullah había trabajado en los archivos durante el día, llamando a Jen para preguntarle sobre nombres de personas y empresas. Observé que Jen había dado por supuesta la participación de Tullah, lo que había funcionado bien.

No había ninguna pistola humeante. Supongo que eso habría sido demasiado fácil, y quienquiera que estuviera detrás de esto y comoquiera que lo hubiera hecho, se había manejado con mucho cuidado. De los datos se desprendía que Verdoon había sido la

persona que había firmado todos los movimientos de dinero importantes del último mes. Lo que no estaba claro era por qué.

Había archivos encriptados en su área personal que Matt no había podido descifrar. Tullah estaba decepcionada, pero sabía que la «encriptación de grado militar» que ofrecía incluso un software barato era extremadamente fuerte. Esto no era la televisión, donde el mago del laboratorio se queja cuando el jefe solo le da una hora para descifrar los archivos. Un superordenador podría descifrar esos archivos por fuerza bruta dentro de unos años. Para nosotros, o bien encontrábamos una nota adhesiva con la contraseña, o bien encontrábamos algo en la vida personal de Verdoon que nos diera una pista. Matt estaba trabajando en eso, indexando los archivos de Verdoon y probando palabras encontradas en ellos como contraseñas.

Me llevé un USB de Tullah con una copia de los correos electrónicos de Verdoon para echarle un vistazo más tarde.

—Dime, Tullah —dije, cambiando de tema—. ¿Por qué tu guía espiritual no está en la lista de aprobados?

Miró alrededor del estudio.

—Esto es lo suficientemente privado —dije.

—No. No puedo explicarlo. Umm, caminemos un rato por los jardines. Te mostraré.

Su rostro era cuidadosamente impasible, pero por alguna razón, tuve la sensación de que había un loco regocijo hirviendo bajo la superficie. Sentí que mis ojos querían volver a rodar: estaba a punto de conseguir otro secreto que no podía compartir con todo el mundo. Estaba intrigada, aunque la idea de guardarle secretos a Mary me ponía nerviosa.

Atravesamos el salón y salimos por las puertas del patio. Hacía frío: el último fin de semana, Jen había estado aquí sentada al sol, pero las temperaturas habían bajado y ahora parecía que la nieve estaba a la vuelta de la esquina.

Pasamos por el helipuerto y seguimos bajando hasta que nos encontramos entre los alerces. Me encantaban por ser diferentes, por parecerse a los pinos, pero por volverse dorados y dejar caer sus

agujas en otoño. En el jardín de Jen estaban rodeados de cipreses. Nuestros pasos crujían sobre las agujas secas.

Una vez que me aseguré de que estábamos lejos de los guardias que patrullaban, pregunté:

—¿Cuál es la lista de aprobados?

—Oh, los animales predecibles, las cualidades conocidas. Guías espirituales estándar como el oso y el puma, el lobo y el águila. A los Adeptos les gustan porque son más seguros. Saben lo que les espera.

—¿Tienes algo que nadie más tiene?

—Hmm. Creo que sí. Al menos por aquí. —Metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Vale, Tullah, estamos solas aquí fuera. Sé que tienes ganas de decírmelo. Recuerda que no puedo prometer que no se lo diré a Mary.

Tullah hizo una pequeña expresión de puchero.

—Mamá se enterará algún día. Si buscara lo suficiente, lo sabría ahora. Solo quiero demostrar que no es peligroso primero.

Se detuvo y se volvió hacia mí, esbozando una enorme sonrisa.

—Será más fácil mostrarte.

Me quedé allí, en la penumbra susurrante bajo los alerces, y esperé. Sentí que algo se agitaba en el aire alrededor de los hombros de Tullah. Ella echó la cabeza hacia atrás y se rio, levantando los brazos.

—Es tímida. Vamos, bebé, solo es Amber.

¿Bebé?

Hubo un movimiento brillante, como un tramo de río que pasaba por detrás de la cabeza de Tullah, y luego otro que corría delante de ella, en la otra dirección. De repente, hubo una torre de ellos, deslizándose uno al lado del otro, y la sensación de un enorme cuerpo dorado agitándose, desenrollándose. En lo alto, un ojo enorme se abrió y me miró desde debajo de una frente acorazada. Una cabeza tan grande como un camión emergió y se abalanzó hacia mí, con una boca que se abría como una trampilla al infierno.

—Oh. ¡Mierda! —Me caí de culo y empujé las manos inútilmente delante de mí. Mi corazón se olvidó de latir.

La cabeza se detuvo y giró para dejar que un enorme ojo rubí me inspeccionara de cerca. Una lengua como una toalla roja bifurcada salió y probó el aire que me rodeaba. Luego se retiró. Durante un segundo, todo el cuerpo escamoso y brillante se extendió hacia el cielo del atardecer, con las alas desplegadas, antes de disolverse en un parpadeo de luces que cayeron a la tierra y desaparecieron como fuegos artificiales.

Mi último vistazo al rostro mostró la misma sonrisa traviesa y autocomplaciente que lucía Tullah. Sabía exactamente qué reacción quería de mí.

—¡Mierda! —volví a decir—. ¿Bebé? Tullah, eso es un maldito...

—Dragón. Sí. Es muy bonita, ¿verdad? ¿Ves por qué no pude mostrártelo en el interior?

Cuando Mary había hecho visible su guía del oso en el restaurante, había podido restringir su visión a mí. Tullah aún no había conseguido ese control. Un guardia se acercó a preguntar por los fuegos artificiales que había visto. Señalamos a lo lejos, más allá del Country Club, y nos encogimos de hombros. Esperaba que estuviera lo bastante oscuro como para que no nos viera intentando aguantar la risa.

Al volver a nuestra oficina, nos llegó un mensaje de Jen. Iba a estar ocupada hasta tarde con la organización del baile. Tullah se dirigía a casa, enormemente satisfecha de sí misma, y yo decidí que tenía que estar fuera, haciendo cosas.

El trayecto hasta la casa de la Sra. Desiarto me resultó familiar, pero a la vez extraño. Hacía más de una semana que no estaba aquí, pero parecía mucho más tiempo.

Muchas cosas cambian en una semana, supongo. La Sra. Desiarto no estaba contenta conmigo. Primero nada de novios, gritó, luego me voy una semana sin decirle nada y luego tengo a los novios equivocados en medio de la noche. ¡Dos! ¡Dos! La vergüenza, el ruido, la grosería, ¿en qué estaba pensando?

—Sra. Desiarto, no tengo un novio, y mucho menos dos. Y ayer hizo una semana que no volvía por aquí.

Parpadeó como si yo hablara en otro idioma y luego continuó donde lo había dejado, para no distraerse de su torrente de quejas.

Imaginé que el verdadero problema era que yo no había pasado por allí ni le había dado la oportunidad de hablar durante la última semana.

Era el momento de mudarse a otro lugar. Sin duda, Diana esperaba que me instalara pronto en la Casa Altau. De momento estaba en casa de Jen, aunque me sentía incómoda por darlo por hecho.

La Sra. Desiarto me arrebató las llaves de la mano. Parte de mi paranoia siempre había sido que solo yo tuviera las llaves de mi habitación, así que ella no había tenido la oportunidad de echar un vistazo a hurtadillas y ver qué destrozos podía dejar una orgía tan pervertida.

Giró la llave en la cerradura y por fin volví a pensar. Me abalancé sobre ella, demasiado tarde para impedir que abriera la puerta.

Capítulo 42

La explosión fue pequeña y dirigida. Si la oyeron, los vecinos probablemente pensaron que era un coche que se incendiaba.

La Sra. Desiarto no oyó nada. Supuso que la había atacado, y tenía una defensa: su voz. Gritó todo lo que pudo, que resultó ser como la sirena de una ambulancia.

Era solo la segunda vez que veía al Sr. Desiarto. Salió a trompicones al porche, esperando que hubiera cuerpos tirados en la carretera y los restos enmarañados de al menos tres, quizá cuatro coches. Sin embargo, la Sra. Desiarto yacía en el porche sin más daños que unos cuantos moratones. Yo había caído encima de ella. Quería engañarme a mí misma de que se trataba de una acción protectora por mi parte, pero creo que simplemente estaba cansada de cargar con los moratones todo el tiempo.

En cuanto a mí, estaba arrodillada junto a la puerta, mirando alrededor. La propia puerta era una ruina, destrozada por los disparos. No parecía haber nada más a punto de estallar, y entré con cautela.

La caja estaba clavada en el suelo. Era un diseño sencillo, una conexión eléctrica rota por la apertura de la puerta, que activaba un circuito y activaba un par de cartuchos de escopeta sostenidos en tubos cortos de hierro. Simple, eficaz y letal. Una dulce sensación de alivio me inundó. Si la Sra. Desiarto no hubiera venido a quejarse de mí, habría atravesado esa puerta.

Los tubos de hierro estaban metidos en los agujeros de los ojos de una máscara de cráneo. Los ojos de la Muerte. Esto era obra de Uniceja.

El apartamento había sido saqueado. Esperaba que una vez que mi casera recuperara la cordura, viera que ni siquiera la más enérgica de las orgías podía ser responsable de la devastación del interior. Todos los muebles habían sido desmontados, todos los cajones vaciados, la ropa rota, los libros desgarrados. El colchón estaba abierto, la pequeña nevera vaciada en el suelo. Mis bragas estaban clavadas en el colchón con un cuchillo.

¿Qué buscaban? ¿Por qué los mensajes? ¿La máscara y las bragas? Porque había una buena posibilidad de que no me hubieran matado con esto. Uniceja no habría sabido que yo tenía las únicas llaves del apartamento. Por lo que a él respecta, podría haber sido la Sra. Desiarto, y en ese caso, quería que supiera que él había sido el responsable y lo que haría si me ponía las manos encima.

Me retiré sin tocar nada.

—Sr. Desiarto. —Le agarré y le aparté de su mujer, que se había sumido en un lamento lastimero. Le mostré el aparato y los daños—. Estos hombres son peligrosos y pueden volver. Es muy importante que entre y se quede allí. Voy a llamar a la policía.

Me miró con los ojos muy abiertos y con la boca desencajada mientras los acompañaba al interior de su casa.

Cerré la puerta de mi apartamento y la sujeté moviendo una silla del porche delante de ella. Luego llamé al teniente Edmunds al número que Morales me había dado. Puede que esto no sea exactamente lo que pretendía el equipo de Snakebite, pero pediría perdón antes que permiso.

Edmunds fue tan rápido como antes. Él y un pequeño equipo llegaron allí en media hora.

Después de contarle a Edmunds lo poco que pude, intenté llamar a Morales, pero solo conseguí su buzón de voz.

Edmunds me echó y me dijo que hablaría con Morales.

—No sabemos qué demonios está pasando, Farrell —dijo, fuera del alcance de los demás—. Pero Morales nos ha asignado que estemos disponibles. Si esto no son vampiros, sigue siendo un crimen. Adivina a qué dedicamos el resto de nuestro tiempo.

Se aseguró de tener mis datos de contacto correctos.

—Morales confía en ti. Estás del lado de los ángeles, ¿eh? —Sonrió, un poco ladeado—. Y si los demonios están intentando esto, debes estar perjudicándolos. Sigue, no puedes hacer nada más por el momento.

—Cuídate —dijo tras de mí.

¿Qué había hecho yo para merecer este tipo de apoyo? Me alejé rezando para que encontraran algo significativo que cerrara el caso antes de que me pillara una cosa así.

Definitivamente, eso hizo que quedara fuera de la casa de los Desiarto. Me enfadé y me escandalicé, por supuesto, pero me sentí mal al saber que la trampa podría haber matado a la Sra. Desiarto.

Pagaría los daños de alguna manera y tendría que encontrar otro lugar donde alojarme. Casa Jen era el lugar más obvio por el momento, y con suerte, cuando terminara su caso, no sería tan peligroso volver a conseguir un apartamento. Me sentía incómoda por depender de ella mientras tanto. Aunque solo me quedara un par de días, tendría que hablar con ella mañana, si tenía tiempo.

En cuanto al resto, bueno, no estaba tan mal. Tenía la mitad de mi ropa destrozada en el suelo del apartamento y la otra mitad repartida entre el maletero del coche y la suite de invitados de Jen. Por suerte, todo lo que realmente necesitaba lo tenía conmigo. Había perdido mis libros, pero podía volver a comprarlos. No soy una chica material.

Me giré hacia Wash Park y lo dejé atrás. Era hora de patear el culo del hermano pequeño.

Su coche no estaba fuera y las luces de su casa estaban apagadas. Llamé a la puerta de todos modos, pero todo estaba en silencio. Comprobé los dos teléfonos móviles y me salió el buzón de voz. Al final, me dejé llevar.

Estaba todo limpio y ordenado, excepto por la cama sin hacer y una pila de ropa sucia. No había nada que sugiriera ningún problema, y lo que podía hacer tenía un límite. Dejé un mensaje malhumorado en la mesa y me dirigí a casa de Jen.

Todavía estaba fuera, ocupada con el comité del baile, supuse.

Frustrada, me cambié y salí a correr por el parque Takayama y por el sendero que atraviesa Glendale y llega hasta el parque Judge Joseph. La pistola hacía que la riñonera fuera incómoda, pero el ejercicio seguía aliviando las tensiones. En el Judge Joseph, di la vuelta y volví corriendo. Todo el camino.

Me sentí extraña de vuelta a la casa. Cansada, por supuesto, pero no tanto como debería, y con una mezcla de desesperación y euforia a partes iguales. La forma física normal solo puede llegar hasta cierto punto. No debería haber sido capaz de esprintar los cinco

kilómetros de vuelta. Este tipo de rendimiento solo podía significar que estaba más cerca de convertirme en Athanate.

Al minuto de volver, mi ritmo cardíaco había bajado a un nivel de reposo. En el baño, me desnudé. Estaba acalorada, sonrojada y sudando, pero mi respiración había disminuido casi tan rápidamente como el ritmo cardíaco. Miré mi cuerpo en el reflejo del espejo de cuerpo entero. Abrí la boca y me miré los dientes. Quería ver algo diferente, algo que pudiera señalar y decir que había *cambiado,* pero no había nada.

Apoyé mi frente en el espejo.

—Así es como se ve una vampira, Tara —murmuré.

—Todavía no —respondió ella.

Después de mi ducha, hice lo que Top dijo que debía hacer y dejé de lado todo lo demás mientras pensaba de nuevo en el caso de Jen.

Me senté en el salón, envuelta en el albornoz y haciendo equilibrios con el portátil sobre los muslos. Ojeaba alternativamente los correos electrónicos de Verdoon y las hojas de cálculo financieras del Grupo Kingslund, concentrándome en los activos en efectivo. Un poco de ron guyanés me calentó el estómago y engrasó mis pensamientos.

Cuando terminé, había dos cosas nuevas que habían surgido.

En primer lugar, sea cual sea el juego de caza de la dama que Verdoon estaba jugando con su baraja de los activos de efectivo del Grupo Kingslund, tenía que terminar pronto. Se estaba quedando sin reservas que mover. Incluso como controlador financiero, había un límite a lo que podía ocultar.

En segundo lugar, había un indicio sobre la procedencia de la clave de su comportamiento. La vida privada y la profesional de Verdoon estaban bien separadas en la mayoría de los aspectos, y sus correos electrónicos desde el ordenador del trabajo tenían que ver principalmente con los negocios. Los correos personales que me llamaron la atención eran de hospitales. Una persona estaba muy enferma y había correos electrónicos regulares de estados de cuenta copiados a su correo profesional. Supongo que Verdoon estaba pagando las facturas. Nada de lo cual habría sido especialmente

significativo hasta que el nombre del hospital cambió a uno de Nuevo México, poco antes de que el dinero de Kingslund empezara a trasladarse a nuevos depósitos. Era el más pequeño indicio de una conexión, pero me pareció correcto.

Envié un correo electrónico a Jen con mis notas, evitando decir por qué Nuevo México me llamó la atención. Luego envié un correo electrónico a Víctor, pidiéndole que investigara los hospitales y averiguara quién estaba siendo tratado.

Me fui a la cama.

Estaba durmiendo más tarde cuando la puerta del dormitorio se abrió en una rendija, despertándome. Me tensé, pero solo era Jen. Se asomó a la oscuridad y luego la puerta volvió a cerrarse en silencio. Estaba comprobando que yo estaba dentro.

Mi corazón empezó a acelerarse y me empezó a doler la mandíbula. Apreté los dientes y esperé a que las sensaciones pasaran. Mi lectura de priones había llegado a 0,5 esta tarde. Tal vez no iba a ser posible quedarme aquí, por la seguridad de Jen. Ahora no podía volver a Obs. Volvería a esa celda. Mis opciones se reducían cada vez más.

Somos tu puerto cuando lo necesites, había dicho Diana.

Capítulo 43

VIERNES

Me olvidé de las preocupaciones de la noche anterior y disfruté de mi corto viaje por la mañana.

Estaba hablando por teléfono para confirmar el acceso del equipo de Víctor al centro de convenciones cuando Tullah y Jen entraron en el estudio, riendo. Tullah había pedido que le mostrara la casa, y Jen había estado encantada de complacerla.

—Puedes usar el gimnasio o la piscina, por supuesto —le decía Jen a Tullah—. Amber utiliza el gimnasio, y da gusto verla.

Colgué y les ofrecí un café. Tullah había traído las nuevas tarjetas de visita de la imprenta y abrí el paquete.

—En el momento perfecto —dijo Jen—. Las necesitarás esta noche. Deberías haber recibido un pack de bienvenida con las entradas para el evento en el que se indica a los invitados que traigan tarjetas y las intercambien con todo el mundo: parejas de baile, gente de su mesa, etc. Ethel, la Sra. Harriman, es partidaria de que todo el mundo se mezcle y haga contactos.

Saqué las tarjetas y mantuve mi rostro cuidadosamente neutral. Tullah se había excedido en esto. El color de fondo era piel bronceada. Junto con el eslogan «*Fiable - Eficiente - Discreta*», la información de contacto estaba escrita en negro en la esquina inferior derecha con una lánguida letra cursiva que reconocí con un sobresalto.

—Copié el estilo de letra que usaste para la placa de Tara —dijo Tullah—. No parece ser un tipo de letra estándar, así que me inventé las letras que necesitaba. ¿Está bien?

Había diseñado el tipo de letra en la escuela cuando se me ocurrió hacer la placa. Recuerdo haber pensado que *así es como escribiría Tara*. Tullah había acertado con el estilo.

—Está bien, Tullah —dije—. Solo me he llevado una pequeña sorpresa.

—El color es tu tono de piel —dijo Jen, sosteniendo uno contra mí, y tenía razón, estaba cerca.

—Son preciosas —le dije a Tullah—. Aunque posiblemente no es lo que se espera de un investigador privado.

—No seas estirada —dijo Jen—. ¡Oh, mira la hora, tengo que irme! Nos vemos en el baile, querida. —Nos besamos las mejillas y se marchó a toda prisa.

—Son buenas, de verdad, Tullah —dije—. Gracias por hacerlas.

—Es un placer. —Miró alrededor del estudio—. Jen es muy agradable y la casa es impresionante.

—Esta oficina es solo temporal, hasta que esto haya acabado.

Se acomodó y empezó a trabajar en los correos electrónicos.

—Sí, pero aun así es muy amable de su parte dejarnos usar el lugar. Le gustas.

—Sí. Parece que te llevas bien con ella —dije sin compromiso.

—Sí, pero...

—Y con Matt también, por lo que tengo entendido. —*¡Wow!* Tullah se sonrojó enseguida.

Se apresuró a cambiar de tema.

—Quería decirte que, si quieres, te ayudaré hoy, puedo conducir. Me encantaría ver el vestido.

Sonreí.

—Vamos en marcha. Tendrás que llevar tu cámara. Mi madre necesitará fotos para demostrarle que es real.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Puedo sentir que el sol se va poniendo, no por la luz que falta, sino por el debilitamiento del millón de certezas que me han mantenido a raya. Bajo las frías estrellas, los cerebros parlanchines me dejan ser.

¿Cómo me siento? Es la adoración de las multitudes, es la fuerza, es el deseo de los desconocidos y el miedo de los que saben. Me dirijo a la recepción, disfrutando de las cabezas que se giran. La seda verde medianoche ondea con mi movimiento.

El portero está demasiado aturdido para aceptar mi billete de entrada. Se lo aprieto en la mano y le paso un dedo enguantado de

color verde brillante por la mandíbula floja. Tiene una bonita línea.

Paso por los escáneres, pero mis armas no son de metal.

Dentro, Jen se vuelve hacia mí, con los ojos azules muy abiertos. «Amber», dice, y ese es mi nombre, pero ¿es quién soy?

No es una mejilla lo que me ofrece y beso la suave tensión de su cuello. Oigo cómo su corazón salta ante mi contacto y su pulso late como una mariposa contra mis labios.

¿Qué estoy haciendo? ¡Para!

—Hola Jen, ¿cómo te va? —Me las arreglé para detenerlo todo.

Ella jadeó y se llevó la mano al pecho.

—Me has dado un susto —respondió, parpadeando.

Dio un paso atrás y me miró de arriba abajo.

—Oh, Dios mío, Amber —dijo.

—¿Te gusta? —Sonreí, extendí los brazos y giré lentamente sobre un tacón, tratando de despojarme del aura de supervampira. Ese pobre portero. Pobre Jen, también.

—Amber, me encanta. Es divino. No, es...

—No es justo, porque tú siempre vas muy elegante, y a mí siempre me has visto con vaqueros y camiseta. —Jen llevaba un vestido de seda rojo sin tirantes, un look sencillo y clásico que ella hacía especial—. Te ves maravillosa.

Le había dejado un beso de carmín de melocotón en el cuello, pero me di cuenta de que no se lo quitaba.

—¿Quién te ha peinado? —dijo. Mi pelo, normalmente atado hacia atrás en una coleta, era demasiado corto para algo elaborado como el recogido griego de Jen. Lo había dejado liso con un ligero rizo para enmarcar mi cara.

—Klara, la mujer de Werner, y Tullah. Se ocuparon por mí toda la tarde.

—Te queda bien —dijo Jen. Alguien se acercó y le murmuró.

—Estamos sentadas juntas en la cena —dijo Jen—, así que te veré en breve, pero tengo que dar la bienvenida a la delegación. Oh, si alguien pregunta, di que estás haciendo una consultoría de seguridad para mí.

Le di la mano y entré, dejando mi estola y mis guantes en el guardarropa.

De mi bolsa, tomé un pequeño auricular. Parecía un sistema de telefonía móvil, pero era un enlace de comunicaciones con el guardia de Víctor en el exterior. Había estado tan concentrada en mi efecto sobre el portero que no había mirado a mi alrededor para comprobar que todo estaba en su sitio. Accioné el interruptor y lo pasé cuidadosamente por una oreja, evitando los pendientes que me había prestado Lisa.

—Reynolds, aquí Farrell. ¿Estás despierto ahí fuera?

—Sí, señora. —Pude escuchar la sonrisa en su voz—. Bonita entrada. Muy discreta.

Me reí.

—Culpable. Comprobaré las comunicaciones de vez en cuando. Luego hablamos. —Volví a meterlo en mi bolsa.

Mi hermana estaba de espaldas a mí, hablando con un grupo cerca de la barra con Taylor a su lado. Había dicho que la vería antes del baile, así que me dirigí hacia ella.

El silencio y las cabezas giradas la alertaron. Se giró, con la cara tan vacía de reconocimiento como la de Taylor.

—Hola, Kath —dije.

—¿Amber? ¡Cristo! Tú... oh, todo el mundo —se aclaró la garganta —, esta es mi hermana, Amber.

—Solo Amber —le dije al hombre de su derecha, que había extendido la mano en señal de bienvenida—. No Amber Cristo. —Se rio. Obviamente, no era un mal tipo si le gustaban mis bromas.

Kath recuperó la situación con presentaciones por doquier, y luego se excusó y me llevó lejos.

—Qué sorpresa. Amber, no te había visto con un vestido desde el instituto. Te queda bien.

Y no me has dicho eso desde el instituto, pensé. Algo parecía haber suavizado un poco su actitud.

—Te prometí una revisión rápida de tu caso. —Bajó la mirada y frunció el ceño—. Creo que Carter es un idiota. Sus abogados piensan que es un idiota. En este momento, incluso él está empezando a pensar que es un idiota. Estará buscando una salida, pero la solución más fácil sería que te echaras atrás y entonces él podría ser magnánimo. Si no le damos eso, retirará la demanda de

todos modos en una o dos semanas. Déjamelo a mí, y hagas lo que hagas, no hables con él. Estará aquí esta noche.

—De acuerdo. Gracias —dije—, y gracias por aceptar el caso.

—Sí. Lo siento por eso, y por el almuerzo en casa de mamá. Supongo que Carter no es el único idiota. —Ella me dio una rápida e incierta sonrisa.

Sentí un destello de esperanza de que, una vez terminado esto, quizá podríamos volver a comportarnos como hermanas. No sabía las consecuencias que tendría para mí el hecho de ser Athanate, pero seguramente estaría bien para esto.

—Has estado bajo presión. Lo entiendo —dije.

—No sabes ni la mitad. —Miró a su alrededor para asegurarse de que no nos oía nadie. El creciente zumbido de las conversaciones de la gente en el bar nos daba total privacidad—. Me están evaluando para entrar como socia.

—Kath, es una noticia fantástica. —El bufete para el que trabajaba era de lo más cutre que había por aquí. Que Kath fuera considerada como socia con solo seis años de experiencia no tenía precedentes.

Me agarró del brazo.

—Por favor, no me lo estropees. Todos los socios están aquí esta noche.

—Los evitaré. Y si me hablan, seré recatada. Pero sinceramente, ¿qué podría decir que perjudicara tus posibilidades?

Los ojos de Kath giraron.

—Es tu sentido del humor, Amber. ¿Recuerdas al pastor? ¿Las ranas en la cama de Cassie? ¿O lo del jefe de mamá en la barbacoa aquella vez?

—Oh, sí. Los había olvidado. ¡Oh, Dios, eso fue divertido!

Ante la mirada de Kath, acallé las risas y puse cara de solemnidad. Bueno, solo tenía catorce años.

El sonido de un gong nos interrumpió. La multitud que rodeaba el bar se hizo más silenciosa y empezó a dirigirse hacia las escaleras mecánicas del salón de baile. Jen estaba haciendo pasar a la gente y me saludó con la mano.

—Aléjate de Kingslund, es un problema —dijo Kath.

—No seas tonta, solo es un poco extrovertida. De todos modos, le estoy alquilando temporalmente una oficina en su casa junto al Country Club. La estoy asesorando en materia de seguridad.

Parecía sorprendida, pero antes de que pudiera decir nada, continué:

—Quería decirte que tú también tienes buen aspecto. Pareces una socia de un bufete de abogados impresionante, hermanita. Estoy orgullosa de ti.

Kath me sonrió para agradecerme mientras Taylor aparecía a su lado para llevarla a impresionar a los socios. Me alegré por ella. Preferiría limpiar alcantarillas antes que trabajar en un bufete de abogados, pero a Kath le encantaba, trabajaba duro en ello, y esta era su merecida recompensa.

Me centré en el rojo intenso del vestido de Jen y me dirigí a su lado.

Los asistentes estaban dispuestos en mesas redondas con una docena de personas en cada una. Jen y el comité se habían esforzado por repartir la delegación internacional por toda la sala y sentarla con personas interesadas en el sector que representaban. Rápidamente se creó un murmullo de conversación.

Había llegado dudando de que alguien se interesara realmente por una investigadora privada y con la intención de dedicar mi tiempo a escudriñar la delegación comercial internacional en busca de mi contacto en el Athanate. Resultó que las personas que estaban a mi derecha estaban fascinadas por lo que hacía. Sin decirles ninguna mentira completa, aporté mi granito de arena al sector de la investigación. Jen se sentó a mi izquierda y entretuvo a su lado de la mesa con una actualización de sus planes para montar un hipódromo de Quarter Horse a las afueras de la ciudad.

Frente a nosotras se sentaba el delegado de Malasia, un empresario especializado en la fabricación de elementos de fijación de plástico. Me habría sido difícil saber si era Athanate a través de la mesa, pero no lo parecía.

En medio de la mesa estaba sentado Jack Tucker. Estaba callado, y solo intervenía para apoyar las ideas de Jen sobre el hipódromo.

Después del postre, Lloyd McIntire y Ethel Harriman se pusieron de pie y pronunciaron un breve discurso, agradeciendo a todos sus contribuciones, dando la bienvenida a los visitantes internacionales y esbozando las formas en que se gastaría el dinero recaudado.

El alcalde dijo unas palabras sobre lo maravilloso que era Denver.

El orador invitado era un empresario internacional y director general de una empresa minera. Habló bien y elogió a Denver por su mano de obra y la actitud positiva de la comunidad empresarial. Misericordiosamente breve.

Cuando los aplausos se apagaron, la orquesta empezó a tocar.

Jen me agarró la mano, sonriendo.

—Sé que sabes bailar. —Le había hablado de las clases de baile que había recibido, mencionando que, al ser la chica más alta del curso, casi siempre había tenido que bailar como pareja masculina—. Los miembros del comité tienen que predicar con el ejemplo.

Me llevó a la pista de baile.

La orquesta no esperaba a nadie tan temprano, pero empezaron con un simple chachachá, gracias a las estrellas. Por desgracia, teníamos la pista para nosotras solas.

Estaba aquí por trabajo, y la persona que iba a ponerse en contacto conmigo solo sabía que yo era la mujer que iba con Jennifer Kingslund. Supuse que esta era una buena manera de anunciarlo. De todos modos, iba a tener que dar un poco de espectáculo para que todos los miembros de la delegación tuvieran la oportunidad de transmitirme el mensaje, así que también podía ser bailando.

Para el hombre, el chachachá es un baile básico de tres pasos que sirve de fondo para que la mujer muestre sus habilidades. Así que esa fue la forma en que lo interpretaba como protagonista masculino. Decidí que mi consejo para todos los hombres que quisieran quedar bien en la pista de baile fuera conseguir una pareja que supiera bailar de verdad. Jen podía bailar de verdad.

Afortunadamente, otros captaron la indirecta y algunas parejas se unieron a nosotras. Me relajé y empecé a disfrutar, y nos reímos cuando estuve a punto de perder pases aquí y allá. Al final,

probablemente parecía bastante natural y estaba inmersa en mi papel. Parte del cual era, por supuesto, besar la mano de mi pareja.

Agaché la cabeza y nuestros ojos se encontraron. La habitación pareció retroceder y sus ojos se abrieron un poco. Un pequeño sobresalto recorrió mi cuerpo y se instaló en mi estómago. *Ups.*

En ese momento, olí a Athanate. Cerca.

—Jennifer, ¿me presentas a tu compañera, por favor?

—Luc, hola —dijo Jen, recuperándose—. Esta es mi amiga, Amber.

Me giré para encontrar a un hombre alto, de pie detrás de mí, con una sonrisa agradable y las cejas levantadas.

Otro hombre se abalanzó sobre Jen y sus ojos volvieron a encontrarse con los míos durante un segundo, antes de que se la llevaran.

—Luc, encantada de conocerle. —Le estreché la mano. Diana me había informado bastante bien. Así que este era Luc Matlal, el líder del partido Athanate Basilikos. No me soltó la mano. Por un momento pensé que incluso la besaría.

—Estoy encantado de conocerte, Amber. Diriges bien. Sin embargo, ¿puedo dirigir este baile? —Sus ojos brillaban con humor. Parecía cuarentón, delgado, con la cara afilada y el pelo negro peinado hacia atrás.

Agudicé el oído hacia la orquesta. Seguían con lo que hacía bailar a la gente, así que imaginé que iban a ser bailes latinos durante un rato.

—Una salsa. Sí.

Bailamos. La salsa no está pensada para hablar con tu pareja, sino para mostrar tus intenciones con el cuerpo. No tenía ninguna intención hacia Matlal, más que la de escuchar lo que pudiera decirme, pero el baile tiene vida propia. Los ojos de Matlal se volvieron muy atentos.

Cuando la música terminó, estábamos en un lado de la pista de baile y esta vez sí rozó mi mano con sus labios. Un pequeño escalofrío me recorrió la espalda, pero no fue de placer.

—¿Has estado alguna vez en México? —preguntó.

—No —respondí, recuperando mi mano.

—Disfrutaré mostrándotelo. Te enseñaré un lado de México que los turistas no ven.

Apuesto a que sí. No necesariamente una parte que la mayoría querría ver.

—Creo que te estás adelantando, Luc.

—Lo organizaré todo. Un intercambio entre Casas con buena relación. Insistiré. —Hizo una pausa y frunció un poco el ceño—. Perdóname, creía que conocía la marca de cada Casa, pero no puedo ubicar la tuya.

Sabía exactamente a qué se refería, pero me limité a mirarle sin comprender.

—Lo siento, no tengo ni idea de lo que estás hablando. Discúlpame. —Me di la vuelta para irme. Lo que Skylur había esperado que descubriera al hablar con él se había perdido.

Me agarró del brazo y su cara era ahora de enfado.

—No te he dado permiso para irte. Puedo olerte, pequeña Aspirante. Dime a qué Casa perteneces.

Me volví y rompí su agarre. Era muy fuerte, pero conservaba el suficiente sentido común para no iniciar un forcejeo en la pista de baile.

Entonces me enfrenté a él.

—No necesito tu permiso. Y la cosa que me mordió murió por ello.

Me miró fijamente, sin echarse atrás.

—Me dirás tu Casa. —Sentí los dedos grises de un ataque. No necesité llegar a ninguna profundidad para encontrar ira que alimentara mi defensa.

—Ahora, Sr. Matlal, ya conoces mis reglas. —El rescate, en la improbable forma de Ethel Harriman, apareció a mi lado.

—Un baile a la vez.

El rostro de Matlal experimentó una inmediata transformación, por muy dolorosa que debiera ser para él.

—¿Ha venido a reclamar un baile conmigo, Sra. Harriman? —Era un encanto en sí mismo, a pesar de la ira que permanecía en sus ojos.

—Gracias, no. Mis días de baile ya pasaron. Quiero sacar a Amber de la pista por un tiempo. —Se volvió hacia mí—. Necesito saber de

dónde ha salido tu vestido, querida.

Me cogió del brazo y me alejó.

—Espero que no te importe mi familiaridad. Sé que no nos han presentado, pero Jen me ha dicho tu nombre. Por favor, llámame Ethel.

—Gracias, Ethel —dije y dejé claro por qué le agradecía. Respiré hondo y me obligué a bajar la ira. El rostro de Ethel estaba tranquilo y sereno, pero sospeché que había pocas cosas que sus agudos ojos no vieran.

—Sé que el Sr. Matlal hace un buen trabajo con sus orfanatos y demás, pero me parece que no puedo tener plena confianza en él. —Se encogió de hombros—. Ahora ese vestido, querida. Jen me dice que fue confeccionado en Denver.

Estábamos lo suficientemente cerca de mi mesa, así que saqué algunas tarjetas de mi bolso.

—No me gusta que la gente se queje de que aquí no hay nada diferente y luego compre en tiendas nacionales. En lugar de vivir en un páramo cultural, creo que debemos apoyar a la empresa local. Lisa Macy diseñó y confeccionó este vestido y creo que ella y otros como ella merecen nuestro apoyo. —Pensé que eso resumía lo que Jen me había dicho sobre las causas locales, y a Ethel ciertamente le gustó. Pidió dos de las tarjetas de Lisa y cogió una de las mías.

—Oh, también me encanta tu tarjeta. Es bastante escandalosa. El tipo de cosas que hace que Lloyd se ponga nervioso. Estoy deseando enseñársela más tarde. —Se rio y cruzó las manos delante de ella, mirándome inquisitivamente con la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué no nos hemos conocido antes, Amber?

—Bueno, como dice en mi tarjeta, parte de mi negocio es ser discreta, y este tipo de ocasión no lo es. —Ambas nos reímos—. Pero, es muy agradable. Bueno, también, estoy... —Me esforcé en saber cómo decirlo—. No estoy bien situada económicamente en este momento.

—Oh, Dios mío, querida, ninguno de nosotros lo está, ahora mismo. Somos todos pobres como ratones de iglesia. —Puso una mano enjoyada sobre su pecho—. ¡Wall Street! ¡Simplemente espantoso!

—Sí —acepté débilmente, luchando con las imágenes de la Sra. Harriman siendo pobre y yo poseyendo acciones—. La bolsa de valores. Y así todo.

—Bueno —dijo, dándome una palmadita en el brazo—, no importa. Sabía que, si eras amiga de Jen, serías mordaz. Aquí está mi tarjeta y espero que seas capaz de ser menos discreta en el futuro. Puede que no tengas elección después de esta noche, querida. Los solteros disponibles estarán sobre ti. —Sonrió tímidamente, con los ojos buscando a Jen—. Si tienen la oportunidad. Y hablando de solteros, aquí está el joven Alex Deauville. Te lo dejo para ti. —Se alejó como un galeón.

Me giré. *¡Oh, delicioso! Caliente, caliente, caliente.* Alex Deauville tenía arrogancia y muchas miradas sobre él.

—Escuché que Ethel me presentó —dijo, extendiendo su mano—. Alex.

—Amber —respondí y le sonreí, estrechando su mano. Medía alrededor de un metro ochenta, era de complexión fuerte y tenía los hombros anchos, y su pelo castaño claro era un poco largo. Sus ojos eran de un color incierto, entre dorado y verde, y algo indómito me miraba a través de ellos. *Doble delicia*.

—¿Bailamos? —preguntó, con un tono que sugería que podría haber otras cosas que podríamos intentar.

El demonio se levantó de un salto.

—No estoy segura. Mis dos últimos compañeros han puesto el listón muy alto. —Mis ojos decían que sí, si él podía leerlos.

Al parecer, podía leer mis ojos. Me cogió de la mano y, levantándola, me llevó de nuevo formalmente a la pista de baile.

La orquesta había decidido de repente tomarse un pequeño descanso del latino, y en su lugar teníamos un vals. Apreté los dientes y seguí sonriendo. La mano de Alex se dirigió a la parte baja de mi espalda y salimos. *Uno-dos-tres* conté en mi cabeza hasta que mi cuerpo se fijó en él y se movió por sí mismo. No era mi mejor baile, pero tampoco era lo que más me interesaba.

Caliente lo había llamado cuando lo vi, y caliente estaba; un calor que brotaba de él y se acumulaba en un charco en mi vientre. Olía tan bien; bajo una pizca de colonia y calor masculino, me hacía

pensar en pinos y prados de montaña. Algo dentro de mí se estaba creando y me daba cuenta que no me había sentido así en mucho tiempo.

Era una pena que no pudiera hacer nada al respecto, sin arriesgarme a infectarlo.

No hablamos. Al principio, me alegré de que me diera la oportunidad de concentrarme en dar los pasos correctamente. Pero una vez que me relajé, pudo empezar a hablar y no lo hizo. Nunca había bailado un baile lento sin hablar. Nuestras miradas se cruzaron. Creo que ambos nos miramos ligeramente sorprendidos y el silencio adquirió una cualidad compartida que ninguno de los dos quería romper. Me sobresalté cuando la música terminó y nos detuvimos.

—¿Era eso aceptable? —Me sonrió.

—Bastante —respondí, poniendo las manos en la espalda como una adolescente—. Ethel dice que debemos intercambiar tarjetas. —*Dame tu tarjeta, chico malo.*

—Más tarde. Después de nuestro segundo baile.

El demonio no le dejaría salirse con la suya.

—Si no estoy muy ocupada. —Le sonreí por encima del hombro mientras volvía a mi mesa.

Oh dioses, bailes con Jen, Matlal y Alex. Necesitaba sentarme un momento.

Jack Tucker estaba solo en la mesa. Cogí mi bebida y me senté a su lado.

—Sr. Tucker, buenas tardes. Soy Amber Farrell.

Gruñó.

—Es Jack. Encantado de conocerte, Amber. ¿Estás disfrutando del baile?

—Mucho. ¿No eres bailarín?

Sacudió la cabeza.

—Me quedaré con lo que se me da bien. —Levantó una ceja hacia mí—. ¿Eres la Amber Farrell que acaba de fastidiar a Campbell Carter?

—No era mi intención, pero sí. —Tucker conocería a Carter, por supuesto. Me armé de valor.

—Llamar a Carter asno es una calumnia contra burros perfectamente buenos.

Me reí sorprendida.

—A Carter le gusta tanto la política que ha perdido el contacto con su empresa. No es culpa tuya que otras personas se hayan aprovechado de eso. —Su boca se torció en una sonrisa amarga—. Es típico de él y de los de su clase. Viejas familias ricas.

—Bueno, es refrescante escuchar tu opinión. Esperaba tener que escuchar educadamente una defensa del pobre y denostado Campbell.

—Todavía podrías, de otros. No te equivoques, tus acciones me han causado considerables problemas. Considerables. Pero esa no era tu intención. —Se encogió de hombros—. Obviamente, eres muy hábil y tal vez esas habilidades podrían serme útiles. Tengo muchas oportunidades para una persona que pueda enfrentarse a un hombre como Matlal y proporcionar seguridad a alguien como Kingslund. —No parecía que le gustara ninguno de los dos, y claramente, no se había perdido mi actuación en la pista de baile.

Tucker dio un largo trago a su vino y me miró de reojo.

—Probablemente pienses que tengo algo contra las viejas familias ricas. Pero ese Alex Deauville con el que estabas bailando, viene de una vieja familia rica y merece toda mi atención. ¿Te ha dicho que es un médico totalmente cualificado? —Resopló ante mi mirada perdida —. No, me lo imaginaba.

—¿Qué pasó?

Tucker se encogió de hombros.

—Lo dejó todo y montó una empresa de camiones. Sus padres lo repudiaron. Me gustan sus agallas. Le di su primer contrato. Y no encontrarás a sus conductores engañándolo como hacían los de Carter.

Un banquero que había visto en los periódicos, Scott Borders, se unió a nosotros. Él y Tucker empezaron a discutir sobre negocios, lo que me dio la oportunidad de estudiar un poco más a Tucker. En primer lugar, mi nariz me dijo que Tucker pasaba mucho tiempo cerca de Athanate. No pude saber si había sido mordido, pero no me habría sorprendido.

Por lo que pude ver, Borders estaba intentando que Tucker aceptara a Lloyd McIntire en su consejo. Tucker no quería y empezó a sonar cada vez más extremista.

—Esta crisis financiera es lo que el mundo necesitaba. —Señaló con un dedo a Borders—. Una llamada de atención para deshacerse de estos parásitos y derribar el castillo de naipes que construyeron. Se darán cuenta de que toda esta mierda del círculo interno no se convertirá en crédito cuando lo quieran. Crees que estás dentro con ellos, crees que te han aceptado, pero nunca te aceptan y nunca lo harán. Ha llegado el momento de tomar partido.

—Haces que parezca que la revolución está a la vuelta de la esquina, Jack —dije, tratando de calmarlo.

Resopló.

—Probablemente sí. Ahora me temo que tendrás que disculparme. Lo único bueno que ha traído Matlal al norte es Inés, mi prometida, y acaba de llegar.

Me giré para ver a una mujer de pelo oscuro que hablaba con Matlal.

—¿Haces negocios con Matlal?

Volvió a resoplar mientras se levantaba.

—Solo porque tengo que hacerlo. No es de los que cooperan, si sabes lo que quiero decir.

—¿No es de vieja familia rica? —preguntó Borders.

—Uno podría pensar eso al verlo, pero no lo es. Nació en un barrio bajo y consiguió cada dólar él mismo. —Me miró, sus ojos se volvieron fríos—. No como Kingslund. Acepta un consejo, no necesites nunca algo de ella. Podría costar más de lo que puedes pagar. Y nunca cometas el error de pensar que sabes a qué atenerte con ella. Un paseo por la pista de baile es divertido, pero harías bien en mantenerte alejada de ella. Empezando ahora mismo.

Fruncí el ceño.

—Es la segunda vez que alguien me dice algo así esta noche. Decidiré por mí misma.

La cara de Tucker se cerró. Giró sobre sus talones y se alejó sin decir nada más. La mujer miró a su alrededor mientras él se acercaba. Era guapa, con ojos y piel españoles, y vestía con recato.

Un incongruente crucifijo de oro colgaba de una cadena en su cuello. Le sonrió a Tucker, luego sus ojos se deslizaron más allá de él y atraparon los míos. Sentí una pequeña sacudida, como cuando miré a los ojos de Diana. No era necesario que su marca me dijera que era Athanate.

Matlal miró más allá de Tucker hacia mí y la ira seguía allí. Me di la vuelta.

Interesante, Tucker trabajando con Matlal y advirtiéndome de Jen.

—Cada vez está más loco —murmuró Borders.

No tuve tiempo de pensar mucho más en ello. Tenía un trabajo que hacer y no quería quedarme sentada y dar a Matlal la oportunidad de volver a perseguirme. Presenté mis excusas a Borders y empecé a abrirme paso entre la delegación comercial, atrayendo a todos los que podía a la pista de baile y dándoles muchas oportunidades de pasarme un mensaje. Aproximadamente la mitad de ellos eran Athanate, y la mayoría de los delegados eran hombres. Resultó que varios de los hombres tenían mensajes para mí, principalmente sobre lo bonitas que eran sus suites de hotel. Algunas mujeres parecían un poco nerviosas al ser invitadas a bailar, pero recibí pocas negativas. No cabe duda de que esto de vestirse bien tiene su razón de ser. Más aún, tuve la sensación de que todos los Athanate se sentían atraídos por mi marca, aunque ninguno era tan descarado como Matlal.

A pesar de los zapatos a medida de Werner, me dolían los pies cuando bailaba con Arvinder Singh, el delegado de la India. Me empezaba a inquietar que el mensajero hubiera decidido que era demasiado arriesgado hablar conmigo.

—Creo que defraudaré al equipo si no me ofrezco a enseñarte mi suite —dijo Arvinder con una sonrisa, y yo me reí—. Pero, en efecto, fue divertido verte bailar con Jennifer Kingslund. Les decía a mis compañeros de mesa que es como un barco en un remolino, a babor y a estribor.

—Sí, los colores del vestido. No los elegimos por eso, pero...

Mis palabras se apagaron. Podía sentir una presión en mi cabeza, no exactamente como la de Skylur o Diana. Me tambaleé y traté de levantar una barrera. La presión desapareció inmediatamente.

Arvinder se rio como si hubiera dicho algo gracioso.

—Por favor, sigue hablando. Tengo un mensaje para Diana y el mejor lugar para él es dentro de tu cabeza. No te hará daño, y no intentaré nada más, por mi Sangre, lo juro. No creí que te dieras cuenta.

Tenía la boca seca. Ojalá hubiera tenido una mejor preparación que esta. Esperaba una nota, una memoria USB, algo salido de James Bond. El Athanate no funcionaba así. Pero mi instinto era confiar en Arvinder.

—De acuerdo —dije, tratando de sonreír—. Adelante.

Volví a sentir presión durante un segundo y luego desapareció. En su lugar había una presencia, cerrada, fría y suave.

—Siento utilizar este método sin avisar —dijo Arvinder—, pero es muy seguro. Solo Diana podrá abrir esta cerradura. Debes entender que lo que estoy haciendo es peligroso para mi Casa. —Sonrió agradablemente—. Por favor, acepta mis disculpas.

Resoplé. Estaba un poco molesta, pero al menos había captado el mensaje. Lo único que necesitaba ahora era volver con Diana.

Arvinder hizo todo lo posible por entretenerme durante el resto del baile con comentarios deliciosamente mordaces sobre los demás delegados.

Seguí durante otra media docena de bailes y luego me senté, decidida a quitarme el peso de encima durante un rato.

Alex vino y se sentó a mi lado, trayendo champán en largas copas.

Sonreí mi agradecimiento y nuestras manos se tocaron mientras tomaba una copa de él. *Ronroneo.* Pequeñas emociones por todas partes.

—Un brazalete tan inusual —dijo—. Estilo Clan del Lobo Arapaho. —Levanté el brazo y sus dedos trazaron el diseño. Un leve ceño fruncido se le marcó en la frente, y yo quise acercarme y alisarlo. O, mejor, besarlo.

—Es un ojo de lobo —dije—. Me cuida.

En ese preciso momento, se produjo un cosquilleo.

Capítulo 44

Gruñí. La estúpida pulsera pensaba que Matlal solo quería jugar conmigo, y ahora me decía que estaba en peligro. ¿Quién? ¿Carter? *¿Alex?*

Giré la cabeza, pero no pude ver nada más que un salón de baile lleno de gente disfrutando. Jen estaba de pie, de espaldas a mí, hablando animadamente con tres hombres a menos de doce metros de distancia. No pude ver a Carter. Matlal y Tucker estaban de pie discutiendo a un lado, sin verme. La única persona que miraba hacia mí era uno de los empleados de seguridad. Y Alex.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Mi pulsera... no, nada. —Me encogí de hombros y me incliné hacia él—. Jack Tucker me ha dicho que eras médico y que lo dejaste para dirigir una empresa de camiones. Eso es interesante.

Alex se rio.

—Sí, Jack es original, ¿no? Pero hay que reconocer que es fiel. Él me apoyó con mi primer contrato, y todavía me encargo de sus envíos.

Fruncí el ceño. Eso no había sido exactamente lo que Jack me había dicho, seguramente.

El brazalete volvió a cosquillear. Gemí para mis adentros y miré el reloj. Faltaban pocas horas para la medianoche. Será mejor que compruebe la seguridad.

—Alex, lo siento. Dame un momento.

Saqué la unidad de comunicaciones de mi bolsa y la encendí.

—Reynolds, ¿todavía estás despierto?

El auricular estaba en silencio. Comprobé el pequeño LED que mostraba que la batería estaba bien. Le llamé al móvil. Siempre es bueno tener un respaldo cuando hay aparatos electrónicos de por medio. La llamada fue directa al buzón de voz. Mierda. Podría tratarse de un fallo técnico, pero de repente creía a mi pulsera.

—Alex, tengo un problema aquí. —Cogí una tarjeta y se la puse en la mano—. Tengo que irme. Llámame. Lo digo en serio.

—¿Puedo ayudar?

Sonreí mientras recogía el bolso de Jen y el mío.

—Gracias, te lo agradezco, pero esta es mi línea de trabajo.

Me acerqué por detrás de Jen. Agitaba los brazos mientras describía algo a los tres hombres. Le pasé el bolso por el brazo y tiré de ella para que se acercara, le quité suavemente la bebida de la mano y se la pasé a un camarero.

—Jen, mantén la calma, pero creo que podemos tener un problema —le susurré al oído—. Tenemos que irnos *ahora*.

Se quedó paralizada un segundo y luego soltó una risita.

—Vaya, si lo pones así, querida —dijo—. Caballeros, disculpen, me reclaman. —Les dedicó una sonrisa torcida y los saludó con la cabeza, tocando al más cercano con un elegante dedo en la solapa —. Carl, estamos de acuerdo con el trato, envíame el contrato cuando puedas.

Caminamos, y yo marcaba el ritmo rápido, pero no lo suficiente como para llamar la atención. Decidí que volvería a por la estola y los guantes en otro momento.

—¿Qué está pasando? —dijo ella.

—Reynolds no responde. Podría ser una avería, pero si lo es, podemos volver. Es demasiado pronto para que los otros estén aquí. Llama a Kingston, por favor.

Jen intentó llamar a su conductor y le salió el buzón de voz. Empezó a ponerse nerviosa.

—¿Qué pasa con Víctor? ¿La policía? —dijo ella.

—No hay tiempo. Primero tenemos que salir de aquí. —Era incómodamente consciente de cuántas formas existen para matar a alguien en una multitud.

El portero había cambiado. Era muy posible que hicieran turnos, pero no me gustaba. Había tres taxis junto a la puerta y nos hizo un gesto para que nos dirigiéramos al del medio. Había gente en el primero, pero no iba a ninguna parte. Parecían estar discutiendo.

Tomé el tercer taxi. Había demasiada gente de pie observándonos. Había algo escenificado en todo esto, y yo ni siquiera tenía la Walther. El portero se dirigía hacia nosotros, gritando y señalando el taxi del medio. Otros empezaron a reunirse. Algo estaba pasando aquí.

En ese momento, Alex apareció en la puerta con un par de amigos. Estaba borracho y hacía mucho ruido en ese momento. Agitaba una botella y rodeaba con su brazo al portero, alejándolo de nosotras. Las miradas se apartaron de nosotras y se centraron en él.

—Tienes que ir en ese taxi. —Nuestro taxista se giró en su asiento y nos señaló el del medio, y entonces supe que de ninguna manera iba a subir en ese coche. Lo empujé hacia atrás en su asiento, le agarré el pelo y le mantuve la cabeza quieta. Saqué mi barra de labios del bolso y se la clavé en la nuca.

—Esto es solo una 22 pero te hará un buen lío en la cabeza si no empiezas a conducir. Ahora.

Alex había pasado el portero a uno de sus compañeros y se asomaba a la cabina del taxi del medio. Salió agitando algo y rugiendo:

—Este no sirve, la llave está rota.

El otro compañero de Alex había abierto la puerta del taxi delantero y estaba sacando al taxista. Realmente esperaba que ninguno de ellos fuera taxista de verdad.

Nuestro taxi se movió. Al hombre le temblaban las manos. Si se trataba de ZK, debían de estar al pie del cañón, pero ¿cómo habían montado un ataque tan complicado?

—Mantén las manos en el volante y la velocidad a treinta —le dije, mientras lo palmeaba. Saqué una pistola del bolsillo de su chaqueta.

—Qué sorpresa, una Glock de diez balas, sin números de serie. —Volví a guardar mi pintalabios mortal y lo sustituí por la Glock. Las cosas estaban mejorando. Gracias a Dios por Alex.

Le eché una rápida mirada a Jen. Estaba pálida y preocupada, pero firme. Tuve que recordarme a mí misma que, aunque esto era lo que yo hacía para ganarme la vida, era algo nuevo y aterrador para ella.

—Reduce la velocidad. Gira aquí —le dije al taxista.

—Es un callejón —se quejó.

Le presioné en la nuca con la Glock y giró obedientemente.

—Para. Ponlo en posición de estacionamiento. Abre la puerta. Vuelve a poner las manos en el volante. —Me bajé y me puse detrás de él—. Ahora bájate.

Cuando salió, le golpeé en la cabeza con la culata de la pistola y se desplomó sobre el asfalto. Me acerqué y saqué las llaves del contacto.

—Vamos Jen, mi coche está en el garaje. —La saqué a toda prisa del taxi y trotamos por el callejón con nuestros tacones de fiesta. El tráfico nocturno nos ignoraba y mi vestido estaba helado.

—Amber, ¿qué demonios está pasando? —dijo Jen mientras subíamos a mi coche. Arranqué el motor y subí la calefacción.

—No lo sé. Pensé que Morales estaba acabando con ZK y que las cosas serían más seguras. No tiene sentido que vayan a por ti si no es por venganza. Cualquier toma de posesión de tu empresa ahora estaría bajo demasiado escrutinio como para ser útil. Pero esto es demasiado. Me estoy perdiendo algo.

—¿Qué intentaban hacer esta noche?

Había salido del aparcamiento y me dirigía al sur hacia el bulevar Speer. Cuando nos alejamos, se oyó el ruido sordo de una explosión y un destello brillante procedente del callejón donde habíamos dejado el taxi.

—Intentaban matarte, Jen —dije mientras ella se giraba para mirar con la boca abierta el callejón—. Al menos dos, tal vez tres taxistas falsos. Coches cableados para explotar si las cosas iban mal. Sustitución del portero y del personal de seguridad de la recepción. Alguien para eliminar a Reynolds y Kingston. Apostaría que incluso tenían a alguien dentro del salón de baile.

—Para el coche, por favor —dijo agarrando mi brazo, con los ojos muy abiertos.

Me detuve. Salió a toda prisa y se puso a vomitar en la acera. Mentalmente, me reprendí a mí misma. Seguía olvidando que los años en los que la gente había intentado matarme habían convertido eso en algo rutinario, pero todo esto era nuevo para Jen.

Volvió a entrar y se volvió hacia el frente. Pude ver cómo hacía un esfuerzo por calmarse.

—Gracias, Amber —dijo finalmente—. Esta noche es la segunda vez que me salvas la vida.

Le regalé una sonrisa mientras me alejaba.

—Tendrás que agradecer a Alex y a sus amigos también esta vez. Fue una distracción fantástica que nos permitió escapar.

—¿Deauville? ¿Eso fue una actuación? —Asentí con la cabeza—. ¿Le pediste que lo hiciera? —preguntó.

—No. Supongo que vio que algo pasaba.

—Oh. Pensé que yo no le gustaba.

Sonreí para mis adentros. Tal vez era yo quien le gustaba. Mientras tanto, será mejor que me haga a la idea de lo que significa este último ataque.

—Jen, ¿qué pasa con el Grupo Kingslund si mueres?

—Bernard tiene los derechos de firma —dijo lentamente—. Mi patrimonio se beneficiaría, por supuesto, pero todo estaría a la venta. A un precio que él fijaría.

Bueno, eso era motivo suficiente para matar a Jen. Solo teníamos que averiguar quién. Mi teléfono sonó. Era Víctor.

—¿Amber? ¿Estás bien? ¿La Sra. Kingslund?

—Estamos bien, Vic. Estamos en la carretera en mi coche. El taxi que tomamos explotó hace un par de minutos. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé todavía. Reynolds y Kingston han caído. La seguridad de la puerta del baile ha caído. No vuelvas a casa hasta que compruebe el lugar y lo asegure. Te llamaré. —Fue breve y directo.

—Esperaremos, Vic, pero voy a apagar estos móviles. Te llamaré por otra línea.

—Mierda, mujer, ¿también crees que os están rastreando?

—Podría ser. No quiero darles ninguna ventaja.

—Bien. Inténtalo en una hora. Ten cuidado.

—Te escucho, Vic. —Colgué y apagué el móvil.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo Jen, apagando también su móvil.

—No sé lo que significa todavía, Jen. Fuera de combate por el momento.

Me dirigí al sur de Speer, por Logan. Si ZK se había tomado todas estas molestias para cazar a Jen en el baile, entonces podrían tener un plan de refuerzo en la casa de Jen. Confiaba en que Víctor comprobaría el lugar a fondo. Mientras tanto, necesitábamos estar en un lugar impredecible.

Saqué mi teléfono desechable del bolso y llamé a David.

Capítulo 45

David nos abrió la puerta y nos invitó a entrar.

Tenía un aspecto horrible, tan pálido y enfermo como el fin de semana pasado. Me sentí culpable por no haberle visitado, pero no había tenido tiempo esta semana, con mi viaje no programado a Rooks. Esperaba que hubiera superado lo peor después de nuestro último encuentro, pero estaba claro que no era así. No podíamos hablar de ello delante de Jen, así que me limité a darle un abrazo y a preguntarle si estaba bien.

Asintió con la cabeza y se ofreció a prepararnos un café o chocolate caliente. Jen le obligó a mostrarle dónde estaba todo y luego lo condujo a la sala de estar para que se sentara.

Me arrodillé cerca de él y le hablé en voz baja.

—¿Qué pasa, David? Pensé que ibas a mejorar después de la última vez.

—Tengo la primera parte bien hecha. Pero Pia me hace pasar un mal rato. Ya sabes, lo que no te mata...

—Sí, conozco el dicho, te hace más fuerte. Siempre y cuando no te mate. ¿Qué está haciendo?

David llevaba una camisa de cuello alto. Bajó el lado y pude ver cómo se curaban las múltiples heridas de los mordiscos.

—Un montón —dijo. Su voz era cansada.

Jen entró con el chocolate y me senté con ella en el sofá.

Conseguí que David hablara un poco de correr, y Jen y yo le hablamos un poco del baile benéfico, sin mencionar cómo lo habíamos dejado. La conversación cojeaba. David parecía oscilar entre estar medio dormido y maniáticamente despierto y concentrado en nosotras.

Llamé a Víctor a las 2 de la madrugada y nos dio el visto bueno para volver a casa. Abracé a David mientras nos íbamos y le prometí que lo vería pronto.

—¿Ex novio? —dijo Jen mientras nos alejábamos.

Sonreí.

—No, más bien un hermano pequeño.

—¿Se droga o está enfermo?

—Ninguno de los dos. En realidad, solo está pasando por una mala racha. No fue buena idea que apareciéramos así. Tendré que verle esta semana y asegurarme de que está bien.

Solo tardamos cinco minutos en llegar desde la casa de David hasta la de Jen. Víctor había doblado los guardias y nos sacaron de las calles tranquilas rápidamente.

Nos reunimos con Víctor en la sala de estar.

Las noticias de Víctor fueron mejores de lo que podrían haber sido. Reynolds y Kingston habían sido encontrados inconscientes y atados en la limusina, abandonada en el aparcamiento. Les habían inyectado anestesia general. Junto a ellos, en una furgoneta, estaban la media docena de miembros del personal del centro que habían estado en la seguridad de la puerta, igualmente drogados y atados.

Alertado por la falta de respuesta de Reynolds en el momento en que salíamos, Víctor había llamado a la policía. El equipo de seguridad falso de la puerta y los taxistas hacía tiempo que habían desaparecido, y como yo había predicho, también faltaban un par de miembros del personal de seguridad interior. El alcalde había exigido que todo se mantuviera en secreto, y pocos de los asistentes al baile habían notado algo raro.

—A mí me parece que es desesperación —dije mientras Víctor terminaba con los acontecimientos del baile—. Demasiadas cosas que pueden salir mal, demasiada gente involucrada. Y hacer volar los taxis como un intento de método a prueba de fallos, por el amor de Dios. —Me volví hacia Jen—. ¿Qué ha pasado o va a pasar en las próximas dos semanas que es tan importante?

Jen se encogió de hombros.

—No tengo nada importante planeado de inmediato. Está la oferta de Tucker Beacon, que podría lanzar una vez que los estados financieros trimestrales estén terminados. Eso sería en algún momento del próximo mes o así. Estoy ultimando la compra de un terreno para el hipódromo de Quarter Horse la semana que viene.

—No, algo ha provocado esto. Silver Hills fue a medias, como si se hubiera hecho a toda prisa. Pero lo de esta noche estaba planeado.

Si hubieras muerto esta noche, ¿quién controla la empresa? Verdoon. Y ellos lo controlan a él.

—Pero no hay nada planeado —dijo Jen—. ¿Y qué pasa con Troy?

Víctor movió su cuerpo en su asiento.

—Estrategia diferencial. Una simple interrupción. Cualquiera que sea la razón, el plan principal ahora es matarte. Así que no vamos a dejar que eso ocurra.

—Vic, si están realmente desesperados —miré a las ventanas— granadas, francotirador, bomba... hay demasiadas formas de atacarnos aquí.

Asintió con la cabeza.

—Voy a pedirte que te mudes durante los próximos días. Te pido que limites el contacto con cualquiera que pueda estar involucrado.

No parecía haber mucho más que decir sobre los ataques, así que pregunté si Víctor había rastreado los antecedentes de Verdoon en busca de pistas. Jen sabía lo de las facturas del hospital: eran para la hija de Verdoon.

—No sé qué pensar, Amber —dijo Víctor—. La esposa de Verdoon dice que el traslado salvó la vida de su hija. Estaba en estado crítico aquí, pensaron que no le quedaban más que unas pocas semanas. Luego la trasladaron a Nuevo México y parece que pronto saldrá, totalmente recuperada. Puedo ver que sería un poderoso incentivo, solo que no veo cómo tú podrías estar involucrada.

Yo lo sabía. La curación Athanate. No sabía cómo ni por qué, pero empezaba a estar segura de que Matlal estaba en algún lugar detrás de esto.

Víctor se fue. Jen se fue a la cama. Me senté a tomar un ron.

Estaba operando a ciegas. Habíamos tenido suerte, y quienquiera que nos persiguiera a mí y a Jen solo necesitaba que nuestra suerte fallara una vez. Tenía que encontrar la fuente. ¿Qué era lo que me faltaba?

Algo había sucedido la semana pasada que cambió la estrategia del enemigo, que pasó de estar relacionada con las finanzas, los secuestros y los desórdenes a un intento de asesinato. Si lograba dar con la clave, estaba segura de descubrir de quién se trataba.

No podía llegar más lejos.

Mientras me enjabonaba en la ducha, pensé en la mirada que Jen me había lanzado en la pista de baile. ¿Cómo me sentía ahora? Sabía muy bien lo que había sentido en ese momento. No era justo que yo la incitara, pero su deseo era oscuramente adictivo.

Y luego estaba Alex. Todavía no lo conocía, pero lo que había visto me gustaba. Mucho.

¿Qué deseaba más? Eso era un poco como preguntar si prefería el filete de Lario o su postre de chocolate. De todos modos, era una pregunta inútil. No podía ir más allá con ninguno de los dos. Aunque no les infectara con los priones de Athanate, acabaría queriendo beber su sangre.

Un escalofrío me recorrió. No un escalofrío de asco, sino una reacción a la sorprendente premonición de lo erótico que me resultaría *morder*. Empecé a temblar. Antes pensaba que era asqueroso, ¿no? Seguramente, recordaba haber pensado en lo repugnante que sería.

Pero si lo había hecho, eso quedaba ahora borrado por la intensidad de la emoción al pensarlo. Puse el agua fría y me quedé debajo. La lectura de priones de esta noche era superior a 0,56; me preguntaba cuánto tiempo me quedaba.

El consejo de Top parecía ahora más sombrío. *Tienes que jugar la mano que te toca.*

Capítulo 46

SÁBADO

Por la mañana, trasladamos la base de Jen a su apartamento del centro de la ciudad, pero la propia Jen se alojó en un hotel con un nombre falso, con todo el pasillo ocupado por la seguridad.

Llamamos al cuartel general de la policía para dar nuestra versión de lo ocurrido la noche anterior y entregué la Glock. También conseguí hablar con Morales durante unos minutos para ponerle al día. Mientras llevaban a Jen de vuelta al hotel, me tomé un tiempo para desviarme al centro de convenciones para recoger la estola y los guantes. Se los devolví a Lisa junto con el precioso vestido verde y los pendientes.

Cuando entré por la puerta, me abrazó. Ethel Harriman había pasado antes por aquí y le había pedido a Lisa que organizara un desfile de moda privado para veinte de sus amigas a tiempo para la temporada navideña. Lisa quería que me quedara con el vestido, pero le dije que lo pusiera en el escaparate como ella había sugerido y que, si alguna vez volvía a necesitarlo, vendría a buscarlo. Por mucho que me gustara, no me servía de momento, y ni siquiera tenía un apartamento propio.

Cuando me disponía a salir, me detuvo.

—Oh, casi lo olvido. También hubo una llamada para ti. —Sonrió y me entregó una nota con un número y una dirección—. Un caballero llamado Alex. Le diste la tarjeta de visita equivocada. Dice que es *muy* importante. —Movió las cejas.

—Solo es uno de los banqueros —dije—. Bajito y maloliente. Bizco y con pelo en las orejas.

—¿Y tan importante como para hablar de tu saldo bancario un sábado? —Se rio mientras me iba.

Metí la nota en el bolsillo de la chaqueta. Ya tendría tiempo de llamarle más tarde. No era como si pudiera hacer algo al respecto. No podía ir por ahí infectando a la gente con priones de Athanate. ¿Cómo lo explicaría Hollywood? Mi libido estaba emitiendo cheques

que mis normas no me dejaban cobrar. El problema era que mi libido se levantaba cuando el sol se ponía y no estaba segura de que mi moral fuera lo suficientemente fuerte cuando mi Athanate interior se imponga. Aun así, me sentía bien.

Cuando volví al hotel, Jen estaba discutiendo una visita al hotel Browns. Había una reunión del comité para terminar el baile benéfico y, aunque estaba excusada, quería ir. Conociéndola, sospeché que un almuerzo elegante también estaba en el orden del día.

Jameson, el jefe de seguridad de Víctor, no estaba contento. Para apaciguarlo, busqué en la tienda de deportes de la calle y conseguí ropa de ciclismo de licra, zapatillas y cascos para las dos. Saqué de mi coche una peluca roja horrible que utilizaba en las raves y nos pusimos también unas gafas de sol envolventes. Vestidas así, Jameson tuvo que admitir que ninguna de las dos parecíamos nosotras mismas. Estuvo de acuerdo en que podíamos ir, siempre que yo fuera con Jen, y que hubiera tres guardias en el edificio, incluido él mismo. Nada de almuerzos.

En Browns, Jameson y los demás se repartieron por el atrio, manteniendo el contacto visual entre ellos y con sus unidades de comunicación activas.

La zona de conferencias de Browns se estaba preparando para una reunión el lunes que parecía una convención de vendedores de flores. Cada pasillo y cada superficie plana contaba con exóticas muestras de flores y arbustos. Era como estar en un jardín botánico.

Acompañé a Jen a una de las pequeñas salas de reuniones donde el resto del comité estaba hablando. Me quedé fuera, dando un paseo para comprobar los guardias cada pocos minutos.

Una hora más tarde, Jen sintió que ya había hecho suficiente y nos dirigimos de nuevo a la escalera mecánica.

—¡Mierda! —Vi a Carter al final de la escalera mecánica—. Kath dijo que hiciera lo que hiciera, no debía hablar con él.

Jen soltó una risita y tiró de mí hacia un lado, apretándonos entre dos de los enormes expositores de plantas y contra la barandilla. Las plantas nos ocultaban. Aunque mirara a través de ellas, no iba a

reconocerme desde atrás con mi peluca roja brillante asomando por debajo del casco.

Pude escuchar a Carter hablando con sus compañeros mientras llegaba a la parte superior de la escalera mecánica y luego se dirigía hacia las oficinas.

—Bueno —dijo Jen, muy cerca de mi oído—. No es exactamente lo que tenía en mente, pero ya era hora.

De repente, me sentí incómoda al ver lo cerca que estábamos. Y de la sensación de las manos de Jen en mis caderas. Era hora de anular ese cheque.

—Jen, soy heterosexual —dije. *¿Lo soy? ¿Por qué estoy disfrutando tanto de esto?*

—Claro que sí, querida —murmuró—. Lo supe enseguida, la primera vez que te vi. Soy buena en eso.

Su aliento me hacía cosquillas en el cuello.

—Yo también estoy bien así —susurró y me besó el cuello. Era justo, dado que eso es lo que le había hecho la noche anterior. Mis piernas se tambaleaban. Sus labios rozaron mi barbilla. En un segundo más nos estaríamos besando.

La agarré y la alejé.

—¡No! —dije—. Para. Por favor, Jen, no sabes lo que estás haciendo.

—Sé *exactamente* lo que estoy haciendo, querida.

Tuve que apartar la cabeza. Si hubiera mirado fijamente esos ojos azules, habría perdido la cabeza. Eché una mirada a la base de la escalera mecánica y la envolví de nuevo en mis brazos y la atraje hacia mí.

—¿Cambio de opinión, querida? —Se rio, sus brazos se deslizaron alrededor de mí y tiró hacia atrás.

—Shh. Quédate ahí. Son Uniceja y Tucker, subiendo la escalera mecánica.

Se quedó helada.

—¡Mierda! ¿Juntos? —susurró.

Asentí con la cabeza.

—Tenemos que salir de aquí tan pronto como se vayan. Hay media docena más con ellos.

Estaban discutiendo.

—Esto es demasiado público —dijo Uniceja.

—Nadie está escuchando —gruñó Tucker—. A la vista es el mejor lugar para esconderse. Y, de todos modos, dijo que tenía que reunirse con nosotros aquí.

—No me gusta. No me fío de él. ¿Y qué pasa con las plantas? —preguntó la voz ronca de Uniceja, y se me heló la sangre. ¿Y si cruzaba y echaba un vistazo donde estábamos escondidas?

Tucker respondió en voz demasiado baja como para oírlo y los pasos se alejaron.

Dejé salir el aliento que había estado conteniendo.

Jen apartó mi peluca encrespada de su cara y se asomó.

—Se ha ido —dijo. Salimos entre las plantas y corrimos por las escaleras mecánicas.

En cuanto nos vieron llegar, los guardias se apresuraron a cruzar y les dije quiénes acababan de pasar. Jameson parecía preocupado y empezó a hablar por el comunicador. El coche se acercó justo a la puerta y nos abalanzamos sobre él, con los tres hombres alrededor nuestro.

Me deshice de la peluca y el casco que picaban y llamé a Morales para decirle que Frank Hoben estaba en Browns con Tucker. Él juró y me dijo que se pondría en contacto conmigo.

Una vez que terminé la llamada, me volví hacia Jen. Jameson y yo estábamos sentados en la parte de atrás con ella entre nosotros. Estaba pálida, pero más enfadada que agitada. Su cuerpo se había puesto rígido y su boca tenía una línea dura.

—¿Jen?

—Tucker. Ha sido Jack Tucker todo el tiempo, ¿no?

Me senté a pensar. ¿Qué ganaría Tucker? Kingslund era la única empresa que estaba dispuesta a comprarle sus problemas.

—El anuncio de la fusión —dijo Jen—. Él presionó para que se llamara fusión e hicimos el comunicado de prensa el día que tú y yo fuimos a Silver Hills.

—Sí, pero...

—Si tiene a Verdoon haciendo lo que quiere, y yo estoy muerta, puede hacer que Verdoon le venda mi empresa por una miseria.

Normalmente, eso sería demasiado sospechoso. Pero si todo el mundo piensa que es parte de un proceso de fusión que se ha acordado, podría mentir tranquilamente.

—Nunca quiso ser comprado. —Lo pensé bien y la conexión fue evidente—. ¡Oh, Dios mío! No puede dejarse comprar.

Jen tenía la mirada perdida.

—Eso es lo que no pude entender de lo que Tucker y Alex dijeron anoche. Alex me dijo que dirigía los contratos de transporte de Tucker.

—Lo hace —dijo Jen.

—Pero Tucker dijo que le causé muchos problemas cuando la policía cerró Crate & Freight. Pensé que se refería a que Carter estaba dirigiendo sus camiones. Pero no era eso. Fue su maldito envío el que fue incautado. No puede dejar que nadie lo compre, verían lo que ha estado haciendo.

—¿Está vendiendo drogas para mantener su negocio a flote?

—Sí. —Y las armas. ¿Qué más? ¿Y con quién se iban a reunir? Quería decir Carter, pero no tenía sentido. Eso dejaba a Matlal.

Capítulo 47

Morales llamó para decir que Uniceja no estaba en el edificio cuando llegó la policía. Dejé a Jen hablando con él y con Víctor de nuestras sospechas sobre Tucker. No había nada más que pudiéramos hacer sin pruebas. No había forma de que Morales pudiera actuar contra alguien como Tucker sin pruebas contundentes.

Había una persona que tenía que saber esto y yo tenía que ir a verlo de todas formas. El pago de Skylur cuando acepté asistir al baile benéfico fue la información de que era vital para el bien de Jen. Obviamente, él debía saber sobre el ataque. Y si lo sabía, ¿tan difícil habría sido darme los detalles y detener todo el asunto?

Una vez que me alejé del hotel y que estuve segura de que no iba a delatar la ubicación si me estaban rastreando, encendí el móvil. Había un montón de llamadas perdidas. Elegí la identificación de Bian y le devolví la llamada.

Respondió inmediatamente.

—Amber, ¿estás bien?

—¿Por qué, Gatita? Podría pensar que te importo. Mi móvil ha estado apagado porque puede estar siendo rastreado. Lo vuelvo a apagar y voy.

—Te recogeremos donde nos vimos por última vez. —Bian se dio cuenta rápidamente. Un teléfono que podría ser rastreado también podría ser escuchado.

—No te molestes, sé dónde ir. Y me reuniré con él arriba, no en el sótano. —Volví a apagar el móvil antes de que pudiera responder. No sería justo descargar mi ira en Bian. Tenía la impresión de que ella estaba bastante arriba en la jerarquía de Altau, pero quería guardarlo todo para Skylur.

Me dirigí a la salida de la ciudad, dando un par de vueltas más para comprobar que no llevaba cola. Ya había buscado rastreadores como el que usaron en el coche de Jen.

Media hora más tarde, estaba conduciendo por Bear Ridge. No era una cresta y no había osos, pero supongo que la gente con esta cantidad de dinero puede llamar a su carretera[4] como le dé la gana.

Conduje lentamente. La carretera estaba bordeada de robles y fresnos, plantados en arcenes de hierba bien cuidados. Pequeños y elegantes carteles indicaban los nombres de las casas. Pude ver brevemente las casas, todas ellas rodeadas de acres de jardines y muros y puertas. La casa del final no destacaba especialmente, y por supuesto no se llamaba Casa Altau. Se llamaba Haven[5]. Y así era. Me estremecí. Puede que pronto llame a este lugar mi hogar.

Esperaba una reacción en la puerta y la tuve.

Las puertas estaban empotradas y fuera de la vista desde la carretera. Una vez que estuve frente a ellas, se oyó un *ruido sordo* y del suelo surgieron púas de quince centímetros detrás de mí, inclinadas hacia delante. No había forma de volver atrás y, con las puertas aún cerradas, tampoco podía avanzar con el coche.

A la izquierda y a la derecha había paredes curvas de ladrillo que parecían muy decorativas, excepto por las rendijas negras. Detrás de esas rendijas había una sensación de metal y movimiento. Sabía que estaba entre dos ametralladoras de gran calibre. Si hubiera sido yo, también habría añadido un lanzallamas, y no había nada que dijera que era más paranoica que ellos, así que me quedé muy quieta y esperé instrucciones.

—Abre el maletero y las puertas, sal del coche y ponte delante con las manos en el capó.

Cumplí y un par de tipos con feas y rechonchas pistolas Herstal P90 salieron y revisaron el coche. No quise avergonzarme cuando el que revisaba el maletero resopló. ¿No guarda todo el mundo la mitad de su ropa en el coche? ¿Junto con una peluca roja brillante?

Un tercer guardia, una mujer, vino y me cacheó a fondo y de forma impersonal, quitándome las botas para revisarlas y dejándome de pie en la grava descalza, apoyada en el coche. Las puertas se abrieron detrás de mí.

—Bueno, Ojos Redondos, seguro que sabes cómo causar un escándalo. —Oí a Bian acercarse y observé el efecto en los guardias con interés. Todos se pusieron en guardia.

—Solo he venido a entregar un mensaje y a intercambiar algo de información, Gatita. ¿Puedo levantarme?

—Sí, y vuelve a ponerte las botas. —La guardia femenina me las tendió. La miré bien y olfateé mientras las tomaba. No era Athanate, pero pude ver ligeras cicatrices ya curadas en su cuello. Parte de la familia de algún Athanate. Familia.

—Vamos a caminar. Te llevarán el coche —dijo Bian, cogiéndome del brazo. La casa estaba a unos cien metros y caminamos por un césped que estaba bordeado por un enorme camino circular de grava. Un gran roble dominaba el césped y el borde exterior del camino estaba definido por parterres con una variedad de plantas perfumadas. Arbustos de mariposas, madreselva y jazmín, tal y como había olido en mi primera visita.

—¿Cómo has encontrado la dirección? —preguntó Bian.

—Tal vez lo intercambié con Skylur —dije.

Resopló y protegió sus ojos del sol de la tarde mientras me miraba de reojo.

—Un consejo, Ojos Redondos. Un poco de humildad podría ser una buena idea hoy.

—Diana dijo algo muy parecido durante mi primera visita. No parece que me sirva de mucho. Y sabes, tengo un problema al verte en esa posición.

—No creo que hayas mostrado nada de humildad en tu primera visita. Y en cuanto a cómo me comporto, no soy la que voy a intentar explicarle a Skylur cómo he llegado a estar en posesión de un secreto de Altau. *No se* permite ese conocimiento a personas ajenas. Piénsalo.

Me abrió la puerta principal y entré en la recepción.

En mi última visita me había limitado a la información proporcionada por mis oídos y mi nariz. Había acertado con los suelos de madera y el tamaño de la habitación. El suelo era de baldosas de roble rubio cálido, formando una gran zona luminosa bordeada por dos escaleras curvas de madera roja oscura que bajaban desde un pasillo de la galería. Frente a nosotros, un arco conducía a un pasillo y pude ver una sala de estar y una biblioteca fuera de él.

Todo el lugar hablaba de una enorme riqueza y moderación.

En esta zona, la única pieza de ornamentación era una enorme águila tallada montada en la balaustrada de la galería. Tenía las alas desplegadas y los ojos cubiertos por una tela.

Bian vio mis ojos en él.

—Ese es el símbolo del Camino Oculto —murmuró, mientras pasábamos por debajo—. El camino tan secreto que ni siquiera el águila puede ver. Nuestro camino.

Por lo que pude ver, el pasillo recorría la mayor parte de la casa. Supuse que la pequeña habitación con el ascensor que bajaba al calabozo estaba detrás de una de las puertas. Bian se detuvo tan repentinamente que casi me tropecé con ella. Una figura con una túnica negra, con el rostro oculto por una capucha, pasó silenciosamente por el pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —dije, pero Bian se estaba moviendo de nuevo. Me llevó directamente al otro lado del pasillo, a la biblioteca.

Encima de nosotras, un techo de madera se arqueaba, iluminado por una luz ascendente oculta. Una gran chimenea de piedra dominaba un lado y el otro estaba dedicado a las estanterías. Alrededor de la chimenea había cómodos sillones de respaldo alto. En el otro extremo de la sala había un enorme ventanal que daba a los jardines formales de la parte trasera de la casa.

—Entra y siéntate, por favor, Amber —dijo Skylur, desde una de las sillas que me daba la espalda.

Capítulo 48

Bian se fue y yo me senté frente a él. Supongo que no debería haberme sorprendido al reconocerlo de repente. Era el hombre que acompañaba a Diana cuando me secuestraron, cuyo rostro había desaparecido de mi memoria. Tenía el tipo de aspecto que uno podría pasar por alto en una multitud, moreno y guapo, pero no excepcional. Hasta que mirabas sus ojos, de un azul duro e impactante. No los había visto la primera vez que nos vimos. En el aparcamiento, la luz había sido mala y en el calabozo, había estado oscuro y él había jugado con mi cabeza.

—¿Vas a volver a fastidiar mi memoria cuando me vaya? —dije.

—*Si* te vas, no. —Dejó eso en el aire.

—¿Qué tiene de importante mantener este lugar en secreto?

Suspiró.

—Estamos en guerra, aunque sea oficialmente tiempo de paz. El partido de Basilikos no dudará en atacar esta casa si descubre su ubicación. Cuando celebremos la Asamblea la semana que viene, todos los miembros llegarán aquí con los ojos vendados; ese es el nivel de cuidado que tenemos. Las únicas personas que conocen esta ubicación son completamente leales.

—Y tú dices que no lo soy. ¿Qué hace falta para probar que no voy a dar esta ubicación? Diana leyó mi mente.

—Ella quería una cosa concreta: que fueras al baile y recibieras el mensaje por nosotros. La lealtad es un asunto mucho más complejo y la respuesta no es sí o no.

—¿Cómo sabes que esos guardias de ahí fuera son leales?

—Entenderás los lazos de parentesco cuando te conviertas completamente en Athanate. Cuando dejes de luchar contra ello. Ahora, mi pregunta que responderás: ¿Cómo encontraste la dirección?

—Déjame decir primero que nadie más lo sabe. ¿Qué me darás por la respuesta?

—Esto no es un intercambio. Sería mucho más fácil mantenerte aquí. —Me miró fijamente.

Afortunadamente, en ese momento llegó Diana y nos distrajo. Sabía que Skylur era más fuerte y rápido que yo. Sospechaba que podía atravesar mis defensas mentales. Pero algo me hacía seguir desafiándolo.

—Amber, hola. Encantada de verte.

Me levanté y recordé el beso formal de saludo del Athanate: el cuello y no la mejilla. Nos separamos y los labios de Diana se apretaron en una sonrisa perezosa y depredadora que me hizo sentarme de nuevo a toda prisa.

—¿Tienes el mensaje? —dijo Diana.

—Quiero la respuesta... —empezó Skylur, pero Diana le cortó.

—Nos lo dirá cuando esté lista. Yo responderé por ella. Y estamos en deuda con ella por haberla puesto en peligro. —Skylur parecía enfadado, pero no dijo nada. Diana no jugaba limpio. Me costaba mucho más argumentar contra su planteamiento que contra el de Skylur.

—Sí, tengo un mensaje de Arvinder Singh. —Al oír el nombre, ambos se pusieron en alerta e intercambiaron miradas.

—Son buenas noticias —dijo Diana—. Si es Arvinder quien ha cambiado su lealtad, entonces Basilikos tiene serios problemas internos. ¿Cuál es el mensaje?

Los miré sin comprender.

—No lo sé. Puso un mensaje codificado en mi cabeza. ¿No es así como lo esperabas?

Antes de que pudiera parpadear, los dos se cernían sobre mí, sujetándome en la silla. Mi corazón se detuvo y luego se disparó completamente. ¿Qué demonios acababa de decir? A pesar de mi experiencia anterior intentando luchar contra ellos, me esforcé, lo que no me sirvió de nada.

Diana estaba detrás de mi silla, acercándose. Sus manos me agarraron la cabeza como una prensa y la inclinaron hacia atrás hasta que la miré.

—Amber, por favor, confía en mí. Deja de luchar —dijo. Su voz era tan razonable, tan tranquila. Sus ojos sostuvieron los míos hasta que mi corazón empezó a ralentizarse y me calmé.

—Puedo hacerlo porque tú confías en mí. Esto no significa que nadie más pueda hacerlo. Puedes luchar contra Matlal o cualquier otro Athanate que intente superarte mentalmente. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Mi cabeza se movió entre sus manos.

—Lo que hizo Arvinder podría usarse para hacer otras cosas, cosas de las que no te darías cuenta. Necesito comprobarlo. Tienes mi palabra, buscaré solo donde sea necesario. ¿Puedo?

Volví a mover la cabeza. Tenía la sensación de que podía mirar lo quisiera o no, pero confiaba en ella y me relajé todo lo que pude. Hubo una sensación de pánico cuando una *otredad* gris pareció hundirse en mi cabeza, y ella murmuró algo tranquilizador. Mis ojos se cerraron. Como un carrete de película, el baile benéfico se desenvolvió en mi cabeza: la sensación mientras caminaba hacia la puerta, el vestido rojo de Jen, el sabor de la comida y el vino, Matlal, los bailes, mis pies doloridos, Arvinder, el olor de Alex, la bronca de Tucker, el falso portero.

Se detuvo y volví a encontrarme sentada, desplomada en la silla. Skylur estaba de nuevo en la suya y Diana estaba sentada en el brazo de mi silla, con una mano apoyada en mi hombro. Ella y Skylur hablaban en Athanate.

Cuando vio que había vuelto, me apretó el hombro.

—No te han hecho nada —dijo—. Era solo un mensaje de Arvinder para nosotros.

Se aclaró la garganta.

—Amber, ahora que hemos sacado el baile benéfico del camino, vamos a tener que reconocerte formalmente ante la Asamblea el próximo miércoles.

—¿Qué significa eso?

—Los Athanate están muy preocupados por saber dónde encaja cada uno. Matlal ya se ha quejado de que un Athanate no registrado estaba en el baile. Eso está a un paso de ser renegado. Necesitas un estatus que se entienda y que te dé una medida de protección contra otras Casas de Athanate. También nos protegerá contra las reclamaciones de que no estamos vigilando nuestro dominio correctamente. Hay dos alternativas.

Levanté la mirada interrogativa.

—Uno: te conviertes en parte de la Casa Altau, reconociendo a Skylur como tu Maestro. Hay una ceremonia y un intercambio de Sangre. —Su mano volvió a apretar suavemente mi hombro cuando empecé a protestar—. Como siento que esto no es algo que quieras todavía, hay una segunda opción de alianza. Formas la Casa Farrell y juras lealtad a Altau ante la Asamblea. Es habitual, pero no necesario, pasar por el intercambio de Sangre.

Me reí.

—¿Una casa de uno? ¿Sin una casa física tampoco?

—Por el momento —dijo Diana.

—Esto es ridículo —dijo Skylur a Diana—. Pasamos por todo esto por simples requisitos: para protegerla y garantizar nuestra seguridad. La forma más fácil es mantenerla aquí hasta después de la Asamblea, por lo menos. Estoy totalmente en contra de establecer otra Casa en Denver. No tiene ningún sentido.

—Y es tu decisión —respondió Diana—. Pero mi consejo es que procedamos así. No nos hace ningún bien mantener a Amber aquí, y de hecho puede perjudicar nuestros intereses.

Skylur se recostó en la silla e hizo un gesto despectivo con la mano. Lo tomé como un acuerdo a regañadientes.

Me volví hacia Diana.

—Aparte de la sangre, ¿cuál es la diferencia entre las dos opciones?

—En cuanto a protección, nada. El daño que se te haga a ti es daño que se le hace a Altau. Lo que no te mantendrá a salvo en sí mismo, pero hará que los Athanate se lo piensen dos veces antes de intentar algo. En la responsabilidad, es bastante más complejo. Como miembro de una Casa, el vínculo es muy estrecho. Como Casa aliada, eres mucho más independiente a menos que rompas la ley Athanate, y entonces la disciplina y las reparaciones son responsabilidad de Altau. Tú eres responsable de tu Casa. Por el momento solo tú, pero eso cambiaría. Como miembro, no se espera que asistas a la Asamblea. Como nueva Casa, debes hacerlo, para prestar tu juramento.

—No hay manera de que pueda entender lo que necesito a tiempo para la Asamblea si esperan que asista. ¿Hay alguna posibilidad de tener un asesor?

Skylur y Diana se miraron un momento y Skylur asintió. Diana se volvió hacia mí.

—Bian te ayudará. No es una reasignación temporal; ella seguirá siendo Altau, pero te asesorará.

Hubiera preferido a Diana, pero supuse que encontraría la manera de hacerlo funcionar.

—Ahora, cuéntanos cómo has llegado a encontrar dónde está esta casa. —El agarre de Diana en mi hombro añadió un *por favor* no expresado.

—Necesitas saber esto por tus legítimas razones de seguridad, y te lo diré —dije—. Pero necesito saber cosas por mis legítimas razones de seguridad: cómo sabías que iba a haber un intento de matar a Jennifer Kingslund en el baile.

—Tenemos un espía en su campo —dijo Skylur—. ¿Estás al tanto del vínculo entre Tucker y Matlal?

—La prometida de Tucker trabaja para Matlal. Hay cierta cooperación comercial.

Skylur resopló.

—La prometida de Tucker es de la Casa Matlal, y lo ve como un futuro esclavo de sangre. Y es más que una cooperación en los negocios. Tucker tiene problemas financieros aplastantes y Matlal es ahora accionista de Tucker Beacon. Tucker está atrapado. Piensa en él como otro brazo comercial de Matlal. Uno que le da a Matlal una excusa frente a la Asamblea para visitar Denver e interferir en nuestro dominio. Nuestro espía sabía que habría un intento en el baile. Era la última oportunidad de Tucker para conseguir el Grupo Kingslund y escabullirse de Matlal. Ha fracasado y ahora nunca podrá escapar.

Asentí con la cabeza. Mi simpatía por la situación de Tucker era muy limitada. Había intentado reclutarme y luego matarme. Y si me hubiera reclutado, Jen habría muerto y habría sido mi culpa. Eso no podía perdonarlo.

—¿Por qué no pudiste decírmelo antes?

—Existía la posibilidad de que las cosas salieran de otra manera en el baile. No queríamos revelar que teníamos un espía en su campo —dijo Diana—. De hecho, no estamos seguros de la fiabilidad de este espía. Todavía no sabemos su identidad, pero este mensaje es auténtico.

Esto no era una prueba sobre Tucker que pudiera llevar a Morales, pero al menos entendía un poco más lo que estaba pasando. Mientras tanto, Skylur quería su respuesta y podía percibir que su furiosa impaciencia no iba a aguantar mucho más.

—Tenía un sistema de GPS en mi antiguo coche, el que usaste para traerme aquí. Lo hice modificar hace tiempo para que almacenara las coordenadas cada dos minutos, aunque pareciera apagado. Extraje el dispositivo al día siguiente.

—¿Quién más podría haber visto esta información? —preguntó Diana.

—Nadie. Lo hice sola, el sábado, y el archivo está encriptado.

Skylur y Diana se miraron sin palabras, pero parecían satisfechos con la respuesta. Diana dejó el reposabrazos y se sentó en su propia silla.

—Por el momento, por favor, no abras más brechas en nuestros sistemas —dijo—. No averigües los nombres de los Athanate aquí, de dónde vienen, qué hacen fuera... nada. No hables ni una palabra sobre los Athanate con nadie de fuera. Tenemos que mantener esto al menos hasta el final de la Asamblea esta semana. Una vez que nos hayamos librado de todos los visitantes del Athanate en Denver, las cosas cambiarán. De hecho, me gustaría que hicieras algunas pruebas en los sistemas de seguridad y defensa aquí.

Asentí con la cabeza mientras pensaba *¿qué pasa con conocer a David?* Decidí que debía avisar primero a David antes de decírselo a ellos.

Alguien que no conocía entró en la biblioteca detrás de mí y Skylur miró y se levantó.

—Tengo una llamada, debo irme —dijo—. Modificaré el orden del día de la Asamblea para incluir el juramento, y te veré entonces, Casa Farrell. —Salió a paso ligero. No pude saber si estaba bromeando o no con el título.

Diana se sentó, perdida en sus pensamientos por el momento. Aproveché el tiempo para echar un vistazo a la biblioteca y a los jardines del exterior. La casa estaba muy silenciosa. Tenía una sensación de vacío y me pregunté brevemente dónde estaría todo el mundo.

Decidí aprovechar la oportunidad de tener a Diana allí para responder a las preguntas.

—¿Puedo preguntar hasta qué punto soy un riesgo para los demás?

Diana me miró.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo priones de Athanate en mi cuerpo. Tengo entendido por los científicos que los priones no sobreviven fuera del cuerpo, pero ¿puedo infectar a alguien solo con un beso, por ejemplo? ¿O tengo que morder?

Se removió en su silla y se levantó.

—Si los besos fueran un método fiable, no usaríamos colmillos —dijo y se encogió de hombros—. Una vez que obtengas el control total de tus poderes, entonces harás lo que te propongas. Si quieres convertir a alguien, lo harás, pero usarás los colmillos para estar segura. Si quieres curar, o establecer lazos, eso sería diferente. Pero en tu etapa, sí, hay un pequeño riesgo, incluso con un beso.

Yo también me levanté.

—Así que, el sexo está descartado por el momento.

Diana sonrió.

—Excepto con Athanate.

Había sido un largo día, una larga semana. Mi creencia en mi propia humanidad y sexualidad estaba siendo cuestionada, y Diana pareció cristalizarla en ese único comentario casual.

—Al diablo con los malditos Athanate —dije enfadada, poniéndome en su cara.

Ella no respondió, no dio un paso atrás. Su rostro inexpresivo se volvió hacia un lado, pero no antes de que yo vislumbrara el dolor en sus ojos. Mi rabieta se evaporó y me di cuenta de lo estúpido que era mi comportamiento.

—Lo siento, Diana. A veces soy una completa imbécil. Es... yo... —Pensé en todas las excusas que podía dar, en todas las razones que tenía para mi temperamento sin pelos en la lengua. Todas eran una mierda y me las tragué—. No hay excusa —me obligué a decir.

Diana volvió la cara, su expresión seguía siendo ilegible. Sus ojos parecían enormes. No brillaban. Eran oscuros y secretos como el espacio; eran grandes lunas negras que tiraban de mis mareas. Me sentí mareada. Ni siquiera lo estaba intentando y me estaba hipnotizando.

—Hiciste un buen trabajo al traerme la primera vez —dije, y me obligué a continuar, fortaleciéndome para mantenerme erguida y seguir mirándola a los ojos—. Has sido cuidadosa y paciente conmigo y yo te lo pago enfadándome y diciendo estupideces. Por favor, créeme, no es así como pienso realmente. No quiero ser tu enemiga. Perdóname.

La toqué en el hombro y un pequeño escalofrío la recorrió, sobresaltándome. Moviéndose lenta y deliberadamente, juntó mis manos entre las suyas y las mantuvo entre nosotras.

—Perdonada —murmuró, con una pizca de colmillo en el borde de la boca—. Cuando llegue tu momento, me sentiría muy honrada de ser tu Mentora.

El miedo y la excitación me recorrieron la espina dorsal.

—No quiero... —empecé, pero mi boca se frenó y se detuvo. No sabía qué demonios quería en ese momento.

—Lo entiendo —dijo ella.

Sus ojos parpadearon a la izquierda y un segundo después Bian entró en la biblioteca. Se detuvo, mirándonos. Nuestras manos se soltaron y yo di un paso atrás, mi respiración se relajó ligeramente.

—¿Me he perdido algo? —preguntó Bian socarronamente, levantando las cejas.

El demonio me cogió la garganta.

—Querida —dije—, te perdiste *todo*.

La cara de Bian se cerró. Sus ojos tenían un brillo, que no era de hambre de sangre.

—Bian, Amber se va —dijo Diana—. ¿Podrías asegurarte de que los guardias estén informados, por favor?

Caminamos juntas hasta la puerta principal. Bian salió con una mirada hacia atrás y comenzó a dar zancadas hacia la puerta. Diana metió un papel en el bolsillo de la chaqueta.

—Casi lo olvido. Esta es la información de contacto de los Licántropos en Denver. —Sonrió discretamente.

—Gracias por eso —dije—, y por prestarme tu abrigo la última vez. Lo tengo en el coche.

—Tengo que ir a hablar con Skylur ahora. Dáselo a Bian, por favor. —Todavía estaba sonriendo mientras se daba la vuelta—. Ella te hará pagar por esa pequeña broma, ya sabes.

Conduje hasta la puerta, me bajé y le di el abrigo de Diana sin palabras a Bian mientras las puertas comenzaban su lenta y silenciosa apertura.

Los guardias habían cambiado, y por encima de su hombro, reconocí a uno de ellos. Era Colmillo 3, de nuestra pequeña batalla en LoDo. Él había sido el que me había estado golpeando con su técnica de Kung Fu hasta que fue demasiado obvio. Me pregunté cómo iría esto, pero no había manera de que no dijera algo.

—¿Estás mejor?

Sonrió.

—Todo bien, excepto mi orgullo. —Su sonrisa no era forzada y me encontré devolviendo la sonrisa y disfrutándola.

—¿Dime que no fue tu idea lo de los trajes negros? —dije.

—No. Eso fue... —se detuvo, sus ojos casi no se dirigieron a Bian. Ya lo tengo. Sin nombres, sin antecedentes, como había dicho Diana —. Ese fue el idiota que enviaste por las escaleras —continuó—. Se lo toma todo demasiado en serio.

—¿El resto de la pandilla también está bien?

—Estamos en ello. Nos curamos fácilmente. Lástima que no seamos más inteligentes.

Me reí de eso.

—Bueno, no puedo ayudar con eso, pero ¿qué tal un combate de revancha? ¿Tal vez podríamos hacer algo de sparring alguna vez?

Sus ojos se iluminaron.

—Señora, sí, señora.

Ya nadie dice eso, ni siquiera en el entrenamiento, pero había una sensación en este hombre que me pareció reconocer de mis días en Operaciones 4-10. Apostaría a que era un ex marine.

—¿Semper Fi[6]?

Vi cómo sus labios se perfilaban para responder con el grito marino de «ooh-rah» cuando Bian se inclinó ligeramente hacia delante, con su metro sesenta de altura sobre la punta de los pies. A pesar de su escasa estatura, se las arreglaba para ser imponente. Sus ojos giraron hacia ella y luego volvieron al frente y se puso rígido para prestar atención, la sonrisa desapareció. Cuando decían que no había información, lo decían en serio.

Me volví hacia Bian.

—Sabes, es cierto lo que Diana dijo de ti.

Saltó a mi trampa.

—¿Qué es eso?

—*No* eres nada divertida. —Volví a subir a mi coche. Los ojos de Colmillo 3 estaban desorbitados como si acabara de ver algo que admiraba, pero que no deseaba hacer él mismo, como arrastrar a un leopardo por la cola. Cobarde.

Las puertas habían terminado de abrirse silenciosamente y puse en marcha el motor.

La cara de Bian apareció en mi ventana y la bajé. Apoyó los codos en el alféizar.

—*Estoy deseando* introducirte en las reglas y costumbres del Athanate —dijo, y su lengua recorrió lentamente su labio superior, empujándolo hacia atrás para mostrar sus colmillos, pálidos bajo las luces—. Diana no dijo nada de diversión, pero lo que dijo era cierto... *te* haré pagar.

Me fui, riendo. Maldita sea, me estaba empezando a gustar esta chica.

Capítulo 49

DOMINGO

El domingo por la mañana, Jen fue a la oficina para despojar a Verdoon de cualquier puesto de responsabilidad en la empresa.

Me alejé del hotel para comprobar las llamadas en mi móvil. Todavía no estaba segura de si me estaban rastreando a través del móvil o no, pero no iba a arriesgarme. Tenía mi teléfono desechable, que probablemente estaba bien para un par de días más si necesitaba hacer llamadas. Lo utilicé para llamar a Tullah y advertirle de que se alejara del trabajo hasta que todo se calmara.

No había nada en los registros de llamadas de mi móvil habitual de lo que tuviera que ocuparme hasta el lunes. Pero había un mensaje de texto de anoche: *Mike 6 llama a Bravo 5* y un número de móvil.

Aparqué en la carretera mientras lo comprobaba. Estaba junto al Capitolio y conseguí rodear el edificio para sentarme. Me temblaban las manos. Había apagado el móvil, pero las palabras seguían dando vueltas en mi cabeza. Mike 6 era mi indicativo en la misión de Sudamérica. Mi última misión.

Me senté pesadamente en las escaleras del Capitolio.

Es de noche. Elevándose sobre la selva y bloqueando las estrellas frente a mí está la oscuridad del Hacha del Diablo. Estoy mareada. Enfadada. Me toco el cuello y vuelvo a saber que voy a morir, la sangre arterial pulsa sobre mi mano. El fétido hedor de la muerte asalta mi nariz. Mi puño se acalambra con el agarre que tengo de su pelo, pero no voy a soltar su cabeza, y la sangre gotea de mi cuello desgarrado para caer sobre mis botas. Hay sangre sobre mi cara, por mi pecho...

—Señorita, no hay que sentarse en esos escalones tan fríos.

Parpadeé. Un anciano, encorvado sobre un bastón, pasó arrastrando los pies y esbozó una sonrisa, débil como el sol de invierno.

Denver. Aquí y ahora. Me levanté y caminé. Nadie fuera del 4-10 conocía la señal de llamada. Bravo 5 era del equipo de apoyo: Sargento Alverson. Keith. Oh, Dios. Keith. Llamé al número de con teléfono de prepago.

—¿Keith? ¿Estás en la ciudad?

—Amber. Sí. Yo…

—Keith, es peligroso. Encuéntrame en el Bar Longhorn en la 16. Tómate tu tiempo para comprobar si hay cola. ¿Treinta minutos?

—Hecho.

Puse el coche fuera de la vista en un aparcamiento. Luego me dirigí al bar, dando vueltas y mirando hacia afuera.

Casi exactamente a la media hora, lo vi. No había cambiado nada, pero supongo que solo eran un par de años. Le vi mirar a su alrededor, dar media vuelta y meterse en el bar como si fuera algo secundario. Observé la calle durante otros cinco minutos antes de seguirle.

Estaba sentado en la esquina. Compré un café y crucé para sentarme a su lado y poder ver también la puerta.

Era extraño. Nos quedamos sentados mirándonos durante un minuto.

—No has cambiado —dije.

—Tú sí. —Tomó un sorbo de su café y suspiró—. Amber, es sobre Top.

No me fiaba de mi voz, así que asentí. Imaginaba que sería algo así.

—Ayer por la mañana —continuó Keith—. Estuve allí el viernes y él se iba rápido. Sentía que había enderezado todo lo mejor que podía, y el resto estaba dando vueltas. No es su estilo.

—No, no lo era —logré decir y tragué con fuerza—. Gracias por venir a decírmelo.

—Me dijo que te dijera que había disfrutado de tu visita. No podía irse sin hablar contigo. Pero no he venido solo para decírtelo. Amber, me pidió que reuniera algunas cosas para ti. Para emergencias, dijo. Están en el almacén donde la Sra. Welchester tiene un trastero.

Suspiré.

—Supongo que fue una estupidez pensar que ese nombre no aparecería en el radar del 4-10.

Keith se encogió de hombros.

—Nadie miró hasta que Top me lo dijo. Nadie más lo sabe, y no lo diré. —Me pasó una llave—. Unidad 438. Está prepagada por un año.

—Gracias, Keith. —Cerré mi mano sobre la llave—. No sé si podré ir al funeral. Hay un acuerdo que tuve que firmar...

Keith se cruzó conmigo.

—Lo sabemos. Creo que el coronel Laine lo hará saltar en una semana más o menos, pero tal vez sería mejor mantenerte alejada.

Levanté las cejas en forma de pregunta.

—Petersen ya no es mayor, y está haciendo un gran movimiento para hacerse con la sección. No solo la 4-10, sino también Obs y un par más. —Keith hizo una pausa y me miró, con la boca torcida—. Tiene una actitud muy simple hacia los vampiros. Matarlos. No mucho mejor que su actitud hacia las mujeres en 4-10.

Tengo una sensación de frío en el estómago.

—¿No puede alguien patear esto arriba?

Keith negó con la cabeza.

—La 4-10 no es el ejército regular, Amber. No hay ningún general sentado allí con responsabilidad directa, ni reconocimiento oficial. Es la unidad operativa por excelencia, negable. Todo el presupuesto es un excedente, y la regla parece ser resolver los problemas en la base.

Asentí con la cabeza.

—Gracias de nuevo, Keith. —Si Petersen tenía esa actitud, Keith tendría que salir de aquí y marcharse. También parecía que el coronel Laine tenía un trabajo difícil; elaborar una ruta para que Diana hablara con oficiales de mayor rango. Necesitaría pensar en una segunda opción para eso.

Keith no parecía tener prisa. Se limitó a sentarse y a mirar su taza, con las manos enroscadas alrededor de ella. Había visto el anillo, por supuesto.

—¿Quién es la afortunada? —dije alegremente.

—Creíamos que estabas muerta, Amber. Luego, ya sabes, cambiaste. —No me miró a los ojos. Tampoco respondió a mi pregunta, pero supongo que no necesitaba saberlo.

—Sí —dije.

—¿Cómo es, Amber? ¿Eres una vampira?

Respiré largamente.

—Todavía no, pero supongo que el tráfico va en una sola dirección en este camino. La mayoría de las veces, no me siento diferente. Soy más rápida que antes, más fuerte. Veo mejor en la oscuridad. —Le miré—. No bebo sangre.

—¿Se puede ser vampiro y no beber sangre?

—No. Por lo que he oído, cuando el cambio es completo, entonces es beber o morir. Sin embargo, no significa matar a la gente. Los vampiros que matan gente para alimentarse son proscritos en su comunidad y su ley es bastante estricta en ese tipo de casos.

Asintió con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, Keith. Sigo siendo yo. Solo estoy jugando la mano que me tocó. —Eché mis ojos alrededor del bar—. ¿Crees que Petersen enviará a alguien detrás mío?

—No sería nadie de tu época, pero hemos tenido sustitutos. Es posible que los utilice, o a otra unidad que tenga.

Tenía que estar muy lejos de mí. Me levanté y me apoyé en la mesa, poniendo mi mano sobre la suya. Siempre había tenido unas manos tan hermosas, incluso cuando estaban callosas y marcadas por el trabajo. Eran fuertes y suaves, y me habían reconfortado muchas veces. Las sentía dolorosamente familiares y extrañas al mismo tiempo, el borde duro y liso del anillo era ajeno a mi tacto. No se puede pisar el mismo río dos veces.

—Keith, si sigo siendo yo, y necesitan matarme, entonces cualquiera que envíe llegará demasiado tarde. —Me detuve y esperé a que asintiera para demostrar que entendía que me suicidaría antes que ir por libre o salirme de mis límites—. En cualquier otra situación, más vale que quien venga sepa lo que hace y por qué.

Salí y tomé una posición al otro lado de la calle donde podía vigilar la puerta sin ser vista. Keith salió solo. Quise volver corriendo y

abrazarlo por última vez. Mi antigua vida, a la que me había engañado que podría volver, de alguna manera, en algún momento, finalmente se me escapaba de las manos. Era el momento de reconocer que todos habíamos seguido adelante. El viento me metió un poco de polvo en los ojos y su figura se desdibujó. Se dio la vuelta sin verme y se alejó. Si le seguían, no podía verlos. Eso no significaba mucho, y tuve cuidado al dirigirme a mi coche.

No había pensado bien lo que le había dicho a Keith antes de decirlo, pero a veces te das cuenta de la decisión a la que has llegado cuando estás en el acto. Lo dije en serio. Me mataría antes que convertirme en Basilikos Athanate. Pero estaba cambiando. Mi cuerpo me estaba dando mucha información sobre lo diferente que iba a ser como Athanate. ¿Cómo podía estar segura de que mi mente no estaba cambiando también? Top se había ido y con ello había perdido mi absoluto, mi referencia y mi medida. Iba a la deriva, susceptible de tomar cualquier dirección.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

La Sra. Welchester hizo una visita a su nuevo trastero.

Top se las había arreglado para que me dieran el equipo estándar de la misión, y algo más. Independientemente de lo que le hubiera dicho sobre la situación aquí, imaginaba que en algún momento necesitaría una gran potencia de fuego. Ahora tenía la subametralladora MP5 como compañera de mi HK automática y una serie de granadas —bombas de estruendo, además de la variedad letal—. ¿Qué ejército del tercer mundo creía Top que tenía que eliminar?

El verdadero premio estaba en la parte de atrás. Top no había olvidado mi arma favorita. Oficialmente, era el Arma de Asalto Táctica de Estrangulamiento Variable. En esencia, era una escopeta sobredimensionada, sobrepotenciada, de cañón corto y personalizada. En la unidad, la llamábamos simplemente BFG[7]. Pateaba como un cañón y sonaba como el mismísimo diablo llamando a tu puerta, pero podía despejar una habitación o atravesar una placa de acero. No es un arma sutil. Me encantaba.

También estaba escondido en la parte trasera mi traje de paracaidista y el freno, supongo que por si quería volver a saltar. Totalmente en contra de las normas de Ops 4-10, lo había personalizado con una etiqueta en el pecho del mono: TaJ[8]. *Confía y salta.* Mis ojos se empañaron de nuevo. Tiempos felices.

Metida en el bolsillo delantero del mono había una carta dirigida a mí con la letra de Top. La guardé en el bolsillo. No podría leerla ahora.

Trasladé las Glocks, la escopeta ordinaria y mi equipo de vigilancia especializado de mi antiguo almacén al nuevo, dejando el antiguo para mis uniformes.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Conduje hasta la casa de Jen. A pesar de haberse alejado por el momento, Jen había dejado guardias en la puerta. Quería comprobar que todo estaba bien, y revisar los correos electrónicos y mensajes sin tener que hablar con nadie.

Apenas había empezado con los correos electrónicos cuando me llamaron desde la puerta. Al parecer, mi hermana estaba allí y quería verme. Fui a la puerta principal y encendí el video. Era Kath en su coche. La llamé por el intercomunicador para que entrara y abrí la puerta.

Kath condujo hasta la entrada. Incluso dentro del coche, me di cuenta de que tenía un aspecto horrible. Apenas era la hora de comer. ¿Ya había estado bebiendo?

—Kath, hola, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Se bajó del coche con una carpeta, con la cara deformada por la ira.

—Tenemos que hablar —dijo.

La llevé al estudio y traté de que se sentara. No quiso. Tiró la carpeta sobre el escritorio. En la parte superior había una carta formal en la que decía que se retiraba del caso.

—Kath, ¿qué ha pasado? —Si Carter la había amenazado, lo mataría.

—¡Tú has pasado! Otra vez. Cada vez que creo que tengo mi vida en orden, haces algo y la arruinas. —Cerró las manos en puños y golpeó el escritorio—. ¿Qué te pedí el viernes? No me lo arruines. ¿Qué hiciste? Bailaste con esa mujer Kingslund cuando todo el mundo te miraba. Tuviste una escena con ese empresario mexicano. Luego te abriste paso entre todos los delegados comerciales. Y para rematar, te fuiste con Kingslund y causaste otra escena en la puerta.

—No fue así...

—¡No es así para ti! —gritó—. Siempre hay una razón que tú conoces y nadie más. Los socios querían saber todo sobre ti, por qué nunca te había mencionado. ¿Qué podía decir? No sé qué hizo mi hermana durante diez años.

Las lágrimas corrían por su cara. Intenté abrazarla, pero me golpeó y se alejó.

—Ni siquiera sé lo que haces ahora —dijo—. Apenas puedes llegar a fin de mes, pero mírate. Tienes un coche nuevo. —Señaló enfadada por la ventana. Cogió la chaqueta de Jen del gancho donde la había dejado y me la sacudió en la cara—. Llevas chaquetas de diseño que cuestan cinco mil dólares. Llevas botas hechas a medida. Apareces en el baile más caro del año con un vestido de diseño. Incluso tu tarjeta se parece más a la de una puta que a la de un investigador privado.

—¡Kath, para! Lo has entendido todo mal.

—¿Lo entiendo todo mal? Miénteme una vez más, Amber. Dime qué hacías cuando te fuiste de casa.

—Ya lo sabes. Me alisté en el ejército.

—¡No, no lo hiciste! —gritó—. Quedaste fuera del campo de entrenamiento. Y no podías volver a casa, ¿verdad? No después de hacer tu gran salida.

—¿Cómo puedes decir eso? Estuve en el ejército hasta hace un par de años.

—No según el teniente Krantz. Vino a verme ayer y me lo contó todo sobre ti.

Krantz. Si hubiera estado al alcance en ese instante, lo habría matado sin dudarlo. Pero necesitaba concentrarme en esto primero,

detener a Kath en su camino. Parecía como si intentara trepar por la arena.

—Krantz está lleno de mierda, Kath. No puedes escucharle.

—¿Por qué? Él está en el ejército. Debería saber si tu estuviste. Me dijo que dirías que estabas en las fuerzas especiales. Pero no aceptan mujeres. —Me apuñaló con el dedo—. Lo sé. Llamé y pregunté.

En ese momento ya estaba llorando. Puedo soportar mucho, de muchos lugares, pero no de mi hermana pequeña.

—Mírate —dijo ella—. Es patético. Estás viviendo aquí como la puta de Kingslund, ¿no? ¿Así es como hiciste el dinero que enviaste a casa? ¿Acostándote?

Intenté abrazarla de nuevo. Ella me agarró del brazo y luchó con la ira en su rostro.

—¡Dios mío, mira tu brazo! Debería haberlo sabido. Estás drogada. Míralo, es como un puto alfiletero.

El pliegue de mi brazo mostraba el número de veces que la unidad de prueba había encontrado la vena allí. Me curaba rápidamente, pero había marcas de los últimos días. No era un alfiletero ni mucho menos.

Se apartó de mí y abrió con rabia la carpeta que había sobre el escritorio. Dentro había un gran cheque.

—Esto es para cubrir mi educación —dijo—. Ahora estamos en paz. Por el amor de Dios, usa el dinero para que te ingresen en una clínica.

Se tambaleó mientras me miraba fijamente y jadeaba, con las mejillas mojadas por las lágrimas. Se volvió por última vez hacia el escritorio y señaló las fotos.

—Eso lo dice todo. Nada de mí ni de mamá. Nada más que mentiras y gente que está muerta o que nunca estuvo viva. —Señaló la placa de Tara—. La quieres más de lo que nunca me has querido a mí —arremetió contra las fotos, tirándolas al suelo—. No quiero volver a verte —dijo, y salió corriendo hacia su coche.

Recogí mis fotos y las volví a dejar con cuidado sobre el escritorio. Papá, Top y Tara. Y yo. Y las lágrimas corrieron por mis mejillas.

Capítulo 50

Salí de casa una hora más tarde. No tenía nada planeado; simplemente conduje hasta Wash Park y caminé, subiendo la cremallera de la chaqueta prestada por Jen hasta arriba y levantando el cuello contra el viento frío. Llevaba la placa de Tara en el bolsillo interior.

¿Cómo podría explicarle la verdad a Kath? ¿Cuánto de esto era culpa mía? Había vuelto del ejército y había intentado mantener a todos a distancia. Pero la razón por la que lo había hecho no había desaparecido. De hecho, el recuento de priones me decía que no me quedaba mucho tiempo. Una vez que fuera Athanate, ¿cuánto podría involucrarme con mi familia?

En medio de mi caminata por el parque, Jen llamó a mi teléfono prepago. Los guardias le habían avisado de que había pasado algo y no iba a parar hasta que le contara lo que había pasado con Kath, al menos en términos generales. No le dije que Kath me había llamado su puta.

Jen se centró en lo que podía hacer.

—Amber, saca toda esa situación legal de tu cabeza. Pondré a mi abogado en ello el lunes. —Ella cortó mi protesta—. No voy a discutirlo. Simplemente lo voy a hacer.

Me di tiempo para asimilarlo. ¿Cómo podía aceptarlo y al mismo tiempo argumentar en contra de lo que Kath había insinuado? No podía aceptarlo, pero necesitaba ayuda y no podía negar que me hacía sentir mejor.

—Gracias, Jen. Te lo devolveré.

—De nada. *Tenemos* que hablar. —Hizo una pausa por un segundo, y al continuar, vaciló un poco—. No funciona en un solo sentido, querida. Demonios, hay algunas cosas estúpidas que he hecho, que necesito arreglar.

—De acuerdo —dije. Posiblemente se estaba enfadando de nuevo por haberme investigado, o algo parecido. Me encogí de hombros—. Volveré más tarde. También tengo otras malas noticias. Solo necesito algo de tiempo para mí.

Nos despedimos y di otra vuelta al parque, luego me senté en un banco vacío. La llamada de Jen había revuelto todo en mi cabeza.

Saqué la placa de Tara y pasé los dedos por la superficie brillante.

—¿Es una cosa de Athanate, Tara? —dije—. ¿Estoy buscando sangre y sexo?

—Culpa de los priones, ¿eh? No lo creo, hermana. Parece que estás buscando razones para no seguir adelante, para estar a salvo.

—No es mi decisión seguir adelante de todos modos. Si le digo a ella o a Alex lo que están arriesgando, correrán lejos de mí.

—¿Tú crees? —dijo Tara—. ¿Qué es realmente? ¿No estás segura de la parte física con Jen?

—No. Sí.

Tara se rio.

—Esta es la chica que también pensaba que el sexo con chicos era asqueroso. Lo superó, ¿no? —Su voz se volvió seria—. También superaste cosas mucho peores.

Suspiré y me levanté. No iba a ir allí. Había una cafetería a un par de minutos del parque y me dirigí a ella.

Sentada con un café con leche al calor, recordé la nota de Diana con los datos de contacto de los Licántropos locales. La saqué del bolsillo y descubrí que la había confundido con la nota de Lisa en la que me daba los datos de Alex. Volví a sumergirme en el bolsillo y mis dedos se congelaron en la segunda nota. La primera nota no estaba escrita por Lisa, sino por Diana. Saqué la segunda nota —la de Lisa— y las puse una al lado de la otra. La información era la misma. Alex Deauville.

Bueno, bueno, bueno; el lobo estaba en el baile. No recordaba que eso ocurriera en ningún cuento de hadas. Su dirección estaba a un par de manzanas al sur de la cafetería. Si estaba en casa, podía ir andando. Tal vez podría arreglar el asunto de Silver Hills. Y lo que sea. Algo para animarme hoy. Si no, la casa de David estaba a una manzana de distancia; podría ir a ver cómo estaba.

Llamé a Alex por el teléfono de prepago. Estaba allí, y cinco minutos después me abrió la puerta. Parecía un poco asustado.

—Dije cinco minutos, ¿no?

—Oh, sí. No, no es eso. Entra. —Se apartó y me hizo un gesto para que pasara al salón—. ¿Quieres un café?

—Acabo de tomar uno, gracias. —Estaba decepcionada y me preguntaba qué había pasado. El Alex del baile habría aprovechado la ocasión para besarme. Al menos en la mejilla.

La casa tenía un espacio dividido hacia la parte delantera, con una cocina y un comedor sobre el vestíbulo. El salón ocupaba toda la parte trasera de la casa. Entramos y nos sentamos.

—Yo…

—Gracias...

Los dos hablamos y dejamos de hacerlo al mismo tiempo. Al menos, eso provocó una carcajada y la incomodidad pareció disminuir. Sonriendo, agachó la cabeza y levantó las manos.

—Tú primero.

Me moví en mi asiento. Su sonrisa me había provocado deliciosos escalofríos. Me obligué a olvidarme de eso. Lo primero eran los negocios.

—Solo quería empezar dándote las gracias por intervenir en el baile —dije—. Y gracias también a tus amigos.

—Fue un placer. Era lo menos que podía hacer cuando me di cuenta de lo que estaba pasando.

Le miré con dureza.

—Aparte de que te dije que había surgido algo, ¿qué te hizo darte cuenta de lo que estaba pasando?

—No fue lo que dijiste. Fue la carga de adrenalina que tuviste cuando tu seguridad no respondió. Y la conversación que tuviste con Kingslund.

—¿Pudiste escuchar todo eso? ¿Puedes detectar cuando tengo una sobrecarga de adrenalina? —Asintió con la cabeza. Respiré profundamente—. Eso es cosa de lobos, ¿no?

Volvió a sonreír, y vi que había acertado la primera vez que lo había visto; había algo indomable en sus ojos. *Guau*. No parecía nada preocupado por mi comentario.

—Traje a un par de la manada conmigo para asegurarme de que llegarais a un coche. Luego vi al portero y me di cuenta de lo que pasaba.

—Quizá me tome ese café —dije—. Creo que esta podría ser una larga conversación.

Pasamos a la cocina y me senté en un taburete de la barra central. Disfruté del espectáculo, e incluso aparté su equipo informático para asegurarme de que mi vista no se viera obstaculizada.

—Llamé a tu modista ayer...

—Siento haberte dado la tarjeta equivocada —murmuré. *¡Mi modista!* Hizo que sonara como si solo llevara ropa hecha a mano para mí.

Lo descarté.

—Quería llamarte y... —Se frenó. Me apoyé en la mesa de la cocina, apoyando la barbilla en la mano y prestándole toda mi atención. Deseé haberme puesto una camisa abotonada en lugar de la camiseta que llevaba. Mucho mejor para inclinarse hacia delante, incluso para mí—. Quería llamarte *y* quería hablar de lo que pasó —terminó.

—De acuerdo. Hablemos primero de lo que pasó.

Puso el café delante de mí y se sentó al otro lado de la barra.

—Mi empresa de transportes trabaja con Tucker Beacon. Ha sido mi mayor cliente, desde que se convirtió en mi primer cliente. Me pidió un favor y acepté ayudarle contra Kingslund hace unas semanas —dijo.

—Estás hablando de asustar al equipo de construcción de Silver Hills.

Alex parecía sorprendido, pero luego asintió.

—Es obvio que lo sabéis. No queríamos un complejo turístico allí. Jack no quiere la presión sobre su complejo. La manada subió a Bitter Hooks y nos divertimos un poco. Nadie salió herido. La construcción se retrasó o se canceló. Me pareció bien.

—Pero Jack sigue bajo presión —continuó—, y creo que tiene a Matlal presionándole aún más. Conozco al falso portero. Es el hombre de Tucker para los problemas sucios, y cuando lo vi, supe que esto iba mucho más allá de lo que estaba dispuesto a aceptar. Cuando escuché que el taxi explotó solo confirmó mis sospechas. No tengo nada con lo que puedas ir a la policía, pero quería avisaros a ti

y a Kingslund y deciros que estoy fuera de juego. Lo que hice el viernes por la noche era lo mínimo que podía hacer para compensar.

Asentí con la cabeza.

—¿Bitter Hooks?

—Silver Hills es solo un nombre de marketing. Se llamaba Bitter Hooks. Es un derivado del antiguo nombre Arapaho: Espíritu Lobo. —Sonrió—. Es un lugar especial para nosotros y nos gusta ese nombre.

—A mí también —dije—. Bueno, de todos modos, gracias, en nombre mío y de Jen.

¿Qué había dicho? El lenguaje corporal de Alex se había enfriado de repente.

—Diría que te parece bien que sepa que eres un hombre lobo —dije.

Parecía sorprendido.

—Creía que a todos los vampiros os habían hablado de nosotros. Actúas como si fuera un secreto.

—Ahh. Bien. Soy Athanate, pero estoy por mi cuenta. Contacté con la Casa Altau en la última semana o así.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Una vampira sola? ¡Jesús! ¿Cómo puede pasar eso?

—A veces ocurre. Es una historia larga. Para una larga noche de otoño frente al fuego, tal vez. Con una botella de vino.

Alex se balanceó hacia atrás en su taburete. *¿Fue un poco atrevido de mi parte? Chica mala.* Pero entonces volvió a sonreír.

—¿Y tú? —dije—. ¿Cómo te convertiste en Licántropo?

Agachó un poco la cabeza. No soy sutil, pero no soy insensible. No quería hablar de ello.

—Oh, implicaba investigar el clan de lobos Arapaho y no entender los riesgos. —Volvió a llenar nuestras tazas—. Los detalles solo se divulgarán si me pones los pies en el fuego. O escondes el vino.

—Trato. Pero nos interrumpieron en el baile. Ahora estoy aún más interesada en saber por qué dejaste de ser médico. ¿Fue también una cosa de lobos?

Asintió con la cabeza.

—Me siento cómodo en situaciones médicas cotidianas, pero trabajaba en urgencias. Hay dos problemas con eso para un hombre lobo; la gran cantidad de sangre es inquietante, y obviamente, me preocupaba la posibilidad de infectar accidentalmente a alguien.

—¿Así que te convertiste en hombre lobo y te uniste a la manada local?

Volvió a asentir con la cabeza.

—Eso es todo. No está tan bien organizado como vosotros, los vampiros, pero al menos sabía lo que pasaba. Pude transformarme con éxito por mi cuenta y, como los vampiros, podemos sentir a otros Licántropos, así que encontré la manada. —Dio un sorbo a su café—. Estoy tratando de encontrar una manera de ayudar a los que no pueden cambiar y hacer el proceso un poco más suave.

—¿Algunos hombres lobo no pueden cambiar?

—Sí —dijo, y algo pasó detrás de sus ojos—. Y puede ser fatal, un poco como los vampiros que no beben sangre.

—Dijiste que había una posibilidad de infección si trabajabas como médico. ¿Así que puedes contagiarlos si te cortas el dedo y estás tratando a alguien, por ejemplo?

Hizo una mueca.

—Sí, es posible. Sería poco probable en un caso, o en cien casos, pero al trabajar en urgencias, ocurriría tarde o temprano. La infección ocurre con la sangre, o cualquier otro fluido —dijo despreocupadamente. Típico del médico, que hace que todo suene asqueroso—. No es que debas preocuparte, por supuesto, como vampiro.

Vio que tenía la boca estaba abierta.

—¿No lo sabías? —Sacudí la cabeza tontamente. De repente, *tal vez,* no estaba jugando solo por un poco de emoción. Si no podía infectarme...

—Los Licántropos y los vampiros no pueden infectarse entre sí —dijo—. Mira, he hecho algunas suposiciones y quizás sería mejor volver al principio y empezar de nuevo. —Hizo una pausa—. ¿Eres una nueva Athanate y formas parte de Altau, pero no has pasado por su proceso de Aspirante?

—No soy tan nueva —dije—. El proceso ha llevado mucho tiempo conmigo, por lo demás sí.

—Pero en el baile, ¿sabías de mí?

Sacudí la cabeza.

—Había pedido a la Casa Altau un contacto de la manada local. —Saqué las cosas del bolsillo y con los papeles llegó la foto de mis bisabuelos que aún tenía allí desde el fin de semana pasado. Ordené las dos notas—. Anoche me dieron esta y Lisa me dio esta. Te puedes imaginar que me sorprendí un poco cuando las miré una al lado de la otra hace unos minutos.

Alex apenas miró las notas. Recogió la foto.

—¿Quiénes son? —Su ceño se arrugó.

En la foto no ponía Farrell.

—Mis bisabuelos —respondí.

—¿Puedo escanear esto, por favor? —preguntó—. Me interesa la historia local. Y por supuesto la referencia al Clan del Lobo Arapaho es intrigante.

—Claro. —Había más que eso, estaba segura, pero lo averiguaría a su debido tiempo.

Abrió el portátil y deslizó la foto en su combinación de impresora y escáner.

—Bien. ¿Y de qué querías hablarme? —Sonrió—. A mí, como tu contacto peludo local.

—El complejo de Jen. Estoy trabajando para ella. Deteniendo el desorden. —Jen me había pedido que mantuviera la confidencialidad, pero tenía que decirle eso.

—¿Solo trabajas para ella? ¿Como en la seguridad y pidiendo a los hombres lobo locales que se mantengan fuera de su propiedad?

Había vuelto a dar la vuelta. Empecé a enfadarme.

—¿Qué estás diciendo, Alex? Nos llevábamos bien en el baile, y hoy, a cada cosa que digo, parece que le sacas algún significado oculto. ¿Qué es?

—Me retracto —dijo—. Supongo que realmente no lo sabes.

—¿Qué, por el amor de Dios?

—Bueno, cuando apareciste en mi puerta, supuse que... ahh... pertenecías a Kingslund. —Se acercó y tocó el brazo de la chaqueta

que Jen me había prestado.

—¿Qué demonios quieres decir? ¿La chaqueta? ¿Qué pasa con ella?

—Si lo digo, no me creerás. —Abrió el buscador de imágenes de su portátil, tecleó Jennifer Kingslund y las fotos en miniatura empezaron a llenar la pantalla. Lo giró hacia mí. Una ira fría y dolorosa se instaló en mi pecho. Una de cada cinco fotos de ella mostraba a Jen en algún lugar con un amigo, hombre o mujer, llevando la misma chaqueta que yo. Todos ellos eran atractivos y estaban claramente con Jen. «Con», como si estuvieran cogidos de la mano o del brazo. O besándose.

—Le da una a todos sus... compañeros —dijo con cuidado.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Los guardias deben haber llamado a Jen cuando volví a su casa. Había terminado de recoger mis cosas de la suite de invitados cuando ella llegó. La oficina tendría que dejarla para que Tullah la limpiara. Estaba fuera, echando lo último de mi ropa en el maletero.

El rostro de Jen estaba pálido y ansioso. Se apresuró a acercarse a mí, sin parecer la mujer de negocios segura de sí misma que yo conocía. Parecía asustada. Bajo el enfado sentí tristeza, y me empapé de ella.

Le empujé la chaqueta de cuero. Al menos ella no lo negó.

—Amber, por favor, lo siento mucho.

—¿Cómo pudiste hacerme eso? —grité.

—Fue una estupidez. Quería cubrir el hecho de que eras una investigadora privada. Todo el mundo asumiría...

—Todo el mundo asumiría que soy tu puta.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—No. No quise decir eso. No pensé...

—No. Tienes razón. No has pensado. —Entré en el coche y cerré la puerta—. Tullah recogerá la oficina y yo haré un pago final que cubra todo. Incluyendo el uso de esa chaqueta.

—Amber, por favor...

Me alejé. Odiaba la forma en que sonaba, lo que había dicho, cómo me sentía. De alguna manera, cuando ella me había prestado esa chaqueta y me había ofrecido un lugar para quedarme, sabía que había algo allí, y lo había aceptado de todos modos.

¿Por qué tenía que tener el control de todo? ¿Cómo me había sentido cuando Kath se alejó negándose a escuchar lo que yo intentaba decir?

Mi última visión, borrosa, de Jen fue en el espejo retrovisor, sujetando la maldita chaqueta como si fuera un edredón.

Capítulo 51

Me detuve frente a la casa de David, justo detrás de su coche. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el volante durante un minuto. Había sido un día infernal y estaba muy cansada. Quería acurrucarme en algún lugar y llorar hasta quedarme dormida. No tenía ganas de comprobar si David estaba bien, pero su aspecto del viernes por la noche había sido preocupante. Tenía que hacerlo.

Finalmente, me arrastré hasta su entrada y llamé a su puerta.

La casa estaba oscura y silenciosa. Me aseguré de que era su coche el que estaba delante. Era demasiado tarde para dar un paseo. Me quedé allí, indecisa. Podía estar dormido. O tal vez lo habían recogido y llevado a Haven para algo.

En cualquier caso, tenía su llave. Entré sin hacer ruido y me quedé junto a la puerta, oliendo el aire con la nariz. El lugar apestaba a Athanate, y a sangre y sexo. Sentí una punzada de preocupación en el pecho. Recorrí de puntillas el salón y el resto de la casa, pero no había nada. Acabé ante la puerta del dormitorio.

Me había dicho que era habitual que los Aspirantes se encapricharan de sus Mentores, y que Pia le gustaba mucho. Supuse que eso significaba mucha sangre y sexo. ¿Y si entraba y estaban juntos en la cama? Exactamente, ¿cómo explicaríamos a Pia lo que estaba haciendo aquí?

Solo había una forma de averiguarlo. Abrí la puerta en silencio. Estaba desnudo y solo en la cama. Si pensaba que el resto del lugar olía a sangre y sexo, no era nada en comparación con el dormitorio. La cama era una ruina, con las almohadas y las sábanas tiradas a un lado y el colchón inclinado sobre su base. Sonreí; está claro que el sexo es fantástico.

Pero la quietud de su cuerpo, la oscuridad en torno a su cuello, la ropa de cama desechada y el frío de la habitación no me cuadraban. Apreté el interruptor de la luz a toda prisa.

David estaba tumbado de espaldas, con el cuello cubierto de sangre seca. Tenía la boca abierta con los colmillos hacia abajo y sangre seca en la cara, pero no podía ver ni oír su respiración. Le

toqué la cara y traté de encontrar el pulso en su garganta. Su cuerpo estaba helado y sin fuerzas, su pulso apenas existía y era demasiado rápido. Le agarré la mano y apreté la punta de un dedo. El dedo ya estaba pálido y siguió estándolo después de que lo soltara.

Estaba demasiado familiarizada con las lesiones por pérdida de sangre desde mi época con la 4-10, y esto era lo más grave que había visto a nadie. Abrí sus armarios y encontré mantas, que amontoné sobre él. Encontré un calentador eléctrico y lo encendí al máximo. En la cocina encendí la tetera, encontré un poco de sopa y la puse a calentar también.

El calor y los líquidos le ayudarían, pero también necesitaba sangre. El hospital estaba fuera de cuestión en el estado en el que se encontraba. Lo más rápido que Bian, o cualquier otra persona de Haven, podría llegar aquí sería cuarenta minutos. David no tenía ese tiempo.

Le pasé sopa caliente por la garganta y le lavé la cara y el cuello con agua caliente. Las heridas estaban abiertas, pero apenas sangraban. Su corazón se aceleró: tenía unos minutos más así y se rendiría. Como Athanate, su capacidad de curarse a sí mismo era increíble, pero había sangrado demasiado.

Me había dado su llave. *Si algo va mal. Si necesitas hacer algo. Me cubres la espalda, Amber.*

—Mierda. Mierda. Mierda. —Sabía lo que tenía que hacer. Sabía cuál era el riesgo. Intencionalmente o no, su mordida liberaría sus priones en mi torrente sanguíneo. Eso podría inclinar la balanza y hacerme finalmente Athanate. Pero si había que elegir entre que David muriera o que yo me aferrara a ser humana un poco más, David ganaba. Y al menos ya no era como si yo tuviera tantos lazos con el ser humano.

Confía y salta.

Me quité la camisa y me uní a él bajo las mantas, tratando de forzar mi calor hacia él. Era como estar tumbada sobre una bolsa de hielo. Le abrí la boca y me moví hasta que pude sentir sus colmillos tocando el lado de mi cuello, afilados como agujas.

—Más vale que esto funcione, David —susurré y cerré los ojos. Pasé mi mano por debajo de su cabeza y lo atraje con fuerza contra mí. Sentí cómo sus colmillos rompían mi piel y se hundían en mí. Jadeé y la sangre empezó a gotear en su boca.

Sentí los ojos arenosos cuando los abrí. En el borde de mi vista, los números verde pálido de su despertador parecían no cambiar. Podía oír el frenético golpeteo de su corazón, el suspiro del aire en sus pulmones. En algún lugar se escuchaba el zumbido de la calefacción y el murmullo ocasional de los coches que pasaban fuera. Todo tan lejos.

¿Tenía más calor ahora? ¿Su corazón se estaba ralentizando? ¿Debería haber llamado también a Bian?

—Aliméntate y cúrate —murmuré.

Estaba muy cansada. Mis ojos se cerraron de nuevo.

«Ya no queda nada para ti ahí fuera. Ven a casa con nosotros, donde perteneces, Amber. Has estado demasiado tiempo en el camino». Skylur.

Lo había fastidiado todo, y no solo hoy. Había fracasado. No podía mantener un trabajo de verdad y había sido un desastre como investigadora. Toda mi vida era un maldito choque de trenes. Me dolía el corazón por mi padre, por Jen, Alex, Keith, Kath y Top, y pronto me dolería también por David. Entonces iría a Haven y quizás mi corazón dejaría de doler para siempre.

—Lo intenté, Top. De verdad lo intenté.

—No estás aquí para intentarlo —me grita al oído—. *Estás aquí para triunfar.*

Mis ojos se abrieron de golpe. Mi cabeza se sacudió y los colmillos de David cortaron cruelmente. Le agarré la cabeza.

—David —grité, con la ira hirviendo en mí—. Aliméntate, maldito seas. Aliméntate y cúrate.

Se retorció y su boca se cerró convulsivamente sobre mi garganta. Pude sentir el primer indicio de un suave tirón. La sangre fluyó hacia sus colmillos. Luego tiró con más fuerza y pude sentir cómo su cuerpo, todo él, se agitaba debajo de mí.

—¡Aliméntate! —Ahora podía sentir su hambre. Sus feromonas de Athanate empezaron a hacer efecto. Me sentí mareada mientras

luchaba contra ellas y mantenía su boca contra mi cuello. En un momento quería arrancarme la ropa y cabalgar sobre él, y al siguiente gemía de miedo. Pero no lo solté.

Empezó a forcejear débilmente, no para apartarme, sino para acercarme y, por fin, el loco vaivén de feromonas empezó a anularse mutuamente.

Finalmente dejé caer la cabeza de nuevo, pero esta vez con euforia. Lo había sacado del abismo. Y el precio era aceptable, algo que había estado postergando sin razón.

Su cuerpo había empezado a calentarse por fin. Le obligué a abrir las mandíbulas y le aparté de mi cuello. Se agitó, tratando de retenerme. Me desprendí de las mantas, envolviéndole en ellas, y conseguí hacer pasar un poco más de sopa caliente por su garganta. La horrible palidez había desaparecido de su piel.

Parecía que habíamos permanecido así durante mucho tiempo. Estaba mareada por la euforia de haberlo salvado y por todo lo que me había bombeado mientras estaba enganchado a mi cuello, así que no estaba controlando bien el tiempo. Al final, empecé a ver que la conciencia volvía a sus ojos y sus forcejeos se calmaron.

—¿Has vuelto, David?

Asintió levemente, lo senté y le hice beber agua. Sus ojos miraban mi cuello. Había dejado de gotear y ya estaba cicatrizando, pero tenía que parecer un espectáculo.

—¿Qué ha pasado? —susurró.

—Te drenaron. Perdiste demasiada sangre.

—¿Pero tu cuello?

—No podía llamar al hospital, David. Estabas allí tumbado con los colmillos fuera y Dios sabe qué preguntas habrían hecho. No creas que a Skylur le habría gustado. Y no pensé que Bian pudiera llegar aquí a tiempo. No tenía nada más que hacer.

—Oh Dios, lo siento. —Incluso en su estado, sabía lo que su mordida podía hacerme.

—Ya está hecho. —Le di una palmadita torpe y cambié de tema—. ¿Qué demonios cree Pia que está haciendo?

—Nos peleamos. —Frunció el ceño mientras trataba de reconstruir lo que había pasado—. ¿Recuerdas que dije que me habías dado

algo en el beso?

Asentí con la cabeza.

—He estado pensando en lo que decías sobre los priones. Deben de ser como el ADN del Athanate. —Suspiró y le di un poco más de agua para que bebiera—. Pero también se apoderan del sistema inmunológico. Eso es lo que nos hace tan sanos. Y el sistema inmunitario lucha por rechazar cualquier cosa extraña, incluso otros priones de Athanate.

—De acuerdo —dije—. Puedo ver eso. ¿Qué tiene que ver con Pia?

—Dice que huelo mal. —Soltó una risa ahogada—. Parece que tus priones son más fuertes que los de Altau, y ni siquiera eres Athanate completa. Huelo demasiado a ti y poco a Altau. Ya sabes, la marca. Dijo que tenía que devolverme a la marca. Quería saber de dónde venía. No se lo dije.

Sí que olía diferente. Apretada contra él, respirando su aroma, pude notarlo. El olor a cobre y especias de Altau estaba ahí, pero con algo más, algo agudo y fragante. ¡Maldita sea! Este era mi aroma de vampira. Esta era la marca de la Casa Farrell. Por primera vez, me di cuenta de lo que habían dicho Skylur y Diana. Estaba iniciando una Casa Athanate. Un escalofrío de miedo y orgullo me recorrió.

Pero primero tenía que dar algunos pasos.

—Vamos a tener que confesar, hermano.

Asintió débilmente con la cabeza.

—Supongo que sí. Pero ahora no es un buen momento —dijo.

—No. —Podía imaginar el trastorno que iba a suponer para la Casa Altau acoger la Asamblea del Athanate. Podrían prescindir de esta distracción. Tal vez podríamos desaparecer de la vista, una Casa Farrell oculta.

Me pasé una mano por la boca y luego tomé un sorbo de la sopa de David. Había perdido mucha sangre con él, pero me sentía bien, solo cansada y dolorida. De hecho, me sentía bien.

—Lo solucionaremos. Está bien —murmuró—. Lo solucionaré con Pia.

No, no lo haríamos. Volvería a morderle de nuevo. La mandíbula empezó a dolerme en serio y mi vista parpadeó. No se lo permitiría.

Era mío, era Casa Farrell. Tenía que entenderlo. Tenía que entender que era mío.

—¿Amber? —Sintió que mi cuerpo se tensaba.

Salté de la cama y me puse de pie, temblando. Sentía mi piel demasiado pequeña para mí, como si algo en mi interior luchara por salir. Mi lengua sintió una extraña presión y hubo un escalofrío de terror y placer cuando sentí el filo emerger en mi boca. Necesitaba morder. David tenía que entenderlo.

No. Para.

—David —dije. Parecía que mi voz venía de muy lejos. Se incorporó en la cama, con la cara desencajada por la sorpresa.

Mierda, le estaba coaccionando. Todo lo que necesitaba era que empujara su cabeza hacia atrás y alimentarme. Quería que me alimentara. Quería ser Casa Farrell. Podía sentir el potencial acumulándose en mí como una corriente de agua en un embalse. Estaba chupando la energía de la noche. Podía hacer que esto fuera así.

No.

¿La voz de Tara? La sensación estalló como una burbuja, llevándose toda la energía y me tambaleé.

—No puedo quedarme —jadeé y agarré mi camisa, dándome la vuelta—. Descansa. Volveré.

—¿Amber? —volvió a decir, pero yo ya había salido de la habitación, de su casa, antes de que pudiera contestar. Estaría bien. Lo que no necesitaba era que lo mordiera. Y no lo necesitaba. O lo necesitaba. Me columpiaba salvajemente entre las dos opciones.

En cuanto salí de su casa, me di cuenta de que no podía conducir a ningún sitio. El subidón febril de Athanate que había experimentado empezó a desaparecer, dejándome helada y apenas capaz de caminar en línea recta. Todo parecía borroso. La cabeza me daba vueltas, tenía la garganta seca y el estómago se me revolvía.

No podía volver a casa de David, le mordería o Pia podría aparecer. No podía ir al hospital. No podía ir dando tumbos por Wash Park con el aspecto de un borracho rechazado de una fiesta de Halloween. Y olvídate de la gente que está por ahí intentando matarme, yo misma tenía una buena oportunidad de conseguirlo. Me

di cuenta de que había cruzado una carretera cuando pasó un coche tocando el claxon. Ya ni siquiera sabía dónde estaba.

Otro coche pareció venir directamente hacia mí y luego se apartó. Al menos sus luces me habían mostrado la señal de tráfico. Tanteé y conseguí sacar el teléfono desechable. Las cuatro de la mañana. No se me ocurría nada más, así que pulsé la rellamada del último número. Oh, Dios, sé cómo dar una buena impresión.

—¿Amber? —Su voz estaba borrosa por el sueño.

—Lo siento. Tengo problemas. Pérdida de sangre. Puerta de la Avenida Kentucky, Wash Park.

—Quédate ahí. Estaré allí en cinco minutos. —Se había despertado rápidamente. No hubo ni un atisbo de enfado, ni preguntas sobre la hora, ni sensación de que estuviera pidiendo demasiado. Me dio una pequeña sensación de placer en medio de la enfermedad. Solo cinco minutos.

No contaba los minutos. Me desplomé y traté de rechazar la negrura que amenazaba con llevarme. Un coche se detuvo y sentí que una figura se cernía sobre mí. Podía ser cualquiera. Podría haber sido el asesino que ZK había contratado, o simplemente el violador local. Ni siquiera podía ver. Intenté levantarme. En ese momento, las luces se apagaron por completo.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Volví en mí mientras me llevaba a su casa. Mi cara se calentó con su pecho y respiré el dulce olor a pino y a prado de montaña. Y, debajo de eso, como una sombra que pasa en el bosque, reconocí al lobo. Fue como un bálsamo para mí. Le acaricié el pecho y resopló.

Hizo lo básico como había hecho yo con David. Me envolvió en mantas en su sofá y me dio de comer sopa caliente. Estaba muy lejos de desangrarme como lo había estado David, pero caminar en la gélida noche había sido una idiotez. Lo sabía porque el doctor Deauville me lo había dicho, muy claramente, varias veces.

Bueno, ciertamente había causado una buena impresión. *Maldita sea*. Como no podía ser peor, aproveché que se inclinaba sobre mí para agarrarle la cabeza y robarle un beso profundo y sensual

mientras volvía a caer en la inconsciencia. Una chica podía soñar. Una chica podía soñar.

∞ ∞ ∞ ∞ ∞

Está oscuro en el tipi. Hay brasas en medio del suelo. Una fina columna de humo se enrolla como una serpiente, atrapando la luz de la luna.

La forma que tengo enfrente se inclina hacia delante. La luz forma un monstruo de retazos; una oreja aquí, un flanco peludo, el brillo de un ojo, una hilera de dientes enormes y pálidos. Pero como es un sueño, sé quién es.

—Vaya, qué dientes más grandes tienes, bisabuela —dice mi demonio.

Habla-con-Lobos gira la cabeza, levantándola. Si aún fuera humana, estaría poniendo los ojos en blanco.

—Siempre fuiste irreverente. Tu madre es una santa cristiana por aguantarte. Tal vez el Viejo Coyote hubiera sido un mejor guía espiritual. —Oigo su voz en mi cabeza.

—¿Eres mi guía espiritual?

Tose divertida.

—Gracias a todos los dioses, no. Pero he estado ayudando a tu guía a protegerte de los espíritus de las serpientes.

Las sombras bajo ella se abren y una pequeña cachorra de lobo se tambalea. Sus pies son demasiado grandes para ella y tropieza con ellos mientras se dirige hacia mí. Sus ojos son muy brillantes y están un poco ansiosos cuando me mira. Recojo su cálido cuerpo en mis brazos y me lame la cara. Me río con gusto.

—¿Este es mi guardián?

—Ha ayudado a alejar al vampiro de la puerta durante dos años, pero no se supone que sea una guardiana, se supone que es tu guía espiritual.

—Es muy joven. —El cachorro me muerde la mandíbula suavemente en señal de protesta.

—Los guías aparecen así para empezar.

—La quiero. ¿Puedo hablar con ella como te hablo a ti? ¿Cómo la llamo?

—Su nombre es Hana. Significa cielo. Pronto te hablará.

—¿Cuándo?

—Cuando tus espíritus estén en equilibrio. —Siento su piedad como una mano pesada—. Hija de dos pueblos, hija de dos espíritus, mujer de la pena y la ira, maldita y bendecida. Pisas un camino difícil, Amber. No eres nada de lo que ellos creen que eres. Al final, no tendrás más guías que tú misma. Pero Hana te hablará cuando tus espíritus se equilibren.

—¿Cómo encuentro el equilibrio? —pregunto.

Percibo la risa.

—Ya has empezado.

La luz me da en la cara y me ciega la oscuridad. Ya no puedo ver el tipi. Entierro mi cara en el pelaje de Hana para estrecharla contra mí, y respiro su aroma. Me habla de bosques y praderas, de la alegría de correr bajo el sol de otoño. De la emoción del lobo en mi sangre.

Una búsqueda del equilibrio.

Me desperté apretando las mantas de Alex contra mi cara.

Capítulo 52

LUNES

Me desenvolví de las capas de mantas y las solté de mala gana. Olían a Alex y a Hana. Quería estar caliente y segura en el tipi, pero estaba demasiado llena de energía para tumbarme y volver a dormir en el sofá.

Era más tarde de lo normal para mí. La carga de trabajo me había pasado factura pero, aunque solo había dormido unas horas, me sentía despejada y llena de energía. Hice algunos estiramientos. Quise irrumpir en la habitación de Alex y despertarlo, pero me contuve y fui de puntillas por la casa. Entraría más tarde, con un café como ofrenda de paz.

Me gustaba su casa. Le gustaban mucho las vigas de madera, los muebles de madera y cuero de estilo pionero, las chimeneas, las alfombras y los grandes ventanales. Estaba en el lado sexy de los solteros. No tenía una biblioteca, pero su estantería en el salón mostraba un amplio interés. Había una estantería entera sobre los pueblos Arapaho y Cheyenne. Incluso sus viejos libros de medicina estaban allí.

Y había una foto de una chica, bronceada y de pelo negro. Mucho más guapa que yo. Me alejé.

Me miré en el espejo del baño. La piel alrededor de mi cuello parecía roja y dolorida, pero no había heridas visibles.

Subí al espacio dividido hasta la cocina y me puse a preparar el café. Estaba buscando en la nevera una pista para el desayuno cuando él entró somnoliento, vestido con un chándal.

—Te has levantado —dijo, con una sonrisa—. Y tienes mejor aspecto por la mañana.

Resoplé, le di un puñetazo en el hombro y luego lo besé mejor. Y de repente, estábamos de pie en la cocina con los brazos alrededor del otro. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Y al menos esta mañana, no me desmayé cuando me besó.

Me apoyé en la barandilla del pasillo, acercándolo. Mi corazón intentaba salirse del pecho, pero él se limitó a quedarse de pie frente a mí, con una mirada vagamente desconcertada.

Vamos, lobito. ¿Cuántas neuronas se necesitan? Chico, chica...

—Has cambiado —dijo.

—Creo que hoy no estoy estresada, sí. Me siento mejor.

—No es eso —dijo—. Bueno, también es eso. Pero es tu olor.

—No me he duchado esta mañana, quizás deberíamos compartir...

—No, eso no. Tu firma vampírica, tu marca. Es más débil. —Parecía aún más desconcertado mientras su cerebro procesaba todas esas inteligentes señales de la nariz—. Y en cambio, hueles a manada.

—He estado durmiendo en tus mantas, Alex. Por supuesto que algo de eso se me pegará.

Se acercó a mi cuello e inhaló. Se me puso la piel de gallina. Gruñó y cuando volvió a levantar la cabeza, sus ojos se habían vuelto más dorados que verdes, muy concentrados y brillantes. Era deliciosamente aterrador.

Lo apreté más contra mí. El calor que desprendía parecía calar en mis huesos. Mis piernas se tambaleaban y era bueno que estuviera atrapada entre él y un lugar duro. En realidad, estaba atrapada entre dos lugares duros y eso me parecía bien.

—Parece que te he atrapado —murmuró—. ¿Debo ser un caballero y ofrecerte la oportunidad de rendirte? —Se inclinó de nuevo hacia delante.

—Al contrario. —Suspiré, inclinando la cabeza hacia atrás para que sus besos se desplegaran como pequeñas flores en mi cuello, hasta la parte más sexy, justo detrás de mi oreja—. Te tengo justo donde quiero.

Dije la verdad literal. Podía sentirlo a través de mis vaqueros y sus pantalones de chándal y estaba en el punto exacto, si hablábamos de presionar botones.

—*Justo* donde te quiero —repetí, con la voz cada vez más ronca. Me aferré a su camisa y lo acuné contra mí. Exquisitos temblores me recorrieron. Había pasado tanto tiempo, y Señor, lo había echado tanto de menos. Sus dientes me rozaron el cuello y gemí.

Parecía entenderlo. No me habría importado en absoluto que me llevara al dormitorio, pero había algo estimulante en la posición imprevista y algo profunda y salvajemente sexy en el hecho de que se contuviera y me incitara.

Sus manos serpenteaban por mi espalda, acariciando y masajeando. Su boca volvió a posarse sobre la mía y mis sentimientos se descontrolaron. Todo se movía muy rápido.

Le rasgué la camisa frenéticamente y, cuando se rompió, le agarré el culo y lo atraje contra mí. Rompí el beso, echando la cabeza hacia atrás y apretando mi cuerpo contra él. Sentí que mi cuerpo se iluminaba y grité cuando el clímax me atravesó en oleadas.

—Dios mío, Alex —jadeé, mientras me aferraba a él, jadeando.

Se reía, me abrazaba suavemente, todavía presionando, pero tan ligeramente.

—¿Te has reprimido un poco últimamente, bombón? —me dijo al oído, y lo besó.

Le golpeé el hombro, desnudo ahora que su camisa estaba hecha jirones. Ver el daño me hizo reír.

—Siento lo de tu camisa.

—Obviamente no era una buena camisa —dijo, sus labios trazando patrones perezosos hasta mi garganta.

—Desnúdame, chico, o me vuelvo a ir —murmuré, clavando mis dedos en el sólido músculo de su espalda y mordisqueando juguetonamente su mandíbula.

Mi móvil sonó.

Resoplé y le acaricié el cuello. Esto era tiempo para mí. Lo apagaría en un segundo.

—Será mejor que lo compruebes.

No podía creerlo.

—¿El lobo me está diciendo que sea responsable?

—A veces —gruñó y sacó el teléfono de mi bolsillo trasero. Sospeché que era una excusa para agarrarme el culo, y no me quejaba, pero terminé con el teléfono en la mano, y una sonrisa en la cara, brevemente.

—Mierda. —El identificador de llamadas mostraba a Jen.

—Adelante. Contesta. —Se alejó de mala gana y fue a tomar su café. Sentí frío sin su calor de horno presionando contra mí. Quería arrastrarlo hasta la cama para tener sexo salvaje y lobuno. En lugar de eso, contesté al teléfono.

—¿Sí? —dije.

—Amber, ayuda. Por favor. —La voz de Jen sonaba frágil, y trajo el dolor de vuelta a mi corazón.

Suspiré y cerré los ojos. Realmente no necesitaba esto ahora, fuera lo que fuera. Pero no podía terminar la llamada. No soy así.

—Cuéntame, Jen —dije.

—Bernard. Troy. Oh, Dios, todo, Amber. —Estaba a punto de llorar.

—Cálmate y cuéntame.

—Recibí una carta esta mañana, como Víctor dijo que podría suceder. Una petición de rescate por Troy. Estaba a punto de llamar a José, al Capitán Morales, cuando él me llamó. Dijo que Bernard había pedido reunirse con él. José estaba tratando de decirme algo y luego hubo disparos. La llamada se cortó. Ahora no puedo contactar con él ni con Bernard.

—¿Con quién has hablado?

—Solo con Víctor. Él estaba aquí de todos modos. Quería hablar contigo. Quiero decir, sé...

Vaciló y se detuvo. Sí, ayer me había excedido un poco. Pero sentí que el peso se asentaba de nuevo sobre mí, y esta mañana me sentía más fuerte. Me había equivocado con Jen. Morales, Verdoon y Troy me necesitaban. No eran inocentes como lo había sido Emily, pero si no iba a hacer lo que pudiera por esa gente, ¿para qué estaba yo aquí? Iba a ver esto hasta el final. Top no habría perdido el tiempo pensando en el porqué, una vez tomada la decisión. Mi mente se puso en modo de trabajo.

—Jen, primero, llama a la policía con tu teléfono fijo. —Le di el número de Edmunds—. Explica al teniente Edmunds que creo que esto está relacionado con los otros incidentes en los que hemos trabajado juntos. Dile que yo también le llamaré. Mientras lo haces, pásame a Víctor.

—Gracias, Amber. —Pude oírla tomar aire para decir algo más, pero no llegó nada y me entregó.

El bajo estruendo de Víctor llegó.

—Esto no tiene buena pinta, chica.

—Te escucho, Vic. Mira, solo sé que todo esto se relaciona con Tucker. Tengo la sensación de que, si encontramos a Troy, encontraremos también a Morales. ¿Tienes algo, alguna sospecha, de dónde podrían tener a Troy?

—Sí. Para eso estaba aquí. Iba a hablar contigo. —Hizo una pausa y pude oír la voz de Jen de fondo hablando con Edmunds—. ¿Conoces el centro de negocios de Tucker en el Meridian?

Conocía el lugar. Era un complejo que ofrecía oficinas virtuales, salas de reuniones privadas y suites de oficina temporales, justo al otro lado de la autopista de peaje del aeropuerto del condado de Arapahoe.

—Sí, lo conozco.

—Bueno, he estado investigando y tengo una pista allí de uno de sus trabajadores. El piso superior del edificio principal ha sido aislado, y la mitad de las oficinas de abajo. Mi fuente dice que no hay casi nada allí arriba. El equipo de limpieza no puede entrar. El área de entrega ha sido cerrada a horas extrañas para entregas especiales. Y alguien llevó un paquete largo hace un par de semanas. Un paquete que parecía moverse. —Suspiró—. Yo no iría a la policía con eso, pero es lo mejor que he podido conseguir. El momento coincide con la desaparición de Troy y hay algo raro en ese piso de arriba.

—Así que pensaste que tendríamos que echar un vistazo. ¿Qué has planeado?

—Espera, tengo algo en mi móvil. —Hubo silencio durante un minuto, y luego volvió.

—Amber, escucha. Hay más actividad allí abajo ahora, tal vez más entregas especiales. —Hizo una pausa—. Cuando era solo el chef, es un nivel de maldad. Si también tienen a Morales allí, es un juego completamente diferente.

—¿Qué has planeado, Vic? —repetí.

Gruñó y exhaló un suspiro.

—Tengo un par de tipos que alquilan una oficina temporal. Están allí ahora mismo, acaban de llamarme. Pero todos los que les visitan

pasan por escáneres, como en un aeropuerto. Tienen bastante seguridad. No tenemos armas dentro, pero pensé que podríamos entrar y ver si podemos echar un vistazo.

—Vic, voy a entrar ahí. Te llamaré en quince minutos y discutiremos cómo. Mantén esta línea libre. —Terminé la llamada y levanté la vista. Justo a los ojos de Alex. Se me revolvió el estómago. ¿Cuántas veces podría salirme con la mía?

Empecé a disculparme y me hizo un gesto para que no lo hiciera.

—Ve a arreglar lo que hay que arreglar, cueste lo que cueste. Luego nos sentaremos y, sí, hablaremos.

Sonreí: ese tipo de conversación, oh sí. Me había dado la vuelta para irme cuando gruñó, me agarró por las caderas y me hizo girar hacia atrás. Fue tan rápido, tan impactante, que mis manos subieron automáticamente para apartarlo. Pero me devolvió la sonrisa y se limitó a besarme la nariz. El lobo desatado me miró con sus ojos: calientes, hambrientos y prometedores. Esto iba a ser *muy* interesante más adelante. Le devolví el beso en la nariz. Debe ser una cosa de lobos.

Me soltó, salí corriendo de su casa y volví a mi coche, que seguía aparcado frente a la casa de David. No eran ni cuatrocientos metros, por muy difícil que pareciera anoche.

Una vez dentro y conduciendo, llamé a Edmunds y le puse al corriente del edificio de Tucker, tan rápido como pude. Estuvo de acuerdo en poner un equipo SWAT en un ejercicio de entrenamiento en la Estación Lincoln, al lado del parque empresarial. Si llegaba el caso, y había más gente de ZK de la que podían manejar en el edificio, harían contención y llamaría a un equipo más grande. Todo lo que acordamos fue que no lo haríamos hasta que Morales y Verdoon y cualquier otro rehén potencial estuvieran fuera del edificio. Con la creciente desesperación en el comportamiento no parecía que quisiéramos estar en una situación de rehenes. Edmunds me preguntó si estaba segura de que allí estaba Morales. Tuve que admitir que era nuestra mejor suposición por el momento. Se limitó a gruñir.

Me despedí y recé una rápida oración de agradecimiento por el ángel de la guarda que me había enviado a Edmunds.

Llamé a Tullah y le conté brevemente lo que estaba pasando. Le prometí que la pondría al día cuando pudiera. Luego volví a llamar a Víctor y le dije lo que quería.

No le gustó nada.

Capítulo 53

Poco después de las 10:30 de esa mañana, subí al trote las escaleras del complejo de oficinas Nexus de Tucker Beacon.

Las alas del edificio parecían una enorme tarta de capas, en la que se alternaban el ladrillo y el cristal reflectante. Me interesaba el bloque principal, el complejo de oficinas de cinco plantas centrado en un atrio y oculto desde el exterior por un escarpado acantilado de vidrio verde ahumado.

Iba vestida de mensajero y llevaba el cuarto paquete del día para la falsa empresa de Víctor, que alquilaba una suite de oficinas en la segunda planta. Cada paquete había llegado con un formulario de firma de cadena de custodia, y tenía que ser firmado por el destinatario en persona. Tras discutir para el primero y conseguir que alguien bajara, la seguridad de la puerta había dejado entrar a los demás mensajeros, contentándose con pasar los paquetes por un escáner y dejar que los mensajeros los subieran.

—Jaysus, otro más —dijo el tipo de la puerta—. Aquí, Frank, dame el último pase.

Me lo entregó.

—Necesitarás esto para el ascensor y la puerta del ala donde está la oficina. Segundo piso, oficina 209.

Asentí con la cabeza para dar las gracias y garabateé un nombre ilegible en su registro. El paquete pasó por el escáner y me dirigí a los ascensores.

Un vistazo a mi alrededor me mostró que no había nada fuera de lo normal, y los tipos relajados de la puerta eran tipos corrientes que están en la mitad de los edificios de oficinas de Denver. O bien no sabían nada de lo que ocurría en el edificio, o bien eran actores de primera fila. La seguridad era un poco más fuerte que en otras empresas como esta, pero ese era su ángulo de marketing.

En la segunda planta había puertas cerradas que daban a los pasillos. El pase abrió la puerta de la derecha y bajé hasta la 209, mirando hacia el atrio central. Pude ver a un par de personas

caminando por los pasillos de la tercera planta, pero no había movimiento en la cuarta y la quinta.

La puerta se abrió en cuanto llamé, y el equipo de Víctor tenía el aspecto adecuado, con informes, planos y diagramas de flujo sobre los escritorios. Se habían quitado las chaquetas y se habían aflojado las corbatas. Se presentaron como Steve y Bud.

Les sonreí.

—Buenos hombres de negocios, chicos.

Saqué el dispositivo de comunicación de Víctor de mi bolsillo y lo coloqué sobre mi oreja.

—Vic, estoy dentro.

—Bien —gruñó—. Estamos en el lugar y listos.

Cubrí mi uniforme de mensajero con un mono de mantenimiento y Steve se puso un uniforme de mensajero, ya que ambos habían llegado en un paquete anterior. Me puse un chaleco antibalas debajo del mono, algo en lo que Víctor había insistido.

Bud abrió su maletín y sacó una tarjeta de acceso de la máquina que había allí.

—Tu amigo Matt dice que debería valer para todas las plantas y que también te dará acceso a la escalera de servicio. No hemos visto a ninguna persona de mantenimiento en los ascensores de los clientes, así que la escalera sería mejor.

—¿Estás en la comunicación, Matt? —pregunté.

—Sí —respondió inmediatamente.

—¿Algún problema que puedas ver con la tarjeta de acceso?

—Es difícil de decir, Amber. Si yo diseñara este sistema de codificación, haría que los lectores pudieran sacar el código de la secuencia estándar.

—En español, por favor, Matt.

—Estoy seguro de que funcionará para las puertas de servicio de tu piso. Podría activar una alarma en el quinto piso.

—Entendido y gracias. Quédate fuera de la comunicación ahora, es para Vic y para mí.

Me volví hacia Steve y Bud. Steve estaba comprobando su desvío y Bud me dio el último paquete, un conjunto de escalones plegables de plástico. Le arrancó las pegatinas de MUESTRA. Debajo de las

pegatinas ponía MANTENIMIENTO. Unas cuantas herramientas en un cinturón completaban el conjunto.

Steve levantó la vista y asintió.

—Estamos bien —dijo, y ambos me estrecharon la mano.

Salimos juntos de la oficina. Ellos se dirigieron hacia los ascensores y yo giré en sentido contrario. Si su sincronización era correcta, llegarían al vestíbulo justo cuando un grupo entrante comenzaba una discusión sobre las reservas.

Ahora estaba sola. La adrenalina empezó a subir. Miré mi reloj: 10:52. La puerta de la escalera de servicio se abrió a mi paso y no oí ninguna alarma.

—Estoy bien. Dale cuerda, Vic —dije a la unidad de comunicaciones.

—Entendido —respondió, y añadió algo en voz baja que podría haber sido «mujer loca». Bajé el sonido. La voz ronca era reconfortante, pero no necesitaba una distracción.

Llegar al quinto piso fue fácil; simplemente subí las escaleras. Entrar en ese pasillo era mi preocupación. Tenía algunas opciones alternativas, pero no quería que saltara ninguna alarma hasta que estuviera preparada.

Me paré frente a las puertas. Detrás de mí, las escaleras de hormigón desnudo subían al tejado y bajaban al sótano. Las entregas llegaban por el sótano y estas escaleras permitían introducir cosas que no querían que nadie viera. Si yo dirigiera algo en este edificio, tendría las cerraduras electrónicas colocadas de forma diferente arriba y abajo.

Me encogí de hombros y avancé. Esto era un edificio de oficinas, no un banco. Si no puedes pasar por una puerta, pasa por encima.

Por encima de mí, el techo tenía una estructura clásica de oficinas, con un espacio de arrastre metálico que proporcionaba acceso para el mantenimiento de las unidades de aire acondicionado y una rejilla ligera para sujetar los paneles cuadrados del techo. Tuve suerte. Empujé el panel para quitarlo de en medio y subí al espacio de arrastre, enganchando los escalones plegables con el pie y arrastrándolos tras de mí. Con el panel de nuevo en su sitio, no

había ninguna señal de que hubiera estado en el hueco de la escalera.

Estaba oscuro y polvoriento, lleno del silencioso zumbido de los sistemas de ventilación. No necesitaba luz; podía ver el pasillo en la penumbra. Suponiendo que hubiera un empalme de aire acondicionado para cada oficina, pude distinguir la distribución aproximada de los despachos.

Era demasiado fácil. Me arrodillé en el espacio de acceso y miré en la penumbra. Tenía una agenda apretada, pero activar las alarmas no ayudaría en absoluto.

Mis ojos detectaron un patrón regular de cajas sujetas a las columnas principales de soporte, con cables que bajaban, la más cercana entre yo y la primera oficina, apuntando a una caja igual fijada en la pared exterior. Recogí un poco de polvo del espacio de arrastre y lo soplé hacia la caja.

El polvo brillaba al pasar por un haz de luz. Volví a comprobarlo hasta asegurarme de que solo había un haz y entonces trepé con cuidado sobre él y bajé a gatas hasta el siguiente. Debería haberme tomado el tiempo de ponerme las zapatillas en lugar de las botas, pero ya era demasiado tarde. Tendría que tener cuidado. Dejé atrás los escalones plegables. Limitaba mis opciones si bajaba a las oficinas, pero ahorraba tiempo.

Por suerte, cada oficina tenía un solo rayo. Mis ojos se ajustaron y casi pude ver los rayos.

La primera sección era una fila de oficinas vacías. Doblé la esquina y empecé a avanzar por el pasillo de la base, sudando y dolorida por el estrechamiento. Había tardado quince minutos en llegar hasta aquí y no quería que Víctor se quedara parado todavía, pero las cosas podrían calentarse si tardaba demasiado. Empecé a sentirme insegura; tal vez se trataba de una planta de oficinas vacía y estábamos en la parte de la ciudad completamente equivocada.

La voz de Víctor llegó a través de mi auricular pidiendo una comprobación. Pulsé el micrófono con la uña en la señal acordada, y él acusó recibo.

Pasé por dos oficinas más antes de oír voces.

Las caras suites de oficinas del pasillo de la base estaban a ambos lados de la sección del ascensor, y cada una de ellas constaba de dos oficinas interconectadas y un almacén. Calculé que las voces procedían de la suite central 502.

Me arrastré con cuidado hasta que estuve sobre el espacio de la 502. Me agaché y subí el borde de un panel. Estaba oscuro y la puerta de la oficina estaba cerrada, posiblemente con llave, así que no había forma de colarse, que era lo que había estado esperando. Estaba a punto de dejar caer el panel hacia atrás cuando me di cuenta de que algo iba mal. Había alguien en la habitación y podía oler la sangre. Muy lentamente y en silencio, levanté el panel un poco más. Pude ver a tres personas, una encadenada a una cama, dos atadas en el suelo con la cabeza cubierta. En una suposición, Troy estaba en la cama, Morales y Verdoon en el suelo. Los dos hombres en el suelo estaban sangrando. Maldita sea.

Dejé que el panel se deslizara silenciosamente hacia atrás y me senté. Pulsé el micrófono con la señal, tres clics, pausa y repetición, tres veces.

La voz de Víctor volvió a sonar, el estrés empañaba su voz.

—Confirma que tienes a la vista al rehén o a los rehenes. —Pulsé una vez—. ¿Confirmar para rodar? —Hice clic una vez más—. Rodando.

Comprobé la hora: 11:16. Tenía entre cinco y diez minutos antes de que se desatara el infierno. El reloj de la cuenta atrás se puso en marcha en mi cabeza y la adrenalina volvió a activarse.

Me arrastré hasta que estuve sobre la oficina principal. Los ventiladores de la calefacción estaban encendidos en esta oficina, lo que me permitió tapar un poco el ruido mientras levantaba el borde de un panel cerca del espacio de ventilación.

Pude ver a dos hombres en la sala. Uno sentado en un sillón en la zona de descanso, con los pies en la mesa de centro y una pistola en el regazo, el otro en el escritorio hablando por teléfono. Era su voz la que había oído y seguía hablando en voz baja, pero con fuerza.

—Lo entiendo, Sr. Tucker, de verdad. Sin embargo, el depósito no es reembolsable, incluso si usted cancela. No me importa si usted lo autorizó o no.

Hubo una pausa.

—No, no estoy aquí para hacer eso. Tiene gente aquí para hacer eso por usted. Estoy aquí para eliminar a Farrell, y si cancela eso, me voy.

Otra pausa.

—No está con Kingslund y parece que tiene idea de dónde está. Así que estoy aquí porque, por lo que me dijo su hijo sobre ella cuando me contrató, aquí es donde aparecerá.

¿El hijo de Tucker? Mierda. Eso tenía que significar que Uniceja, Frank Hoben, era el hijo de Tucker. No podía ver otra opción. Todo el maldito asunto giraba en torno a Tucker.

La voz de Víctor llegó por el auricular, áspera contra el profundo ruido de fondo.

—¡Amber! El grupo con Tucker va a la zona de entrega ahora. El SWAT entrará en acción en sesenta segundos. Acelera. Confirma.

Pulsé el micrófono una vez y me arrastré por encima del escritorio. El tipo de la butaca tenía una pistola, pero en ese lado no había espacio para arrastrarse. El otro tipo podría tener un bazooka por lo que yo sabía, pero no podía saberlo y tenía que poner en marcha el espectáculo. Todo se estaba moviendo. Mi intuición me decía que el Sr. Sicario estaría muerto cuando los hombres de Tucker subieran aquí desde la zona de entrega, pero la misma sensación me decía que también lo estarían los demás en el almacén. No era algo que pudiera arriesgar. Sentí que mi chi se activaba. Fui consciente de los dos hombres y mis músculos dejaron de estar acalambrados. Todo mi cuerpo se sentía suelto.

En el escritorio, el Sr. Sicario se puso de pie y le indicó al otro tipo que se acercara.

—Su jefe quiere hablar con usted. —Le entregó el teléfono.

—¿Sí, señor? ¿Todos ellos? —Sus ojos se desviaron hacia un lado y lo supe—. Entiendo, señor.

Dejó el teléfono y empezó a levantar su arma. En ese momento, el sicario le dio un puñetazo en la laringe y yo me dejé caer por el techo sobre él. La vida es así a veces.

El guardia se desplomó, pero su arma había caído bajo el escritorio. No me atreví a ir a por ella después de ver el movimiento

del sicario. Era alguien que sabía lo que hacía. Salté por el escritorio y me puse en el espacio libre.

Era grande y fuerte. Había sido difícil calibrarlo al asomarme por los paneles del techo. Era muy grande, muy fuerte. Al alcance de sus brazos estaría muerta, y ambos lo sabíamos. Cambié mi posición de ataque estándar a una forma más equilibrada en la que pudiera quitarme de en medio más rápidamente.

Su labio se curvó al verme mover y no se molestó en buscar el arma bajo el escritorio.

Se adelantó, sin molestarse en ninguna postura defensiva, sin molestarse en ninguna preparación, con los ojos entrecerrados, con absoluta confianza en sus pasos. Su gran tamaño significaba que iba a ser capaz de enfrentarse a cualquier cosa que le lanzara y apartarla. Luego, una vez que estuviera lo suficientemente cerca, esos puños del tamaño de un plato me romperían o aplastarían y acabaría conmigo. Ese era su estilo, la forma en que luchaba, abrumando a través de su volumen y confiando en su enorme fuerza.

Excepto que su exceso de confianza podría hacerlo vulnerable.

—Sabes que Tucker tiene hombres abajo ahora —dije—. No vas a salir vivo del edificio.

Me ignoró. Me desvié y me alejé, exagerando los movimientos de Kung Fu. Su labio se curvó más, pero no respondió de otro modo, salvo para seguirme hasta que el pasillo fue demasiado estrecho para pasar por delante de él y no hubo salida detrás de mí. Él lo sabía.

Con él apenas a un paso, sonaron disparos desde abajo justo cuando amagaba con darle un puñetazo en la cara. Perdió la concentración; los disparos le distrajeron por un instante. Parpadeó y levantó la mano para apartar mi puño. Todo su peso recaía sobre su pierna izquierda. Eso era todo lo que iba a conseguir y era todo lo que necesitaba.

Fui baja y fuerte con mi bota, nada elegante, nada en ningún estilo bonito de artes marciales y demasiado bajo para que él pudiera bloquear. Una forma sencilla de que descubriera de repente

que mi puntera era mucho más fuerte que su rótula, y así, sin más, se quedaba con una sola pierna hábil.

Para reconocerle mérito, se dio cuenta inmediatamente de que estaba en problemas y se lanzó hacia adelante con su pierna buena y sus brazos abiertos para barrerme hacia su agarre, donde moriría.

Pero se abalanzó hacia donde yo había estado, y por desgracia para él, yo ya estaba a un paso y medio de distancia. Con los brazos extendidos para intentar forcejear conmigo, dejó todo su costado desprotegido, y esta vez hice que el maestro Leung se sintiera orgulloso. Una perfecta patada lateral, con toda mi fuerza concentrada en el pequeño y duro martillo de la suela de mi bota. Grité al lanzar el golpe y sentí cómo sus costillas se astillaban como madera podrida. Gritó y cayó con fuerza, agitando las manos, demasiado tarde para proteger sus costillas o para atrapar mi pie. Su cara se estrelló contra el suelo con un crujido asqueroso.

Era fuerte. Incluso con la rodilla rota y las costillas rotas, intentó levantarse. Solo las costillas debían causarle un dolor insoportable, por no hablar de cualquier otro daño interno. Por un momento me arrepentí de no haberle tenido en mi escuadra, pero él no era ese tipo de hombre y yo ya no tenía escuadra. Le rompí el porta sombreros en la parte posterior de la cabeza y se desplomó como un toro espoleado.

—Amber, ¿qué pasa? —dijo Víctor en mi auricular.

—Tratando con los guardias, estoy contigo en un minuto.

Saqué el arma de debajo del escritorio. Sí, otra Glock. Tucker debe haber conseguido un verdadero descuento por volumen. Revisé al guardia, pero con la tráquea y las arterias del cuello aplastadas, ya estaba muerto.

Las llaves del almacén estaban sobre la mesa.

Morales parpadeó cuando le quité la bolsa de la cabeza.

—¿Farrell? —gimió, tratando de sentarse. El movimiento abrió una herida en el estómago y empezó a sangrar de nuevo.

—Quédate quieto por ahora —le dije, y corté la cuerda que le ataba las manos y los pies antes de comprobar la herida. No era tan grave como podría haber sido. Estaba dentro y fuera del costado y le dolería mucho, pero podía caminar.

Verdoon no tenía heridas de bala, pero lo habían golpeado. Su cara estaba desfigurada y sangrando y empezaba a hincharse. Apenas podía hablar. Su pierna estaba rota.

El hombre encadenado a la cama era Troy, todavía con su ropa de ciclista, y afortunadamente parecía ileso.

—Oh, Señor, te hemos estado buscando, Troy —dije mientras recorría las llaves hasta encontrar la correcta y abrir sus cadenas—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo débilmente, girando las piernas y tambaleándose en posición vertical—. Mareado. Pensé que me iban a matar. Gracias. Gracias. —Estaba temblando y las lágrimas corrían por sus mejillas, pero, aparte de eso, parecía firme. Me impresionó—. No estoy herido —terminó.

—Buen hombre —dije—. Ahora, necesito tu camisa, por favor.

Frunció el ceño confundido, pero se quitó la apestosa camiseta de ciclista amarilla y negra. La usé junto con la camiseta de Morales para crear un vendaje de compresión básico para Morales mientras hablaba con ellos.

—Chicos, tenemos que irnos. Hay un equipo SWAT fuera, pero hay hombres armados en el edificio y creo que sus órdenes son mataros. Bernard no puede caminar, así que voy a necesitar que vosotros dos le ayudéis. Tenemos que bajar el pasillo y subir las escaleras. ¡Vamos a movernos!

Morales parecía tener más control sobre sí mismo, pero estaba limitado en lo que podía hacer. Troy llevaba dos semanas cautivo y estaría desorientado y débil. Verdoon no iba a poder ayudar en nada. Pero yo tenía que estar libre para mantener alejados a los hombres de Tucker.

—Víctor —dije en el micrófono—. Tengo a Morales, Verdoon y Huber. Dos heridos. No hay señales de nadie en este piso todavía, pero puedo escuchar disparos abajo. Nos estamos moviendo ahora.

—Entendido —respondió—. Estamos listos para vosotros. El equipo SWAT está en la zona de entrega, esperando refuerzos antes de entrar.

Asomé la cabeza por la puerta. Todavía no había nada en esta planta, aunque podía oír gritos abajo y los disparos continuaban. Me

arriesgué a echar un vistazo rápido al atrio. La gente corría de un lado a otro en las otras plantas, tratando de entrar en los ascensores o de bajar las escaleras del edificio principal.

Nos dirigimos a la escalera de servicio, cojeando al ritmo que podían seguir los tres mientras yo vigilaba.

La puerta del fondo estaba cerrada. En lugar de intentar con mi pase, rompí la alarma de incendios más cercana. Benditas sean las normas de construcción; las puertas se abrieron y pasamos al hueco de la escalera.

—¡Arriba! —Los atrapé, girando para bajar automáticamente—. Hasta el tejado.

Morales comprendió y Troy le siguió la corriente. Esperé en el rellano, mirando hacia abajo y escuchando. Nuestra suerte se había acabado; había gente subiendo las escaleras. No tanta como habría habido sin el equipo SWAT en la zona de entrega, pero aquí solo estaba yo.

Volví a sumergirme en el pasillo y recuperé los extintores apilados junto a la puerta. En el hueco de la escalera, comprobé los extintores y preparé el de espuma.

Troy volvió a bajar del tejado.

—La puerta de arriba está cerrada —dijo.

Comprobé la puerta que daba al pasillo y también se había cerrado. Alguien había anulado las prevenciones contra incendios y estábamos atrapados en el hueco de la escalera, con los malos a uno o dos pisos de distancia.

Le puse el extintor de repuesto en las manos.

—Usa esto para romper la cerradura. —Era un extintor de CO2 para fuegos eléctricos, más pequeño y ligero que el de espuma, pero lo necesitaría. Volvió a subir a trompicones mientras yo esperaba a que la primera persona apareciera.

El primer hombre de Tucker subía trotando los escalones, jadeando y agitando su arma. Todavía no se habían dado cuenta de que los rehenes habían escapado, pero el hombre de punta se recuperó rápidamente y disparó a mansalva. Le disparé, una sola bala en el pecho, y luego bajé las escaleras, disparando al grupo que

estaba detrás de él. Hombres de traje. Las tropas de élite de Tucker en lugar de su músculo ZK.

Se oyeron gritos y alguien más alerta que los demás empezó a devolver los disparos. Oí el sonido despiadado de los rebotes en las paredes detrás de mí. Con mi mano izquierda accioné el extintor de espuma, apuntando hacia la masa y siguiéndolo con otro disparo.

—Amber, informe de situación —llamó Víctor.

—Los rehenes están tratando de salir por la puerta del tejado —grité—. Estoy en el hueco de la escalera, comprometida. ¿Dónde estás tú?

—Llegando por el tejado —dijo por encima del ruido de las aspas del helicóptero.

—Maldita sea, Vic —susurré mientras recuperaba las armas de los dos primeros cuerpos de la escalera y me retiraba hacia arriba. Alguien estaba disparando a ciegas, lo cual era un movimiento más inteligente de lo que parecía. En la estrecha escalera de hormigón, los rebotes eran tan mortales como los disparos directos. Algo se estrelló contra la pared justo a mi lado y sentí el escozor de los trozos de hormigón en mi mejilla.

Me acerqué corriendo, seguida de gritos y más balas. La espuma era resbaladiza y había provocado la confusión y el pánico cuando estaban amontonados, pero ahora no les haría retroceder.

Troy estaba haciendo un buen trabajo rompiendo la puerta; ya casi la había atravesado. Morales sostenía a Verdoon. Empujé a Troy a un lado y rompí la cerradura de una patada.

Las puertas se abrieron y volvieron a cerrarse de golpe cuando la onda descendente del helicóptero las atrapó. Los obligué a retroceder y señalé el helicóptero.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grité por encima del ruido, agarrando el hombro de Morales y empujándolo hacia el aparato.

Alguien vino por la esquina de abajo y le disparé. Otro le siguió y volví a disparar, vaciando un arma y cambiándola por otra. Estaba atascada; no podía separarme para llegar al helicóptero, de lo contrario tendrían un tiro claro sobre ellos mientras estaban en su punto más vulnerable.

—Víctor —grité—. Despega tan pronto como estén a bordo.

—Mierda, mujer, nadie te va a dejar aquí.

—Hazlo, maldita sea. ¡Vete!

Los disparos desde abajo se redoblaron y de nuevo sentí el escozor de las astillas arrancadas de las paredes. Entonces, un rebote me golpeó en el pecho y me derribó. Solo el chaleco antibalas me salvó. *Gracias de nuevo, Vic.*

Mientras me ponía en pie con dificultad, ellos aprovecharon para subir a toda prisa los últimos escalones. Disparé al primero y agarré al segundo en la puerta, bloqueando a los otros que venían detrás. Oí el viento del helicóptero detrás de mí y la corriente descendente nos sacudió mientras luchábamos. Una bala me rozó la pierna. Mi arma se disparó de nuevo, en el hueco de la escalera, y alguien gritó. Me agarré al marco de la puerta y conseguí empujarlos hacia dentro. Detrás de mí, el helicóptero había desaparecido.

El hueco de la escalera era un confuso tumulto y alguien juraba con pánico. Oí un sonido que me heló la sangre. Algún idiota había dejado caer una granada de mano sobre el suelo de cemento y pude oír el distintivo *ching* de la palanca metálica de seguridad saltando. Intenté soltarme, pero estaba inmovilizada donde estaba.

El hueco de la escalera explotó. La explosión me lanzó contra el marco de la puerta, arrancándome la pistola de la mano y el conector de comunicaciones de la oreja. Todo se volvió negro y distante.

El lugar era una morgue llena de humo y polvo. Tenía una docena de pinchazos de astilla y mi cara y mis manos goteaban sangre, pero estaba mejor que el tipo con el que había estado luchando. Había recibido la fuerza principal de la explosión en su espalda. Me quité de encima su cadáver hecho jirones y traté de levantarme, tosiendo. Los demás en este nivel también estaban muertos o gravemente heridos.

Una figura se asomó entre el humo que se arremolinaba y me apuntó a la cabeza con una escopeta. Su pie se estampó en mi pecho y me empujó hacia atrás.

—Deberías haber aceptado trabajar para mí en el baile. Habría estado bien, ya sabes. Lo habrías hecho bien. —Su voz era ronca, tensa—. Ahora es tu culpa que todo se haya jodido.

—Tucker —gruñí, y escupí polvo por la boca—. Se acabó. El equipo SWAT está por todo el edificio y tus rehenes se han ido.

—Excepto tú —dijo. El hombre de negocios nervioso del baile benéfico había desaparecido, sustituido por un maníaco furioso con la ropa rota. Sus ojos eran como agujeros vacíos.

—No harán un trato por mí.

—Ellos no lo harán, pero ella sí. He visto su coche. Su helicóptero acaba de salir de mi techo. —Se rio, con el sudor brillando en su cara—. Lo sé todo sobre vosotras dos. Medio Denver sabe de vosotras, después del baile.

Sacó un móvil del bolsillo y marcó.

—¡Kingslund! —gritó—. Tengo a tu puta aquí arriba en el tejado. Puedes recogerla en pedazos o puedes sacarnos en tu helicóptero.

Grité para evitar que escuchara una respuesta.

—No te vas a escapar, Tucker. Morirás aquí.

—Ya no me importa. ¿Ves? —Se apartó la camisa del cuello y pude ver la marca de los colmillos. Había recibido la dosis completa y no estaba en condiciones de soportar el *crusis*. Pero él no lo sabía—. No me importa si muero hoy. Inés me ha mordido, y si muero solo significa que volveré más fuerte. —Estaba exultante, riendo, con los ojos fijos y completamente enloquecidos—. Ya no me importa, joder. Tú causaste todo esto, perra entrometida. Si no hubieras desbaratado nuestra operación en Crate & Freight, habría comprado a Kingslund y Matlal no tendría ningún poder sobre mí. Ahora todo ha desaparecido. Y tú y tus amigos de Altau lo pagaréis. Matlal se asegurará de ello.

Las piezas seguían poniéndose en su sitio. Matlal estaba reduciendo sus pérdidas. Tucker era ahora un lastre. La mordida era un movimiento deliberado para forzarlo a entrar en *crusis*. Ya estaba cayendo en el comportamiento de un renegado. Motas de espuma habían aparecido en las esquinas de su boca.

—Señor, tenemos que salir de aquí —gritó asustado uno de sus hombres en la escalera.

Se inclinó sobre mí, no lo suficientemente cerca para que lo agarrara. Y la escopeta se clavó en mi vientre.

—Dime —susurró—. ¿Qué se siente? ¿Morir y volver como un dios?

En el exterior, oí el sonido más dulce, el golpeteo de las cuchillas mientras Víctor acercaba el helicóptero. Pero también podía oír los sonidos de la lucha en el hueco de la escalera acercándose.

—No es así, Tucker —dije.

No estaba escuchando.

—¡Kingslund! —gritó en el teléfono—. Decídete, perra.

—Mierda, Tucker, Matlal te ha jodido —grité—. Ese mordisco te matará. La muerte es la muerte. No sé qué te dijo, pero no funciona así.

Tucker no me creyó. Se rio. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y rugió de risa. La escopeta se alejó. Y yo saqué el extintor de debajo mío, arranqué el pasador y lo hice estallar.

El CO2 sale del extintor como un chorro de agua, pero *frío*. Las boquillas tienen doble capa aislante para evitar que la mano se congele en ellas. La mano de Tucker no tenía esa protección. Se congeló en su escopeta. El mecanismo de disparo de la escopeta se congeló. Me abalancé sobre él cuando su cabeza se levantó de golpe. Jadeó de dolor, arrastrando los vapores. Sus pulmones y su cara se llenaron de una nube helada y su boca se abrió en un grito silencioso mientras llegaban sus hombres.

Pateé su cuerpo hacia ellos, me giré y corrí hacia el sonido de las cuchillas.

Víctor mantenía el helicóptero a unos tres metros de altura. No se atrevía a aterrizar en el tejado, pero me estaba dando una oportunidad. Incluso con Tucker muerto o moribundo, sus hombres seguían intentando matarnos. Mi espalda se tensó mientras corría, esperando el golpe. El chaleco no detendría una bala de rifle. Con horrible claridad, vi aparecer agujeros en la chapa del helicóptero.

Me lancé desde el tejado. Durante un segundo de infarto caí por el aire, a treinta metros del suelo, segura de haberme equivocado. Entonces mis manos se cerraron alrededor de la barra de deslizamiento del helicóptero. Me colgué, balanceándome salvajemente mientras el helicóptero se retorcía sobre su costado.

Pero algo había salido mal. El motor chillaba y estábamos cayendo del cielo.

Capítulo 54

Caímos en picado por el lateral del edificio. En el último momento Víctor frenó la caída, convirtiendo toda esa energía del rotor en velocidad y nos alejamos corriendo, cerca del suelo. Volaba por la mejor ruta para alejarse de cualquiera que nos disparara desde el tejado. No era la mejor ruta para mis niveles de estrés, pero prefería eso a una bala en cualquier momento. El aparcamiento pasó por debajo mío, seguido de un estanque ornamental y el césped, antes de que nos eleváramos por encima de unos árboles, redujéramos la velocidad y nos hundiéramos hacia el centro de mando que habíamos establecido.

Me solté y caí los últimos metros sobre la suave hierba. Víctor aterrizó a veinte metros de distancia. El grito de la turbina y el ruido de las aspas cambiaron cuando el helicóptero empezó a descender. La adrenalina disminuyó, dejándome agotada. Un médico se acercó y se arrodilló a mi lado, pero le hice un gesto para que se fuera.

—¡Amber! ¡Mierda! Mujer loca. —Víctor me puso de pie—. Lo conseguiste.

—Te lo debo. Lo hicimos, Vic —le grité—. Maldito loco. ¡Lo hicimos!

Fuera del alcance de las cuchillas, nos juntamos para saltar y chocar como un par de deportistas novatos celebrando el primer punto. Dada nuestra diferencia de tamaño, esto solo podía acabar de una manera: tirada en la hierba, débil por la risa.

—¿Estás bien? —dijo, repentinamente preocupado al ver la cantidad de sangre que me cubría.

—Estoy muy bien, tío. —Me senté—. La mayor parte de la sangre no es mía. Creo. —Me arranqué el mono de trabajo y me quité el chaleco antibalas.

—¡Amber!

Jen corría hacia mí. Se detuvo en seco, incapaz de dar los últimos pasos, insegura de mi reacción.

Sí, ella había cometido un error y me había hecho daño, pero yo me había comportado como una idiota. Ambas teníamos que hablar,

pero yo tenía que estar dispuesta a escuchar. Parte del problema era que tenía miedo de eso, de a dónde podría llevar. Y mientras dudaba, la mirada de sus ojos era como castillos de arena que se desmoronan ante el mar.

—*Tienes un segundo para arreglar esto* —dijo Tara dentro de mi cabeza.

Cerré la brecha y la abracé contra mí.

—Lo siento, Jen —le susurré al oído.

—No. No. Fue mi culpa. Lo he estropeado.

Cerré los ojos. Me sentí tan bien al abrazarla contra mí, al aliviar el dolor que había visto en sus ojos. Y me sentí bien por todo tipo de razones. ¿Qué pasa con Alex? Oh dioses, esto era complicado.

—Tenemos que hablar, incluso más que antes. Pero no ahora.

Asintió con la cabeza, con la cara pegada a mi cuello. ¿Qué iba a decirle exactamente? ¿Y a Alex?

Víctor me dio un golpe en el hombro y volvió al helicóptero para asegurarse de que todo estaba apagado y asegurado.

Jen se echó hacia atrás y me miró.

—Por favor, querida, escúchame un momento. No estoy orgullosa del juego que hice con esas chaquetas, pero se acabó hace mucho tiempo. Créeme, nunca pensé en ti de esa manera. Sé que debería haberte dicho algo. Pero nunca parecía ser el momento adecuado. —Respiró profundamente y se obligó visiblemente a continuar—. Lo siento. Quiero que sea como era.

—Podemos hacer que sea como era, Jen. —Suspiré.

Morales nos interrumpió. Se acercó, tropezando con el dolor y luchando contra las atenciones de los equipos médicos. Había conseguido una unidad de comunicaciones de algún lugar y estaba conectado a Edmunds. Troy y Verdoon ya estaban de camino al hospital, pero Morales aún no estaba listo para ir.

Al menos le hice sentarse, lo que me valió el agradecimiento de los médicos. Jen y yo nos sentamos a su lado mientras seguíamos los sonidos de Edmunds y su equipo abriéndose paso por el edificio.

Quienquiera que hubiera cerrado las puertas de la escalera central para atraparnos había salvado también a las demás personas del edificio. Los hombres de Tucker estaban todos en las escaleras de

servicio o en el tejado, y todos los demás habían salido del edificio por la escalera principal. Un helicóptero de los SWAT estaba llegando ahora y el tejado se despejaría muy pronto. El edificio estaba rodeado. Todo había sido contenido.

Mientras la operación terminaba, tomé el comunicador de Morales y le conté a Edmunds lo de Tucker y los dos que estaban en el quinto piso, el sicario y el guardia.

—Corrección —dijo Edmunds—. La causa de muerte de Tucker parece ser un disparo autoadministrado en la cabeza. —Asentí sombríamente. Tucker creía, *realmente* creía, lo que le había dicho su prometida. Debía haberse recuperado de mi ataque y pensaba que esa era su salida mágica. Me pregunté qué podrían descubrir los forenses.

Cuando le devolví el equipo de comunicación, Morales aprovechó para tomar mi mano y apretarla suavemente.

—Gracias, Amber —dijo—. No esperaba salir de allí. —Miró a un lado, casi con timidez—. Siento que, en la última reunión con el coronel, tus noticias me hayan incomodado tanto. Fue injusto por mi parte. Debería haberte conocido mejor. Debería haber confiado en ti. Gracias de nuevo.

Sentí que Jen se ponía rígida de interés, pero no dio más detalles.

—No hay problema, José. —Sonreí un poco. Debía de estar ascendiendo en el mundo: llamaba por su nombre al capitán de la policía—. ¿Puedes informarnos sobre lo que te dijo Verdoon?

—Sí, por supuesto. Verdoon acudió a mí en cuanto se enteró de lo ocurrido el viernes por la noche. Él se encarga de todas las contribuciones financieras a las organizaciones benéficas de la policía de la Sra. Kingslund, así que nos reunimos regularmente, nos conocemos bien. Había estado en Nuevo México durante el fin de semana y no había visto las noticias hasta esta mañana temprano. Me llamó cuando iba de camino y fui a su casa.

—Podemos tutearnos, José —dijo Jen. Él asintió.

—No entendía exactamente el control que Tucker tenía sobre Verdoon. Tenía que ver con la enfermedad de su hija y supongo que había algo raro de por medio. —José levantó una ceja y yo asentí—. De todos modos, había accedido a inmovilizar todos los activos en

efectivo del Grupo Kingslund. Pero entonces se enteró de la noticia del baile. Sabía en qué posición se encontraría si Jen hubiera sido asesinada y estaba seguro de que era Tucker quien estaba detrás del ataque. Ahí es donde llegamos. Hice una solicitud urgente para poner a su hija bajo custodia protectora. Estaba llamando a Jen desde su casa cuando los hombres de Tucker irrumpieron y el resto ya lo sabes.

Sacó un trozo de papel de su bolsillo y se lo pasó a Jen.

—Dijo que había mantenido sus opciones abiertas. Los verdaderos acuerdos financieros sobre todos los activos en efectivo están en archivos encriptados en su ordenador, y se puede sacar el dinero sin penalización. Esta es la contraseña.

—Debe ser por eso que las tarifas son tan extrañas —dije—. Los puso a largo plazo con una opción de recuperación anticipada. Pero todo lo que Tucker veía era el poder adquisitivo de Jen atado.

—Así que Tucker ha estado financiando Beacon en secreto desde su organización criminal —dijo Jen—. Y cuando Amber desbarató su operación de contrabando Crate & Freight, eso le puso en una situación tan mala que su única salida era matarme y hacerse con mi empresa presionando para que Verdoon la cediera.

—Secuestrar a Troy fue solo su primer intento de intentar que vendieras —dije—. Cuando las drogas fueron incautadas, sus opciones se redujeron a matarte o perderlo todo con Matlal.

La unidad de comunicaciones graznó y pude escuchar a Edmunds diciendo que el edificio estaba asegurado.

—Edmunds es bueno —le dije a José—. Ha parecido más que dispuesto a ir más allá de la confianza.

José sonrió.

—No lo habrías reconocido bajo el casco, pero dirigió el equipo SWAT del año pasado.

—¿Emily Schumacher? —dije, y José asintió.

Los médicos nos habían dejado solos durante unos minutos y él se inclinó, haciendo una mueca de dolor.

—Mira, realmente apreciaría un informe completo de ti, pero probablemente quieras salir de aquí ahora mismo. —Miró su reloj—.

Te he perdido de vista en la confusión. En unos diez minutos el FBI va a estar por todo el lugar.

Me había relajado en el brillo de una misión exitosa y eso me despertó. Tenía razón, no quería hablar con el FBI ahora mismo. Tenía la sensación de que cuando lo hiciera, sería su invitada durante un tiempo.

—Me voy —dije—. Te enviaré un informe.

Jen me acompañó hasta mi coche.

—Gracias por prestarnos el helicóptero —dije torpemente—. Siento los agujeros de bala.

—No me importa el helicóptero. Me importa que hayas recuperado a Troy, José y Bernard. Sobre todo, me importa que hayas vuelto —dijo ella, parpadeando—. Me doy cuenta de lo que tengo que reconstruir. Pero lo digo en serio cuando digo que tu suite en Manassah está ahí, siempre.

—Jen, lo solucionaremos. —Abrí mis brazos y ella fluyó como si estuviera destinada a estar allí—. Tengo algunas cosas que hacer ahora. Cosas «raras». No sé exactamente cuándo volveré. Hay cosas que van a pasar esta semana, pero te prometo, lo juro, que hablaremos después. Responderé a cualquier pregunta que me hagas. —*Y me arriesgo a perderte*.

Nos separamos y me fui antes de que el FBI pudiera atraparme.

Había resuelto el caso de Jen. Tucker estaba muerto, Jen tenía su empresa de nuevo bajo control, Troy estaba a salvo, los Licántropos la dejarían en paz y, entre Morales y el FBI, ZK estaba acabado. Es cierto que Frank Hoben seguía suelto y que dormiría más tranquila cuando lo atraparan. Pero él era más mi problema que el de Jen y no me hacía ilusiones sobre quién era la mayor amenaza entre él y Matlal.

De alguna manera, tenía que volver a ganar dinero haciendo investigaciones rutinarias. Suspiro.

A nivel personal, tenía que averiguar qué significaba equilibrar mis espíritus, en qué me convertiría eso, y por qué no era nada de lo que decían que era. Tenía que averiguar lo que significaba ser la Señora de mi propia Casa Athanate, incluyendo hacer que David

pasara por el *crusis*. Y, a largo plazo, tenía que averiguar cómo llevar a Diana ante el presidente.

Pero sabía, mucho antes de eso, que las cosas llegarían a un punto crítico con Matlal en la Asamblea de Athanate. Y se pondría sangriento.

No era, todavía, lo que podría llegar a ser. Lo que había temido, ya no lo combatía.

Habían pasado un par de semanas más, y todavía no estaba ni muerta, ni no muerta, lo que seguía considerando un logro.

Me alegraría poder decir lo mismo dentro de una semana.

Libros del mismo autor

THRILLERS DE FANTASÍA URBANA

REVELACIÓN

Precuela: Injusticia
1- El Beso de la Serpiente
2- La Voz del Dragón
3- El Rastro del Lobo
4- La Danza de los Espíritus
5- Los Secretos de los Ángeles
6- El Árbol de los Sueños
7- Reina de Diamantes

Charles de Lint
en la Revista de Fantasía y Ciencia Ficción:
«***Representan a algunos de los mejores del sector***».

http://mybook.to/Bite_Back_Series

También del universo REVELACIÓN

Los personajes de estos libros aparecen en la serie principal

LA HISTORIA DE BIAN

1- Cosecha de mentiras

El primero de seis libros que siguen a Bian desde sus inicios en Vietnam en 1890

hasta el momento en el que se convierte en Daikon de la Casa Altau, antes del inicio de REVELACIÓN.

REVELACION: FORASTEROS

1- El frío que muerde

2- El beso del invierno

Una serie de novelas cortas con sabor a romance paranormal que introduce el trasfondo de la Casa Lloyd.
Esta miniserie se sitúa entre los libros 5 y 6 de la serie principal REVELACIÓN.

ATHANATE DE LONG ISLAND

Cambio de régimen

Novela independiente situada entre los libros 5 y 6 de la serie principal REVELACIÓN
que ofrece una visión de la Casa Altau en Nueva York.

CIENCIA FICCIÓN

ENTRE LAS ESTRELLAS

1- Un Nombre entre las estrellas

2- Una amenaza entre las estrellas

Una heredera que huye por su vida. Una Inteligencia Artificial prohibida y aterradora suelta en la galaxia. Una raza alienígena telepática que vive oculta junto a la humanidad. Una conspiración mortal que se extiende silenciosamente por el espacio humano. El dolor secreto de todo un planeta revelado para que todos lo vean. Votos que deben romperse. Amores que no deben ser.
El deber y el honor.

Una historia enorme y en desarrollo ambientada en un futuro lejano con un barrido que abarca a toda la humanidad, contada principalmente desde la perspectiva de Zara Aguirre, hija y última heredera de la gran Familia Fundadora Aguirre, que abandona su mundo natal para salvar su vida.

Reseña de Entre las estrellas de
Charles de Lint
Revista de Fantasía y Ciencia Ficción

«***Es una deliciosa mezcla de las hermanas Brontë, misterio, asesinatos y drama de ciencia ficción, la ópera espacial, y el romance en general y las aventuras…***
Podía sentir la alegría de contar historias en cada página.
***Ha dado en el clavo en todos los puntos*»*.**

http://mybook.to/Among_the_Stars

AGRADECIMIENTOS

Para ser una profesión supuestamente solitaria, os aseguro que se necesita mucha ayuda para escribir un libro.

Al equipo de Totally Barkin, por animarnos desde la banda, y Stella y Shelley por entrenarnos.

Al equipo de imagen de la portada: Maria Askew, Andrew Dobell, Tania Claire.

Mis principales lectores de comentarios: Jessica, Gail, Peter y Patricia. También Sue, Ann y Steve. Asesoramiento técnico de Steve y Mark.

Mi editora; Lauren Sweet, la dama del samovar y los ojos de águila.

Y, sin ellos no hay nada: mi mujer y mi familia.

Lauren Sweet: www.LaurenSweet.com - editora, también autora
Maria Askew: www.MariaAskew.co.uk - modelo, también actriz
Andrew Dobell: www.creativeedgestudios.co.uk - fotógrafo, diseñador de portadas, también autor
Tania Claire: www.taniaclaire.com - maquilladora

Envía un correo electrónico a Mark@Athanate.com
para recibir
una alerta cuando se publique un nuevo libro o
para unirte al boletín de noticias y recibir libros gratis.

Reseñas, lanzamientos y noticias en
www.athanate.com
y
http://www.facebook.com/TheBiteBackSeries

---

[1] Nota de la traductora: Dojo se utiliza para designar un espacio destinado a la práctica y enseñanza de la meditación o artes marciales. Kwan significa salón, pero también se refiere a un clan de artistas marciales que siguen el mismo estilo o líder. Parte del entrenamiento es considerar la zona de práctica como un lugar especial.

[2] NdT: Para Amber, NAVY son las siglas de Not A Vampire Yet (Todavía no soy un vampiro). La nueva inscripción NAY sería Not Athanate Yet (Todavía no soy Anathanate).

[3] NdT: Fire-all (Dispara todo) es un juego de palabras que hace referencia al apellido de Amber, Farrell.

[4] NdT: La carretera se llama Bear Ridge, literalmente "La cresta del oso".

[5] NdT: Haven en inglés es refugio, puerto.

[6] NdT: *Semper Fidelis* es el lema en latín de los marines americanos.

[7] NdT: BFG siglas para Big Fucking Gun (Pistola Jodidamente Grande)

[8] NdT: TaJ son las siglas de Trust and Jump (Confía y Salta), frase que Amber suele repetirse a sí misma.